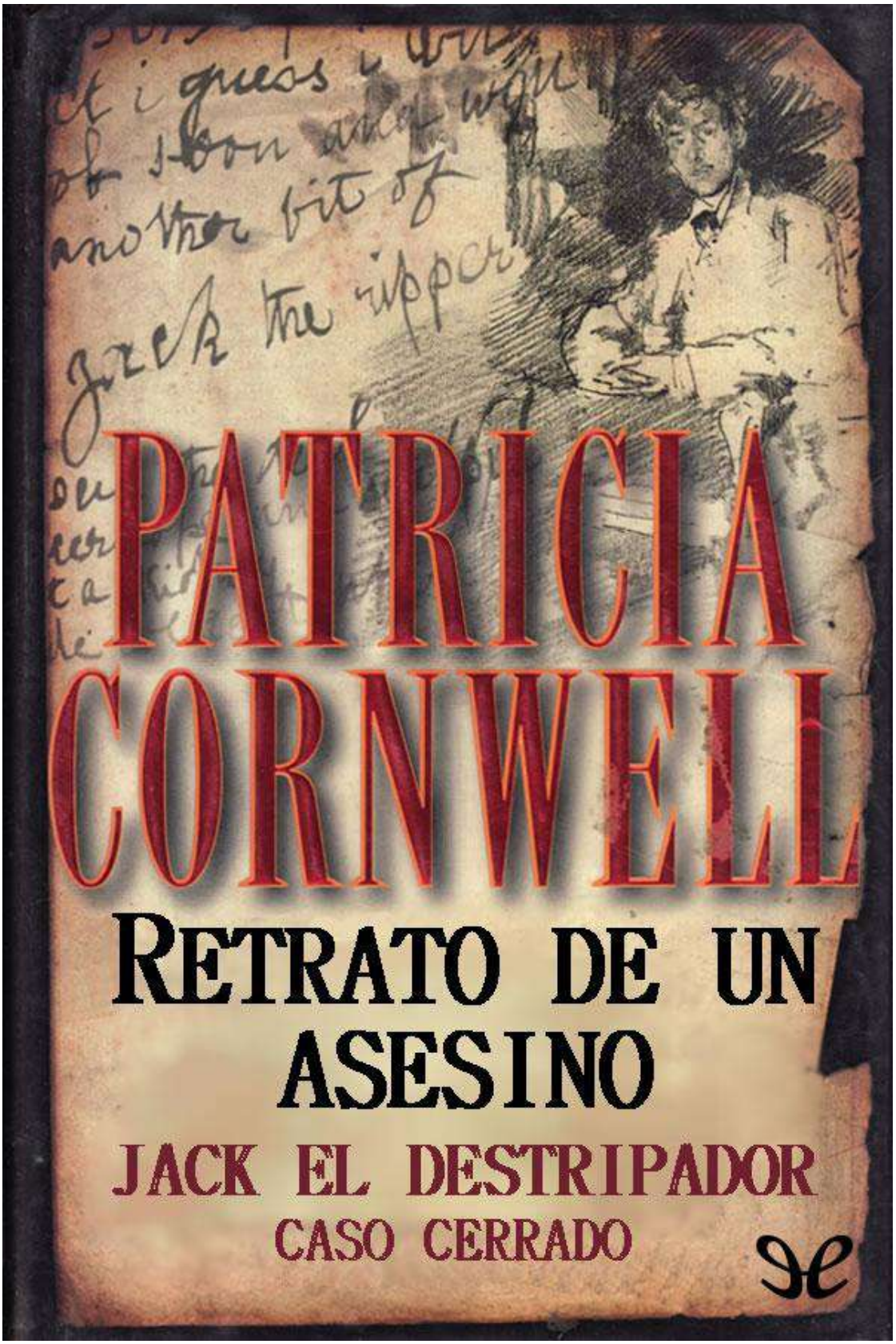


PATRICIA CORNWELL

RETRATO DE UN ASESINO

JACK EL DESTRIPADOR

CASO CERRADO

El cruel asesinato de siete mujeres entre agosto y noviembre de 1888 sembró el pánico en Londres y dio lugar a la leyenda de Jack el Destripador. Pero ¿quién fue ese misterioso asesino?

Patricia Cornwell decidió resolver la incógnita aplicando la rigurosa disciplina de un análisis policial actual y técnicas desconocidas en la época victoriana. Examinó las pruebas físicas disponibles —miles de documentos, cartas e informes, huellas dactilares, fotografías y artículos del momento— y llegó a la conclusión de que tras Jack el Destripador se ocultaba Walter Sickert, un pintor fascinado por los bajos fondos londinenses.

Cornwell ha escrito un libro que cuenta con el atractivo de la autenticidad y que se lee con la misma fruición que una novela protagonizada por Kay Scarpetta.

«Uno de los libros de investigación criminológica más importantes de nuestro siglo». *Publishers Weekly*.

Patricia Cornwell

Retrato de un asesino

Jack el Destripador
Caso cerrado

Titivillus 15.08.15

Título original: *Portrait of a Killer*

Patricia Cornwell, 2002

Traducción: María Eugenia Ciocchini

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

A John Grieve, de Scotland Yard.
Tú lo habrías atrapado.

Reinaba el pánico, y muchos
aprensivos sostenían que el mal
había regresado a la Tierra.

H. M.,
misionero del East End, 1888

1. Don Nadie

El lunes 6 de agosto de 1888 fue un día festivo en Londres. La ciudad era un jolgorio y ofrecía entretenimientos maravillosos para todo aquel que pudiera desprenderse de unos peniques.

Las campanas de la iglesias de Windsor y de St. George repicaron durante todo el día. Los barcos estaban engalanados con banderas y los cañones disparaban salvas reales para celebrar el cuadragésimo cuarto cumpleaños del duque de Edimburgo.

El Crystal Palace exhibía una fascinante variedad de espectáculos insólitos: recitales de órgano, conciertos de bandas militares, una «formidable exhibición de fuegos artificiales», un *ballet* infantil, ventrílocuos y «actuaciones de juglares de renombre mundial». En el museo de cera de *Madame* Tussaud podía verse una figura yacente de Federico II, además, naturalmente, de la popular cámara de los horrores. Otros horrores exquisitos aguardaron a aquellos que pudieran permitirse ir al teatro y estuvieran de humor para ver una obra moralizante o sólo para disfrutar de un buen susto a la antigua usanza. Las localidades para *El doctor Jekyll y míster Hyde* se habían agotado. El famoso actor americano Richard Mansfield estaba magnifico en el papel de Jekyll y Hyde en el Henry Irving Lyceum; por su parte, la Ópera Comique escenificaba su propia versión de la obra, aunque había recibido malas criticas y desatado un escándalo, puesto que habían adaptado la novela de Robert Louis Stevenson sin permiso.

Había ferias de caballos y ganado, los viajeros de tren disfrutaban de «tarifas reducidas» y los puestos del Covent Garden estaban bien surtidos de fuentes de Sheffield, joyas de oro y uniformes militares de segunda mano. En este día bullicioso pero tranquilo, cualquiera podía vestirse de soldado por poco dinero y sin que nadie le pidiese explicaciones. O podía hacerse pasar por agente de la ley alquilando un uniforme auténtico de la policía metropolitana en la tienda de indumentaria teatral Angel, en Camden Town, a sólo tres kilómetros de la casa del apuesto Walter Richard Sickert.

Sickert, que entonces contaba veintiocho años, había renunciado a una oscura carrera de actor por la más prestigiosa vocación de artista plástico. Era pintor y grabador; discípulo de James McNeill Whistler y de Edgar Degas. Él mismo era una obra de arte: delgado, con el torso atlético gracias a la natación, nariz y mandíbula perfectas, una espesa mata de rizos rubios y unos ojos azules tan inescrutables y penetrantes como sus pensamientos secretos y su mente sagaz. De no ser porque sus labios eran delgados y a veces dibujaban una línea cruel en su rostro, habría podido afirmarse que era hermoso. Ignoramos cuál era su estatura exacta, aunque un amigo suyo la describió como «ligeramente superior a la media». Sus fotografías y algunas prendas donadas a la Tate Gallery en la década de 1980 sugieren que medía un metro setenta y siete o setenta y ocho.

Sickert hablaba con fluidez alemán, inglés, francés e italiano. Sabía suficiente latín para dar clases a sus amigos, se defendía bien con el danés y el griego, y es muy probable que tuviera nociones rudimentarias de español y portugués. Se decía que leía a los clásicos en su lengua original, aunque no siempre terminaba los libros que empezaba. No era inusual encontrarlo rodeado de docenas de novelas, abiertas en la última página que había despertado su interés. Aunque, por encima de todo, Sickert era un adicto a los periódicos, las revistas y las publicaciones sensacionalistas.

Hasta el momento de su muerte, en 1942, los estudios y despachos que tuvo siempre

parecieron un centro de reciclaje de casi todo el papel que salía de las prensas europeas. Cabe preguntarse cómo era posible que un hombre tan ocupado como él pudiera leer cuatro, cinco, seis o incluso diez periódicos al día, pero Sickert tenía un método: no perdía el tiempo con lo que no le interesaba —política, economía, asuntos internacionales, guerras o personajes públicos—, y no le interesaba nada que no afectase de forma directa o indirecta a su persona.

Después de echar un vistazo a los últimos espectáculos llegados a la ciudad y de leer con detenimiento las críticas de arte, pasaba a las noticias de sucesos y buscaba su propio nombre si es que había alguna razón para que saliera impreso en ese día en particular. Era un aficionado a las cartas al director, sobre todo las que escribía él mismo, firmadas con seudónimo. Le gustaba enterarse de lo que hacían otros, en especial de las intimidades de aquellos que llevaban una vida en apariencia que no siempre resultaba ser ejemplar. «¡Escribid, escribid, escribid!», rogaba a sus amigos. «… Contadme con detalle toda clase de cosas; cosas que os divirtieron, y cómo, cuando y dónde, y cotilleos sobre todo el mundo».

Aunque Sickert despreciaba a las personas de clase alta, perseguía a las celebridades. Se las ingenió para codearse con los grandes de su época: Henry Irving y Ellen Terry, Aubrey Beardsley, Henry James, Max Beerbohm, Oscar Wilde, Monet, Renoir, Pissarro, Rodin, André Gide, Édouard Dujardin, Proust y los miembros del Parlamento. Pero eso no significaba que los conociera a todos, y ninguna persona —famosa o no— llegó a conocerlo de verdad a él. Ni siquiera su primera esposa, Ellen que cumpliría los cuarenta dos semanas después. Puede que Sickert no pensara en el cumpleaños de su mujer ese día festivo, pero es poco probable que lo hubiera olvidado.

Su prodigiosa memoria era objeto de admiración. Solía entretener a sus invitados interpretando largos pasajes de musicales y obras teatrales vestido para el papel, y su declamatoria era impecable. Es difícil, pues, que olvidase que el cumpleaños de Ellen era el 18 de agosto, una celebración más que frustrar. Aunque puede que simulara no acordarse y se encerrase en uno de aquellos cuchitriles alquilados que él llamaba «estudios». O quizá la llevara a un romántico café del Soho y la dejara allí plantada para escabullirse a un teatro de variedades y no regresar en toda la noche. Lo cierto es que la pobre Ellen amó a Sickert durante toda su triste vida, a pesar de que era un hombre cruel, un mentiroso patológico y un egocéntrico propenso a desaparecer durante días o incluso semanas, sin avisar ni dar explicaciones.

Walter Sickert era actor por naturaleza, más que por oficio. Interpretaba el papel principal en su secreta vida de fantasía, y se sentía tan cómodo deambulando inadvertido entre las sombras de las calles desiertas como en medio de una bulliciosa multitud. Tenía un magnífico registro vocal y era un maestro del maquillaje y el disfraz. Tan grande era su talento para caracterizarse que de niño solía pasearse disfrazado entre familiares y vecinos sin que nadie lo reconociera.

En el transcurso de su larga y célebre vida se hizo famoso por cambiar de apariencia con frecuencia, gracias a una variedad de barbas y bigotes postizos, trajes extravagantes que en ocasiones constituían auténticos disfraces y diferentes peinados, incluido algún afeitado de cabeza. Según un amigo suyo, el artista francés Jacques-Emile Blanche, era un Proteo. «El talento de Sickert para camuflarse mediante el vestuario, el peinado y la forma de hablar era equiparable al de Fregoli», recordaba Blanche. En un retrato que Wilson Steer pintó en 1890, Sickert se nos muestra con un bigote de aspecto falso que parece una cola de ardilla pegada encima de la boca.

También tenía la manía de cambiarse de nombre. Tanto su trayectoria de actor, como sus pinturas, grabados, dibujos, y las numerosas cartas que envió a sus amigos y a los periódicos revelan múltiples personajes: Mr. Nemo («Don Nadie» en latín), Un Entusiasta, Un Whistleriano, Su Crítico de Arte, Un Desconocido, Walter Sickert, Sickert, Walter R. Sickert, Richard Sickert, W. R. Sickert, W. S., R. S., S., Dick, W. St., Rd. Sickert LL. D., R. St., A. R. A., y RDSt, A. R. A.

Sickert no escribió sus memorias, no llevaba un diario ni una agenda, ni fechó siquiera la mayor parte de sus obras, de manera que resulta difícil precisar qué hizo un día, una semana, un mes o incluso un año determinados. Aunque no he hallado información sobre su paradero o sus actividades el día 6 de agosto de 1888, no hay motivos para pensar que no estuviera en Londres. Según la notas que garabateó en unos bocetos de una obra de variedades, se encontraba allí dos días antes, el 4 de agosto.

Whistler se casaría en Londres cinco días después, el 11 de agosto. A pesar de que Sickert no estaba invitado a esa boda íntima, es poco probable que se la perdiera, aunque tuviera que acudir de forma poco ortodoxa.

El gran pintor James McNeill Whistler se había enamorado profundamente de la «hermosísima» Beatrice Godwin, que había de ocupar el lugar más prominente en su vida y la cambiaría por completo. De la misma manera, Whistler ocupaba uno de los lugares más destacados en la vida de Sickert y había cambiado su curso. «Walter es un muchacho agradable», solía decir Whistler a principios de la década de 1880, cuando aún sentía afecto por el brillante artista en ciernes. Aunque en el momento del compromiso de Whistler la amistad entre ambos se había enfriado, no creo que Sickert estuviese preparado para lo que debió sentarle como un inesperado y escandaloso abandono por parte del maestro que idolatraba, envidiaba y odiaba. Whistler y su flamante esposa se proponían pasar su luna de miel en Francia y viajar durante el resto del año por el país en el que esperaban fijar su residencia.

La previsible dicha conyugal del egocéntrico y extravagante genio del arte James McNeill Whistler debió de resultar desconcertante para su antiguo aprendiz y chico de los recados. Entre los múltiples personajes que interpretó Sickert se encontraba el de donjuán irresistible, aunque no lo fuera en el escenario. Sickert dependía de las mujeres y las despreciaba. Las consideraba intelectualmente inferiores e inútiles, salvo como gobernantas u objetos de manipulación, sobre todo por dinero o beneficios artísticos. Las mujeres eran un peligroso recordatorio del enojoso y humillante secreto que Sickert se llevaría más allá de la tumba, porque los cuerpos incinerados no revelan historias de la carne, ni siquiera cuando se les exhuma. Sickert nació con una malformación del pene que lo obligó a someterse a una intervención quirúrgica a muy temprana edad, y puede que la cirugía lo dejase desfigurado, si no mutilado. Es más, cabe suponer que a resultas de ello fuera incapaz de conseguir una erección y que su miembro no tuviese el tamaño suficiente para la penetración, y hasta es muy posible que tuviera que sentarse para orinar.

«Mi teoría sobre los crímenes es que el asesino ha sufrido una brutal desfiguración —escribía en una carta del 4 de octubre de 1888, guardada junto con otros documentos referentes a los asesinatos de Whitechapel en los archivos municipales de Londres— posiblemente le hayan destrozado el miembro viril y ahora se esté vengando del sexo a través de estas atrocidades». La carta está escrita con lápiz violeta y enigmáticamente firmada «Scotus», que podría ser «escocés» en latín. *Scotch* también significa, en inglés, «incisión o corte superficial». Incluso puede ser una curiosa referencia erudita a Juan Escoto Erígena, un teólogo y maestro de gramática y dialéctica del siglo IX.

Imaginar a Whistler enamorado y disfrutando de una relación sexual con una mujer podría haber sido el catalizador que convirtió a Walter Sickert en uno de los asesinos más peligrosos y odiados de todos los tiempos. Comenzó a llevar a la práctica lo que había tramado durante la mayor parte de su vida, y no sólo en sus pensamientos, sino también en sus infantiles esbozos de mujeres raptadas, atadas y apuñaladas.

La psicología de un asesino violento y despiadado no se define por motivos lógicos. No hay explicaciones sencillas ni secuencias infalibles de causa y efecto. Pero la brújula de la naturaleza humana a veces señala en una dirección determinada y, así, la boda de Whistler con la viuda del arquitecto y arqueólogo Edward Godwin, el hombre que había convivido y engendrado tres hijos con la actriz Ellen Terry, no pudo sino inflamar los sentimientos de Sickert.

La hermosa Ellen Terry fue una de las actrices más célebres de la época victoriana, y Sickert estaba obsesionado con ella. En su adolescencia, había perseguido tanto a Ellen como a su pareja en los escenarios, el actor Henry Irving. Ahora Whistler se había vinculado no con uno, sino con ambos objetos de las obsesiones de Sickert, y estas tres estrellas de su firmamento formaban una constelación que lo excluía a él. Los astros no lo tenían en cuenta. Era, en efecto, un don nadie.

Pero a finales del verano de 1888 se asignó un nuevo nombre artístico que nadie asociaría con él mientras vivió, un nombre que pronto sería mucho más célebre que el de Whistler, Irving o Terry.

Las violentas fantasías de Jack el Destripador comenzaron a hacerse realidad aquel alegre 6 de agosto de 1888, cuando salió de detrás de las bambalinas para debutar con una serie de pavorosas representaciones que se convertirían en el mayor misterio criminal de la historia. Se cree equivocadamente que estos crímenes sanguinarios terminaron con la misma brusquedad con la que empezaron, que el asesino apareció como por arte de magia y luego se desvaneció.

Pasaron décadas, un siglo incluso, y sus sangrientos crímenes sexuales se volvieron anodinos e intrascendentes. Ahora son meros rompecabezas, pasatiempos de fin de semana, juegos de sociedad e «itinerarios del Destripador» que terminan con una cerveza en el *pub* Ten Bells. «Jack el fresco», como el Destripador se refirió a sí mismo en ocasiones, fue el protagonista de siniestras películas interpretadas por actores célebres y rodadas con efectos especiales y torrentes de lo que el Destripador afirmaba ansiar: sangre y más sangre. Sus carnicerías ya no inspiran miedo, ira ni compasión, y los cadáveres de sus víctimas se pudren en silencio, algunos en tumbas sin nombre.

2. La visita

Poco después de la Navidad de 2001 iba andando hacia mi apartamento de Nueva York, en el Uper East Side, consciente de que parecía taciturna y preocupada a pesar de mis esfuerzos por aparentar serenidad y buen humor.

No recuerdo gran cosa de aquella noche, ni siquiera el nombre del restaurante en el que cené con un grupo de amigos. Sólo recuerdo vagamente que Lesley Stahl contó una historia aterradora sobre su último trabajo de investigación para *60 minutos*, y que todo el mundo hizo comentarios fatalistas acerca del atentado del 11 de septiembre. Traté de animar a otra escritora con mi habitual perorata sobre el poder personal y aquello de «haz lo que de verdad te gusta», porque no quería hablar de mí misma ni del trabajo que me preocupaba y estaba destrozando mi vida. Sentía una opresión en el corazón, como si la tristeza fuese a estallarme en el pecho en cualquier momento.

Esther Newberg, mi agente literaria, y yo volvimos a pie a nuestro barrio. No dije gran cosa mientras recorríamos las oscuras calles, cruzándonos con los habituales paseadores de perros y la interminable marea de personas hablando a gritos por el teléfono móvil. No presté atención a los taxis amarillos ni a las bocinas de los coches. Comencé a imaginar que un gamberro trataba de robarnos el maletín o que nos atacaba. Yo le seguiría, me lanzaría sobre sus talones y lo arrojaría al suelo. Mido un metro sesenta y ocho, peso sesenta kilos y puedo correr muy rápido, así que le daría su merecido; sí señor. Fantaseaba con lo que haría si un psicópata cabrón aparecía a nuestras espaldas en la oscuridad y de repente…

—¿Qué tal va? —preguntó Esther.

—Si he der ser sincera… —empecé, porque rara vez era franca con Esther.

No acostumbraba admitir ante mi agente o mi editora, Phyllis Grann, que me sentía incómoda o asustada por lo que estaba haciendo. Las dos eran las figuras más importantes de mi vida profesional y tenían fe en mí. Si yo les comentaba que había estado investigando a Jack el Destripador y que sabía quién era, ellas no dudarían de mi palabra ni por un segundo.

—Me siento fatal —confesé, casi al borde de las lágrimas.

—¿De veras? —El implacable paso de Esther vaciló por un instante en Lexington Avenue—. ¿Te sientes fatal? ¿Por qué?

—Detesto este libro, Esther. No sé cómo diablos… Lo único que he hecho es mirar sus cuadros y leer sobre su vida, y luego una cosa me llevó a la otra…

Esther no dijo ni una palabra.

Siempre me ha resultado más sencillo demostrar furia que temor o angustia, y estaba perdiendo mi vida por culpa de Walter Richard Sickert. Me la estaba robando.

—Quiero volver a mis novelas —proseguí—. No deseo escribir sobre él. No disfruto en absoluto de ello.

—¿Sabes? —dijo ella con tranquilidad, al tiempo que reanudaba la marcha—. No tienes que seguir. Puedo librarte de esa obligación.

Ella habría podido librarme, pero yo no. Conocía la identidad de un asesino y era incapaz de mirar hacia otro lado.

—De repente me encuentro en la posición de juez —dije—. No importa que él esté muerto. De vez en cuando una vocecita me pregunta: «¿Y si estás equivocada?». Jamás me

perdonaría si afirmase una cosa semejante de alguien y luego descubriese que no estaba en lo cierto.

—Pero no crees estar equivocada.

—No, porque no lo estoy —respondí.

Todo comenzó de manera inocente, como quien se prepara para cruzar un bonito camino rural y de repente se ve arrollado por un camión cargado de cemento. En mayo de 2000 estaba en Londres, promocionando la excavación arqueológica de Jamestown. También se encontraba allí mi amiga Linda Fairstein, jefa de la Unidad de Crímenes Sexuales de la Oficina del Fiscal del Distrito de Nueva York, y me preguntó si quería conocer Scotland Yard.

—Ahora no —repliqué, aunque mientras las palabras salían de mi boca imaginé lo poco que me respetarían mis lectores si se enteraban de que en ocasiones no me apetecía visitar por enésima vez una comisaria de policía, un laboratorio, un depósito de cadáveres, un campo de tiro, una penitenciaría, el escenario de un crimen, un organismo de seguridad o un museo de anatomía.

Cuando viajo, sobre todo al extranjero, mi llave de la ciudad suele ser una invitación para conocer los escenarios más violentos y tristes. En Buenos Aires me pasearon con orgullo por el Museo del Crimen, una sala repleta de cabezas decapitadas conservadas en formol y expuestas en vitrinas de cristal. Sólo los asesinos más célebres han ido ocupando esa siniestra galería, y mientras me devolvían la mirada con ojos vidriosos supuse que se lo merecían. En Salta, en el noroeste de Argentina, me enseñaron momias de niños incas enterrados vivos cinco siglos atrás para complacer a los dioses. Hace unos años, en Londres, recibí tratamiento *vip* en una fosa de los tiempos de la peste, en la que resultaba difícil andar sobre el barro sin pisar restos humanos.

Durante seis años trabajé en la Oficina del Jefe de Anatomía Forense de Richmond, Virginia, programando ordenadores, compilando análisis estadísticos y echando una mano en el depósito de cadáveres. Escribía documentos para los patólogos, pesaba órganos, apuntaba la trayectoria y el tamaño de las heridas, inventariaba los fármacos de los suicidas que se habían negado a tomar sus antidepresivos, ayudaba a vestir a personas con *rigor mortis* que se empeñaban en no dejar que les quitásemos la ropa, etiquetaba tubos de ensayo, limpiaba manchas de sangre y veía, tocaba, olía e incluso saboreaba la muerte, porque lo cierto es que su hedor se le pega a una a la garganta.

Nunca olvido la cara ni los detalles más nimios de una persona asesinada. He visto muchas; no podría contarlas, y me gustaría llenar una enorme sala con ellas antes de que sucediera *aquello* para rogarles que cerrasen las puertas, que instalasen una alarma —o, al menos, que se comprasen un perro—, que no aparcasen en determinado sitio o que abandonasen las drogas. Siento una punzada de dolor cuando recuerdo el abollado aerosol de un desodorante Brut encontrado en el bolsillo de un adolescente que, por fanfarronear, decidió permanecer de pie en el techo de una camioneta, sin percatarse de que estaban a punto de pasar por debajo de un puente. Aún no consigo entender la azarosa muerte de un hombre que cayó fulminado por un rayo cuando bajaba de un avión, después de que le dieran un paraguas con punta metálica.

Hace tiempo que mi intensa curiosidad por la violencia se convirtió en una fría armadura que, si bien me protege, en ocasiones resulta tan pesada que apenas puedo andar después de una visita a los muertos. Se diría que quieren mi energía y que ponen todo su empeño en tratar de arrebatármela mientras yacen sobre su propia sangre en la calle, o sobre una mesa de acero inoxidable. Los muertos siguen muertos y yo me quedo vacía. El

asesinato no es una novela de misterio, y mi misión consiste en combatirlo con la pluma.

Habría sido una traición a lo que soy y una afrenta tanto a Scotland Yard como a todos los que intentan hacer cumplir la ley en el mundo cristiano que yo estuviera «cansada» el día que Linda Fairstein se ofreció a organizar la visita.

—Es todo un detalle por parte de Scotland Yard —aseguré—. Nunca he estado allí.

A la mañana siguiente conocí al subinspector John Grieve, el investigador más respetado de Gran Bretaña y, según descubriría más tarde, un experto en los crímenes de Jack el Destripador. El legendario asesino victoriano no me interesaba demasiado. No había leído un solo libro sobre él en toda mi vida. No sabía nada de sus homicidios. Ignoraba que sus víctimas eran prostitutas y desconocía cómo habían muerto. Hice unas cuantas preguntas. Tal vez pudiera usar a Scotland Yard en la siguiente novela de Scarpetta, pensé. En tal caso, necesitaría datos sobre los casos del Destripador; quizá Scarpetta pudiera aportar algo nuevo sobre ellos.

John Grieve se ofreció a guiarme en una visita retrospectiva por los escenarios de los crímenes del Destripador, o lo que quedaba de ellos, pues habían transcurrido ciento trece años. Cancelé un viaje a Irlanda para pasar una mañana lluviosa y helada con el célebre señor Grieve y el inspector Howard Gosling, caminando por Whitechapel y Spitalfields, Mitre Square y Miller's Court, donde aquel asesino en serie a quien la gente llamó el Destripador despojó de su piel a Mary Kelly.

—¿Alguien ha intentado usar la moderna medicina forense para resolver estos crímenes? —pregunté.

—No —respondió John Grieve, y me dio una breve lista de personas sobre las que recaían débiles sospechas de culpabilidad—. Hay otro individuo extraño que quizá le interese investigar, ya que va a dedicarse a ello, un artista llamado Walter Sickert que pintó algunas escenas de crímenes. En una en particular puede verse a un hombre que está sentado en el borde de la cama de la prostituta desnuda que acaba de asesinar. Se llama *El asesinato de Camden Town*. Ese tipo siempre me ha inspirado desconfianza.

No era la primera vez que alguien relacionaba a Sickert con los crímenes del Destripador. Sin embargo, para la mayoría de la gente esta idea era ridícula.

Yo empecé a sospechar de Sickert mientras hojeaba un catálogo de su obra. El primer cuadro que vi era de 1887, un retrato de la célebre cantante victoriana Ada Lundberg en el Marylebone *Music Hall*. Se supone que está entonando una melodía, pero parece que gritara bajo la mirada lasciva de un montón de hombres de aspecto amenazador. Estoy segura de que existen explicaciones artísticas para todas las obras de Sickert; a pesar de ello, lo que yo veo cuando las miro es morbosidad, violencia y odio hacia las mujeres. Mientras seguía la pista tanto a Sickert como al Destripador, empecé a encontrar inquietantes paralelismos. Algunos cuadros del pintor guardan una estremecedora semejanza con las fotografías de las víctimas del asesino que se tomaron en el escenario del crimen o en el depósito de cadáveres.

Reparé en las imprecisas siluetas de hombres vestidos que se reflejaban en espejos de lúgubres habitaciones en las que mujeres desnudas se sentaban en camas de hierro, y sentí que la violencia y la muerte eran inminentes. Vi a una víctima que no tenía motivos para temer al hombre apuesto y encantador que acababa de convencerla para que se colocara en una posición de extrema vulnerabilidad. Descubrí una mente diabólicamente creativa, y tuve conciencia del mal. Comencé a sumar una prueba circunstancial tras otra a las pruebas materiales descubiertas por la moderna ciencia forense y el cerebro de los entendidos.

Estos expertos y yo estábamos deseando encontrar muestras de ADN desde el principio. Pero sólo al cabo de un año y después de realizar más de un centenar de análisis empezaríamos a vislumbrar las primeras pruebas genéticas —de entre setenta y cinco y ciento catorce años de antigüedad— que Sickert y Jack el Destripador dejaron al tocar y lamer sellos postales o solapas de sobres. Algunas células de su boca se mudaron a la saliva y permanecieron intactas en el adhesivo hasta que los científicos extrajeron los marcadores genéticos con pinzas, agua estéril y algodón.

El mejor resultado lo obtuvimos del sello de una carta del Destripador que contenía una secuencia de ADN mitocondrial lo bastante precisa para descartar al noventa y nueve por ciento de la población como la persona que tocó y lamió el adhesivo de dicho sello. Esta misma secuencia pudo aislarse en otra carta del Destripador y en dos misivas de Sickert.

Asimismo, se descubrieron algunos componentes de este código genético en otras pertenencias de Sickert, como el mono que usaba para pintar. En todos los casos, salvo en el sello donde se halló la secuencia específica de un solo sujeto, el ADN aparecía mezclado con el de otras personas, lo cual, por otra parte, no es ni sorprendente ni negativo. Son las muestras de ADN más antiguas que se han analizado en un caso criminal.

Esto es sólo el principio, pues todavía no hemos concluido los análisis de ADN ni otras investigaciones forenses. El proceso podría durar años, mientras la tecnología avanza a un ritmo vertiginoso.

Existen otras pruebas materiales. Los científicos forenses y los expertos en arte, papel y caligrafía han descubierto las siguientes: una carta del Destripador escrita en papel de dibujo; filigranas del papel de las cartas del Destripador que coinciden con las del papel que usaba Walter Sickert; cartas del Destripador escritas con la sustancia de consistencia cerosa que se emplea en litografía; cartas del Destripador escritas con tinta o pintura aplicada con pincel. Un examen microscópico reveló que la «sangre seca» de las cartas del Destripador podría ser una mezcla de aceite y cera similar a la que se utiliza en los grabados; bajo los rayos ultravioleta, estas manchas se volvieron de color blanco fluorescente, lo que también ocurre con el barniz de grabado. Los expertos en arte sostienen que los dibujos que aparecen en las cartas del Destripador son obra de un profesional, y que tienen puntos en común con la técnica y los trabajos de Sickert.

Un inciso interesante: cuando el barniz de aspecto sanguinolento se sometió a pruebas de detección de sangre, los resultados no fueron concluyentes, lo que resulta muy extraño. Hay dos explicaciones posibles: podría haberse producido una reacción a las partículas microscópicas de cobre, ya que en esta clase de análisis este metal a veces ofrece resultados no definitivos, o un falso positivo; o podría haber habido sangre mezclada con el barniz.

Ciertas peculiaridades en los trazos y la posición de la mano del Destripador al escribir sus cartas provocativas y violentas se observan también en otras misivas del Destripador con distinta caligrafía. Asimismo, se perciben estos mismos rasgos en la irregular letra de Sickert.

El papel de las cartas que el Destripador envió a la policía metropolitana coincide por completo con el de otra que remitió a la policía de la City, a pesar de que la letra es diferente. Aunque no cabe duda de que Sickert era diestro, en una cinta de vídeo grabada cuando tenía más de setenta años parece muy hábil con la mano izquierda. Sally Bowers, experta en rótulos, cree que algunas cartas del Destripador las escribió una persona diestra que utilizó la mano izquierda para falsear su letra. Es evidente que el auténtico Destripador

redactó muchas más cartas de las que se le atribuyen. De hecho, yo opino que la mayoría son obra suya o, más bien, de Walter Sickert. Incluso cuando sus habilidosas manos de artista alteraban la escritura, tanto su arrogancia como su característico lenguaje lo delatan.

Sin duda siempre habrá escépticos y críticos influidos por intereses personales que se negarán a aceptar que Sickert fue un asesino en serie, un hombre trastornado y diabólico que actuaba inducido por la megalomanía y el odio. Habrá quienes aleguen que todo es una coincidencia.

Como afirma Ed Sulzbach, criminólogo del FBI: «En la vida no hay muchas coincidencias. Y ver una coincidencia tras otra y otra y otra es sencillamente una estupidez».

Quince meses después de mi primer encuentro con el agente de Scotland Yard John Grieve, volví a verlo y le expuse el caso.

—¿Qué habría hecho si hubiera sido policía en aquella época y hubiese contado con toda esta información? —le pregunté.

—Habría puesto a Sickert bajo vigilancia de inmediato para averiguar dónde tenía sus guaridas y, caso de que hubiésemos encontrado sus escondrijos, habría solicitado autorización para registrarlos —respondió mientras tomábamos café en un restaurante indio del East End—. Si no hubiésemos conseguido más pruebas que las que tenemos ahora —prosiguió—, yo habría presentado el caso ante el fiscal de la Corona.

3. Las desdichadas

Es difícil imaginar que Walter Sickert no participase en las actividades de la tan esperada fiesta del 6 de agosto. Un amante del arte con pocos recursos podía acceder a toda clase de exposiciones en el lacerioso East End por un solo penique, mientras que quedaba para los más pudientes contemplar las obras maestras de Corot, Díaz de la Peña y Rousseau en las caras galerías de New Bond Street por un chelín.

El viaje en tranvía era gratis; al menos en los que iban a Whitechapel, el populoso barrio de fábricas textiles donde buhoneros, mercaderes y cambistas voceaban sus productos y servicios los siete días de la semana, mientras los niños harapientos deambulaban por las apestosas calles en busca de comida y de la ocasión propicia para sacarle una moneda a un desconocido. Whitechapel era el hogar de «la gente del cubo de la basura», como llamaban muchos buenos victorianos a los infelices que vivían allí. Por menos de un penique un visitante podía ver espectáculos de acróbatas callejeros, perros amaestrados o fenómenos circenses, o simplemente emborracharse. O gozar de los favores de una prostituta —o «desdichada»— de las miles que frecuentaban la zona.

Una de ellas era Martha Tabran. Tenía unos cuarenta años y estaba separada de un embalador de muebles empleado en un almacén, Henry Samuel Tabran, que la había abandonado a causa de su afición a la bebida. Tabran fue lo bastante decente para pasarle una asignación de doce chelines semanales hasta que se enteró de que ella vivía con otro hombre, un carpintero llamado Henry Turner. Pero Turner también se cansó de las borracheras de Martha y la dejó dos o tres semanas antes de que la mataran. La última vez que la vio con vida fue el sábado 4 de agosto, la misma noche en que Sickert estaba haciendo bocetos en el teatro de variedades Gatti, cercano al Strand. Turner le dio unas monedas que ella se gastó en bebida.

Durante siglos, mucha gente creyó que las mujeres que se dedicaban a la prostitución sufrían un defecto genético que les hacía gozar del sexo por el sexo. Diferenciaban varias clases de mujeres inmorales o libertinas; algunas peores que otras. Aunque las concubinas, amantes y queridas no eran dignas de encomio, las peores eran las rameras, pues se suponía que lo eran por gusto y que no estaban dispuestas a renunciar a su «estilo de vida perverso y abominable». En la historia de las mujeres que escribió, en 1624, Thomas Heywoode se lamentaba de este modo: «Me siento desolado cuando recuerdo la actitud de una de las más célebres en su oficio, que sentenció: “Una vez que se llega a puta, siempre se es puta; lo sé por experiencia”».

La actividad sexual se limitaba a la institución del matrimonio y Dios la había creado con el único fin de preservar la especie. El centro del universo de cada mujer era su útero y el período menstrual provocaba grandes trastornos: lujuria, histeria y locura. Las mujeres pertenecían a un orden inferior, y el pensamiento abstracto y racional les era ajeno. Walter Sickert compartía esta opinión. Afirmaba que las mujeres eran incapaces de entender el arte, que sólo les interesaba cuando «halagaba su vanidad» o las elevaba a «esas categorías sociales de las que están tan pendientes». Las pocas mujeres con talento, refirió Sickert, «cuentan como hombres».

Sus creencias no eran insólitas para la época. Las mujeres constituían una «raza» diferente. La anticoncepción era una afrenta a Dios y la sociedad, de manera que la pobreza florecía mientras ellas daban a luz a un ritmo vertiginoso. Debían disfrutar del sexo por la

sola razón de que, en materia fisiológica, el orgasmo promovía la secreción de ciertos fluidos necesarios para la concepción. Experimentar el «estremecimiento» estando soltera o a solas era una perversión y una grave amenaza para la cordura, la salvación y la salud. Algunos médicos ingleses del siglo XIX curaban la masturbación practicando clitoridectomías. El estremecimiento por el estremecimiento, sobre todo entre las mujeres, se consideraba aberrante, y la sociedad lo tildaba de acto perverso y bárbaro.

Los cristianos conocían bien estas historias. Mucho tiempo atrás, en la época de Herodoto, las mujeres eran tan viciosas y blasfemas que se atrevían a burlarse de Dios entregándose a la lujuria y los placeres de la carne. En aquellos tiempos primitivos, satisfacer los deseos carnales a cambio de dinero no era vergonzoso, sino deseable y, así, un apetito sexual voraz no se consideraba malo, sino todo lo contrario. Cuando una joven hermosa moría, no era reprobable que un grupo de hombres de sangre caliente disfrutase de su cuerpo hasta que éste empezara a descomponerse y el embalsamador se ocupase de él. Aunque estas historias no se contaban entre gente educada, las familias decentes de la época de Sickert sabían que la Biblia no contenía nada bueno acerca de las meretrices.

La idea de que sólo quienes estuvieran libres de culpa podían arrojar la primera piedra había quedado relegada al olvido. Esto saltaba a la vista cuando se congregaban auténticas multitudes para ver una decapitación o un linchamiento públicos. En algún momento de la historia humana, la creencia de que Dios castigaba a los hijos por los pecados de sus padres mudó en la convicción de que las culpables a los ojos divinos eran las madres. Thomas Heywoode escribió que «la mujer cuya virtud se ha ultrajado trae infamia y deshonra». El venenoso pecado de una mala mujer, prometía Heywoode, se extendería a la «progenie que nacerá de tan corrupta semilla, engendrada en ilícita y adúltera copulación».

Doscientos cincuenta años después, la lengua inglesa era más fácil de entender, pero las ideas victorianas sobre la mujer y la inmoralidad continuaban siendo las mismas: las relaciones sexuales estaban destinadas a la procreación y el estremecimiento no era más que el catalizador de la concepción. Perpetuando el curanderismo, los médicos de la época consideraban como verdad científica que el estremecimiento era imprescindible para que la mujer quedase embarazada. El hecho de que una mujer víctima de una violación quedase embarazada era señal de que había tenido un orgasmo durante el coito; en consecuencia, éste no podía haber tenido lugar contra su voluntad. Si la mujer violada no quedaba embarazada era porque no había tenido un orgasmo, por lo que su acusación era, a ojos de todos, más verosímil.

Los hombres del siglo XIX se preocuparon mucho por el orgasmo femenino. Se concedía tanta importancia al estremecimiento que una no puede sino preguntarse cuántas veces se fingía. Habría sido un buen truco para sugerir que la infertilidad era culpa del hombre. Si una mujer no lograba alcanzar el orgasmo y era sincera al respecto, se le diagnosticaba «impotencia femenina». Se la sometía a un meticuloso examen médico, y el sencillo tratamiento de la manipulación del clítoris y los pechos a menudo bastaba para determinar si la paciente era impotente. Caso de que los pezones se endureciesen durante el reconocimiento, el pronóstico era optimista. Cuando la paciente experimentaba el estremecimiento, el marido se alegraba mucho de saber que su esposa estaba sana.

Las desdichadas de Londres, como llamaban a las prostitutas tanto la prensa como la policía y el público, no deambulaban por las frías y oscuras calles en busca del estremecimiento, aunque muchos victorianos estaban convencidos de que eran prostitutas a causa de sus insaciables apetitos sexuales. Si hubieran renunciado a sus perversas

costumbres y regresado al redil, habrían sido bendecidas con pan y techo. Dios cuidaba a su rebaño; o eso aseguraban las valerosas voluntarias del Ejército de Salvación que visitaban los tugurios del East End para repartir pastelillos y promesas de redención divina. Las desdichadas como Martha Tabran aceptaban los pasteles con gratitud y luego salían a hacer la calle.

Sin un hombre que la mantuviera, una mujer tenía pocos medios para sobrevivir y sacar adelante a sus hijos. Un empleo —caso que lo encontrara— suponía pasar doce horas diarias, seis días a la semana, cosiendo abrigos en fábricas de explotadores por el equivalente a veinticinco centavos de dólar semanales. Si una tenía suerte, ganaba setenta y cinco centavos por pegar cajas de cerillas durante siete jornadas de catorce horas. La mayor parte del sueldo iba a parar a los codiciosos caseros de los cuchitriles donde vivían, y a menudo la madre y los hijos sólo comían lo que recogían en la calle, o las frutas y verduras podridas que encontraban en la basura.

Gracias a los marineros de los barcos extranjeros que atracaban en los muelles cercanos, los militares y los hombres de clase alta que merodeaban de manera clandestina por el East End, era muy fácil para una mujer desesperada alquilar su cuerpo por unas monedas hasta que éste quedaba tan maltrecho como las ruinas infestadas de alimañas donde vivían. La desnutrición, el alcoholismo y los malos tratos reducían en poco tiempo a las mujeres a desechos humanos y, así, las desdichadas caían aún más bajo en la escala social. La prostituta escogía las calles, escaleras y patios más oscuros y lejanos, y tanto ella como su cliente casi siempre estaban borrachos como cubas.

Puesto que beber era la forma más barata de evadirse, un sorprendente número de personas de «El Abismo», como Jack London llamaba al East End, eran alcohólicos. Es muy probable que todas las desdichadas lo fueran. Enfermas, envejecidas antes de tiempo, despreciadas por sus maridos y sus hijos e incapaces de aceptar la caridad cristiana porque ésta no incluía alcohol, estas infelices frecuentaban las casas públicas —*pubs*—, donde pedían a los hombres que las invitasen a un trago. Luego, hacían negocios.

Con independencia del tiempo que hiciera, deambulaban en la noche como animales nocturnos, esperando a cualquier hombre, por zafio o repugnante que fuera, dispuesto a desprenderse de unos peniques a cambio de un rato de placer. El coito solía practicarse de pie: la prostituta se ponía de espaldas y levantaba sus múltiples prendas para que no estorbasen. Con un poco de suerte, él estaba demasiado borracho para saber que su pene no había entrado en un orificio, sino que estaba entre los muslos de la mujer.

Martha Tabran dejó de pagar el alquiler cuando Henry Turner la abandonó. No está claro dónde vivió a partir de entonces, pero cabe suponer que entró y salió de distintas pensiones, y si tuvo que escoger entre una cama y una copa, es muy probable que escogiera la copa y durmiera en un zaguán, un parque o la calle, de continuo perseguida por la policía. Martha pasó las noches del 4 y el 5 de agosto en un albergue de Dorset Street, a un paso de un teatro de variedades de Commercial Street, una de las cuatro calles principales del East End londinense.

A las once de la noche del 6 de agosto, Martha se encontró con Mary Ann Connolly, conocida por el apodo de Pearly Poll. Había sido un día desapacible, nublado e inestable, y la temperatura había continuado bajando hasta los 11 °C, un frío impropio de esa época del año. La neblina de la tarde se convirtió con las horas en una densa niebla que ocultaba la luna llena y que duraría hasta las siete de la mañana. Pero las dos estaban acostumbradas al mal tiempo y, aunque se sintieran incómodas por demás, era difícil que fuesen vulnerables a la hipotermia. Las mujeres como ellas tenían el hábito de ir vestidas con toda la ropa que

poseían, entre otras razones porque si una no tenía residencia fija, abandonar sus posesiones en una casa de huéspedes equivalía a dejarse robar.

La noche estaba animada y los licores corrían como agua mientras los londinenses aprovechaban hasta el último minuto de aquel día de fiesta. La mayoría de las obras teatrales y los musicales había empezado a las ocho y cuarto y ya debían de haber terminado, y muchos espectadores y aventureros acudían a pie o en coches de caballos y se internaban con arrojo en las calles cubiertas de niebla en busca de una copa u otra clase de diversión. En el East End, la visibilidad era mala incluso en las mejores circunstancias. Las farolas de gas eran pocas y estaban muy espaciadas, de modo que sólo irradiaban pequeñas manchas de luz y las sombras eran impenetrables. Aquél era el mundo de las desdichadas, que dormían durante el día y se levantaban para beber antes de entregar otra tediosa noche a su sórdido y peligroso oficio.

La niebla no cambiaba nada, a no ser que el índice de contaminación fuera demasiado alto, y el aire acre irritase los ojos y los pulmones. Al menos cuando había niebla una no advertía si un cliente era apuesto o repulsivo; ni siquiera le veía la cara. De cualquier modo, todo lo referente al cliente era intrascendente, salvo si éste demostraba un interés especial por la desdichada y estaba dispuesto a proporcionarle techo y comida. Entonces sí adquiría importancia, pero casi nunca sucedía, sobre todo cuando una había dejado atrás sus años mozos y estaba sucia, andrajosa, llena de cicatrices o desdentada. Martha Tabran prefería desvanecerse en la niebla, hacerse cuanto antes con un cuarto de penique, otra copa y, tal vez, con otro cuarto de penique y una cama.

Los acontecimientos que condujeron a su asesinato están bien documentados y parecen fiables, a menos que uno piense, como yo, que los recuerdos de una prostituta alcohólica como Pearly Poll muy bien pudieran estar exentos de precisión y credibilidad. Incluso si no mintió cuando la interrogó la policía, ni más tarde, cuando testificó en la investigación que el juez de instrucción llevó a cabo, es probable que estuviera confundida o que sufriera un episodio de amnesia producido por el alcohol. Pearly Poll estaba asustada. Explicó a la policía que se sentía tan angustiada que tenía ganas de arrojarse al Támesis.

Durante el proceso por el asesinato de Martha hubieron de recordarle en varias ocasiones que estaba bajo juramento mientras declaraba que el 6 de agosto, a las diez de la noche, ella y Martha Tabran habían ido a beber una copa con dos militares en Whitechapel. Las parejas se separaron a las doce menos cuarto. Pearly Poll informó al juez de instrucción y a los miembros del jurado que ella había subido por Angel Court con el cabo, mientras Martha se dirigía a George Yard con el soldado, y que ambos militares llevaban bandas blancas en la gorra. Indicó que la última vez que vio a Martha y al soldado, éstos iban en dirección a George Yard Buildings, un ruinoso edificio de inquilinos que se encontraba en Commercial Street, el siniestro centro del suburbio de East End. Pearly Poll declaró que no había ocurrido nada fuera de lo común mientras ella había estado con Martha. El rato que habían pasado con los militares había sido agradable. No hubo peleas ni discusiones, nada que pudiera alarmar a estas dos mujeres que ya lo habían visto todo y que por algo habían sobrevivido en las calles durante tanto tiempo.

Pearly Poll aseguró que no sabía qué le había ocurrido a Martha pasadas las doce menos cuarto, y tampoco hay pruebas documentales de lo que hizo ella después de marcharse con el cabo con «propósitos inmorales». Cuando se enteró del asesinato de Martha, Pearly Poll podría haber pensado que tenía motivos para preocuparse por su propio bienestar y que no le convenía dar demasiada información a la policía. No le habría sorprendido que, después de escuchar su versión de los hechos, aquellos hombres de

uniforme azul la enviasen a la cárcel como «chivo expiatorio de las cinco mil mujeres de su oficio». Por lo tanto, insistió en su versión de los hechos, esto es, que había ido a Angel Court, que estaba a más de un kilómetro de donde había dejado a Martha y dentro de la City londinense. La policía metropolitana no tenía jurisdicción sobre la City.

Para una prostituta astuta y curtida en la calle, situarse fuera del alcance legal de la policía metropolitana era una forma de evitar que los agentes e investigadores convirtieran el caso en una complicada y competitiva investigación multijurisdiccional. La City londinense —conocida como «the Square Mile» («la Milla cuadrada»)— es una rareza ingobernable que se remonta al año 1 a. C., cuando los romanos fundaron la ciudad en la orilla del Támesis. La City sigue siendo una ciudad autónoma, con sus propios servicios y administración municipales, y un cuerpo policial independiente que todavía sirve a una población de seis mil habitantes (un número que se eleva hasta más de un cuarto de millón durante las horas laborables).

Desde el punto de vista histórico, la City nunca se ha interesado por los asuntos del gran Londres (esto es, el resto de la ciudad y los barrios periféricos), a menos que se trate de problemas que afecten a su autonomía o su calidad de vida. La City siempre ha sido un oasis de riqueza en medio de la dispersa urbe, y cuando la gente habla de Londres suele referirse a la Gran Metrópolis. Muchos turistas desconocen la existencia de la City. Ignoro si Pearly Poll se llevó a su cliente a la desierta City para eludir a la policía metropolitana o por alguna otra razón. Es posible que, en lugar de ir allí, terminase su trabajo enseguida, cobrase su miserable estipendio y se marchara al *pub* más cercano, o que regresara a Dorset Street para buscar un sitio donde dormir.

Dos horas y cuarto después de que supuestamente Pearly Poll viera a Martha por última vez, Barrett, agente número 226 de la División «H» de la policía metropolitana, hacía su ronda por Wentworth Street, perpendicular a Commercial Street y paralela a la fachada norte de George Yard Buildings. A las dos de la madrugada, Barrett vio a un militar que caminaba solo. Parecía miembro de la guardia ceremonial, pues éstos llevaban bandas blancas alrededor de la gorra. Barrett calculó que el militar, un soldado raso, contaba entre 22 y 26 años y medía un metro setenta y siete o setenta y ocho. Este joven de impecable uniforme tenía la piel clara y un pequeño bigote castaño oscuro curvado en los extremos y no llevaba medallas, salvo un distintivo de buena conducta. El soldado explicó al agente Barrett que «estaba esperando a un colega que había salido con una chica».

En el mismo momento en que tenía lugar este breve diálogo, el señor y la señora Mahoney, que residían en George Yard Buildings, pasaron por el rellano donde más tarde se encontraría el cadáver de Martha y no vieron ni oyeron nada extraño. El asesinato todavía no había tenido lugar. Quizás estuviera cerca, oculta entre las sombras, esperando a que el agente continuase su ronda para reanudar su faena con el soldado. O puede que el soldado no tuviera nada que ver con ella, y que no sea sino una fuente de confusión. Como quiera que fuese, es evidente que al agente Barrett le llamó la atención ver a un soldado solo junto a George Yard Buildings a las dos de la madrugada y que, tanto si lo interrogó como si no, el soldado se sintió obligado a explicar qué hacía allí.

Sigue siendo un misterio la identidad de ese militar, o de cualquier otro que tuviera contacto con Pearly Poll y Martha la noche del 6 de agosto y la madrugada del 7. Pearly Poll, Barrett y otros testigos que vieron a Martha en la calle no fueron capaces de identificar con seguridad a ningún militar ni en la sala de guardia de la Torre de Londres ni en los cuarteles de Wellington. Todos los hombres que se asemejaban en algo a ellos tenían una coartada verosímil. Durante el registro de las pertenencias de los soldados no se

encontraron manchas de sangre ni otros indicios que pudieran incriminarlos y no cabe duda de que el asesino de Martha Tabran tuvo que mancharse de sangre.

El inspector Donald Swanson, jefe del Departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard, reconoció en un informe especial que no había razones para pensar que Martha Tabran estuviera con otra persona aparte del soldado con quien se marchó antes de medianoche, aunque, habida cuenta del «tiempo transcurrido», era posible que hubiera atendido a otro cliente. O a varios. El misterio del soldado que vio Martha a las doce menos cuarto y el que vio Barrett a las dos de la madrugada preocupaba a Scotland Yard, puesto que éste había estado muy cerca del lugar de los hechos y a una hora aproximada a la del asesinato de Martha. Quizá fuera el asesino, quizás, un simple soldado en realidad.

O tal vez fuese un hombre disfrazado de soldado. Habría sido un truco brillante. Había muchos militares en la calle esa noche de fiesta y alternar con prostitutas no era una actividad inusual entre ellos. Puede parecer descabellado que Jack el Destripador se pusiera un uniforme y un bigote falso para cometer su primer asesinato, pero ésta no sería la última vez que un misterioso hombre uniformado estaría relacionado con un crimen en el East End londinense.

Walter Sickert estaba familiarizado con los uniformes. Tiempo después, durante la Primera Guerra Mundial, mientras pintaba batallas, admitió sentirse especialmente «fascinado» por los uniformes franceses. «Hoy me puse mi uniforme belga —escribió en 1914—. El gorro de artillero, con su pequeña borla dorada, es lo más gracioso del mundo». De niño, Sickert solía dibujar hombres con uniforme o armadura. Su actuación más celebrada como Mr. Nemo, el actor, tuvo lugar en 1880, cuando interpretó a un soldado francés en el Enrique V de Shakespeare. En algún momento entre 1887 y 1889, Sickert terminó un cuadro titulado *Todo pasó por arrimarse a un soldado*, donde la popular actriz de variedades Ada Lundberg aparece cantando, rodeada de un grupo de hombres que la miran con lascivia.

El interés de Sickert por los asuntos militares no menguó con el tiempo, y tenía la costumbre de pedir a la Cruz Roja los uniformes de los soldados mutilados o muertos en combate. Su presunto motivo era copiar los distintos modelos en sus dibujos o cuadros de temática militar. Un conocido suyo contó que su estudio estaba lleno de uniformes y rifles.

«Estoy haciendo un retrato del cadáver de un hombre al que tenía en mucha estima, un coronel…», escribió. Pidió a un amigo que lo ayudase a «tomar prestados uniformes belgas del hospital», pues, según indicó, «servirme de las desgracias ajenas en beneficio propio me produce cierto malestar». No era cierto. Más de una vez admitió llevar «una vida auténticamente egoísta». «Vivo consagrado en exclusiva a mi trabajo o, según opinan algunos, a mí mismo», escribió Sickert.

Es sorprendente que la posibilidad de que el Destripador fuera disfrazado no se tomase más en serio ni se investigase, pues sin duda habría contribuido a explicar por qué parecía esfumarse sin dejar rastro después de cada crimen. También habría aclarado la variedad de descripciones que proporcionaron los testigos de los hombres que supuestamente acompañaban a las víctimas la última vez que las habían visto. El uso de disfraces no es insólito entre los criminales violentos. Entre los hombres condenados por brutales asesinatos en serie, incluidos los crímenes sexuales, algunos se disfrazaron de policías, soldados, encargados de mantenimiento, repartidores, técnicos de reparaciones, personal sanitario e incluso payasos. Un disfraz es un método simple y eficaz para acceder a un lugar, engañar a la víctima sin que ésta desconfíe u oponga resistencia y salir impune de un robo, una violación o un asesinato. Luego permite que el delincuente regrese al

escenario del crimen y observe la dramática investigación, o que asista al entierro de la víctima.

Un psicópata decidido a matar se sirve de cualquier medio para engañar a su víctima. Ganarse la confianza de ésta antes del homicidio forma parte del guión, y para ello es preciso interpretar un papel, tanto si la persona ha pisado alguna vez un escenario como si no. A cualquiera que haya visto víctimas de psicópatas le resultará difícil llamar «persona» a un ser semejante. Para empezar a entender a Jack el Destripador es preciso comprender a los psicópatas, lo cual no significa aceptarlos de manera obligada. Lo que hacen esos individuos está más allá de cualquier fantasía o sentimiento que hayamos experimentado los demás. Todo el mundo es capaz de cometer maldades, pero los psicópatas no son como nosotros.

En la comunidad psiquiátrica, la psicopatía es un trastorno antisocial de la conducta más frecuente en los hombres que en las mujeres, y las estadísticas demuestran que hay cinco veces más probabilidades de que se presente en el hijo de un hombre que sufre esta enfermedad. Según el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*, los síntomas de la psicopatía comprenden el robo, la mentira, el consumo de drogas, la irresponsabilidad económica, la incapacidad para combatir el aburrimiento, la crueldad, la promiscuidad, la agresividad y la ausencia de remordimientos.

Los psicópatas son tan distintos entre sí como el resto de las personas. Un psicópata puede ser promiscuo y mentiroso, pero económicamente responsable. Puede ser agresivo y promiscuo, pero no robar; ser cruel con los animales, pero no abusar del alcohol ni de las drogas, o torturar a la gente, pero no a los animales. Un psicópata puede cometer varios asesinatos sin ser promiscuo. Las combinaciones posibles de conductas antisociales son infinitas, aunque la característica más distintiva y profunda de todos los psicópatas es su incapacidad para sentir remordimientos. No tienen sentimientos de culpa. Carecen de conciencia.

Yo había oído hablar y leído acerca de un psicópata llamado John Royster meses antes de verlo en persona en el invierno de 1997, durante su juicio por homicidio en la ciudad de Nueva York. Me impresionó su apariencia gentil y cortés. Cuando le quitaron las esposas y lo hicieron sentar a la mesa de la defensa, me sorprendieron su aspecto agradable, su constitución menuda, su atuendo impecable y el aparato corrector que llevaba en los dientes. Si me lo hubiera encontrado en Central Park mientras hacía *footing* y me hubiese obsequiado con su plateada sonrisa, no habría sentido el menor temor.

Entre el 4 y el 11 de junio de 1996, John Royster segó la vida de cuatro mujeres, abalanzándose sobre ellas por detrás y golpeándoles la cabeza repetidas veces contra la calzada de cemento o adoquines hasta que las dio por muertas. Era lo bastante frío y calculador para dejar su mochila en el suelo y quitarse el abrigo antes de cada ataque. Mientras sus víctimas se desangraban, completamente desfiguradas por los golpes, las violaba si tenía ocasión. Luego, recogía sus cosas sin inmutarse y se marchaba. Destrozar la cabeza de una mujer excitaba su apetito sexual, y admitió ante la policía que no sentía remordimientos.

A finales de la década de 1880, esta clase de conducta antisocial —una definición insulsa— se diagnosticaba como «demencia moral», una expresión que, por paradójico que resulte, se utilizó como atenuante en un juicio reciente. En un manual de criminología que escribió en 1893, Arthur MacDonald definió a quien hoy llamaríamos psicópata como un «asesino puro». Añadió que estas personas eran «sinceras», ya que no eran ladrones «por naturaleza» y muchos poseían un «carácter casto». Pero indicó que todas carecían de

cualquier sentimiento de «repulsión» ante sus actos violentos. Precisó que, por regla general, los asesinos puros comenzaban a mostrar «indicios de sus tendencias asesinas» en la infancia.

Los psicópatas pueden ser hombres o mujeres, niños o adultos. No siempre son violentos, pero de forma invariable son peligrosos porque no sienten el menor respeto por las normas ni por la vida, con excepción de la suya propia. Los psicópatas poseen un factor X poco conocido, si no del todo incomprensible para la mayoría de nosotros, y aún no está claro si dicho factor es genético, patológico (debido a una lesión cerebral, por ejemplo) o fruto de una depravación moral que escapa a nuestro entendimiento. Investigaciones recientes sobre el cerebro criminal sugieren que la materia gris de un psicópata no tiene por qué ser normal. Se ha demostrado que más del ochenta por ciento de los asesinos convictos fueron víctimas de malos tratos en la infancia, y que un cincuenta por ciento de ellos sufre anomalías en el lóbulo frontal.

El lóbulo frontal es el centro de la conducta humana civilizada y, como su nombre indica, está localizado en la parte frontal del cerebro. Una lesión en esta zona, sea un tumor, sea un traumatismo craneal, puede convertir a una persona juiciosa en un extraño incapaz de controlarse y con tendencias agresivas o violentas. A mediados del siglo XX, la conducta antisocial severa se corregía con la célebre lobotomía prefrontal, un procedimiento que se realizaba por intervención quirúrgica o mediante la inserción de un punzón en la parte superior de la órbita del ojo con el fin de seccionar las fibras nerviosas que conectan el lóbulo frontal con el resto del cerebro.

Sin embargo, las lesiones cerebrales o una infancia traumática no son las únicas razones que explican el cerebro de un psicópata. Estudios realizados mediante tomografías por emisión de positrones (TEP o PET), que muestran imágenes del cerebro vivo en funcionamiento, han revelado que el lóbulo frontal de un psicópata presenta menos actividad neurológica que el de una persona «normal». Esto sugiere que las inhibiciones y represiones que evitan que la mayoría de nosotros cometamos actos violentos o sucumbamos a impulsos asesinos no se registran en el lóbulo frontal del cerebro de un psicópata, como tampoco los pensamientos y situaciones que a la mayoría de nosotros nos causarían angustia o miedo e inhibirían nuestros impulsos crueles, violentos o ilícitos. Para el psicópata no cuenta que esté mal robar, violar, agredir, mentir o incurrir en cualquier otra acción que degrade, engañe o deshumanice a otros.

Nada más y nada menos que el veinticinco por ciento de los criminales, y el cuatro por ciento de la población general, sufre una psicopatía. La Organización Mundial de la Salud (OMS) considera que el «trastorno de la personalidad disocial» —o trastorno de la personalidad antisocial, o sociopatía— es una enfermedad. Como quiera que lo llamemos, está claro que los psicópatas no experimentan los sentimientos humanos normales y que constituyen un pequeño porcentaje de las personas responsables de buena parte de los crímenes. Estos individuos son astutos en grado sumo y suelen llevar una doble vida. Por lo general, sus allegados ignoran que detrás de la encantadora máscara que utilizan se oculta un monstruo que no se deja ver hasta el momento en que comete sus agresiones, como ocurrió con el Destripador.

Los psicópatas son incapaces de amar. Cuando muestran lo que parece arrepentimiento, tristeza o pena, estas expresiones no son más que intentos de manipulación y obedecen a sus propias necesidades, no al respeto por otros seres humanos. A menudo son atractivos, carismáticos y con una inteligencia superior a la media. A pesar de su impulsividad, son metódicos a la hora de planear y ejecutar sus crímenes. No tienen cura.

Es imposible rehabilitarlos o «preservarlos del infortunio criminal», como escribió en 1883 Francis Galton, el padre de la clasificación de las huellas dactilares.

El psicópata suele acechar a su víctima antes de establecer contacto con ella, y durante ese período alimenta sus fantasías violentas. A veces realiza simulacros con objeto de poner a prueba su *modus operandi* y planea con sumo cuidado sus actos para asegurarse el éxito y la impunidad. Los ensayos pueden prolongarse durante años antes del violento debut, pero ni la práctica ni las estrategias garantizan una actuación perfecta. Los errores ocurren, sobre todo en el estreno, y el que cometió Jack el Destripador en su primer asesinato fue propio de un aficionado.

4. Por persona o personas desconocidas

Cuando Martha Tabran condujo a su asesino al rellano del primer piso del número 37 de George Yard Buildings, él le cedió el mando a ella, arriesgándose sin saberlo a que su plan se torciera.

Quizás el territorio de Martha no fuese el escenario que él tenía en mente. Acaso sucediera algo más que él no había previsto, como un insulto o una provocación. Las prostitutas, sobre todo las veteranas alcohólicas, no eran precisamente sensibles, y lo único que necesitaba Martha para enfurecerlo era meterle la mano entre las piernas y preguntar: «¿Dónde la tienes, cielo?». En una carta, Sickert utilizó la expresión «furia impotente». Más de un siglo después de los hechos, no puedo reconstruir lo que sucedió en aquel rellano oscuro y maloliente, pero está claro que el asesino montó en cólera. Perdió el control.

Apuñalar a alguien treinta y nueve veces revela encono, y el ensañamiento frenético suele ser fruto de un hecho o una palabra que hace estallar al asesino de manera imprevista. Con esto no sugiero que el asesino no actuase con premeditación, que no tuviese intención de matar, ya fuese a Martha Tabran o a cualquier otra que se hubiera cruzado con él esa noche o esa madrugada. Cuando la acompañó al rellano, lo hizo pensando en apuñalarla. Llevaba una daga o un cuchillo afilados, y se marchó con él. Cabe la posibilidad de que fuera disfrazado de soldado. Sabía cómo pasar inadvertido y se guardó de dejar indicios evidentes: un botón, una gorra, un lápiz. Las dos formas más personales de asesinato son el apuñalamiento y la estrangulación. Ambas obligan al agresor a establecer contacto físico con la víctima. Disparar a alguien es menos personal. Y también lo es aplastarle la cabeza, sobre todo por la espalda.

Asestar docenas de puñaladas no lo es, en cambio. En casos como éste, la policía y el forense dan por sentado que la víctima y el agresor se conocían. Es poco probable que Martha hubiera visto antes a su asesino, pero desató en él una reacción muy personal cuando hizo o dijo algo que no se ajustaba al guión. Quizá se resistiera. Martha era célebre por sus rabietas cuando se emborrachaba, y poco antes había bebido ron y cerveza con Pearly Poll. Los residentes de George Yard Buildings declararon que no oyeron «nada» a la temprana hora de la muerte de Martha, pero este testimonio no es muy fiable si se considera el habitual estado de agotamiento y embriaguez de aquellos infelices, que estaban acostumbrados a las borracheras, las trifulcas y las peleas domésticas. Además, era conveniente permanecer al margen. Uno podía resultar herido o buscarse problemas con la policía.

A las tres y media de la madrugada, una hora y media después de que el agente Barrett viese al soldado junto a George Yard Buildings, un residente de la zona llamado Alfred Crow volvió a casa del trabajo. Era cochero, y los días de fiesta solía trabajar mucho y acostarse tarde. Debía de estar cansado. Hasta es probable que se relajase tomando unas cervezas después de dejar a su último cliente. Al pasar por el rellano del primer piso notó «algo» que podría haber sido un cuerpo, pero no le dio importancia y se fue a la cama. Según la economista y reformista victoriana Beatrice Webb (Potter, de soltera), el credo del East End era no «inmiscuirse» en los asuntos ajenos. Cuando prestó testimonio durante la encuesta, Crow explicó que era frecuente toparse con borrachos inconscientes en el East End. Sin duda los veía a menudo.

Al parecer, pues, nadie se dio cuenta de que ese «algo» del rellano era un cadáver hasta las cinco menos diez de la mañana, cuando John S. Reeves, un estibador que salía del edificio, vio a una mujer tendida sobre un charco de sangre. Su ropa estaba en desorden, como si hubiera tomado parte en una pelea, recordó Reeves, pero él no vio pisadas en la escalera, ni un cuchillo o cualquier otra arma. No tocó el cadáver y de inmediato localizó al agente Barnett, quien mandó a buscar al doctor T. R. Killeen. Aunque nadie refirió a qué hora llegó el médico, no debía de haber mucha luz cuando examinó el cadáver.

El doctor Killeen dedujo que la víctima, cuya identidad no se haría pública hasta varios días después, llevaba muerta alrededor de tres horas. Tenía «treinta y seis años», adivinó el médico, y estaba «muy bien nutrida», o sea, obesa. Este detalle es significativo, ya que todas las víctimas del Destripador, incluyendo otras mujeres que la policía no contó entre sus víctimas, eran bien muy delgadas, bien gruesas. Con escasas excepciones, todas tenían entre treinta y cinco y cuarenta y pocos años.

Walter Sickert prefería que posasen para él mujeres obesas o escuálidas, y si eran pobres y feas, tanto mejor. Esto se infiere de sus frecuentes referencias a las mujeres como «esqueletos» o «la más flaca entre las flacas, como una pequeña anguila», y de las matronas de anchas caderas y pechos grotescamente caídos que aparecen en sus cuadros. Que otros se quedasen con las «coristas», escribió una vez, y le dejasen las «brujas» a él.

Las jóvenes de cuerpo atractivo no despertaban su interés artístico. A menudo señalaba que una mujer que no fuera demasiado gorda o demasiado delgada era aburrida, y en una carta que escribió a sus amigas americanas Ethel Sands y Nan Hudson, confesó estar encantado con sus últimas modelos y «fascinado» por su «suntuosa pobreza». Amaba su «ropa sucia, vieja y andrajosa». En otra carta añadía que, si hubiera tenido veinte años, «no habría mirado a ninguna mujer de menos de cuarenta».

Martha Tabran era baja, gorda, fea y de mediana edad. Cuando la mataron vestía falda verde, enaguas marrones, larga chaqueta negra, sombrero negro y botas de goma; «todo viejo», según la policía. Martha se habría ajustado al gusto de Sickert, pero la victimología es una guía, no una ciencia. Aunque las víctimas de los asesinos en serie a menudo comparten ciertos rasgos que son significativos para el asesino, un psicópata violento no siempre se muestra inflexible en la elección de su objetivo. Es imposible determinar por qué Jack el Destripador se fijó en Martha Tabran y no en otra prostituta parecida, a menos que la explicación sea tan sencilla como que ésta le sirvió la oportunidad en bandeja.

Fuera cual fuese su móvil, debió de aprender una valiosa lección de su brutal ataque a Martha Tabran: perder el control y asestar treinta y nueve puñaladas a una persona era una guarrada. Aunque no dejase huellas de sangre en el rellano ni en ninguna otra parte —suponiendo que los testigos ofrecieran una descripción fidedigna del escenario del crimen—, debió de mancharse las manos, la ropa y la puntera de las botas o de los zapatos, lo que dificultaría su huida. Y un hombre educado como Sickert, que sabía que la causa de las enfermedades no eran los miasmas sino los gérmenes, sin duda sentiría repugnancia al verse empapado con la sangre de una prostituta.

Es muy probable que Martha Tabran muriera desangrada debido a sus numerosas heridas. En el East End no había un depósito de cadáveres adecuado, de manera que el doctor Killeen practicó la autopsia en una casa mortuoria cercana. Calificó la única herida en el corazón como «suficiente para causar la muerte». Desde luego, una puñalada en ese órgano puede provocar la muerte aunque no corte o seccione una arteria. Pero muchas personas sobreviven después de que les hayan atravesado el corazón con un cuchillo, un

punzón para hielo u otro instrumento afilado. Lo que hace que el corazón deje de latir no es la herida, sino la sangre que llena el pericardio, el saco membranoso que recubre el corazón.

Saber si el pericardio de Martha estaba lleno de sangre no serviría sólo para satisfacer una curiosidad médica también proporcionaría una pista de cuánto tiempo sobrevivió mientras se desangraba a causa del resto de las heridas. Hasta el más mínimo detalle ayuda a hablar a los muertos, y la descripción del doctor Killeen aporta tan poco que ni siquiera sabemos si el arma tenía uno o dos filos. Ignoramos cuál fue el ángulo de la trayectoria, un dato que nos permitiría precisar dónde estaba situado el asesino en relación con Martha en el momento de producir cada lesión. ¿Ella se encontraba de pie o estaba acostada? ¿Había alguna herida grande o irregular que pudiera indicar que el cuchillo giró mientras salía del cuerpo porque la víctima continuaba moviéndose? ¿El arma tenía empuñadura, o lo que a menudo se confunde con guarnición? (Las espadas tienen guarnición). La empuñadura de un cuchillo deja contusiones —hematomas— o abrasiones en la piel.

La reconstrucción del crimen y la determinación de la clase de arma utilizada ayudan a componer un retrato del asesino. Los detalles proporcionan indicios sobre sus intenciones, emociones, actividades, fantasías, obsesiones e, incluso, su profesión. También es posible calcular la altura del asesino. Martha medía un metro sesenta y dos. Si el asesino era más alto que ella y los dos estaban de pie cuando empezó a apuñalarla, las primeras heridas deberían estar en la parte superior del cuerpo y tener una trayectoria descendente. Si ambos estaban de pie, a él le habría resultado difícil herirla en el abdomen y los genitales, a menos que fuera muy bajo. Con toda probabilidad, dichas heridas se infligieron cuando ella estaba en el suelo.

El doctor Killeen concluyó que el asesino era robusto. La adrenalina y la ira son estimulantes poderosos y pueden redoblar el vigor de una persona. Pero el Destripador no necesitaba una fuerza sobrehumana. Si su arma era puntiaguda, fuerte y afilada, le hubiera resultado fácil atravesar la piel, los órganos e incluso los huesos. El doctor Killeen también se equivocó al suponer que la herida que horadó el esternón, o «hueso pectoral», podía haberla ocasionado un «cuchillo». Se precipitó tanto al llegar a esa conclusión como a la siguiente: que se utilizaron dos armas, puede que una «daga» y un «cuchillo», lo que condujo a la teoría inicial de que el asesino era ambidiestro.

Incluso si lo era, la imagen de un hombre apuñalando a Martha con un cuchillo en una mano y una daga en la otra resulta grotesca y absurda; de haber sido así, es muy probable que él mismo se hubiera herido más de una vez. Los datos médicos que se conocen no sugieren el ataque de un ambidiestro. El pulmón izquierdo de Martha estaba perforado en cinco puntos. En el corazón, que se halla en el lado izquierdo del cuerpo, sólo había una herida. Una persona diestra tiene más posibilidades de ocasionar heridas en el lado izquierdo si la víctima se encuentra frente a él.

Una herida en el esternón no reviste la importancia que le concedió el doctor Killeen. Un cuchillo afilado puede atravesar el hueso, incluso el cráneo. En Alemania, décadas antes de que el Destripador empezara a matar, un hombre asesinó a su esposa apuñalándola en el esternón y más tarde confesó que el «cuchillo de mesa» había traspasado el hueso como si fuese mantequilla. Los bordes de la herida indicaban que el cuchillo había horadado de forma limpia el esternón y perforado el pulmón derecho, el pericardio y la aorta.

El doctor Killeen creyó hallar la confirmación de su teoría sobre las dos armas en la

diferencia de tamaño de las heridas. Sin embargo, esta discrepancia tendría fácil explicación si la hoja del cuchillo era más ancha cerca de la empuñadura que en la punta. La anchura de las heridas por arma blanca varía según su profundidad, el giro de la hoja y la elasticidad del tejido o la parte del cuerpo lesionada. Es difícil precisar qué quiso decir el doctor Killeen al hablar de un cuchillo y una daga, pero un cuchillo casi siempre tiene una hoja de un solo filo, mientras que la daga suele ser más estrecha y puntiaguda, y presenta doble filo. Los términos «cuchillo» y «daga» a menudo se usan como sinónimos, igual que «revólver» y «pistola».

Mientras investigaba los casos del Destripador, me informé de los distintos tipos de arma blanca que habría tenido a su alcance. La variedad es asombrosa, por no decir deprimente. Los británicos que viajaban a Asia regresaban con toda clase de *souvenirs*, algunos más apropiados que otros para cortar o apuñalar. El *pesh kabz* indio es un buen ejemplo de un arma capaz de ocasionar heridas de distinta anchura, según la profundidad del corte. La fuerte hoja de esta «daga», como se llamaba entonces, podía producir perforaciones tan diversas que incluso en la actualidad dejarían perplejo a cualquier forense.

La hoja es curva y mide casi cuatro centímetros de ancho junto a la empuñadura de marfil, pero en el último tercio adquiere doble filo y se va afinando de manera gradual hasta la punta, que es delgada como una aguja. La que yo compré a un anticuario se fabricó en 1830 y podría llevarse sin dificultad (con funda y todo) en la cinturilla del pantalón, una bota, un bolsillo grande o, incluso, oculta en una manga. La hoja curva de la daga oriental llamada *djambia* (hacia el año 1840) también produciría heridas de distinto ancho, aunque el filo es doble en toda su extensión.

Los victorianos tenían a su disposición una notable cantidad de armas fabricadas para matar seres humanos, y se hacían con ellas al desdén en sus viajes al extranjero o las compraban a precio de saldo en los mercadillos. En un solo día descubrí las siguientes armas en una feria de antigüedades de Londres y en casa de dos anticuarios de Sussex: dagas, *kukris*, una daga camuflada con aspecto de rama pulida, bastones que ocultaban estiletes, diminutos revólveres de seis balas diseñados para que cupieran en el bolsillo del chaleco de un caballero o en el bolso de una señora, navajas de afeitar, cuchillos Bowie, espadas, rifles y porras bellamente decoradas, incluyendo la llamada «salvavidas», que está hecha de plomo. Jack el Destripador tuvo la suerte de poder elegir entre una espléndida variedad de armas.

La que mató a Martha Tabran no se halló nunca, y dado que el informe de la autopsia del doctor Killeen a toda luz ha desaparecido —como tantos otros documentos relacionados con el caso del Destripador—, lo único que tenía a mi disposición eran las esquemáticas notas de la investigación. Como cabe suponer, no he logrado determinar con certeza cuál fue el arma que acabó con la vida de Martha, pero sí puedo especular al respecto. A juzgar por el ensañamiento del ataque y las heridas, es muy probable que se tratase de lo que los victorianos llamaban «daga»: un arma blanca con una hoja fuerte y puntiaguda y un mango sólido, diseñado para evitar que se escapase de la mano e hiriese a quien la empuñaba.

Si es verdad que Martha no presentaba heridas defensivas, como cortes o hematomas en las manos y los brazos, esto significaría que no se resistió demasiado, aunque su ropa estuviera «en desorden». Sin más explicaciones de en qué modo estaba desaliñada, no puedo deducir si había empezado a desvestirse cuando la atacaron, si el asesino alteró, desabrochó, cortó o desgarró esas prendas, o si lo hizo antes o después de

matarla. En los asesinatos de la época, la ropa era importante sobre todo para identificar a la víctima. No se la examinaba con el fin de encontrar lágrimas, cortes, semen o cualquier otra clase de pruebas. Después de la identificación, por lo general se arrojaba a la calle por la puerta de la funeraria. Cuando los crímenes del Destripador comenzaron a sumarse, algunas personas caritativas pensaron que sería buena idea donar las prendas de las muertas a los necesitados.

En 1888 se sabía muy poco sobre el comportamiento de la sangre. Ésta tiene una naturaleza distintiva y una conducta que acata con sumisión las leyes de la física. No es como ningún otro líquido, y puesto que circula a alta presión por las arterias de una persona, no se limita a gotear o a caer poco a poco cuando se corta una arteria. En el escenario del crimen, unas salpicaduras en la pared habrían indicado que la puñalada del cuello había seccionado una arteria y que ésta se había producido cuando Martha aún estaba de pie y tenía presión arterial. El esquema gráfico que deja la sangre arterial, que sube y baja al ritmo del corazón, también indicaría si la víctima estaba en el suelo cuando se le cortó la arteria. El examen de este esquema contribuye a establecer la secuencia de los hechos durante la agresión. Si se secciona una arteria importante pero no se observa el esquema gráfico característico de la sangre arterial, lo más probable es que otras heridas hubieran acabado ya con la vida de la víctima.

Las puñaladas en los genitales de Martha sugieren que el asesinato tuvo un componente sexual. Sin embargo, si es verdad que no había indicios de «conexión», el eufemismo con que los victorianos se referían al coito —al igual que en el resto de los casos del Destripador—, esta pauta de conducta debería haberse tomado muy en serio, pero no fue así. No estoy segura de cómo se determinaba si había habido conexión. El problema con una prostituta era que podía haber conectado varias veces en una noche, y que rara vez o nunca limpiaba los rastros de civilización que llevaba en su cuerpo.

Además, era imposible analizar los fluidos corporales para determinar el grupo sanguíneo o el ADN, y en las investigaciones criminales ni siquiera se intentaba distinguir entre la sangre animal y la humana. Aunque hubiera habido pruebas de actividad sexual reciente, el semen no habría tenido valor forense. Sin embargo, la ausencia de fluido seminal o de indicios de intento de copulación —como ocurre en todos los asesinatos del Destripador— sugiere que el asesino no mantuvo relaciones sexuales con las víctimas ni antes ni después de los asesinatos. No es un hecho insólito, pero sí poco habitual en los crímenes de los psicópatas violentos, que a menudo violan mientras matan, eyaculan cuando la víctima muere o se masturban sobre el cadáver. La ausencia de semen en los lujuriosos asesinatos del Destripador encaja con la suposición de que Sickert era incapaz de mantener relaciones sexuales.

Según los criterios actuales, la investigación del asesinato de Martha Tabran fue tan desastrosa que no merece llamarse investigación. Su asesinato no despertó el interés de la policía ni de la prensa. Su violenta muerte no se hizo pública hasta la primera indagación, celebrada el 10 de agosto. Hubo pocas pesquisas posteriores. Martha Tabran no era importante para nadie en particular. Como solíamos decir mis compañeros y yo cuando trabajaba en el depósito de cadáveres, todos dieron por sentado que había tenido la muerte que merecía.

Su asesinato fue brutal, pero nadie lo vio como la primera agresión de una fuerza maligna que había invadido la Gran Metrópolis. Martha era una sucia ramera, y al escoger esa clase de vida se había puesto en peligro a sabiendas. Incluso los periódicos comentaban que ejercía de manera voluntaria un oficio que la obligaba a eludir a la policía en la misma

medida que su asesino. Era difícil sentir compasión por las mujeres como ella, y el sentimiento público de la época no se diferencia mucho del actual: la culpa es de la víctima. Las excusas que se emplean en los tribunales modernos son tan deprimentes como exasperantes. Si no se hubiera vestido de esa manera; si no hubiera ido a ese barrio; si no hubiera recorrido los bares buscando un hombre; le dije que no hiciera *footing* en esa zona del parque; ¿qué quiere si deja que su hijo vuelva andando solo desde la parada del autobús? Como comenta mi mentora la doctora Marcella Fierro, médica forense de Virginia: «Una mujer tiene derecho a ir desnuda por la calle sin que por ello la violen o la asesinen». Martha Tabran tenía derecho a vivir.

«La investigación se restringió a personas de la calaña de la difunta en el East End —resumió el inspector jefe Donald Swanson en su informe—, pero resultó infructuosa».

5. Un niño maravilloso

Walter Richard Sickert, a quien se ha considerado uno de los artistas más importantes de Inglaterra, no era inglés: nació en Múnich, Alemania, el 31 de mayo de 1860.

Este «inglés de pura cepa», como se lo describió a menudo, era hijo de Oswald Adalbert Sickert, un artista danés de pura cepa, y de Eleanor Louisa Moravia Henby, una belleza angloirlandesa de no tan pura cepa. De pequeño, Walter era un auténtico alemán.

Tanto la madre de Sickert como su hermana menor, Helena, y su primera esposa, Ellen Cobden, se hacían llamar «Nelly». Ellen Terry era llamada Nelly. En aras de la claridad, sólo usaré el nombre de Nelly para referirme a la madre de Sickert, y no caeré en la tentación de recurrir a Edipo y la jerigonza psicoanalítica para explicar el hecho de que las cuatro mujeres más importantes de la vida del pintor tuvieran el mismo apodo.

Walter fue el primero de seis hijos, cinco niños y una niña. Curiosamente, ninguno de ellos tendría hijos. Parece que fueron todos bichos raros, salvo, quizás, Oswald Valentine, de quien sólo se sabe que fue un próspero vendedor. Robert se convirtió en un ermitaño y murió a causa de las lesiones que sufrió cuando lo atropelló un camión.

Leonard siempre estuvo extrañamente distanciado de la realidad y murió tras una larga batalla con los estupefacientes. Bernhard fue un pintor frustrado, víctima de la depresión y el alcoholismo. Su padre, Oswald, escribió una poética observación que parece una trágica profecía:

Donde hay libertad, como es obvio,
lo malo ha de ser libre también, pero muere,
pues lleva dentro de sí el germen de la destrucción,
y sucumbe a su propia lógica/consecuencia.

La única hija de los Sickert, Helena, tenía una mente brillante y un espíritu indomable, pero también un cuerpo que le falló durante toda su vida. Fue el único miembro de la familia que demostró interés por sus semejantes y las causas humanitarias. En su biografía, explicó que los sufrimientos de la infancia la volvieron compasiva y sensible ante los problemas de los demás. La enviaron a un estricto internado, donde la comida era terrible y las demás niñas se mofaban de ella a causa de su torpeza y su naturaleza enfermiza. Los varones de su familia la convencieron de que era fea. Era inferior porque no era niño.

Walter pertenecía a la tercera generación de artistas. Su abuelo, Johann Jurgen Sickert, fue un pintor tan notable que se ganó el mecenazgo del rey Cristian VIII de Dinamarca. Su padre, Oswald, fue un brillante pintor y artista gráfico que no consiguió hacerse un nombre ni ganarse la vida con su arte. En una antigua fotografía se nos muestra con una larga y poblada barba, y hay un brillo de ira en su mirada. Al igual que con el resto de la familia Sickert, la información sobre él es tan imprecisa como un mal daguerrotipo. Tras una exhaustiva búsqueda, sólo encontré una pequeña colección de obras artísticas y textos suyos junto con la documentación que existe acerca de su hijo en las bibliotecas públicas de Islington. Los manuscritos de Oswald tuvieron que traducirse del alto al bajo alemán y luego al inglés, un proceso que duró casi seis meses y sólo produjo sesenta fragmentos, ya que la mayoría de lo que escribió era ilegible e imposible de descifrar.

Pero lo que pudo traducirse me permitió vislumbrar a un hombre tenaz, complejo y brillante como pocos, que escribió música, obras de teatro y poesía. Su fluidez verbal y su talento para el teatro lo convirtieron en un apreciado orador que pronunciaba discursos en bodas, fiestas y otros actos sociales. Políticamente activo durante la guerra entre Dinamarca y Alemania, en 1864 viajó por distintas ciudades para instar a los obreros a luchar por la unidad de Alemania.

«Necesito vuestra ayuda —proclamó en un discurso sin fecha—. Cada uno de vosotros ha de arrimar el hombro… También aquellos de vosotros que tratáis con los obreros, los propietarios de fábricas y grandes comerciantes, debéis proteger al trabajador honesto». Oswald era capaz de enfervorizar a los oprimidos. También componía música y poesías repletas de ternura y amor. Dibujaba viñetas cómicas que revelan un sentido del humor cruel y mordaz. Las páginas de su diario demuestran que cuando no dibujaba, paseaba, una afición que legaría a su hijo mayor.

Oswald estaba siempre de aquí para allá, tanto que cabe preguntarse cuándo trabajaba. Sus caminatas le ocupaban la mayor parte de la jornada, y a menudo viajaba en tren hasta altas horas de la noche. Un somero recuento de sus actividades revela que era un hombre que rara vez estaba en reposo y que hacía siempre lo que le apetecía. Las páginas de su diario están incompletas y sin fechar, pero sus palabras lo retratan como un ser egocéntrico, malhumorado e inquieto.

Durante una semana en particular, el miércoles, Oswald Sickert viajó en tren desde Echkenforde hasta Schleswig, Echen y Flensburg, en el norte de Alemania. El jueves fue a echar un vistazo a «la nueva carretera junto a las vías del tren», caminó «por el muelle hasta la Nordertor [la Puerta Norte]» y luego, «campo a través, hasta la acequia y mi casa». Almorzó y pasó la tarde en «la terraza de la cervecería Notke». De allí fue a visitar una granja antes de volver a casa. El viernes: «Fui solo» a visitar Allenslob, Nobbe, Jantz, Stropatil y Möller. Se encontró con un grupo de personas, cenó con ellas y volvió a casa a las diez de la noche. El sábado: «Salí a pasear solo por la ciudad».

El domingo estuvo fuera todo el día, cenó y luego hubo música y canto en su casa hasta las diez de la noche. El lunes fue andando hasta Gottorf y, más tarde, regresó «por las fincas privadas y el tremedal…». El martes fue a caballo hasta el Mugner, pescó hasta las tres de la tarde y se hizo con «treinta percas». Se encontró con unos conocidos en un bar. «Comí y bebí. Regresé a las once y media de la noche».

Los escritos de Oswald dejan claro que detestaba la autoridad, en particular a la policía, y sus palabras maliciosas y burlonas constituyen un inquietante presagio de las provocaciones de Jack el Destripador: «Atrápenme si pueden», escribió varias veces el Destripador. «¡Hurra! ¡El vigilante está dormido! —Escribió el padre de Walter Sickert—. Al verlo de esa guisa, es difícil creer que sea un vigilante. Quizá debería despertarlo por amor a la humanidad y decirle por qué tocan las campanas [qué riesgo corre]… Pero no, dejemos que duerma. Tal vez sueñe que me ha atrapado; dejemos que se aferre a esa ilusión».

Oswald debió de hablar de sus sentimientos hacia la policía; es difícil que Walter no los conociera. También es improbable que él y su madre no estuvieran al tanto de las frecuentes visitas de Oswald a las cervecerías y los bares, y que no supieran de su «afición al ponche».

«Me he bebido todo mi dinero —escribió Oswald—. Se lo debía a mi estómago. Duermo durante mis horas libres, que son muchas».

Fuera cual fuese la causa de sus caminatas compulsivas, sus continuos viajes y sus

rondas por bares y cervecerías, es evidente que todo esto costaba dinero. Y Oswald era incapaz de ganarse la vida. Sin el dinero de su esposa, la familia no habría sobrevivido. Quizá no sea casual que en una obra para títeres que escribió Oswald (es probable que a principios de la década de 1860), Punch, el esposo sádico, se gaste el dinero de la familia en vino y no se preocupe en absoluto por su esposa ni por su hijo:

ENTRA PUNCH: […] Ah, sí, creo que no me conocéis […] me llamo Punch. Igual que mi padre y mi abuelo. […] Me gusta la ropa bonita. A propósito, estoy casado. Tengo una mujer y un hijo, pero eso no significa nada […]

ESPOSA (JUDY): ¡No, no aguanto más! ¡A pesar de lo temprano que es, este hombre horrible ya ha bebido *brandy*!

[…] ¡Ay, qué desdichada soy! Todo lo que ganamos se gasta en licores. No tengo pan para mi hijo […]

Walter Sickert heredó la despreocupación por el dinero y el carácter inquieto de su padre, y el encanto y el atractivo físico de su madre. También es probable que ambos le legasen sus atributos menos agradables. La historia de la singular infancia de la señora Sickert guarda un asombroso parecido con la de la protagonista de *Casa desolada*, de Charles Dickens, la novela favorita de Walter. En ella, Esther, una niña huérfana, recibe una misteriosa invitación para vivir en la mansión del rico y amable señor Jarndyce, que más tarde desea casarse con ella.

Nacida en 1830, Nelly fue hija ilegítima de una hermosa bailarina irlandesa que no estaba interesada en ser madre. Descuidaba a la niña y bebía demasiado. Al final, cuando Nelly tenía doce años, se marchó a Australia para casarse. En ese momento Nelly se encontró de pronto bajo la tutela de un rico tutor, un solterón anónimo que la envió a un internado en Neuville-les-Dieppe, en el norte de Francia, junto al Canal de la Mancha. Durante los seis años siguientes, ese hombre le escribió afectuosas cartas firmadas con la inicial «R».

Cuando Nelly cumplió los dieciocho y conoció por fin a su tutor, éste le reveló que era Richard Sheepshanks, un antiguo sacerdote convertido en astrónomo famoso. Él era ingenioso y apuesto —el sueño de toda jovencita—, y ella inteligente y hermosa. Sheepshanks consintió a Nelly y la adoró aún más que ella a él. La puso en contacto con las personas y el ambiente adecuados. La joven empezó a asistir a fiestas, al teatro y la ópera, y a viajar por el extranjero. Aprendió varias lenguas y se convirtió en una mujer culta, siempre bajo la atenta mirada de su devoto benefactor de cuento de hadas, que un día, al fin, le confesó que era su padre biológico.

Sheepshanks hizo prometer a Nelly que destruiría todas las cartas que le había escrito, de manera que es imposible saber si lo que sentía por ella era algo más que amor de padre. Puede que Nelly conociera sus sentimientos y decidiera negarlos, o quizá fuera confiada e ingenua. Sin embargo, él debió de llevarse una desagradable sorpresa en París cuando su hija anunció con júbilo que estaba enamorada y se había comprometido con un estudiante de arte llamado Oswald Sickert.

Sheepshanks reaccionó con furia. La acusó de ser ingrata, deshonesta y desleal, y le exigió que rompiera el compromiso de inmediato. Nelly se negó. Su padre dejó de pasarle dinero y regresó a Inglaterra. Le escribió varias cartas llenas de amargura y murió al poco de una apoplejía. Nelly se culpaba por su muerte y nunca superó esa pérdida. Destruyó todas las cartas salvo una, que ocultó en el interior de un viejo cronómetro de su padre. «Ámame, Nelly, ámame tanto como yo te amo a ti», había escrito él.

Richard Sheepshanks no le dejó nada. Por fortuna, su amable hermana, Anne

Sheepshanks, acudió al rescate de Nelly y le pasó una generosa asignación que le permitió mantener a Oswald y a sus seis hijos. Sin duda, tanto la desdichada infancia de Nelly como la traición y el abandono de su padre debieron de dejar cicatrices. Aunque no hay nada escrito sobre lo que sentía por su irresponsable madre bailarina, o ante el amor incestuoso de un padre que fue poco más que un secreto romántico durante la mayor parte de su juventud, es lícito suponer que Nelly experimentó una profunda pena, ira y vergüenza.

Si Helena Sickert no se hubiera convertido en una figura política y una célebre sufragista que escribió sus memorias, sabríamos poca cosa de la familia Sickert y de cómo era Walter de niño. Prácticamente las únicas referencias a la infancia de éste se encuentran en las memorias de Helena. Si otro miembro de la familia escribió sobre él, el texto no existe ya o está guardado a buen recaudo en algún sitio.

La descripción que hace Helena de su madre revela a una mujer inteligente y compleja, a veces divertida, encantadora e independiente, y otras veces estricta, fría, manipuladora o sumisa.

El hogar que creó para su familia estaba lleno de contradicciones: el ambiente severo y riguroso de pronto daba paso a los juegos y las canciones. Por las noches, Nelly solía cantar acompañada por Oswald al piano. También cantaba mientras bordaba y cuando llevaba a los niños al bosque o a nadar. Les enseñó encantadoras tonadas absurdas, como *La rama de muérdago* o *Ella llevaba una corona de rosas* y la favorita de los niños:

Soy Jack el Saltarín, el más joven salvo por uno.
Puedo hacer fruslerías con el pulgar…

Desde niño, Walter fue un nadador intrépido con la cabeza llena de dibujos y música. Tenía los ojos azules y largos tirabuzones rubios y, según un amigo de la familia, su madre solía vestirlo con «pequeños trajes de terciopelo al estilo lord Fauntleroy». Helena, que era cuatro años menor que él, recordaba que su madre lo elogiaba a todas horas por su «belleza» y su «perfecto comportamiento», aunque en este último punto su hermana no estaba de acuerdo. Puede que Walter fuera un regalo para la vista, pero distaba mucho de ser un niño dulce y delicado. Helena aseguraba que era simpático, inquieto y peleador, y que hacía amigos con facilidad pero perdía el interés por ellos en cuanto dejaban de divertirlo o de servir a sus propósitos. Su madre se veía obligada a consolar a los compañeros de juego abandonados y a inventar excusas poco convincentes para justificar los desaires de su hijo.

La frialdad y el egoísmo de Walter se pusieron de manifiesto a una tierna edad, y sospecho que a su madre nunca se le ocurrió pensar que su relación con él había contribuido a forjar los aspectos más oscuros de su carácter. Puede que Nelly adorase a ese hijo de aspecto angelical, pero quizá no sólo por razones saludables. Cabe la posibilidad de que lo viese como una extensión de sí misma, y que su devoción por él fuera una proyección de profundas carencias insatisfechas. Quizá lo tratase de la única forma que conocía: distanciándose emocionalmente de él, igual que su madre, y con la vehemencia egoísta e inapropiada que había manifestado su padre. Cuando Walter tenía dos o tres años, un artista llamado Fuseli insistió en pintar a aquel niño «maravilloso». Nelly mantuvo el retrato de tamaño natural colgado en el salón de su casa hasta que murió, a los noventa y dos años.

Oswald Sickert fingía ser el sostén de la familia, pero no lo era, y Walter debía de saberlo. Los niños presenciaron a menudo la escena ritual de «Mami» mendigando dinero a su marido, quien entonces se metía la mano en el bolsillo y preguntaba: «¿Cuánto tengo que

darte, derrochadora?».

«¿Sería demasiado quince chelines?», preguntaba ella tras repasar la lista de las necesidades domésticas.

Entonces, con aire magnánimo, Oswald le daba un dinero que era de ella, ya que Nelly le entregaba sin tardanza su asignación anual. Luego Nelly recompensaba esta falsa generosidad con besos y exclamaciones de alegría, una farsa que recreaba de manera grotesca la relación entre ella y Richard Sheepshanks, el padre omnipotente y dominante. Walter conocía esta comedia al dedillo. Adoptó los peores atributos de su progenitor y siempre buscó mujeres dispuestas a tolerar su megalomanía y a satisfacer todos sus caprichos.

Oswald Sickert trabajaba para la revista humorística alemana *Die Fliegende Blatter*, pero su actitud en casa no tenía nada de graciosa. Los niños lo impacientaban, y nunca creó vínculos estrechos con los suyos. Su hija, Helena, contó que sólo hablaba con Walter, quien más tarde afirmaría que guardaba en su memoria «todo» lo que le había dicho su padre. Eran pocas las cosas que Walter no aprendía con rapidez y recordaba con precisión. Aprendió a leer y a escribir solo cuando aún vivía en Alemania, y durante toda su vida sus amistades se maravillarían de su memoria fotográfica.

Cuenta la leyenda que un día, mientras daba un paseo con su padre, éste le señaló una placa conmemorativa de una iglesia.

—He ahí un nombre que no serás capaz de recordar —comentó Oswald mientras pasaban por delante.

Walter se detuvo a leerla:

MARAJÁ MEERZARAM
GUAHAHAPAJE RAZ
PAREA MANERAMAPAM
MUCHER
L. C. S. K.

A los ochenta años, Walter Sickert aún podía recordar la inscripción y escribirla sin errores.

Oswald no animó a ninguno de sus hijos a dedicarse al arte, pero el pequeño Walter era incapaz de contener el impulso de dibujar, pintar y modelar figuras de cera. Decía que todo lo que sabía sobre teoría del arte lo había aprendido de su padre, que en la década de 1870 solía llevarlo a la Royal Academy, en Burlington House, para estudiar las obras de los «antiguos maestros». Los archivos de Sickert sugieren que Oswald pudo influir también en el desarrollo de Walter como dibujante. En las bibliotecas públicas de Islington, en el norte de Londres, hay una colección de bocetos que se atribuyeron a Oswald, aunque los expertos e historiadores del arte opinan que entre ellos hay algunos de su brillante primogénito, Walter. Es posible que Oswald criticase los primeros trabajos artísticos de su hijo.

Sin duda alguna, muchos de estos dibujos son obra de una mano habilidosa pero torpe, de alguien que está aprendiendo a bosquejar escenas callejeras, edificios y figuras humanas. Pero la mente creativa que guía esa mano parece trastornada, violenta y morbosa; es una mente que se deleita en representar a hombres cociéndose vivos en una caldera y a personajes demoníacos de cara larga y puntiaguda, rabo y sonrisa maliciosa. Los soldados que asaltan castillos o luchan entre sí son un tema recurrente. Un caballero rapta a una doncella voluptuosa y se la lleva a caballo mientras ella suplica que no la violen o la maten,

o ambas cosas. Sickert podría haber estado hablando de sus propias obras juveniles cuando describió un grabado de Karel du Jardin del año 1652: según él, es una horrible escena de un «caballero» montado a caballo que se detiene para contemplar un cuerpo «desnudo» y «destrozado», mientras las tropas con «lanzas y estandartes» se alejan de allí.

En el dibujo más violento de esta colección de obras de aficionado se ve a una joven de busto exuberante y vestido escotado sentada en una silla, con las manos atadas a la espalda y la cabeza hacia atrás mientras un hombre diestro le clava un cuchillo en el pecho, a la altura del esternón. También tiene heridas en la parte izquierda del torso, una en el cuello, en el mismo lado —donde está la arteria carótida—, y probablemente otra debajo del ojo izquierdo. Una pequeña sonrisa es el único gesto facial del asesino, que lleva un traje negro. Junto a este dibujo, en el mismo papel rectangular, aparece un hombre de aspecto aterrador en cuclillas, a punto de saltar sobre una mujer vestida con falda larga, chal y sombrero.

Aunque no he hallado indicio alguno de que Oswald Sickert fuese un hombre sexualmente violento, podría haber sido cruel e insensible. Su víctima favorita era su hija. Helena le tenía tanto miedo que temblaba en su presencia. Durante los dos años que pasó postrada en cama a causa de una fiebre reumática, su padre no demostró la menor compasión por ella. Cuando se recuperó, a los siete años, quedó muy débil y con dificultades para caminar. Para su horror, Oswald empezó a forzarla a acompañarlo en sus caminatas. Jamás le hablaba durante esos paseos, y para ella su silencio era más pavoroso que sus críticas.

Mientras corría con torpeza para seguir el ritmo implacable de Oswald, o si chocaba con él, explicó Helena, «mi padre me sujetaba en silencio por el hombro y me giraba en la dirección contraria, con el riesgo de que tropezase con la pared o con una alcantarilla». Su madre nunca intercedía por ella. Nelly quería más a sus «guapos hombrecitos» de cabello rubio y traje de marinero que a su hija pelirroja y poco agraciada.

Walter era el más guapo y «el más listo» de los rubios hombrecitos. Casi siempre conseguía lo que quería mediante la manipulación, el engaño o la simpatía. Era el líder, y los demás hacían lo que ordenaba, incluso cuando los «juegos» que proponía eran injustos o desagradables. Cuando jugaba al ajedrez, no tenía el menor escrúpulo en cambiar las reglas según le conviniese, exigiendo, por ejemplo, que hacer jaque al rey no tuviera consecuencias. Cuando era un poco mayor, después del traslado de su familia a Inglaterra en 1868, comenzó a reclutar a sus amigos y sus hermanos para interpretar escenas de Shakespeare, y algunas de sus técnicas de dirección eran desagradables y humillantes. En un borrador inédito de sus memorias, Helena recordaba:

Yo debía de ser una niña cuando [Walter] nos convenció para que ensayáramos el papel de las tres brujas de su versión de *Macbeth* en una cantera abandonada cercana a Newquay, que yo, inocente de mí, creía que en realidad se llamaba «El pozo de Aqueronte». Allí nos dirigió con severidad. A mí (que era convenientemente delgada y pelirroja) me obligó a quitarme el vestido, los zapatos y las medias para que diese vueltas alrededor del caldero de las brujas, a pesar de las espinas, las afiladas piedras y el acre humo de las algas quemadas que me irritaba los ojos.

Ésta y otras anécdotas sugerentes se suavizaron o eliminaron antes de que se publicaran las memorias de Helena, y si no fuese por el borrador de seis páginas donado a la Biblioteca Nacional de Arte del Victoria & Albert Museum, tendríamos poca información sobre las inclinaciones juveniles de Walter. Sospecho que fue mucho lo que se censuró.

En la época victoriana y principios del siglo XIX no era habitual contarlo todo, y mucho menos hablar de la familia de uno. La propia Reina quemaba tantos papeles personales que habría podido incendiar un palacio. En 1935, cuando Helena publicó sus memorias, su hermano Walter tenía setenta y cinco años, y era un ídolo británico aclamado por los jóvenes pintores, que lo llamaban el *roi*, o «rey». Es posible que su hermana se lo pensara dos veces antes de desprestigiarlo en su libro. Era una de las pocas personas que Walter no consiguió dominar, y nunca mantuvieron una buena relación.

No queda claro si alguna vez llegó a entenderlo. Él era «[…] a la vez el ser más veleidoso y perseverante […] insensato, pero siempre racional. Por completo indiferente ante sus amigos y conocidos en circunstancias normales, y sin embargo asombrosamente amable, magnánimo e ingenioso en momentos de crisis […]. Nada lo aburría, salvo la gente».

Los estudiosos de Sickert coinciden en que era un hombre «de armas tomar». Lo califican de «brillante» y con un «carácter voluble», y cuando tenía tres años su madre confesó a una amiga que era «malo y caprichoso», un niño físicamente fuerte cuya «dulzura» mudaba con facilidad en «mal genio». Maestro de la persuasión, despreciaba las creencias religiosas en la misma medida que su padre. Para él no existían Dios ni la autoridad. En la escuela era un niño activo e inteligente, pero no respetaba las reglas. Quienes han escrito sobre su vida se muestran imprecisos y esquivos al referirse a sus «irregularidades», como las llamó su biógrafo, Denys Sutton.

Cuando Sickert tenía diez años, lo «sacaron» de un internado de Reading donde, según diría él, no había podido soportar a «la vieja arpía de la directora». Lo expulsaron del University College School por razones desconocidas. Alrededor de 1870 ingresó en la Bayswater Collegiate School, y durante dos años fue alumno de Kings College School. En 1878 superó con honores el examen de ingreso a la universidad (que se hacía al acabar el último curso de bachillerato), pero no llegó a matricularse en ella.

La arrogancia, la falta de sensibilidad y la extraordinaria capacidad de manipulación de Sickert son rasgos característicos de los psicópatas. Lo que no parecía tan evidente —aunque se adivina en sus arrebatos de genio y en sus juegos sádicos— era la furia que bullía bajo su cautivadora fachada. Si se añade la ira al distanciamiento emocional y a una absoluta falta de compasión o remordimientos, el resultado de esta alquimia convierte al doctor Jekyll en Mr. Hyde. La química exacta de esta transformación es una combinación de lo físico y lo espiritual que quizá no lleguemos a entender del todo. ¿Un lóbulo frontal anómalo puede convertir a alguien en psicópata? ¿O la psicopatía de una persona produce anomalías en el lóbulo frontal? Aún no lo sabemos con seguridad.

Pero conocemos el comportamiento de estos individuos y sabemos que los psicópatas actúan sin temor a las consecuencias. No les preocupa el sufrimiento causado por sus arrebatos de violencia. A un psicópata agresivo le trae sin cuidado que el asesinato de un presidente pueda perjudicar a la nación entera, o que sus homicidios rompan el corazón de las mujeres que han perdido a sus maridos o de los niños que se han quedado sin padres. Sirhan Sirhan se jactaba en la cárcel de que se había vuelto tan célebre como Bobby Kennedy. El intento frustrado de asesinar a Reagan catapultó a la fama a John Hinckley Jr., un fracasado regordete e impopular cuya fotografía fue portada de todas las revistas importantes del país.

Lo único que teme el psicópata es que lo atrapen. El violador se detiene cuando oye que alguien abre la puerta. O es posible que se torne más violento y mate tanto a su víctima como a la persona que ha entrado en la casa. No puede haber testigos. Por mucho que los

psicópatas provoquen a la policía, la posibilidad de que los detengan les aterroriza, y harán cualquier cosa para evitarlo. Resulta paradójico que unos individuos que demuestran semejante desprecio por la vida humana se aferren con tanta desesperación a la suya. Incluso en el corredor de la muerte continúan deleitándose con sus juegos. Están decididos a vivir, y hasta su triste final creen que podrán salvarse de la inyección letal o de la silla eléctrica.

Podría decirse que el Destripador era el jugador más astuto de todos. Sus asesinatos, sus pullas a la prensa y la policía, sus payasadas… todo parecía hacerle mucha gracia. Debió de sufrir una profunda decepción al advertir, casi al principio, que sus oponentes eran unos tontos ineptos. Durante la mayor parte del tiempo Jack el Destripador jugó solo. Sus contrincantes no estaban a su altura, y alardeó y provocó tanto que estuvo a punto de descubrirse. Escribió centenares de cartas a la policía y los periódicos. Una de sus palabras favoritas, «imbéciles», se contaba también entre las predilectas de Oswald Sickert. Sus misivas contenían docenas de «ja, ja», la irritante risa americana de James McNeill Whistler, que Sickert debió de oír en infinitas ocasiones mientras trabajaba para el gran maestro.

Desde 1888 hasta la actualidad, millones de personas han asociado a Jack el Destripador con el misterio y el asesinato sin sospechar que, por encima de todo, el infame homicida era un hombre socarrón, arrogante, rencoroso y sarcástico que creía que casi todos menos él eran «idiotas» o «imbéciles». El Destripador detestaba a la policía, despreciaba a las «sucias rameras» y enviaba compulsivamente pequeñas notas «graciosas» a aquellos que estaban desesperados por atraparlo.

Sus cartas, que comenzaron en 1888 y, que sepamos, terminaron en 1896, ponen de manifiesto su actitud burlona y su absoluto desprecio por la vida humana. Mientras leía y releía incontables veces las casi doscientas cincuenta cartas del Destripador que se conservan en los archivos municipales de Londres y en los de la City, comencé a formarme una pavorosa imagen de un niño furioso, resentido y astuto que controlaba de manera magistral a un adulto genial y habilidoso. Jack el Destripador sólo se sentía poderoso cuando hacía daño a la gente o atormentaba a las autoridades, y logró permanecer en la sombra durante ciento catorce años.

Cuando empecé a leer sus cartas, coincidí con la policía y la mayoría de la gente en que casi todas eran falsas y estaban escritas por desequilibrados. Sin embargo, durante mi exhaustiva investigación de Sickert y su forma de expresarse —así como la del Destripador en sus presuntas misivas—, cambié de opinión. Ahora creo que la mayoría de las cartas fueron obra del asesino. Entre sus pueriles y odiosas burlas, provocaciones y pullas se encuentran las siguientes:

«Ja, ja, ja.».

«Atrápenme si pueden».

«¡Qué divertido!».

«¡Cuántos quebraderos de cabeza les estoy dando!».

«Con cariño, Jack el Destripador».

«Sólo una pequeña pista».

«Le dije que era Jack el Destripador y me quité el sombrero».

«Preparaos, astutos polizontes».

«Adiós por ahora, el Destripador y el escurridizo».

«¿No sería agradable volver a los viejos tiempos, querido Jefe?».

«Me recordarían si se esforzaran por pensar un poco, ja, ja».

«Es un placer informarles de mi paradero en beneficio de los muchachos de Scotland Yard».

«Los policías, alias poli-piojos, se creen endemoniadamente listos».

«Burros, asnos hipócritas».

«Tengan la bondad de enviar a algunos de sus sagaces policías».

«La policía se cruza conmigo a diario, y pasaré por delante de uno cuando salga a enviar esta carta».

«¡Ja! ¡Ja!».

«Cometen un error si creen que no los vi».

«Otra vez aquellos maravillosos tiempos».

«De hecho quería gastarles una pequeña broma, pero no tengo tiempo para permitir que jueguen al gato y al ratón conmigo».

«A u revoir, Jefe».

«Les he gastado una buena broma».

«Gracias».

«Sólo una nota para comunicarles que amo mi trabajo».

«Parecen muy listos y dicen estar bien encaminados».

«P. D.: Esta nota no les servirá para seguirme el rastro, así que es inútil».

«Creo que en Scotland Yard estáis dormidos».

«Soy Jack el Destripador, atrápenme si pueden».

«Ahora viajaré a París, donde pondré a prueba mis jueguecitos».

«Ah, el último trabajo fue tan divertido…».

«Besos».

«Sigo en libertad… ¡Ja, ja, ja!».

«Cuánto me río».

«Creo que hasta ahora he sido muy bueno».

«Sinceramente suyo, Mathematicus».

«Querido Jefe… anoche estuve conversando con dos o tres de sus hombres».

«Qué tontos son los policías».

«Pero no registraron aquel donde estaba yo, estuve mirando a la policía todo el tiempo».

«Ayer pasé junto a un policía y no se fijó en mí».

«Ahora la policía piensa que mi trabajo es una broma pesada; vaya, vaya, Jacky es un gran bromista».

«Me estoy divirtiendo mucho».

«Me consideran un apuesto caballero».

«Ya ven que sigo en la brecha. Ja. Ja.».

«Les costará mucho capturarme».

«Es inútil que intenten atraparme, porque no lo conseguirán».

«No me han pillado ni me pillarán. Ja. Ja.».

Mi padre, que era abogado, solía decir que puede aprenderse mucho de lo que hace enfadar a una persona. La lectura de las doscientas once cartas del Destripador que están en los archivos municipales de Londres, en Kew, revelan que era un hombre intelectualmente arrogante. Aunque falsease su forma de escribir para parecer ignorante, analfabeto o loco, no le gustaba oír que era todas esas cosas. Incapaz de contener el impulso de recordarle a la gente que era culto, de vez en cuando enviaba una carta de ortografía perfecta, estilo cuidado o elegante y riqueza de vocabulario. En sus notas, a las que la policía y la prensa

prestaban cada vez menos atención, se quejaba a menudo:

«No soy un maníaco, como aseguran; soy demasiado inteligente para ustedes […] ¿Creen que estoy loco? Qué error».

Un obrero analfabeto del East End difícilmente emplearía la palabra «acertijo» o firmaría «Mathematicus». Un ignorante no llamaría «víctimas» a las personas que ha asesinado ni se referiría a la mutilación de una mujer con el término «cesárea». El Destripador también usó vulgarismos, como «coño», y se esforzó por cometer errores ortográficos, mutilar palabras y deformar su caligrafía. Luego enviaba sus defectuosas cartas —«No tengo sello»— desde Whitechapel, en un intento de hacer creer a todos que era un delincuente de los barrios bajos. Eran pocos los pobres de Whitechapel que sabían leer y escribir, y gran parte de la población era extranjera y no hablaba inglés. La mayoría de las personas que cometen faltas de ortografía lo hace siguiendo unas pautas fonéticas, y en algunas cartas el Destripador escribe la misma palabra con errores diferentes.

Los abundantes «juegos» de palabras y el repetido «ja, ja» eran característicos de James McNeill Whistler, que había nacido en Estados Unidos y cuyo «cacareo», como lo llamaba Sickert, era una risa desagradable que lastimaba los oídos de los ingleses. El «ja, ja» de Whistler podía interrumpir la conversación en una fiesta. Bastaba para anunciar su presencia y hacer que sus enemigos se paralizasen o se levantaran para marcharse. Aquel «ja, ja» era más americano que inglés, y podemos imaginar la cantidad de veces al día que Sickert oyó esa irritante risa cuando trabajaba en el estudio de su maestro. Es posible leer centenares de cartas escritas por victorianos sin encontrar un solo «ja, ja», pero las cartas del Destripador están repletas de ellos.

Durante años se ha hecho creer a la gente que las cartas del Destripador eran una chanza, la obra de un periodista empeñado en crear una historia escandalosa, o las travesuras de un chiflado, porque ésa era la opinión de la policía y la prensa. Los investigadores y los estudiosos de los asesinatos del Destripador se han fijado más en la caligrafía que en el lenguaje. Sin embargo, mientras que la letra es fácil de desfigurar, sobre todo para un artista brillante, el uso peculiar y sistemático de ciertas combinaciones lingüísticas en distintos textos es el sello distintivo de una mente.

Uno de los insultos favoritos de Sickert era «imbécil». El Destripador demostraba predilección por esa palabra. En su opinión, todos eran imbéciles salvo él. Los psicópatas suelen creerse más astutos e inteligentes que los demás. Al psicópata le encanta jugar, hostigar y provocar. ¡Qué divertido sembrar semejante caos y sentarse a contemplarlo! Walter Sickert no fue el primer psicópata en emplear juegos, provocaciones y burlas, ni en pensar que era más listo que cualquier otro ni en quedar impune. Pero tal vez haya sido el asesino más original y creativo de la historia.

Sickert era un hombre culto y es posible que tuviera el cociente intelectual de un genio. Era un artista de talento cuya obra causa admiración, aunque no necesariamente placer. Su arte no refleja fantasía, ni ternura ni ensoñación. Nunca persiguió la belleza, aunque como dibujante superó a la mayoría de sus contemporáneos. El «Mathematicus» Sickert era un técnico. «En la naturaleza, todas las líneas […] están localizadas radialmente dentro de los 360 grados de cuatro ángulos rectos», escribió. «Todas las rectas […] y todas las curvas pueden considerarse tangentes de dichas líneas».

Enseñaba a sus alumnos que «la base del dibujo es una refinada sensibilidad ante la dirección exacta de las líneas […] dentro de los 180 grados de los ángulos rectos». Dejemos que simplifique:

El arte podría definirse como […] el coeficiente individual del error […] en el

esfuerzo [del dibujante] por conquistar la expresión de la forma.

Ni Whistler ni Degas definían su arte en esos términos. Dudo que entendieran una palabra de lo que decía Sickert.

La manera precisa en que Sickert pensaba y calculaba no se advierte sólo en los términos con que describía su obra, sino también en la forma en que la ejecutaba. Su método para pintar consistía en cuadricular los bocetos y ampliarlos geométricamente para mantener la perspectiva y las proporciones exactas. En algunas pinturas suyas, la cuadrícula de este método matemático se vislumbra por debajo de la pintura. En los juegos y los violentos crímenes de Jack el Destripador, la cuadrícula de su verdadera identidad se adivina por debajo de sus intrigas.

6. Walter y los niños

A los cinco años Sickert se había sometido ya a tres horribles intervenciones quirúrgicas para corregir una fístula.

En las biografías que he leído no he hallado más que una breve mención a estas operaciones y, que yo sepa, nadie ha explicado qué tipo de fístula era ni por qué fueron necesarias tres peligrosas intervenciones para remediarla. Además, hasta la fecha no hay ningún libro riguroso y objetivo que describa en detalle los ochenta y un años que Sickert pasó en este mundo.

Aunque la biografía que escribió Denys Sutton en 1976 resulta muy instructiva, pues su autor es un investigador minucioso y se basó en conversaciones con personas que habían conocido al «viejo maestro», Sutton se encontró con ciertas limitaciones, ya que tuvo que pedir autorización a la Fundación Sickert para usar material —las cartas, por ejemplo— sobre el que aún seguían manteniéndose los derechos de autor. Las restricciones legales para reproducir sus documentos, incluyendo sus obras de arte, son las pavorosas montañas que ha de escalar quien quiera contemplar el panorama de la personalidad conflictiva y compleja en grado sumo de este hombre. En los archivos de la Universidad de Glasgow hay una nota de Sutton que parece remitir a un «cuadro del Destripador» que Sickert habría pintado en la década de 1930. Si ese cuadro existe, no he encontrado alusión alguna a él en ninguna otra parte.

Hay otras referencias a la peculiar conducta de Sickert que deberían haber despertado al menos una pizca de curiosidad en quienes estudiaron a conciencia su vida. En una carta procedente de París, con fecha del 16 de noviembre de 1968, André Dunoyer de Segonzac, un famoso artista vinculado al grupo de Bloomsbury, contaba a Sutton que había conocido a Walter Sickert en 1930 y que recordaba con claridad que éste afirmaba haber vivido en Whitechapel, en el mismo edificio que Jack el Destripador, y hablaba «con entusiasmo sobre la discreta y edificante vida del monstruoso asesino».

La doctora Anna Gruetzner Robins de la Universidad de Reading, historiadora del arte y especialista en Sickert, afirma que es imposible estudiar a fondo a Sickert sin sospechar que él era Jack el Destripador. En algunos análisis suyos de la obra de Sickert aparecen observaciones demasiado perspicaces para el gusto de los puristas. Parece que las verdades sobre Sickert están tan envueltas en niebla como el propio Destripador, y sacar a la luz cualquier detalle que sugiera algo innoble sobre él es una blasfemia.

A principios de 2002, Howard Smith, conservador de la City Art Gallery de Manchester, se puso en contacto conmigo para preguntarme si sabía que en 1908 Walter Sickert había pintado un cuadro oscuro y lúgubre titulado *El dormitorio de Jack el Destripador*. La obra se donó a esta galería en 1980, y el conservador que había entonces comunicó el sorprendente hallazgo a la doctora Wendy Barón, que basó su tesis doctoral en Sickert y ha escrito más sobre él que cualquier otra persona. «Acabamos de recibir una donación de dos pinturas al óleo de Sickert», escribió el conservador Julián Treuherz a la doctora Barón el 2 de septiembre de 1980. Uno de ellos, apuntaba, era «*El dormitorio de Jack el Destripador* óleo sobre lienzo de 51 X 41 centímetros».

La doctora Barón respondió a Treuherz el 12 de octubre y comprobó que el dormitorio del cuadro pertenecía a la casa de Camden Town (en el número 6 de Mornington Crescent) cuyas dos últimas plantas había alquilado Sickert en 1906, cuando

regresó de Francia. La doctora Barton observó que «Sickert pensaba que Jack el Destripador» se había alojado allí en la década de 1880. Aunque no he podido verificar esta teoría, es posible que Sickert tuviera una habitación secreta en esa residencia durante los crímenes de 1888. En sus cartas, el Destripador refería que iba a mudarse a una casa de huéspedes y ésta podría haber sido la del número 6 de Mornington Crescent, donde Sickert vivió en 1907, cuando otra prostituta apareció degollada a poco más de un kilómetro y medio de allí.

Sickert solía contarle a sus amigos que durante un tiempo se había alojado en una casa cuya propietaria afirmaba que Jack el Destripador había vivido allí durante los crímenes y que conocía su identidad: el Destripador era un enfermizo estudiante de veterinaria que había acabado en un manicomio. La mujer facilitó a Sickert el nombre del asesino en serie, y él lo apuntó en un ejemplar de las memorias de Casanova, el libro que estaba leyendo entonces. Pero, ay, a pesar de su memoria fotográfica, era incapaz de recordar el nombre, y el libro se destruyó durante la Segunda Guerra Mundial.

Nadie hizo el menor caso de *El dormitorio de Jack el Destripador*, que permaneció en un almacén durante veintidós años. Parece que es uno de los pocos cuadros de Sickert que la doctora Barón no menciona en sus estudios. Yo, desde luego, no había oído hablar de él, como tampoco la doctora Robins ni el personal de la Tate Gallery ni ninguna de las personas que conocí durante mi investigación. Por lo visto, no hay mucha gente deseosa de divulgar esta obra. Según John Lessore, el sobrino de Sickert —quien, de hecho, no es familiar directo, sino que está emparentado con él a través de su tercera esposa, Thérèse Lessore—, la idea de que su tío fuera Jack el Destripador es un «disparate».

Mientras estuve escribiendo este libro no mantuve contacto alguno con la Fundación Sickert. Ni quienes la dirigen ni ninguna otra persona han intentado disuadirme de que publicase lo que, en mi opinión, es la cruda verdad. Me he basado en los recuerdos de contemporáneos de Walter Sickert —como sus dos primeras esposas y Whistler— que no tenían ningún vínculo legal con la Fundación Sickert.

He eludido las inexactitudes que se han ido reciclando y pasando de un libro a otro. He llegado a la conclusión de que, a partir de la muerte de Sickert, y de manera deliberada, se ha evitado proporcionar información condenatoria u ofensiva sobre su vida o su carácter. No se ha dado importancia a la fístula porque aquellos que la mencionan no parecen entender qué era, ni que podría haber tenido repercusiones devastadoras en la psique del pintor. Debo admitir que me quedé atónita cuando interrogué a John Lessore al respecto y me respondió —como si todo el mundo lo supiera— que la fístula era «un agujero en el pene [de Sickert]».

Dudo que Lessore fuera consciente de la trascendencia de lo que estaba diciendo, y sospecho que Denys Sutton tampoco sabía gran cosa sobre la fístula. Cuando se refiere a ella, se limita a apuntar que Sickert se sometió a dos operaciones fallidas «en Munich, por una fístula» y que en 1865, cuando la familia estaba en Dieppe, Anne Sheepshanks, tía abuela de Walter, sugirió que hicieran un tercer intento con un prominente cirujano londinense.

Helena no mencionó este problema médico en sus memorias, pero cabe preguntarse si estaba al corriente de él. Es poco probable que los genitales de su hermano mayor fuesen tema de conversación en la familia. Helena era muy pequeña cuando operaron a Sickert y, una vez que tuvo edad suficiente para pensar en los órganos de reproducción, es difícil que Sickert se exhibiera desnudo ante ella… o ante cualquiera. Sólo aludía a su fístula en broma, cuando comentaba que había viajado a Londres para ser «circuncidado».

En el siglo XIX, las fístulas del ano, el recto y la vagina eran tan frecuentes que el hospital St. Mark de Londres estaba especializado en su tratamiento. No he encontrado referencias a fístulas del pene en la literatura médica que consulté, pero este término podría haberse usado en sentido amplio para describir anomalías como la que padecía Sickert. La palabra «fístula» —en latín, «junco» o «tubo»— se emplea por lo general para describir una abertura o conducto anormal que puede causar atrocidades como la comunicación del recto con la vejiga, la uretra o la vagina.

Aunque en ocasiones es congénita, la fístula casi siempre es consecuencia de un absceso que se extiende por donde encuentra menor resistencia y atraviesa el tejido o la piel, creando una nueva abertura para la orina, las heces o el pus. Las fístulas podían ser extremadamente molestas, embarazosas e incluso mortales. En las primeras publicaciones médicas se citan casos pavorosos, como ulceraciones dolorosas por demás, intestinos que comunicaban con la vejiga, intestinos o vejigas que evacuaban en la vagina o en el útero y menstruaciones por vía rectal.

A mediados del siglo XIX, los médicos les atribuían causas muy diversas: sentarse en asientos húmedos, viajar en la parte descubierta de un tranvía después de realizar un esfuerzo físico, tragarse pequeños huesos o alfileres, comer alimentos «inapropiados», beber alcohol, o vestirse con prendas inadecuadas, así como el uso «superfluo» de cojines o los hábitos sedentarios relacionados con ciertas profesiones. El doctor Frederick Salmon, fundador del hospital St. Mark, trató a Charles Dickens por una fístula causada, según él, por permanecer sentado demasiado tiempo a su escritorio.

St. Mark se fundó en 1835 con el fin de liberar a los pobres de las enfermedades rectales y sus «funestas variedades», y en 1864 se trasladó a la City Road de Islington. En 1865, el tesorero del hospital huyó con cuatrocientas libras o, lo que es lo mismo, una cuarta parte de los ingresos anuales, y dejó la institución en bancarrota. Entonces se propuso la celebración de una fiesta a fin de recaudar fondos con Dickens, ahora libre de su fístula, como anfitrión, pero éste declinó el honor. En otoño de ese mismo año, Sickert ingresó en St. Mark para que lo «curase» un cirujano contratado hacía poco, el doctor Alfred Duff Cooper, que más tarde se casaría con la hija del duque de Fife y a quien Eduardo VII nombraría caballero.

El doctor Cooper, que a la sazón tenía veintisiete años, estaba adquiriendo fama a buen paso en la profesión. Su especialidad eran las enfermedades rectales y venéreas, pero ni en su obra publicada ni en sus textos inéditos se mencionan las fístulas del pene. La fístula de Sickert podía ser desde un trastorno leve hasta algo espantoso. Es posible que la naturaleza lo castigase con una malformación congénita de los genitales llamada hipospadias, en la que el orificio de la uretra está situado en la cara inferior del pene, muy cerca del glande. La literatura médica alemana de la época del nacimiento de Sickert señala que la hipospadias simple era «insignificante» y mucho más común de lo que creía la gente. No impedía la procreación ni justificaba el riesgo de una intervención quirúrgica que podía causar una infección o la muerte.

Puesto que la malformación de Sickert requirió tres operaciones, su caso no debió de ser «insignificante».

En 1864, el doctor Johann Ludwig Casper, profesor de medicina forense en la Universidad de Berlín, publicó una descripción de una forma más severa de hipospadias, en la que el orificio de la uretra estaba en la «raíz» o base del pene. Aún más grave es la epispadias, en la que la uretra está dividida y discurre como un «canalón poco profundo» a lo largo de la superficie dorsal de un pene rudimentario o incompleto. En la Alemania de

mediados del siglo XIX, esos casos se consideraban una forma de hermafroditismo o de «sexo ambiguo».

Es probable que en el momento del nacimiento de Sickert su sexo fuese ambiguo; es decir, que tuviese un pene pequeño, puede que deforme y sin uretra. Tal vez la vejiga estuviera conectada a un canal que terminaba en la base del pene —o cerca del ano— y el escroto tuviera una hendidura que recordase una vagina con labios y clítoris. Puede que el sexo de Sickert no quedase claro hasta después de que los médicos descubrieran testículos entre los pliegues de dichos labios y determinasen que carecía de útero. En estos casos de genitales ambiguos, cuando el afectado resulta ser de sexo masculino suele tener rasgos varoniles y gozar de buena salud, pero su pene no es normal, ni siquiera cuando es aceptablemente funcional. En los albores de la cirugía, los intentos de reparar genitales deformes a menudo terminaban en mutilaciones.

La ausencia de datos clínicos sobre Sickert me impide precisar qué clase de anomalía tenía en el pene, pero si ésta se reducía a una «insignificante» hipospadias, ¿por qué sus padres recurrieron a una arriesgada intervención quirúrgica? ¿Por qué dejaron transcurrir tanto tiempo antes de tratar de corregir una afección que debía de ser muy desagradable? Sickert tenía cinco años cuando lo sometieron a la tercera operación, y me pregunto cuánto tiempo había pasado desde las dos primeras. Sabemos que su tía abuela intervino para que lo llevasen a Londres, lo que sugiere que la malformación era importante y, posiblemente, que las operaciones previas eran recientes y habían acarreado complicaciones. Si en efecto el niño tenía cuatro o cinco años cuando comenzó su suplicio médico, cabe pensar que sus padres esperasen a estar seguros de su sexo antes de buscar una solución quirúrgica. Ignoro cuándo le pusieron el nombre de Walter Richard. Hasta la fecha, no han aparecido el certificado de nacimiento ni el de bautismo.

Helena escribió en sus memorias que cuando era pequeña siempre «nos» referíamos a Walter y a mis hermanos como «Walter y los niños». ¿A quiénes alude con ese «nos»? Dudo que sus hermanos hablasen de sí mismos con la expresión «Walter y los niños», ni puedo imaginar que fuese un invento de la pequeña Helena. Más bien sospecho que aprendió esta frase de su madre, su padre, o ambos.

Puesto que Helena retrata a un Walter precoz y dominante, tan autónomo como para que lo situasen en una categoría diferente de la de sus hermanos, es posible que la expresión «Walter y los niños» fuese una forma de aludir a su precocidad. Pero también cabe la posibilidad de que fuese distinto de sus hermanos… o de todos los niños. En tal caso, oír a todas horas esa frase debió de ser una experiencia humillante y traumática para el pequeño Walter.

La primera infancia de Walter estuvo marcada por la violencia médica. Cuando la cirugía para corregir una hipospadias se lleva a cabo después de los dieciocho meses, puede crear temores de castración. Como consecuencia de la estenosis y las cicatrices de las operaciones, Sickert pudo tener erecciones dolorosas, o incluso incapacidad para conseguir la erección. También es posible que le practicasen una amputación parcial. En su obra no hay desnudos masculinos, con la excepción de dos bocetos que encontré y que en apariencia datan de su adolescencia o de su etapa de estudiante. En ambos, la figura tiene un pene pequeño e impreciso que en absoluto parece normal.

Uno de los rasgos más peculiares de las cartas del Destripador es que muchas fueron escritas con lápices de dibujo y luego pintarrajeadas o manchadas con tinta y pinturas de colores vivos. En ellas se adivina la habilidosa mano de un artista instruido o profesional. En más de una docena aparecen dibujos fálicos de cuchillos: todos son largos, semejantes a

dagas, salvo por dos extrañas hojas cortas y truncadas que ilustran sendas misivas descaradamente provocadoras. Una de éstas, enviada el 22 de julio de 1889, está escrita con tinta negra en dos páginas de papel barato y sin filigrana.

Oeste de Londres

Estimado jefe:

Vuelvo a las andadas. ¿Le gustaría atraparme? Pues ya podría buscar aquí —dejo mi guarida— cerca de Conduit St esta noche a las diez y media vigile Conduit St y alrededores —Ja— Lo desafío con 4 vidas más cuatro coños más para añadir a mi pequeña colección y me quedaré satisfecho Haga lo que haga no conseguirá descansar… La hoja no es grande pero sí afilada…

… escribió Jack el Destripador junto al dibujo del cuchillo.

Debajo de la firma hay una posdata que acaba con unas letras perfectamente claras: «R. St. w.» A primera vista parece una dirección, sobre todo porque «St» se usa dos veces en la carta con el sentido de *street* («calle») y porque «W» podría significar *West* «oeste». Aunque en Londres no existe ninguna dirección que se corresponda con R. Street Oeste, la sigla podría interpretarse como una curiosa abreviatura de Regent Street, que comunica con Conduit Street. No obstante, también es posible que las misteriosas letras tengan un doble sentido, que sean otro «atrápenme si pueden». Quizás ofrecieran una pista de la identidad del asesino y del lugar donde pasaba parte de su tiempo.

Sickert firmó varios grabados, pinturas y bocetos con la abreviatura «St». Años más tarde sorprendió al mundo del arte al decidir que ya no era Walter sino Richard Sickert, y empezó a firmar sus obras con las iniciales «R. S.» o «R. St.». En otra carta que el Destripador escribió a la policía el 30 de septiembre de 1889 —sólo dos meses después de la que acabo de describir— aparece otro cuchillo con la hoja truncada y algo semejante a un escalpelo o una navaja de afeitar donde se intuyen de modo poco preciso las iniciales «R» (posiblemente «W») y «S» grabadas en la hoja. Que yo sepa, nadie se fijó en estas letras imprecisas de 1889, y eso debió de divertir a Sickert. Aunque no quería que lo capturasen, a buen seguro le hizo mucha gracia ver que la policía pasaba por alto sus crípticas pistas.

Walter Sickert conocía bien Regent Street y New Bond Street. En 1881 acompañó a Ellen Terry a las tiendas de Regent Street mientras ella buscaba vestidos para su papel de Ofelia en el Lyceum. En el número 148 de Bond Street se encontraba la Sociedad de Bellas Artes, donde se exponían y vendían los cuadros de James McNeill Whistler. En la carta de julio de 1889, el Destripador usa la palabra *diggins* («guarida»), que en argot americano significa «casa» o «residencia», pero también puede referirse a la oficina de una persona. Por razones profesionales, Sickert debía de visitar a menudo la Sociedad de Bellas Artes, que estaba en los «alrededores» de Conduit Street.

Las especulaciones sobre qué quiso decir el Destripador en esta carta resultan fascinantes. Sin embargo, no son en absoluto un reflejo fiel de lo que pasaba por la cabeza de Sickert. Pero hay razones para pensar que Sickert había leído *El extraño caso del doctor Jekyll y míster Hyde*, de Robert Louis Stevenson, que se publicó en 1885. Tampoco se habría perdido las versiones teatrales de la novela, que comenzaron a representarse en el verano de 1888. La obra de Stevenson pudo ayudar a Sickert a definir su propia dualidad.

Existen numerosos paralelismos entre Jack el Destripador y Mr. Hyde: desapariciones inexplicables, distintos estilos de caligrafía, niebla, disfraces y escondites secretos donde guardar las mudas de ropa, así como su constitución, estatura y andar engañosos. Mediante el simbolismo de su novela, Stevenson ofrece una notable descripción de la psicopatía. El doctor Jekyll, el hombre bueno, está «esclavizado» por el misterioso

Mr. Hyde, que es «un espíritu del mal imperecedero». Después de asesinar, Hyde escapa por las calles oscuras, eufórico por su sangrienta hazaña. Y ya fantasea con la siguiente.

El lado oscuro del doctor Jekyll es el «animal» que vive en su interior, que ama el peligro y no experimenta temor alguno. Es al adoptar su «segundo personaje», Hyde, cuando la mente del doctor Jekyll se vuelve más lúcida y sus facultades se «aguzan». Cuando el respetado doctor se transforma en Hyde, lo invaden la ira y el ansia de matar a cualquiera que se le acerque y sea más débil que él. «Aquella criatura infernal no tenía nada de humano», escribió Stevenson. Tampoco lo tenía Sickert cuando su otro yo «desde el Infierno» reemplazó su maltrecha hombría por un cuchillo.

Como si las intervenciones quirúrgicas y las subsiguientes disfunciones que sufrió Sickert no fuesen una desgracia lo bastante grande, también padeció lo que en el siglo XIX se llamaba «trastornos perniciosos de la sangre». En algunas cartas escritas en la vejez, Sickert cuenta que, de forma periódica, tenía abscesos y forúnculos que lo postraban en cama. Se negaba a llamar al médico. Aunque es posible que nunca se conozca el diagnóstico exacto de su malformación congénita y los problemas asociados con ella, en 1899 hizo alusión a su «martirio físico» y declaró que sus «órganos de procreación» habían «sufrido» durante toda su vida. En el hospital St. Mark no se conservan los historiales clínicos de los pacientes atendidos allí antes de 1900, ni parece que *sir* Alfred Duff Cooper guardase papeles que pudieran revelar información sobre la operación de Sickert, practicada en 1865. Según su nieto, el historiador y escritor John Julius Norwich, el doctor no legó sus archivos médicos a la familia.

A principios y mediados del siglo XIX, una operación quirúrgica no era una experiencia agradable, y mucho menos si el órgano intervenido era el pene. Aunque el cloroformo y el éter anestésico u óxido nitroso (el llamado gas hilarante) se habían descubierto unos treinta años antes, en Gran Bretaña sólo comenzó a usarse el primero de ellos en 1848, lo que, en cualquier caso, no habría servido de mucho al pequeño Walter. El doctor Salmon, el director de St. Mark, no se fiaba de la anestesia y no permitía el uso del cloroformo en su hospital, basándose en que una dosis inadecuada podía causar la muerte.

Ignoramos si administraron cloroformo a Walter durante las dos intervenciones previas en Alemania, aunque en una carta a Jacques-Emile Blanche recordaba que lo habían anestesiado con este líquido mientras su padre, Oswald, miraba. Es difícil saber a ciencia cierta a qué se refería Sickert, en qué ocasión o cuántas veces le habían suministrado anestésicos, o incluso si decía la verdad. Cuando el doctor Cooper lo operó en Londres en 1865 puede que lo anestesiara y puede que no. Lo sorprendente es que el pequeño no muriera.

Sólo un año antes, en 1864, Louis Pasteur había llegado a la conclusión de que los gérmenes eran los causantes de las enfermedades. Tres años después, en 1867, Joseph Lister formuló la teoría de que los gérmenes podían combatirse con ácido carbólico (fenol). La infección posquirúrgica era una causa de muerte tan frecuente que mucha gente se negaba a dejarse operar y prefería afrontar las consecuencias del cáncer, la gangrena, la septicemia producida por lesiones como quemaduras o fracturas y otras dolencias potencialmente mortales. Walter sobrevivió, pero es improbable que le gustase recordar su experiencia en el hospital.

Sólo podemos imaginar su terror cuando, a la edad de cinco años, su padre lo llevó a Londres, una ciudad extranjera. El niño se vio obligado a separarse de su madre y sus hermanos, y quedó al cuidado de un padre que no se caracterizaba por la afectuosidad o la comprensión. Oswald Sickert no era la clase de persona que habría estrechado la mano de

Walter y pronunciado palabras de cariño y consuelo mientras lo ayudaba a subir al coche que los conduciría al hospital St. Mark. Lo más probable es que no dijera nada.

En el hospital, Walter y su pequeña bolsa de efectos personales quedaron bajo la tutela de la jefa de enfermeras, que pudo haber sido Elizabeth Wilson, una viuda de setenta y dos años partidaria de la pulcritud y la disciplina. Ella debió de guardar la bolsa de Walter en una taquilla, asignarle una cama, despiojarlo y bañarlo, y comunicarle las reglas del hospital. En aquella época la señora Wilson contaba con la ayuda de una asistente, y por las noches no había enfermera de guardia.

Ignoro cuánto tiempo pasó Walter allí antes de que el doctor Cooper lo operase, y no puedo decir con seguridad si le administraron cloroformo, una inyección de cocaína al cinco por ciento u otra clase de anestesia o analgésico. Teniendo en cuenta que en St. Mark no empezaron a anestesiar a los pacientes hasta 1882, debemos sospechar lo peor.

En el quirófano ardía un fuego de carbón para calentar la habitación y esterilizar los instrumentos con que se cauterizaban las heridas. Sólo se esterilizaban los utensilios de acero; nunca las batas ni las toallas. La mayoría de los cirujanos llevaba una levita negra parecida a la que usaban los carniceros en los mataderos. Cuanto más sucia y cubierta de sangre estaba esa prenda, mayor era la experiencia y la jerarquía del cirujano. La higiene se consideraba propia de remilgados y extravagantes. Al caso, un cirujano del London Hospital de la época afirmó que lavar la levita era como si un verdugo se hiciera la manicura antes de decapitar a una persona.

La mesa de operaciones de St. Mark era un camastro —a buen seguro de hierro— sin el cabezal ni los barrotes de los pies. ¡Qué terrible impresión debía de causar a un niño pequeño como Walter! En la sala de hospital estaba postrado en una cama, y lo operaron en otra. Sería comprensible que asociara las camas de hierro con sangre, dolor, terror e incluso ira. Walter estaba solo. Es poco probable que su padre lo tranquilizase, y cabe la posibilidad de que viera la desfiguración de su hijo con vergüenza o disgusto. Walter era alemán y aquélla era su primera visita a Londres. Estaba abandonado e indefenso en una prisión donde sólo se hablaba inglés, rodeado de sufrimiento y obligado a soportar las órdenes, los interrogatorios, los lavados y las amargas medicinas de una enfermera vieja e insensible.

La señora Wilson —suponiendo que estuviera de servicio el día de la operación de Walter— debió de colaborar acostando a Walter boca arriba y separándole los muslos. En las operaciones del recto o los genitales, solía atarse al paciente de pies y manos con los brazos extendidos, las piernas flexionadas y las muñecas amarradas a los tobillos. Es posible que ataran a Walter con ligaduras de tela y que, como medida de precaución adicional, la enfermera le sujetase con firmeza las piernas mientras el doctor Cooper cogía el bisturí y cortaba a lo largo de la fístula, siguiendo el procedimiento habitual.

Si el pequeño Walter tuvo suerte, su suplicio comenzaría con un sentimiento de ahogo cuando le cubrieron la boca y la nariz con un trapo empapado en cloroformo que más tarde, con toda seguridad, le produciría terribles náuseas. Si no tuvo suerte, permanecería despierto y consciente del tormento al que lo sometieron. No es de extrañar que durante toda su vida detestara a «esas terribles enfermeras con sus cofias, sus enemas y sus navajas de afeitar», como escribió más de cincuenta años después.

El doctor Cooper debió de usar un cuchillo romo para separar los tejidos, una «guía curva» (una sonda de acero) para penetrar por la abertura del pene, o un trocar para puncionar la sensible carne de esta zona. Quizá pasase un trozo de «hilo resistente» por la nueva abertura y atase un «nudo firme» en el extremo con el fin de estrangular el tejido, de la misma manera que un hilo o un pendiente evita que se cierre un orificio recién hecho en

el lóbulo de la oreja. Aunque todo depende de cuál fuese la malformación del pene de Walter, el procedimiento corrector del doctor Cooper por fuerza tuvo que ser más largo y doloroso que las operaciones practicadas en Alemania. Sin duda habría tejido cicatrizal, y cabe la posibilidad de que tuviera otras secuelas tremendas, como una estenosis o una amputación parcial o casi total.

En las publicaciones del doctor Cooper no se mencionan las hipospadias, o fístulas del pene, pero su método durante la cirugía de fístula anal en niños, según lo describió él, era operar cuanto antes para evitar el *shock* y asegurarse de que «el pequeño paciente» no quedase «expuesto» ni con heridas abiertas «más de lo estrictamente necesario». Al final de este suplicio, el doctor suturaba las incisiones con hilo de seda, un procedimiento denominado «ligadura», y rellenaba las heridas con algodón. Mientras Walter soportaba todo esto, y puede que más, la anciana señora Wilson, vestida con su almidonado uniforme ayudaría en lo necesario, haciendo todo lo posible para contener pataleos y gritos, caso de que Walter no estuviera anestesiado. Si lo estaba, la cara de la mujer pudo ser lo último que vio mientras el olor nauseabundo y dulzón del cloroformo lo dejaba inconsciente. Y quizá fuera ella la primera persona que vislumbró cuando despertó presa del dolor y las náuseas.

En 1841, operaron a Charles Dickens sin anestesia. «Padecí un martirio mientras me iban contando todo lo que me hacían, y me lastimé por tratar de permanecer sentado», escribió Dickens a un amigo. «Me sentía incapaz de soportarlo». La cirugía del pene debía de ser mucho más dolorosa que cualquier operación rectal o anal, sobre todo para un paciente de cinco años que no tenía mayor entereza ni capacidad de comprensión y que quizá no supiese suficiente inglés para entender lo que ocurría cuando la señora Wilson le cambiaba las vendas, le administraba medicinas, o aparecía junto a su cama con un montón de sanguijuelas si sufría una inflamación que achacarían a un exceso de sangre.

Es posible que la señora Wilson lo cuidase con dulzura. O tal vez fuera estricta y seria. En aquella época se exigía que las enfermeras fuesen solteras o viudas, para que pudieran dedicarse de lleno al hospital. Ganaban poco, hacían jornadas largas y agotadoras, y estaban expuestas a situaciones y riesgos muy desagradables. No era inusual que «se dieran a la bebida», ni que se escapasen a su casa para tomar un trago y luego se presentaran en su puesto de trabajo algo achispadas. La verdad es que no sé nada sobre la señora Wilson. Puede que fuera abstemia.

Walter debió de ver su estancia en el hospital como una interminable sucesión de días aciagos y aterradores: el desayuno a las ocho, leche o sopa a las once y media de la mañana, una cena ligera a última hora de la tarde y las luces apagadas a las nueve y media de la noche. Postrado en la cama un día tras otro, dolorido y solo durante la noche, sin nadie que lo oyese llorar, lo reconfortase en su lengua materna o le diera la mano… ¿Quién podría culparlo por detestar en secreto a la enfermera Wilson? Sería comprensible que imaginara que había sido ella quien le había destrozado el pene, causándole tanto dolor. Tampoco sería extraño que odiara a su madre por no estar a su lado durante aquel suplicio.

En el siglo XIX, ser ilegítimo o hijo de un progenitor ilegítimo constituía una terrible deshonra. De acuerdo con los criterios victorianos, cuando la abuela de Sickert mantuvo relaciones sexuales fuera del matrimonio disfrutó de ellas, lo que significaba que padecía la misma enfermedad congénita que las prostitutas. La creencia generalizada entonces era que este defecto se transmitía de padres a hijos; era un «envenenamiento contagioso de la sangre» que los periódicos solían describir como «una enfermedad que ha sido la maldición de la humanidad desde los albores de los tiempos y que acarrea nefastas consecuencias en los descendientes hasta la tercera o la cuarta generación».

Sickert podría haber achacado sus sufrimientos infantiles, sus humillaciones y su mutilada virilidad a un defecto genético. O al «envenenamiento de la sangre», heredado de su indecente abuela bailarina y de su madre ilegítima. Las repercusiones psicológicas de la maldición física de Walter parecen trágicas. Estaba lisiado, y su lenguaje de adulto revela una significativa obsesión por las «cuestiones médicas», incluso cuando escribía sobre otros asuntos.

En casi todas sus cartas y sus críticas de arte aparecen expresiones metafóricas como «mesa de operaciones», «intervención quirúrgica», «diagnosis», «disección», «yacer desnudo», «cirujano», «doctores», «tétrico quirófano», «castrado», «destripado», «con *todos* los órganos fuera», «anestesiado», «anatomía», «osificar», «deformidad», «inoculado», «vacunación»… Algunas imágenes resultan chocantes, incluso repulsivas, cuando surgen de súbito en medio de un párrafo que versa sobre arte o acerca de la vida cotidiana, y sus metáforas violentas también se presentan de manera inesperada. Si se está hablando de arte, uno no espera encontrar expresiones como «terror morboso», «horrores», «mortal», «muerto», «el corazón de las difuntas», «partirse en pedazos», «aterrorizar», «miedo», «violento», «violencia», «presa», «canibalismo», «pesadilla», «mortinato», «obra muerta», «dibujos muertos», «sangre», «ponerle una navaja en el cuello», «clavar ataúdes», «podrido», «navaja», «cuchillo» o «cortar».

En un artículo de 1912 para el *English Review*, escribió: «En todas las escuelas de arte debería haber fotografías ampliadas de cadáveres que sirvieran de modelo para dibujar desnudos».

7. Un caballero asiduo de los barrios bajos

La última semana de agosto de 1888 fue la más lluviosa del año. El sol brilló a través de la niebla una media de una hora diaria.

Las temperaturas se mantenían inusualmente bajas, y el negro humo de los fuegos de carbón que calentaban las casas contribuyó a elevar la contaminación al nivel más alto en la historia de la gran ciudad. En la época victoriana no se conocían métodos para medir la contaminación atmosférica, y la palabra *smog* no se había acuñado aún. Pero los problemas creados por el carbón no eran nuevos.

Los efectos nocivos del humo del carbón sobre la vida y todas sus estructuras se conocían desde el siglo XVII, cuando los ingleses habían renunciado a la leña como combustible, pero eso no evitó que continuasen usándolo. En el siglo XVIII había alrededor de cuarenta mil edificios y trescientas sesenta mil chimeneas en la metrópolis. A finales del siglo XIX el consumo de carbón aumentó, sobre todo entre los pobres. El viajero podía percibir el olor de Londres varios kilómetros antes de llegar allí.

El cielo se veía plomizo y encapotado, las calles estaban alfombradas de hollín y tanto los edificios de piedra como las obras de hierro sufrían los efectos de la corrosión. La niebla, cada vez más densa y persistente, había adquirido una tonalidad distinta. Algunas alcantarillas construidas en la época de los romanos olían tan mal que hubo que cegarlas. Un informe de salud pública redactado en 1889 hacía constar que si la contaminación de Londres continuaba a ese ritmo, los ingenieros tendrían que cubrir el Támesis, cuyas aguas se ensuciaban con los excrementos de millones de personas cada vez que subía la marea. Había buenas razones para usar ropa oscura, y ciertos días el aire sulfuroso y enrarecido era tan infernal, y el hedor de las cloacas tan nauseabundo, que a los londinenses se les irritaban los ojos y los pulmones y tenían que cubrirse la cara con un pañuelo.

En 1890 el Ejército de Salvación informó de que de los aproximadamente cinco millones seiscientos mil habitantes de la Gran Metrópolis, treinta mil eran prostitutas y treinta y dos mil —entre hombres, mujeres y jóvenes— estaban en prisión. Un año antes, en 1889, ciento sesenta mil personas fueron a la cárcel por alcoholismo, dos mil doscientas noventa y siete cometieron suicidio y dos mil ciento cincuenta y siete aparecieron muertas en tugurios, parques y calles. Casi un cinco por ciento de la población carecía de vivienda, y muchos malvivían en asilos, hospitales o en la calle, convertidos en piltrafas humanas por la pobreza y el hambre. Según el fundador del Ejército de Salvación, el general William Booth, esta «feroz marea» de miseria se concentraba en especial en el East End londinense, donde una astuta ave de rapiña como Jack el Destripador podía asesinar sin problema a prostitutas ebrias y sin hogar.

En la época en que el Destripador aterrorizaba al East End, su coto de caza tenía cerca de un millón de habitantes. Si sumamos los de los atestados barrios vecinos, la cifra se duplica. El este de Londres, que comprendía el puerto y los ruinosos distritos de Whitechapel, Spitalfields y Bethnal Green, lindaba al sur con el río Támesis, al oeste con la City, al norte con Hackney y Shoreditch, y al este con el río Lea. El aumento de población había sido importante porque la carretera que unía Aldgate con Whitechapel y Mile End era una de las arterias principales para salir de la ciudad, y también porque la uniformidad del terreno facilitaba la construcción.

La tabla de salvación del East End era el London Hospital para pobres, que sigue en

Whitechapel Road, aunque ahora con el nombre de Royal London Hospital. Antes de una de nuestras visitas retrospectivas a los escenarios de los crímenes de Jack el Destripador, el agente de Scotland Yard John Grieve y yo nos encontramos en este hospital, un tétrico edificio de piedra victoriano en el que no parece que se hayan hecho grandes reformas. El aspecto deprimente de este lugar no es más que un vago reflejo del lastimoso agujero que debió de ser a finales del siglo XIX, cuando a Joseph Carey Merrick —a quien se llamó de manera errónea John Merrick por el empresario artístico que fue su último «propietario»— le permitieron cobijarse en dos habitaciones del fondo de la primera planta.

Merrick —condenado a que lo conocieran como «el Hombre Elefante»— logró salvarse de su martirio y de una muerte segura gracias a *sir* Frederick Treves, un médico bondadoso y valiente. El doctor Treves trabajaba en el London Hospital en noviembre de 1884, cuando Merrick era esclavo en una feria de atracciones que había en la acera de enfrente, situada en una verdulería abandonada. Delante del local, un enorme cartel anunciaba la presencia de «un ser aterrador, sólo concebible en una pesadilla», tal como refirió el doctor Treves años después, cuando era médico personal del rey Eduardo VII.

Por un par de peniques podía presenciarse este bárbaro espectáculo. Niños y adultos entraban en fila al frío edificio desierto y se congregaban alrededor del mantel rojo que colgaba del techo. Cuando el presentador corría la cortina, el jorobado Merrick —vestido tan sólo con unos pantalones demasiado grandes, sucios y harapientos— se encogía en su silla, suscitando «oohs», «ahhs» y exclamaciones de horror de los espectadores. Aunque el doctor Treves era profesor de anatomía y estaba familiarizado con todas las formas imaginables de desfiguración y suciedad, nunca había visto ni olido a un ser tan repugnante como aquél.

Merrick padecía la enfermedad de Recklinghausen, causada por una mutación genética que promueve un crecimiento celular descontrolado. Entre otras anomalías físicas, presentaba deformaciones óseas tan grotescas que su cabeza medía casi un metro de diámetro, y una protuberancia semejante a una «hogaza de pan» salía de su frente y le tapaba un ojo. La mandíbula superior parecía una trompa, y el labio superior estaba doblado hacia fuera, lo que casi le impedía el habla. De la espalda, el brazo derecho y otras partes del cuerpo colgaban «masas de carne semejantes a sacos, cubiertas de […] una pavorosa piel de coliflor», y la cara paralizada componía una máscara inhumana, incapaz de cualquier expresión. Antes de que el doctor Treves intercediera en su favor, se pensaba que Merrick era obtuso o retrasado mental. Pero lo cierto es que era un ser humano en extremo inteligente, imaginativo y afectuoso.

Teniendo en cuenta el abominable tratamiento que había recibido Merrick durante toda su vida, el doctor Treves habría esperado que fuese un hombre resentido y odioso. ¿Cómo era posible que fuera amable y sensible si siempre había sido blanco de burlas y crueles insultos? ¿Había nacido alguien más desfavorecido que él? Como señaló Treves, Merrick habría sido más afortunado si no hubiera tenido conciencia de su terrible aspecto. ¿Hay algo más angustioso que ser repulsivamente feo en un mundo que venera la belleza? Supongo que nadie rebatiría la idea de que la malformación de Merrick era más trágica que la de Walter Sickert.

Es posible que en algún momento Sickert pagase dos peniques para ver a Merrick. En 1884 estaba en Londres, comprometido para casarse. Era aprendiz de Whistler, quien conoció las tiendas de ropa de segunda mano del East End en la miserable zona de Shoreditch y Petticoat Lane y las dibujó en 1887. Sickert iba donde iba su maestro. Paseaban juntos y, a veces, Walter recorría estos sórdidos barrios solo. El Hombre Elefante

era la clase de exhibición cruel y degradante que habría divertido a Sickert, y puede que en alguna ocasión, por un instante, él y Merrick se mirasen a los ojos. Habría sido una escena cargada de simbolismo, pues cada uno de ellos era por dentro lo que el otro era por fuera.

En 1888, tanto Joseph Merrick como Walter Sickert llevaban una vida secreta en el East End. Merrick era un hombre muy curioso y un lector voraz. Sin duda estaba al tanto de los terribles asesinatos que se cometían al otro lado de los muros del hospital. Comenzó a circular el rumor de que era él quien salía por las noches, cubierto con una capa negra y una capucha, para matar a las «desdichadas». Se creía que el monstruoso Merrick asesinaba a las mujeres porque ellas lo rechazaban. Si cualquier hombre enloquecería al verse privado de relaciones sexuales, cuánto más ese fenómeno de circo que sólo se atrevía a salir al jardín del hospital después del anochecer. Por suerte, ninguna persona racional se tomó en serio semejantes desatinos.

La cabeza de Merrick era tan pesada que casi no podía moverla, y se le habría partido el cuello si la hubiera inclinado hacia atrás. No sabía lo que era apoyarla en una almohada por las noches, y en sus fantasías se acostaba a dormir y rezaba para que el Señor lo bendijera con las tiernas caricias y los besos de una mujer, a poder ser ciega. Al doctor Treves le parecía una trágica ironía que los órganos reproductores de Merrick fueran muy distintos del resto de su anatomía; por desgracia para él, estaba perfectamente dotado para el amor sexual que nunca disfrutaría. Merrick dormía con la enorme cabeza colgando, y no podía andar sin bastón.

No se sabe si los rumores infundados de que era el asesino de Whitechapel llegaron a su pequeño refugio, dos habitaciones repletas de fotografías firmadas por celebridades y miembros de la realeza, algunos de los cuales habían ido a visitarlo. ¡Qué gran acto de benevolencia y tolerancia visitar a los seres como él y no demostrar horror! ¡Qué historia para contar a los amigos, a duques y duquesas, lores y damas, o a la propia reina Victoria! A Su Majestad le fascinaban los misterios y las curiosidades de la vida, y le había tomado mucho cariño a Pulgarcito, un enano estadounidense de sólo ochenta centímetros de altura cuyo nombre verdadero era Charles Sherwood Stratton. Entrar en el hermético mundo de estos mutantes graciosos e inofensivos era más fácil que adentrarse en el «insondable pozo de la vida degradada», como describió Beatrice Webb el East End, donde los alquileres eran abusivos porque los propietarios se aprovechaban de la gran demanda.

El precio del alquiler de una semana, el equivalente a un dólar o un dólar con cincuenta, era la quinta parte del salario de un trabajador, y cuando un casero de la calaña de Ebenezer Scrooge[1] decidía subir la renta, a menudo una familia numerosa se quedaba en la calle, sin nada más que una carretilla donde transportar sus bienes materiales. Una década después, Jack London viajó de incógnito al East End para verlo con sus propios ojos, y luego contó terribles historias de pobreza y suciedad. Describió a una anciana hallada muerta en una habitación tan infestada de bichos que su ropa se veía «gris por los insectos». Estaba en los huesos y cubierta de pústulas, con el cabello enmarañado a causa de la «mugre» y un «nido de bicharracos», escribió London. Cualquier intento de limpieza en el East End era una «absoluta farsa», y cuando llovía, la lluvia era «más grasa que agua».

Aquella agua grasienta cayó en forma de llovizna durante la mayor parte del jueves 30 de agosto. Coches y carros tirados por caballos traqueteaban sobre los charcos llenos de basura y barro de las estrechas y concurridas callejuelas del East End, donde zumbaban nubes de moscas y la gente se desvivía por reunir unos peniques. La mayoría de los habitantes de esta miserable zona de la Gran Metrópolis nunca había probado el café, el té o

el chocolate. Allí no había librerías ni una sola cafetería decente. Tampoco había hoteles, al menos de la clase donde podrían alojarse las personas civilizadas. Una «desdichada» no podía resguardarse del mal tiempo ni comer algo a menos que lograse convencer a un hombre de que la llevase con él o le diese unas monedas para pagarse una cama en las pensiones nocturnas conocidas como *doss-houses*.

Doss significaba «cama» en slang, esto es, en argot americano, el típico establecimiento de esta clase era un edificio feo y ruinoso donde hombres y mujeres pagaban cuatro o cinco peniques para dormir en salas comunes llenas de camastros de hierro cubiertos con mantas grises. En teoría, las sábanas se lavaban una vez a la semana. Los «pobres ocasionales», como se llamaba a los huéspedes, se sentaban en las abarrotadas habitaciones y fumaban, zurcían y conversaban; a veces alguno bromeaba, si era un optimista que aún creía que la vida podía mejorar, o contaba historias tristes, si era un alma desolada que había acabado sumiéndose en una amarga desesperación. En la cocina, hombres y mujeres se reunían para guisar lo que habían encontrado o robado durante el día. Los borrachos se paseaban por la casa y tendían sus temblorosas manos, agradecidos por un hueso o un mendrugo que les ayudasen a soportar las crueles carcajadas de los huéspedes que los miraban lanzarse sobre la comida y roer como animales. Los niños mendigaban y recibían palizas si se acercaban demasiado al fuego.

En el interior de estos establecimientos inhumanos, uno debía regirse por las reglas estrictas y degradantes que estaban fijadas en las paredes y que un portero o celador se encargaba de hacer cumplir. El mal comportamiento se castigaba con la expulsión a las miserables calles, y los huéspedes debían marcharse a primera hora de la mañana a menos que pagasen la noche siguiente por anticipado. Estos albergues solían ser propiedad de personas de una clase más elevada que vivían en otra parte y no supervisaban su negocio; algunas de ellas ni siquiera lo habían visto. Cualquiera que contase con un pequeño capital podía invertirlo en una casa para pobres e ignorar —quizá voluntariamente— que su «modélica pensión» era un lugar abominable, vigilado por «guardas» que a menudo empleaban métodos deshonestos y abusivos para controlar a los desesperados residentes.

Muchas de estas casas alojaban a delincuentes, incluidas las «desdichadas» que, en una buena noche de trabajo, conseguían los peniques necesarios para dormir bajo techo. Es posible que la prostituta convenciera a su cliente de que la llevase a la cama, lo que sin duda era preferible a mantener relaciones sexuales en la calle cuando una estaba agotada, borracha y hambrienta. Otra clase de huésped era el «caballero *slummer*», es decir, el visitante distinguido que frecuentaba los barrios bajos, y que, al igual que los amantes de emociones de todas las épocas, abandonaba de vez en cuando su respetable hogar y a su familia para aventurarse en el mundo prohibido de los bares de baja estofa, los teatros de variedades y el sexo barato y anónimo. Algunos hombres de los mejores barrios de la ciudad se habían vuelto adictos a estos entretenimientos secretos, y Walter Sickert era uno de ellos.

El tema más recurrente en su obra es una prostituta desnuda sobre una cama de hierro y un hombre inclinado sobre ella en actitud agresiva. En ocasiones, tanto el cliente como la mujer están sentados, pero el hombre siempre aparece vestido. Sickert tenía en todos sus estudios una cama de hierro, y no pocas modelos se tendieron en ella. Incluso él mismo posaba a veces en la cama con una figura de madera (un maniquí) que supuestamente había pertenecido a William Hogarth, uno de sus ídolos artísticos.

A Sickert le gustaba escandalizar a las personas que invitaba a tomar el té con pastas, y un día de 1907, poco después del asesinato de una prostituta en Camden Town,

sus convidados entraron en el oscuro estudio que tenía en ese mismo barrio y lo encontraron en la cama con el maniquí, bromeando sobre el reciente homicidio. Nadie concedió importancia a esa representación ni a las demás extravagancias del pintor. Al fin y al cabo, se trataba de Sickert. Al igual que la mayoría de los críticos y académicos que lo estudian en la actualidad, ninguno de sus contemporáneos se preguntó por qué representaba escenas violentas y estaba obsesionado por los crímenes famosos, incluidos los de Jack el Destripador.

Sickert se encontraba en una posición inmejorable para matar «desdichadas» y quedar impune. Pertenecía a una clase que estaba por encima de toda sospecha y tenía un enorme talento para hacerse pasar por los personajes más diversos. Le habría resultado fácil y emocionante disfrazarse de habitante del East End, o de visitante distinguido, y merodear por los *pubs* y los albergues nocturnos (o *doss-houses*) de Whitechapel o por los horribles antros de los alrededores. Era un artista por completo capaz de cambiar su caligrafía y redactar las provocativas cartas del Destripador, que llevan la impronta de un excelente dibujante. Pero nadie se fijó en la extraordinaria naturaleza de estos documentos hasta junio de 2002, cuando la doctora Anna Gruetzner, historiadora del arte, y Anne Kennett, conservadora de papel, examinaron los originales en los archivos municipales de Londres.

Lo que siempre se había tomado como sangre humana o animal en las cartas del Destripador resultó ser un pringoso barniz marrón para aguafuertes, o quizás una mezcla de tintas que guarda una sorprendente semejanza con la sangre vieja. Estas manchas, salpicaduras y chorretones de aspecto sanguinolento se realizaron con un pincel de pintor, o son huellas dejadas por telas o dedos. El Destripador escribió en papel vitela y en papel con filigrana. Al parecer, la policía no se fijó en estas delicadas pinceladas ni en la calidad del papel mientras investigaba los asesinatos. Nadie prestó la menor atención a las treinta filigranas distintas del papel de estas cartas, que se atribuyeron a un bromista analfabeto o desequilibrado. Y a nadie le sorprendió que dicho bromista poseyera lápices de colores, tintas, pigmentos para litografiar o dibujar en porcelana, barniz para aguafuertes, pintura y papel de dibujo.

Si alguna parte de la anatomía de Sickert simbolizaba todo su ser, ésta no era su desfigurado pene, sino sus ojos. Sickert observaba. Observar —espiar, acechar y acosar— es una característica dominante de los asesinos psicópatas, a diferencia de lo que ocurre con los desorganizados delincuentes que obedecen a sus impulsos o a supuestos mensajes del espacio exterior o de Dios. Los psicópatas vigilan a la gente. Miran imágenes pornográficas, sobre todo si son violentas. Son *voyeurs* aterradores.

La tecnología moderna les ha permitido ver cintas de vídeo de sí mismos en el momento de violar, torturar o matar a sus víctimas. Reviven sus crímenes una y otra vez mientras se masturban. Algunos sólo pueden alcanzar el orgasmo mientras vigilan, acechan, fantasean y contemplan la última atrocidad que cometieron. Según Bill Hagmaier, antiguo criminólogo del FBI, Ted Bundy estrangulaba y violaba a sus víctimas por detrás, y su excitación crecía cuando a ellas se les desorbitaban los ojos y sacaban la lengua. Llegaba al clímax cuando su víctima moría.

Luego llegan las fantasías, el momento de revivir los crímenes, y entonces la tensión erótico violenta se hace tan insoportable que estos asesinos necesitan volver a matar. El desenlace es el cuerpo muerto o agonizante. El período de enfriamiento inmediatamente posterior es el refugio que otorga alivio y permite revivir el crimen. Luego comienzan las fantasías y la tensión crece otra vez. Entonces encuentran otra víctima, e introducen otra escena en su guión para añadirle audacia y emoción: sadomasoquismo,

tortura, mutilación, descuartizamiento, grotescas exhibiciones de brutalidad y canibalismo.

Como me ha recordado a lo largo de los años Edward Sulzbach, antiguo criminólogo e instructor de la Academia del FBI, «el asesinato en sí es un efecto secundario de las fantasías». La primera vez que le oí decir esto, en 1984, me quedé perpleja y no le creí. En mi ingenuidad, daba por sentado que la emoción estaba en el crimen. Había sido reportera de sucesos del *Charlotte Observer*, en Carolina del Norte, y las escenas de crímenes no me acobardaban. Pensaba que todo se centraba en el terrible acontecimiento y que sin él no había historia. Ahora me avergüenzo de mi candidez. Creía comprender el mal, pero me equivocaba.

Me tenía por una experimentada investigadora de horrores, pero no sabía nada. No entendía que los psicópatas se rigen por las mismas pautas humanas que la gente «normal»; la diferencia es que el psicópata violento se aparta del camino trillado y toma derroteros que ni siquiera figuran en la carta de navegación de un individuo corriente. Muchos tenemos fantasías eróticas que resultan más excitantes en el pensamiento que en la realidad, y desear un hecho a menudo nos proporciona más placer que experimentarlo. Lo mismo les ocurre a los psicópatas violentos cuando fantasean con sus crímenes.

Otra de las máximas favoritas de Sulzbach es: «No busques unicornios hasta que te hayas quedado sin ponis».

Los crímenes violentos a menudo son mundanos. Un amante celoso mata a un rival o a la pareja que lo ha engañado. Una partida de cartas se pone fea y alguien resulta herido. Un delincuente adicto necesita dinero y apuñala a su víctima. Un traficante de drogas muere a manos de uno de sus clientes por venderle mercancía adulterada. Éstos son los ponis. Pero Jack el Destripador no era un poni, sino un unicornio. En las décadas de 1880 y 1890, Sickert era demasiado listo para pintar cuadros de homicidios o divertir a sus amigos con la representación de un crimen real que se había producido a unos pasos de su casa. La conducta que nos hace sospechar de él ahora no era tan clara en 1888, cuando era joven y se conducía con reserva por temor a que lo atrapasen. Sólo ofreció pistas a través de las cartas que escribió en nombre del Destripador a los periódicos y la policía, pero éstas sólo suscitaron desdén, si no indiferencia absoluta, y quizás alguna risita.

Según decía a sus amistades, Sickert detestaba dos vicios. Robar era uno. El otro era el alcoholismo, un problema recurrente en su familia. No hay razones para sospechar que Sickert bebiese en exceso, al menos hasta que llegó a una edad avanzada. Tampoco consumía drogas, ni siquiera con fines terapéuticos. Con independencia de sus chifladuras o sus trastornos emocionales, Sickert era un hombre lúcido y calculador. Sentía una intensa curiosidad por cualquier cosa que captase su interés artístico o que apareciera en su radar para detectar la violencia. Muchas cosas pudieron atraerlo la noche del jueves 30 de agosto de 1888, alrededor de las nueve, cuando un incendio en un almacén de *brandy* del puerto de Londres iluminó todo el East End.

La gente recorrió kilómetros para contemplar a través de las verjas de hierro un infierno que se resistía a los torrentes de agua que arrojaban los bomberos. Las desdichadas se acercaron a las llamas, movidas a un tiempo por la curiosidad y el deseo de aprovechar aquella inesperada oportunidad para el comercio sexual. En zonas más refinadas de Londres, otros entretenimientos iluminaban la noche. El célebre Richard Mansfield deleitaba a los espectadores con su brillante interpretación del Dr. Jeckyll y Mr. Hyde en el Lyceum. Acababa de estrenarse la comedia *Uncles and Aunts*, que había recibido críticas elogiosas en *The Times*, y *The Paper Chase* y *The Union Jack* estaban cosechando un éxito rotundo. Las obras habían empezado a las ocho y cuarto, a las ocho y media o a las nueve, y

cuando terminaron el fuego seguía ardiendo con furia en el puerto. A lo largo del Támesis, las siluetas de los almacenes y de los barcos se recortaban sobre un resplandor anaranjado visible desde kilómetros a la redonda. Tanto si Sickert estaba en casa como si había ido al teatro o a ver una obra de variedades, es difícil que se perdiese aquel espectáculo que atrajo a una multitud entusiasta a los muelles South y Spirit.

Es evidente que no hago sino especular cuando apunto que Sickert se acercó a la costa para observar la escena. Es posible que esa noche no estuviera en Londres, aunque no hay nada escrito que lo demuestre. No existen documentos, cartas, artículos periodísticos u obras pictóricas que sugieran que no se encontraba en la ciudad. A menudo, la mejor manera de adivinar qué estaba haciendo es descubrir lo que no estaba haciendo.

A Sickert no le gustaba que la gente supiera dónde encontrarlo. Era conocido por su costumbre de alquilar al menos tres «estudios» secretos a la vez. Estos tugurios se hallaban en sitios tan aislados e insólitos que ni siquiera su mujer, sus colegas y sus amigos sabían dónde estaban. Sus estudios conocidos, unos veinte en el transcurso de su vida, eran «pequeñas habitaciones» cochambrosas y caóticas que lo ayudaban a «inspirarse». Sickert trabajaba solo y detrás de una puerta cerrada con llave. Rara vez recibía a alguien y, cuando lo hacía, el visitante que acudía a esas ratoneras debía enviar previamente un telegrama o llamar a la puerta de una manera especial. En su vejez, solía instalar una alta verja negra delante de la puerta y encadenar a un perro guardián a uno de los barrotes.

Como cualquier buen actor, Sickert era un experto en entradas y salidas teatrales. Tenía el hábito de desaparecer durante días o semanas sin explicar por qué ni dónde estaba a Ellen —o a su segunda o tercera esposa— ni a sus amistades. A veces invitaba a cenar a sus amigos y no se presentaba. Reaparecía cuando le apetecía, y casi nunca ofrecía explicaciones. Sus salidas se convertían en desapariciones, ya que le gustaba ir al teatro y a los espectáculos de variedades solo y luego pasear sin rumbo durante la noche y las brumosas horas de la madrugada.

Sus itinerarios eran peculiares y absurdos, sobre todo cuando regresaba a casa desde los teatros situados a lo largo del Strand, en el centro de Londres. Denys Sutton escribió que Sickert solía subir hasta Hoxton y luego regresar sobre sus pasos hasta acabar en Shoreditch, en el límite occidental de Whitechapel. Desde allí tenía que andar hacia el oeste y el norte para volver al número 54 de Broadhurst Gardens, donde vivía. Según Sutton, la razón de estos extraños rodeos y peregrinaciones por zonas peligrosas del East End era que Sickert necesitaba «una larga y silenciosa caminata para reflexionar» sobre la obra de teatro o de variedades que acababa de ver. El artista meditando. El artista contemplando un mundo lúgubre y amenazador, y a la gente que vivía en él. El artista que se sentía atraído por las mujeres feas.

8. Un trozo de espejo

Mary Ann Nichols tenía unos cuarenta y dos años y le faltaban cinco dientes.

Medía un metro sesenta o sesenta y uno y era rolliza, con la cara regordeta y vulgar, de ojos marrones y cabello castaño veteado de gris. Durante su matrimonio con un operario de imprenta llamado William Nichols, había dado a luz a cinco hijos, el mayor y el menor de los cuales tenían, respectivamente, veintiún y ocho o nueve años en el momento de su muerte.

William la había abandonado hacía siete años por culpa de su afición a la bebida y su carácter agresivo. Según explicó a la policía, dejó de pasarle una pensión de cinco chelines semanales al descubrir que era prostituta. Mary Ann lo había perdido todo, incluidos sus hijos. Le habían retirado la custodia de éstos años antes, cuando su exmarido había informado a los tribunales de que vivía en pecado con un herrero llamado Drew, que también la abandonó poco después. La última vez que William la vio viva fue en junio de 1886, durante el entierro de uno de sus hijos, que murió abrasado tras la explosión de una lámpara de parafina.

En sus peores épocas Mary Ann se había alojado en diversos asilos para pobres, enormes y tétricos barracones donde se hacinaban hasta un millar de hombres y mujeres que no tenían otro sitio adonde ir. Aunque los pobres detestaban estos asilos, en las mañanas frías hacían cola ante sus puertas con la esperanza de que los admitieran en los llamados «pabellones temporales». Si la residencia no estaba llena y el portero franqueaba la entrada a alguien, se sometía a la persona en cuestión a un interrogatorio y un registro exhaustivos para comprobar que no llevase dinero. Bastaba con que encontrasen en su bolsillo un solo penique para que la devolviesen a la calle. El tabaco se confiscaba, y las cerillas y los cuchillos estaban prohibidos. Todos los internos debían desnudarse, lavarse en la misma tina de agua y secarse con toallas de uso común. Después de entregarles las prendas reglamentarias del asilo, los enviaban a los dormitorios infestados de ratas y llenos de camastros de lona semejantes a hamacas.

El desayuno se servía a las seis de la mañana, y consistía en pan y una sopa aguada hecha con avena o carne rancia. Luego el interno debía realizar las mismas tareas crueles con que se había castigado a los criminales durante siglos: picar piedra, fregar, abrir estopa (destrenzar sogas viejas para reutilizar el cáñamo), lavar las salas de la enfermería u ocuparse de los muertos en el depósito de cadáveres. Se rumoreaba que a los enfermos terminales se los «despachaba» con veneno. En la cena, a las ocho de la tarde, los internos recibían lo que quedaba de la comida de los pacientes. Sucios dedos atacaban los montículos de sobras y llenaban las voraces bocas. A veces había sopa de sebo.

Los huéspedes de los pabellones temporales estaban obligados a permanecer allí un mínimo de dos noches y un día, y el que se negaba a trabajar debía volver a la calle. Es posible encontrar informes más halagüeños de estos lugares vergonzosos en publicaciones pretenciosas que se limitan a hacer mención de los «albergues» para pobres donde se ofrecía una cama incómoda pero limpia, pan y «una buena sopa de carne». En el East End sólo se veía esta clase de caridad civilizada en los centros de acogida del Ejército de Salvación, que los escépticos habitantes de las calles preferían evitar. Las damas del Ejército de Salvación solían visitar los albergues nocturnos para predicar sobre la generosidad divina ante unos infelices difíciles de engañar. La esperanza no estaba al

alcance de una perdida como Mary Ann Nichols. La Biblia no podía salvarla.

Había entrado y salido muchas veces del asilo de Lambeth entre abril de 1888 y la Navidad del año anterior. En mayo juró cambiar de vida y consiguió un codiciado empleo de criada en una casa respetable. Pero no cumplió su promesa, y en julio se marchó en vergonzosas circunstancias, después de robar ropa valorada en tres libras y diez chelines. Mary Ann se hundió aún más en el alcoholismo y regresó a su vida de «desdichada». Ella y otra prostituta llamada Nelly Holland compartieron habitación durante una temporada en un albergue situado en el laberinto de edificios ruinosos de Thrawl Street, una callejuela de varias manzanas que discurría de oeste a este entre Commercial Street y Brick Lane, en Whitechapel.

Al cabo de un tiempo, Mary Ann se mudó a White House, en la cercana Flower and Dean Street, y permaneció allí hasta el 29 de agosto, cuando se quedó sin dinero y la desalojaron. Durante la noche siguiente deambuló por las calles con todas sus pertenencias encima: un holgado abrigo marrón con grandes botones metálicos grabados con las figuras de un hombre y un caballo; un vestido de lienzo marrón; dos enaguas de lana gris con el distintivo del asilo de Lambeth; dos corpiños marrones (rígidos corsés reforzados con ballenas); ropa interior de franela; medias negras de canalé; botas de goma de hombre, a las que había practicado cortes en la caña, las punteras y los talones para que le sentasen mejor, y un sombrero de paja negro con ribete de terciopelo. En un bolsillo llevaba un pañuelo blanco, un peine y un trozo de espejo.

Se la vio varias veces —siempre sola— entre las once de la noche y las dos y media de la madrugada del día siguiente, primero en Whitechapel Road y luego en el *pub* Frying Pan. A eso de la una y cuarenta, estuvo en la cocina de su antiguo albergue, en el 18 de Thrawl Street, donde comentó que no tenía dinero y pidió que le reservasen una cama, prometiendo que volvería pronto para pagar. Según los testigos, estaba borracha, y mientras se dirigía a la puerta se jactó de su «espléndido» sombrero que, al parecer, era nuevo.

La última vez que la vieron con vida fue a las dos y media de la madrugada, cuando su amiga Nelly Holland se cruzó con ella en la esquina de Osborn Street y Whitechapel Road, enfrente de la parroquia. Mary Ann estaba ebria y caminaba sujetándose a la pared. Contó a Nelly que esa noche había ganado el triple de lo que necesitaba para pagar el albergue, pero que se lo había gastado todo. A pesar de los ruegos de su amiga para que la acompañase y se acostara, Mary Ann insistió en que quería hacer una última intentona para ganar unos peniques. Cuando el reloj de la iglesia dio las dos y media, Mary Ann se alejó haciendo eses por la oscura Whitechapel Road y desapareció entre las sombras.

Más o menos una hora y cuarto después, y a setecientos metros de allí, en una calle llamada Buck’s Row que rodeaba el cementerio judío de Whitechapel, Charles Cross, un cochero que se dirigía al trabajo, vio un bulto oscuro junto a una verja, cerca de unas caballerizas. Al principio pensó que se trataba de una lona, pero luego se dio cuenta de que era una mujer que yacía inmóvil con la cabeza hacia el este, el sombrero en el suelo a su derecha y la mano izquierda contra la verja cerrada. Mientras trataba de descubrir lo que le pasaba a la mujer, Cross oyó pasos, se volvió y vio a otro cochero llamado Robert Paul.

—Mira —exclamó Cross tocando la mano de la mujer—. Creo que está muerta.

Robert Paul se acuclilló y puso una mano en el pecho de la mujer. Creyó percibir un ligero movimiento y dijo:

—Me parece que todavía está viva.

La mujer tenía la ropa en desorden y la falda levantada por encima de las caderas, de manera que los hombres supusieron que la habían «ultrajado», o violado. La cubrieron

con recato, pero no vieron sangre, ya que estaba demasiado oscuro. Paul y Cross corrieron a buscar a un policía y encontraron a G. Mizen, agente número 55 de la División «H», que estaba haciendo su ronda en el cercano cruce de las calles Hanbury y Old Montague, del lado oeste del cementerio judío. Los hombres le informaron que había una mujer tendida en la calle, o bien muerta o «por completo borracha».

Cuando Mizen y los cocheros llegaron a las caballerizas de Buck's Row, el agente John Neil ya había encontrado el cuerpo y estaba alertando a los demás policías de la zona dando voces y haciendo destellar su pequeña linterna de ojo de buey. La mujer tenía un profundo corte en el cuello, de manera que los agentes fueron a despertar al doctor Llewellyn, que vivía en el número 152 de la cercana Whitechapel Road, y lo condujeron de inmediato al lugar de los hechos. En esos momentos se ignoraba la identidad de Mary Ann Nichols, que según el doctor Llewellyn estaba «totalmente muerta». Tenía las muñecas frías, pero el cuerpo y las extremidades aún estaban calientes. El doctor declaró que, con seguridad, había muerto menos de media hora antes y que las heridas no eran «autoinfligidas». También observó que había poca sangre alrededor del cuello y en el suelo.

Ordenó que trasladasen el cadáver al depósito del asilo de Whitechapel, una «casa mortuoria» para residentes que no contaba con los medios necesarios para practicar una autopsia. Llewellyn prometió que iría pronto para examinar mejor a la mujer, y el agente Mizen mandó a un hombre a buscar una ambulancia de la comisaría de Bethnal Green. Los hospitales victorianos no disponían de ambulancias, y en aquel entonces no había nada semejante a las brigadas de rescate.

Cuando era preciso trasladar a un enfermo grave o a un herido al hospital, lo habitual era que sus amigos o algún buen samaritano que pasase por allí lo transportasen sujetándolo de las manos y los pies. A veces se oía el grito de «¡Buscad un postigo!», y la persona en cuestión viajaba sobre un postigo que hacía las veces de camilla. Era la policía quien usaba las ambulancias, y en la mayoría de las comisarías había una de estas carretillas pesadas y difíciles de manejar, con laterales de madera, una resistente base de cuero negro y gruesas correas de piel. También disponían de una capota plegable de cuero curtido, aunque ésta sólo protegía parcialmente al ocupante tanto de las miradas curiosas como del mal tiempo.

En la mayoría de los casos la ambulancia se usaba para retirar a los borrachos de los bares, pero de vez en cuando la carga era un cadáver. A los agentes de policía debía de costarles lo suyo empujar la carretilla por las noches a través de aquellas callejuelas oscuras, estrechas y llenas de baches. Estas ambulancias eran pesadas en extremo, incluso sin carga, y difíciles de maniobrar. La que encontré en un almacén de la policía metropolitana pesa más de cien kilos, y debía de ser casi imposible subir con ella por la cuesta más leve, a menos que el agente que la empujaba fuese muy fuerte y pudiera sujetarla bien.

Este morboso medio de transporte es el que habría visto Walter Sickert si hubiera permanecido al amparo de las sombras para descubrir cómo se llevaban a sus víctimas. Debía de ser emocionante espiar los jadeos y resoplidos de un policía y el bamboleo de la cabeza de Mary Ann Nichols, casi separada del cuello, mientras su sangre salpicaba la calle y las grandes ruedas daban tumbos.

Se sabe que Sickert sólo dibujaba, grababa o pintaba lo que veía. Lo hizo sin excepciones. Pintó una carretilla casi idéntica a la que vi en el depósito de la policía. El cuadro no tiene firma ni fecha y se titula *La carretilla, Rué St Jean, Dieppe*. En algunos catálogos figura con el nombre de *La cestería*, y la vista que aparece en él se observa desde

detrás de una carretilla que parece tener una capota plegada de cuero curtido. Al otro lado de una estrecha callejuela desierta, hay una pila de cestos grandes y largos, semejantes a los que usaban los franceses como andas para muertos. Una figura apenas visible, quizás un hombre con un sombrero, camina por la acera y trata de ver el contenido de la carretilla. A sus pies hay un inexplicable cuadrado negro que podría ser una maleta, pero también una parte de la acera, como la tapa de una alcantarilla levantada. Tras el asesinato de Mary Ann Nichols, los diarios informaron de que la policía no creía que hubieran abierto el «escotillón» de la calle, sugiriendo que el asesino no había escapado por las laberínticas alcantarillas de ladrillo que pasaban por debajo de la Gran Metrópolis.

Un escotillón es también una abertura en el suelo del escenario que permite que los actores salgan a escena sin dificultad y con rapidez, casi siempre para sorpresa y deleite de los inadvertidos espectadores. En la mayoría de las representaciones del *Hamlet* de Shakespeare, el espectro entra y sale por el escotillón. Sin duda Sickert sabía mucho más de escotillones de teatro que de tapas de alcantarilla. En 1881 interpretó el papel de espectro en el *Hamlet* dirigido por Henry Irving en el Lyceum. En el cuadro de Sickert, el bulto oscuro a los pies de la figura podría ser un escotillón de teatro. O un detalle creado para provocar a los espectadores.

El cadáver de Mary Ann Nichols se colocó en una caja de madera que se sujetó a la ambulancia con las correas. Dos agentes lo llevaron al depósito de cadáveres, donde lo dejaron en el patio, dentro de la ambulancia. Ya eran las cuatro y media de la mañana, y mientras los agentes esperaban la llegada del inspector John Spratling, un niño que vivía en George Yard Buildings ayudó a la policía a limpiar el escenario del crimen. Arrojaron cubos de agua al suelo que arrastraron la sangre hacia la alcantarilla, dejando sólo trazas entre las piedras.

Más tarde, el agente John Phail declaró que mientras observaba las tareas de limpieza se había fijado en una «masa de sangre coagulada» de unos quince centímetros de diámetro, que había estado debajo del cuerpo. Observó que había mucha sangre, contrariamente a lo que había indicado el doctor Llewellyn, y que en su opinión ésta había descendido por el cuello de la mujer hacia su espalda, llegando hasta la cintura. El doctor Llewellyn habría visto lo mismo si hubiese dado la vuelta al cadáver.

El inspector Spratling llegó al depósito y aguardó impaciente en la oscuridad a que apareciese el guarda con las llaves. Debían de ser más de las cinco cuando, por fin, entraron el cadáver de Mary Ann Nichols, que llevaba al menos dos horas muerta. Todavía en la caja, el cuerpo se colocó sobre un banco de madera característico de los depósitos de cadáveres de la época. Estos bancos o mesas solían comprarse usados a los carniceros de los mataderos locales. El inspector Spratling levantó el vestido de Mary Ann, para examinarla a la débil luz de una lámpara de gas, y descubrió que le habían cortado el abdomen y que los intestinos estaban a la vista. Al día siguiente, durante la mañana del 1 de septiembre, el doctor Llewellyn practicó la autopsia y Wynne Edwin Baxter, el juez de instrucción de la División Sudeste de Middlesex, abrió una investigación para esclarecer la muerte de Mary Ann Nichols.

A diferencia de los procedimientos del gran jurado en Estados Unidos, en los que sólo se permite el acceso de los testigos citados, los procesos para esclarecer homicidios en Gran Bretaña están abiertos al público. En un tratado de 1854 sobre el oficio y las obligaciones del juez de instrucción, se señalaba que, aunque era ilegal dar a conocer pruebas que pudieran ser importantes en un futuro juicio, esto solía hacerse y era beneficioso para los ciudadanos. Ciertos detalles podían servir como elementos disuasorios,

y al informarse de los hechos —sobre todo cuando no había sospechosos— el público pasaba a formar parte del equipo de investigación. Cabía la posibilidad de que alguien leyera sobre el caso y cayese en la cuenta de que podía aportar algún dato útil.

Con independencia de la validez de este razonamiento, lo cierto es que en 1888 los interrogatorios del juez de instrucción, e incluso los procesos *ex parte*, solían estar al alcance de los periodistas, siempre que éstos se comprometieran a dar una información veraz e imparcial. Aunque esto pueda parecer atroz a cualquiera que no esté acostumbrado a la publicación de pruebas y testimonios antes de un juicio, si no fuese por la política permisiva de Gran Bretaña, ahora no dispondríamos de documentación detallada sobre los crímenes de Jack el Destripador. Los informes de las autopsias no se han conservado, con la excepción de unas cuantas páginas desperdigadas aquí y allí. Muchos se perdieron durante la Segunda Guerra Mundial, y otros podrían haber desaparecido en un triángulo de las Bermudas creado por la burocracia, la indolencia, o la deshonestidad.

Es una pena que se extraviasen tantos documentos, ya que dispondríamos de mucha más información si tuviéramos acceso a los informes de la policía, las fotografías, los memorandos y cualquier otra cosa que haya desaparecido. Pero yo dudo de que hubiera una conspiración. No existió un «Rippergate» instigado por autoridades policiales y políticos empeñados en ocultar al público la escandalosa verdad. Sin embargo, los escépticos continúan defendiendo sus teorías: Scotland Yard siempre supo quién era el Destripador, pero lo protegió; la policía lo dejó marchar, o lo encerró en un asilo y no informó a los ciudadanos; la familia real estuvo implicada; a Scotland Yard le traía sin cuidado que asesinaran prostitutas y trató de ocultar que no había hecho gran cosa para resolver los homicidios.

No es verdad. Por chapucera que fuese la investigación de los crímenes del Destripador, yo no he encontrado indicio alguno de que la policía falseara o retuviera información de manera deliberada. La poco atractiva realidad es que casi todo lo que salió mal se debió a una ignorancia supina. Jack el Destripador era un asesino moderno, nacido un siglo antes de que pudieran atraparlo, y en el transcurso de las décadas, los documentos del caso, incluido el informe original de la autopsia de Mary Ann Nichols, se extraviaron, se archivaron mal o se esfumaron como por arte de magia. Algunos acabaron en manos de coleccionistas. Yo misma compré una supuesta carta original del Destripador por mil quinientos dólares.

Sospecho que este documento es auténtico y que probablemente lo escribió Sickert. Si en el año 2001 pude conseguir una carta del Destripador a través de un coleccionista de documentos raros, ésta debió de desaparecer en algún momento de los archivos del caso. ¿Con cuántas otras ha ocurrido lo mismo? Según los funcionarios de Scotland Yard, la pérdida de gran parte de estos documentos fue la razón que los indujo a depositar el resto en los archivos municipales de Kew. La policía temía que llegase un momento en que no quedase nada, salvo los números de referencia de unas carpetas vacías.

El hecho de que el Home Office prohibiese el acceso a los informes sobre el caso durante un siglo sólo sirvió para alimentar las sospechas de los defensores de la teoría de la conspiración. Maggie Bird, archivera del Departamento de Gestión de Expedientes de Scotland Yard, ofrece una perspectiva histórica sobre el tema. Señala que a finales del siglo XIX se destruían de manera sistemática los expedientes de los funcionarios cuando éstos cumplían sesenta y un años, lo que explica la ausencia de información significativa sobre los policías que trabajaron en el caso del Destripador. Los expedientes del inspector Frederick Abberline, que dirigió la investigación, y de su supervisor, el inspector jefe

Donald Swanson, han desaparecido.

Incluso en la actualidad, añade la señora Bird, la documentación sobre los casos de asesinatos notorios se mantiene como información reservada durante veinticinco, cincuenta o setenta y cinco años, dependiendo de la naturaleza del crimen y de si es preciso proteger la intimidad de la familia de la víctima o las víctimas. Si los documentos del caso del Destripador no hubieran permanecido precintados durante un siglo, es muy probable que ahora no quedase ninguno. Según la señora Bird, «la mitad» desapareció en menos de dos años después de que se hicieran públicos.

En la actualidad, todos los papeles de Scotland Yard se guardan en un enorme almacén donde las cajas se etiquetan y se numeran, y la información se introduce en un sistema informático. La señora Bird asegura, «con la mano en el corazón», que no hay documentos sobre el Destripador desperdigados por ahí ni ocultos en esas cajas. Que ella sepa, todos se entregaron a los archivos municipales, y atribuye cualquier ausencia a «una mala organización, la naturaleza humana, los robos y las bombas de la Segunda Guerra Mundial», ya que la sede central de Scotland Yard —donde a la sazón se guardaban los papeles— quedó parcialmente destruida tras un bombardeo.

Aunque quizá fuera prudente prohibir durante un tiempo la publicación de ciertos detalles gráficos y de las fotografías de los cuerpos desnudos y mutilados de las víctimas, sospecho que la discreción y la sensibilidad no fueron los únicos motivos que indujeron a las autoridades a guardar aquellos documentos a buen recaudo y esconder la llave. No serviría de nada recordar al mundo que Scotland Yard no había logrado atrapar a aquel hombre, y no tenía sentido hacer hincapié en aquel sórdido capítulo de la historia inglesa en que la policía metropolitana se vio deshonrada por uno de sus peores jefes.

Su Majestad la Reina debió de estar bajo el efecto de algún tipo de maleficio cuando decidió sacar de África a un general tiránico y ponerlo al frente de la policía civil en una ciudad que detestaba ya a los «polizontes», o las «moscardas azules».

Charles Warren era un hombre brusco y arrogante, amante de los uniformes extravagantes. Cuando comenzaron los crímenes del Destripador, en 1888, llevaba dos años al mando de la policía, y su respuesta ante todo eran los subterfugios políticos y la fuerza, como había demostrado el 13 de noviembre del año anterior, el «domingo sangriento» en que prohibió una manifestación socialista pacífica en Trafalgar Square. La orden de Warren era ilegal, de manera que los reformistas socialistas —como Annie Besant y el miembro del Parlamento Charles Bradlaugh— no la tuvieron en cuenta y decidieron manifestarse de acuerdo con sus planes.

Cumpliendo órdenes de Warren, los agentes de la ley atacaron a los sorprendidos e indefensos manifestantes. Según escribió Annie Besant, la policía montada cargó contra ellos, «derribando a hombres y mujeres como si fueran bolos». Llegaron soldados dispuestos a disparar y usar sus porras, y trabajadores amantes de la paz y respetuosos del orden acabaron con miembros rotos. Hubo dos muertos y multitud de heridos y arrestos ilegales, y a raíz de este incidente se fundó la Liga por la Ley y la Libertad con el fin de defender a todas las víctimas de la brutalidad policial.

Para agravar su abuso de poder, Warren prohibió que el coche fúnebre de una de las víctimas pasara por las calles principales al oeste del puente de Waterloo. La masiva procesión avanzó despacio por Aldgate, en Whitechapel, y llegó al cementerio de Bow Road después de cruzar la misma zona de la Gran Metrópolis donde un año después el Destripador empezaría a matar a las prostitutas a quienes Annie Besant, Charles Bradlaugh y otros intentaban ayudar. El cuñado de Sickert, T. Fisher Unwin, publicó la autobiografía

de Annie Besant, y Walter pintó dos retratos de Charles Bradlaugh. No fue una coincidencia. Sickert conocía a estas personas porque Ellen y su familia eran liberales activos y se movían en ese círculo político. Al principio de la carrera profesional de Walter, Ellen lo ayudó presentándole a personajes famosos que podían encargarle retratos.

Annie Besant y Charles Bradlaugh entregaron su vida a los pobres. Walter Sickert, en cambio, se la arrebató, y fue una vergüenza que algunos periódicos sugirieran que los crímenes del Destripador eran una proclama socialista destinada a sacar a la luz los entresijos del sistema de clases y los oscuros secretos de la ciudad más grande del mundo. Sickert asesinó a prostitutas enfermas, miserables y prematuramente envejecidas. Las mató porque era fácil.

Actuó movido por sus ansias de violencia sexual, su resentimiento y su insaciable necesidad de atención. Sus homicidios no tuvieron nada que ver con el deseo de hacer una proclama política. Mataba para satisfacer sus incontrolables impulsos de psicópata violento. Cuando la prensa y el público aludían a un móvil —sobre todo de carácter social o ético—, Sickert debía de experimentar un placer secreto y una sensación de poder. «[¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!] —escribió el Destripador—. En verdad deberían darme las gracias por matar a esas condenadas alimañas, pues son diez veces peores que los hombres».

9. La lámpara oscura

Durante el reinado de Jorge III, los bandidos controlaban las carreteras y los caminos secundarios, y la mayoría de los maleantes podía librarse de sus problemas con la ley mediante el pago de un soborno.

Por las noches, Londres estaba protegido por guardias armados con palos, faroles y matracas que al sacudirlas producían un ruido impresionante. Las cosas no empezaron a cambiar hasta el año 1750. Henry Fielding, más conocido como escritor que como magistrado, reunió a un grupo de agentes leales y, con una asignación del gobierno de cuatrocientas libras, formó el primer escuadrón de «alguaciles».

Éstos desarticularon las bandas y combatieron a los bribones que atormentaban a los londinenses. Cuando Henry Fielding se retiró, lo sustituyó su hermano John, en cuyo caso la justicia era literalmente ciega. *Sir* John Fielding había perdido la vista, y se había hecho famoso por cubrirse los ojos con una venda cuando se careaba con los prisioneros. Se decía que era capaz de reconocer a los criminales por la voz.

Durante el mandato de John Fielding, el cuartel general de los alguaciles estaba en Bow Street, de manera que se los conocía por el nombre de la Patrulla de Bow Street o los agentes de Bow Street. En aquella época la policía era una organización parcialmente privada, y un agente de Bow Street podía investigar el robo de una casa de la ciudad a cambio de un estipendio, o bien encontrar al ladrón y obligarlo a hacer un trato económico con la víctima. La ley civil y criminal se combinaban de una forma curiosa, porque si bien era ilegal cometer fechorías, estos acuerdos permitían restaurar el orden y ahorrarse infinidad de problemas y molestias.

Recuperar la mitad de las posesiones era mejor que quedarse sin nada. Y devolver la mitad de lo que uno había robado era mejor que perderlo todo y acabar en la cárcel. Algunos agentes de Bow Street lograban amasar una fortuna antes de retirarse. No podían hacer gran cosa ante los disturbios callejeros y los asesinatos, que, al igual que tantos otros delitos, eran males endémicos. Se robaban perros para arrancarles la piel. Se torturaba al ganado en las «persecuciones de bueyes», donde una muchedumbre de cazadores perseguía y hostigaba a los animales hasta que éstos, desquiciados por el dolor, caían muertos. Las ejecuciones fueron públicas desde finales del siglo XVI hasta 1868, y congregaban a ingentes multitudes.

Los días de linchamiento eran festivos, y se creía que aquel morboso espectáculo servía para disuadir a los criminales. En la época de los alguaciles y los agentes de Bow Street, las transgresiones castigadas con la muerte comprendían el robo de caballos, la falsificación y los pequeños hurtos en tiendas. En 1788, millares de personas se reunieron en Newgate para contemplar cómo quemaban en la hoguera a Phoebe Harris, de treinta años, por falsificar monedas. Los salteadores de caminos eran héroes, y sus admiradores los ovacionaban mientras pendían de la horca, pero los reos de clase alta eran objeto de burla, fuera cual fuese el delito que hubieran cometido.

En 1802, cuando ahorcaron al gobernador Joseph Wall, los espectadores se pelearon por la soga del verdugo, que se vendió a unos dos chelines los cinco centímetros. En 1807, una multitud de cuarenta mil personas se arracimó para ver la ejecución de dos asesinos, y muchos hombres, mujeres y niños murieron pisoteados. No todos los reos morían con presteza o de la forma prevista, y algunas escenas de agonía eran pavorosas. El nudo se

deshacía o no apretaba lo suficiente, y en lugar de perder la conciencia de inmediato a consecuencia de la compresión de la carótida, el prisionero sacudía de manera violenta las extremidades mientras los hombres le tiraban de las piernas para acelerar su muerte. Por lo general, el condenado perdía los pantalones y se retorcía desnudo ante la enfervorizada muchedumbre. En los viejos tiempos de las ejecuciones con hacha, la negativa a poner unas monedas en la mano del verdugo podía causar un error de puntería que obligaba a dar hachazos adicionales.

En 1829, *sir* Robert Peel convenció al gobierno y a los ciudadanos de que éstos tenían derecho a dormir seguros en su hogar y a andar por la calle sin temor. La jefatura de la policía metropolitana estaba en el número 4 de Whitehall Place, y comunicaba por la puerta trasera con Scotland Yard, el solar de un antiguo palacio sajón que había servido de residencia a los reyes escoceses que visitaban la ciudad. A finales del siglo XVII se demolió la parte del palacio que estaba en ruinas y lo que quedó en pie pasó a albergar oficinas del gobierno británico. Muchos personajes célebres sirvieron a la Corona desde Scotland Yard; entre ellos los arquitectos Inigo Jones y Christopher Wren, así como el gran poeta John Milton que, a la sazón, era el secretario para lenguas extranjeras de Oliver Cromwell. El arquitecto y escritor humorístico *sir* John Vanbrug construyó una casa en el terreno del antiguo palacio que Jonathan Swift comparó con un «pastel de oca».

Pocas personas saben que Scotland Yard siempre ha sido un lugar, no una organización policial. Desde 1829 el término «Scotland Yard» hace referencia a la sede central de la policía metropolitana, y esta acepción sigue vigente, aunque en la actualidad el nombre oficial es «New Scotland Yard». Sospecho que la gente continuará pensando que Scotland Yard es un grupo de detectives del estilo de Sherlock Holmes, y que un oficial londinense uniformado es un *bobby*. Con toda probabilidad, siempre habrá libros y películas en los cuales, ante la imposibilidad de resolver un crimen, un policía de provincias pronuncie aquella trillada —aunque deliciosa— frase de «creo que éste es un trabajo para Scotland Yard».

La población manifestó antipatía por Scotland Yard y sus divisiones uniformadas desde el principio. La labor policial se veía como una afrenta a los derechos civiles del ciudadano inglés, y se asociaba tanto con la ley marcial como con el deseo del gobierno de espiar y amedrentar a sus súbditos. En el momento de su fundación, la policía metropolitana hizo todo lo posible para evitar una apariencia militar, vistiendo a sus miembros con chaquetas y pantalones azules y cascos de piel de conejo reforzados con un armazón de acero, por si a un delincuente se le ocurría golpear al agente en la cabeza. Estos cascos también tenían otra utilidad, pues podían emplearse como banquetas para trepar a una valla o un muro, o para entrar por una ventana.

Al principio, en la policía metropolitana no había detectives. Bastantes problemas tenían ya con los agentes uniformados de azul, y la idea de que unos hombres vestidos de paisano vigilasen de manera solapada a la gente para pillarla en falta suscitó la violenta oposición de los ciudadanos, e incluso de los policías uniformados, a quienes no les gustaba que los detectives ganasen más que ellos y les preocupaba la posibilidad de que el verdadero propósito de esos individuos fuese espiar en sus propias filas. Entre 1842, cuando comenzaron los esfuerzos en pro de la creación de un sólido departamento de detectives, y mediados de la década, cuando se introdujeron agentes de paisano, se cometieron muchos errores, como la absurda decisión de contratar a caballeros cultos sin adiestramiento policial. Cuesta imaginar a una persona semejante entrevistando a un borracho del East End que acababa de aplastar la cabeza de su mujer con un martillo o de

degollarla con una navaja.

El Departamento de Investigación Criminal no se organizó formalmente hasta 1878, sólo diez años antes de que Jack el Destripador empezara a aterrorizar a los habitantes de Londres. En 1888, la opinión pública sobre los agentes secretos no había cambiado mucho. El hecho de que los representantes de la ley vistiesen de paisano o arrestasen a la gente mediante estratagemas continuaba despertando recelos. Se suponía que la policía no debía tender trampas a los ciudadanos, y Scotland Yard cumplía a rajatabla la norma de usar agentes de paisano sólo cuando había pruebas evidentes de que en cierta zona se estaban cometiendo delitos con reiteración. No era un enfoque preventivo sino legalista, y retrasó la decisión de emplear métodos secretos cuando el Destripador comenzó su carnicería en el East End.

Scotland Yard no estaba preparada para un asesino como él y, después del homicidio de Mary Ann Nichols, la población se ensañó más que nunca con la policía, criticándola, ridiculizándola y culpándola. Los principales periódicos ingleses cubrieron de forma obsesiva tanto el propio crimen como las distintas audiencias de la investigación judicial. El caso fue portada de publicaciones sensacionalistas como *The Illustrated Police News* y la económica *Famous Crimes*, que se vendía por un penique. Los artistas hacían representaciones morbosas y obscenas de los asesinatos, y nadie —ni los funcionarios del Home Office, ni los policías, ni los detectives, ni los jefazos de Scotland Yard; ni siquiera la reina Victoria— tenía la menor idea de la naturaleza del problema ni de su solución.

Cuando el Destripador comenzó a matar, en las calles sólo había policías uniformados que trabajaban demasiado y ganaban poco. Llevaban el equipo habitual: un silbato, una porra, quizás una matraca y una linterna de ojo de buey, apodada «la lámpara oscura» porque lo único que hacía era iluminar —y no demasiado— a la persona que la sujetaba. Esta linterna era un artilugio pesado y peligroso, compuesto por un cilindro de veinte centímetros de altura con una chimenea con forma de cono truncado. Tenía una lente de aumento de siete centímetros de diámetro, hecha de grueso vidrio esmerilado, y en el interior de la lámpara había un pequeño receptáculo para aceite y una mecha.

El brillo de la llama se controlaba girando la chimenea. En el interior había un tubo metálico que rotaba y ocultaba la llama hasta donde fuera necesario, permitiendo que un policía hiciera señales a otro en la calle con los destellos de luz. Supongo que la palabra «destello» parecerá una exageración a cualquiera que haya visto una de estas lámparas encendida. Yo encontré varias oxidadas pero auténticas de Hiatt & Co., fabricadas en Birmingham a mediados del siglo XIX e idénticas a las que usó la policía durante la investigación de los crímenes del Destripador. Una noche saqué una al patio y encendí un pequeño fuego en el receptáculo del aceite. La lente se convirtió en un ojo parpadeante de color anaranjado rojizo. Pero la convexidad del cristal hace que la luz se desvanezca cuando se la mira desde ciertos ángulos.

Puse la mano delante del farol y apenas pude ver la palma a unos doce centímetros de distancia. La chimenea comenzó a humear y el cilindro se calentó (según la leyenda policial, se calentaba lo suficiente para preparar té). Imaginé a un pobre agente haciendo su ronda y sujetando ese trasto por las dos asas de metal, o enganchándolo a su cinturón de cuero, que tenía una hebilla con forma de «S» invertida. Es un milagro que no se quemasen vivos.

Puede que el victoriano medio no estuviera al tanto de las deficiencias de estas lámparas. Las revistas y los periódicos baratos mostraban a policías proyectando intensos rayos de luz en oscuros rincones y callejuelas mientras el asustado sospechoso de turno

retrocedía, protegiéndose del deslumbrante resplandor. A menos que estos dibujos de tebeo se exagerasen de forma deliberada, me hacen sospechar que la mayoría de la gente nunca había visto un farol de ojo de buey en uso. Pero eso no es sorprendente. Los policías que patrullaban las zonas más seguras de la metrópolis no tenían necesidad de encender sus lámparas. Era en los lugares tenebrosos donde brillaban los ojos inyectados en sangre de estos artilugios, iluminando apenas las rondas de los policías, y la mayoría de los londinenses que viajaban a pie o en coches de caballos no frecuentaba esas zonas.

Walter Sickert era un amante de la noche y de los barrios bajos. Sin duda conocía bien el aspecto de una linterna de ojo de buey, ya que tenía la costumbre de deambular por sitios tenebrosos después de asistir a los espectáculos de variedades. Durante su estancia en Camden Town, cuando produjo sus obras más ostensiblemente violentas, solía pintar escenas de crímenes a la tétrica luz de uno de estos faroles. La artista Marjorie Lilly, que compartió su casa y uno de sus estudios, fue testigo de ello en más de una ocasión, y más tarde lo describió como «el doctor Jekyll» adoptando «el papel de Mr. Hyde».

Era imposible que el oscuro uniforme y las capas de lanilla de los policías los mantuvieran calientes y secos cuando el tiempo era desapacible, y en los días cálidos, la incomodidad de un agente de la ley debía de ser notoria. No podía aflojarse el cinturón, ni desabrocharse la chaqueta, ni quitarse el casco de forma militar con su brillante estrella de Brunswick. Si las botas de cuero que le habían proporcionado le hacían daño, no le quedaba más remedio que comprarse otro par con su dinero o sufrir en silencio.

En 1887, un miembro de la policía metropolitana ofreció al público una visión de la vida de los agentes de la ley. En un artículo anónimo publicado en *The Police Review and Parade Gossip*, contó que su esposa y su moribundo hijo de cuatro años se veían obligados a vivir en dos habitaciones de un albergue de Bow Street. El alquiler le costaba diez de los veinticuatro chelines que ganaba a la semana. Corrían tiempos de gran malestar social, escribió, y la animosidad hacia la policía era patente.

Armados sólo con una pequeña porra enfundada en un bolsillo especial en la pernera del pantalón, estos agentes salían a la calle día tras día y noche tras noche, «prácticamente hartos del constante trato con vehementes criaturas enloquecidas por la necesidad y la codicia». Indignados ciudadanos los insultaban y los acusaban de estar «en contra del pueblo y de los pobres», decía el artículo sin firma. Los londinenses más acomodados a veces llamaban a la policía después de cuatro o cinco horas de un robo o un atraco, y luego se quejaban en público de que la policía era incapaz de atrapar a los delincuentes.

Además de ingrata, la labor del policía era casi imposible, ya que la mayoría de los días una sexta parte de los quince mil miembros del cuerpo estaba de baja por enfermedad, de permiso o suspendidos. La supuesta proporción de un policía cada cuatrocientos cincuenta ciudadanos era engañosa. El número de hombres en la calle variaba a lo largo de la jornada. Puesto que esta cifra se duplicaba durante el turno nocturno (entre las diez de la noche y las seis de la mañana), durante el matinal (de seis a dos) y el vespertino (de las dos de la tarde a las diez de la noche) sólo había dos mil policías de servicio. Esto equivale a un agente cada cuatro mil ciudadanos, o un policía para cubrir nueve kilómetros de calle. En agosto, la relación empeoraba aún más, ya que dos mil hombres libraban por vacaciones.

Durante el turno de noche, un agente debía hacer su ronda en un lapso de entre diez y quince minutos, a un paso medio de dos kilómetros y medio por hora. Cuando el Destripador comenzó a matar, esta norma había perdido vigencia, pero el hábito estaba profundamente arraigado. Los delincuentes reconocían el paso regular y vivaz de un policía

desde una distancia considerable.

La zona metropolitana de Londres medía mil kilómetros cuadrados, y aunque la cifra de agentes de servicio se duplicara durante la madrugada, el Destripador podría haber deambulado por los pasajes, callejuelas y plazas del East End sin ver una sola estrella de Brunswick. Si un policía se acercaba, su paso inconfundible lo delataría. Después de cometer su crimen, el Destripador podía ocultarse entre las sombras, esperar a que hallasen el cadáver y oír las exaltadas conversaciones de los testigos, los médicos y la policía. Jack el Destripador podía observar los movedizos ojos anaranjados de la linterna de ojo de buey sin temor a que lo descubriesen.

A los psicópatas les encanta presenciar el drama del que son autores. Es habitual que los asesinos en serie regresen al escenario del crimen o que se involucren en la investigación. No es infrecuente que un homicida acuda al entierro de su víctima, y en la actualidad la policía envía a agentes secretos para que filmen con disimulo a los afligidos asistentes al sepelio. A los pirómanos les gusta observar sus incendios tanto como a los violadores trabajar en los servicios sociales. Ted Bundy, sin ir más lejos, era voluntario en un servicio telefónico para personas en situación crítica.

Después de estrangular a Jennifer Levin en Central Park, Robert Chambers se sentó en un muro, enfrente del lugar de los hechos, y esperó dos horas hasta que descubrieron el cadáver, llegó la policía y los empleados del depósito metieron el cuerpo en un saco y lo subieron a una ambulancia. «Le pareció divertido», recordó Linda Fairstein, la fiscal que envió a Chambers a la cárcel.

Sickert era un artista del espectáculo y también un psicópata violento. Sin duda le obsesionaba la idea de observar a la policía y a los médicos mientras examinaban los cadáveres en el escenario del crimen, y es posible que permaneciera en la oscuridad el tiempo suficiente para presenciar cómo la ambulancia se llevaba a su víctima. Quizá la siguiera a una distancia prudencial para ver cómo la metían en el depósito, y hasta es posible que asistiera al entierro. En los primeros años del siglo XX pintó un cuadro en el que aparecen dos mujeres que miran a través de la ventana y, de manera inexplicable, lo tituló *El cortejo fúnebre*. Varias cartas del Destripador sugieren con tono burlón que había observado a la policía en el escenario del crimen o que había asistido al entierro de la víctima.

«Los veo y ellos pueden verme a mí», escribió.

Al jefe de la policía metropolitana, *sir* Charles Warren, no le preocupaban mucho los crímenes, y tampoco sabía gran cosa sobre ellos. Era un blanco fácil para un psicópata con la inteligencia y la creatividad de Walter Sickert, que habría disfrutado ridiculizándolo y destrozando su carrera. Al final, fue su incapacidad para capturar al Destripador, entre otros yerros, lo que obligó a Warren a dimitir el 8 de noviembre de 1888.

Hacer pública la deplorable situación del East End y librar a Londres de Warren fueron acaso las únicas buenas obras de Jack el Destripador, aunque sus motivaciones no fuesen precisamente altruistas.

10. Medicina de los tribunales

El doctor Llewellyn testificó en la investigación judicial de Mary Ann Nichols que ésta presentaba una pequeña laceración en la lengua y un hematoma en el lado derecho del maxilar inferior debido a un puñetazo o a «la presión de un pulgar». También tenía una magulladura circular en la parte izquierda de la cara que podría haber tenido el mismo origen.

Le habían cortado el cuello en dos puntos. Una incisión medía diez centímetros de largo y comenzaba a dos centímetros y medio por debajo de la mandíbula, justo debajo de la oreja izquierda. La segunda incisión también comenzaba del lado izquierdo, aunque un par de centímetros por debajo de la primera y un poco más separada de la oreja. Esta última incisión era «circular», según el doctor Llewellyn. No sé a qué se refería, a menos que quisiera indicar que era curva en lugar de recta, o simplemente que rodeaba el cuello. Con veinte centímetros de longitud, atravesaba vasos sanguíneos, tejido muscular y cartílago, y rozaba las vértebras antes de terminar a siete centímetros y medio del lado derecho de la mandíbula.

La descripción del doctor Llewellyn de las heridas abdominales de Mary Ann es tan vaga como el resto de sus observaciones. Del lado izquierdo había una incisión irregular «más o menos en la parte inferior del abdomen» y del lado derecho, «tres o cuatro» cortes similares en sentido descendente. Además, había «varios» cortes transversales y pequeños tajos en «las partes pudendas». En su conclusión, el doctor Llewellyn dijo que las heridas abdominales eran causa suficiente de la muerte, y que pensaba que se habían infligido antes que las de la garganta. Basó esta hipótesis en la ausencia de sangre alrededor del cuello y en el escenario del crimen, pero olvidó explicar al juez de instrucción y a los miembros del jurado que no había dado la vuelta al cadáver. Es posible que aún no supiese que había pasado por alto —o no había visto— una cantidad considerable de sangre y un coágulo de quince centímetros de diámetro.

Todas las heridas discurrían de izquierda a derecha, declaró el doctor Llewellyn, lo que le inducía a pensar que el asesino era «zurdo». El arma —esta vez, según declaró, habían utilizado una sola— era un cuchillo de hoja larga y «moderadamente afilado», usado con «gran violencia». Añadió que los moretones de la cara y la mandíbula eran compatibles con el ataque de un zurdo, y especuló con que el asesino había tapado la boca a Mary Ann con la mano derecha, para que no gritase, y luego la había apuñalado en repetidas ocasiones en el abdomen con la izquierda. En la escena que describió el doctor Llewellyn, Mary Ann estaba frente a frente con el asesino cuando él la agredió. O bien estaban de pie, o el asesino ya la había arrojado al suelo y, de algún modo, se las ingenió para evitar que gritase y patalease mientras le levantaba la ropa y comenzaba a cortar la piel y la grasa, hasta llegar a los intestinos.

No tiene sentido que un asesino calculador, lógico e inteligente como Jack el Destripador seccionase primero el abdomen de su víctima, dándole oportunidades de sobra para que luchase con ferocidad mientras era presa del pánico y un dolor inimaginable. Si el juez de instrucción hubiese sometido al doctor Llewellyn a un interrogatorio más concienzudo sobre los detalles médicos, la reconstrucción del asesinato de Mary Ann Nichols podría haber sido muy distinta. Puede que el asesino no la abordase de frente. Puede que no le dijera nada. Puede que ella ni siquiera lo viese.

Una teoría de gran aceptación es que Jack el Destripador se acercaba a sus víctimas y conversaba con ellas antes de llevarlas a un rincón oscuro y aislado, donde las mataba de improviso y con celeridad. Durante un tiempo di por sentado que éste había sido el *modus operandi* del Destripador en todos los casos. Como tantas otras personas, imaginé que él empleaba la argucia de solicitar los favores de sus víctimas para que lo siguiesen. Puesto que el coito con prostitutas solía practicarse con la mujer de espaldas al cliente, ésta parecía la oportunidad perfecta para que el Destripador la degollase antes de que ella fuera consciente de lo que ocurría.

No descarto la posibilidad de que el Destripador actuase de este modo, al menos en algunos asesinatos. De hecho, no se me ocurrió que pudiera haber empleado otro método hasta que tuve un momento de clarividencia durante las vacaciones de Navidad de 2001, cuando me encontraba en Aspen con mi familia. Estaba pasando una noche sola en una urbanización situada al pie del monte Ajax y, como de costumbre, había llevado varias maletas con material de investigación. Mientras hojeaba por enésima vez un libro sobre la obra de Sickert, me detuve en la página de un cuadro célebre titulado *Hastío*. Qué curioso, pensé, que esta obra fuese considerada tan extraordinaria como para que la Reina Madre de Inglaterra comprase una de las cinco versiones y la colgase en Clarence House. Las demás se encuentran en manos privadas o están en museos prestigiosos, como la Tate Gallery.

En las cinco versiones de Hastío, un hombre maduro de aspecto aburrido está sentado a una mesa, con un cigarro encendido y un vaso alto, supongo que de cerveza, delante de él. Mira al vacío, abstraído en sus pensamientos y sin mostrar el menor interés por la mujer que se encuentra a su espalda, inclinada sobre un aparador y con la cabeza apoyada en la mano, contemplando melancólica unas palomas disecadas que están dentro de una campana de cristal. Un detalle fundamental del cuadro es el retrato de una mujer, una diva, que aparece colgado en la pared, detrás de las cabezas de la aburrida pareja. Después de haber visto varias versiones de *Hastío*, era consciente de las ligeras variaciones en la apariencia de la diva.

En tres de ellas, la mujer lleva sobre los hombros algo semejante a una gruesa boa de plumas. Pero en las versiones de la Reina Madre y la Tate Gallery no se ve la boa, sino una indistinguible figura marrón rojiza que envuelve el hombro izquierdo y cae sobre la parte superior del brazo y el pecho. Sólo cuando yo misma experimenté hastío, sentada en el apartamento de Aspen, reparé en una media luna vertical de un pálido color carne sobre el hombro izquierdo de la diva. Este dibujo tiene una especie de protuberancia en el lado izquierdo que se parece mucho a una oreja.

Tras una inspección más atenta, la figura se convierte en la cara de un hombre semioculta por las sombras. Se está acercando a la mujer por detrás, y ella gira ligeramente la cabeza como si intuyera su proximidad. Bajo una lupa de pocos aumentos, la cara del hombre se ve con más claridad, y la de la mujer adquiere el aspecto de una calavera. Pero con una lupa de más aumentos, la imagen se disgrega en pinceladas sueltas. Viajé a Londres, contemplé el original de la Tate Gallery y no cambié de opinión. Envié una diapositiva del cuadro al Instituto de Ciencia y Medicina Forense de Virginia para ver si la tecnología podía proporcionar una visión más precisa.

La ampliación computarizada de imágenes detecta centenares de tonalidades de gris que el ojo humano es incapaz de percibir, y hace visible o descifrable una fotografía borrosa o un texto borrado. Sin embargo, esta técnica es eficaz con cintas de vídeo o fotografías deficientes, pero no con pinturas. Lo único que conseguimos con *Hastío* fue separar las pinceladas de Sickert hasta que obtuvimos el reverso de lo que hizo cuando las

unió. Como tantas otras veces mientras trabajaba en el caso del Destripador, me recordaron que la ciencia forense no puede ni podrá reemplazar las facultades humanas de detección, deducción, experiencia y sentido común, como tampoco un trabajo diligente.

El *Hastío* de Sickert se vinculó con la investigación de los crímenes del Destripador mucho antes de que yo reparara en él, aunque de una manera muy diferente. En una versión del cuadro, la diva envuelta en una boa tiene una mancha blanca en el hombro izquierdo que guarda una ligera semejanza con las palomas disecadas del aparador. Algunos entusiastas del caso del Destripador insisten en que el «pájaro» es una «gaviota», en inglés *gull*, y que Sickert la introdujo en el cuadro para sugerir que el asesino era *sir* William Gull, el médico personal de la reina Victoria. Los defensores de esta interpretación suelen suscribir la teoría de la conspiración real, que implica al doctor Gull y al duque de Clarence en cinco crímenes del Destripador.

Esta teoría se consolidó en la década de 1970. Aunque mi propósito en este libro no es determinar quién no fue el Destripador, afirmo categóricamente que no fue ni el doctor Gull ni el duque de Clarence. En 1888 el doctor Gull tenía setenta y un años, y había sufrido ya una apoplejía. El duque de Clarence no usó instrumentos más agudos que su mente. Eddy, como lo llamaban, nació dos meses antes de lo previsto, después de que su madre fuese a ver un partido de *hockey* sobre hielo en el que participaba su marido y, por lo visto, pasara demasiado tiempo «dando vueltas» en un trineo. Se encontró mal y la llevaron a Frogmore, donde sólo disponían de un médico local para supervisar el inesperado nacimiento de Eddy.

Es probable que sus problemas de desarrollo tuvieran menos que ver con su nacimiento prematuro que con su limitada dotación de genes reales. Eddy era encantador pero obtuso. Era sensible y dulce, pero un pésimo estudiante. Apenas era capaz de montar a caballo, hizo un papel mediocre durante su adiestramiento militar y mostraba una afición desmedida por la ropa. La única solución que encontraron para él su frustrado padre, el príncipe de Gales, y su abuela, la reina Victoria, fue enviarlo, de vez en cuando, a que realizase largos viajes por tierras lejanas.

Aún hoy circulan rumores sobre sus preferencias sexuales y sus indiscreciones. Es posible que mantuviese relaciones homosexuales, como recogen algunos libros, pero alternaba con mujeres. Quizá fuese sexualmente inmaduro y experimentara con ambos sexos. No habría sido el primer miembro bisexual de la familia real. Pero Eddy se sentía más apegado emocionalmente a las mujeres, en especial a su hermosa y afectuosa madre, a quien no parecía preocuparle que le importase más la ropa que la Corona.

El 12 de julio de 1884, el frustrado padre de Eddy, príncipe de Gales y futuro rey, escribió al tutor alemán de su hijo: «Con sincero pesar recibimos la noticia de que nuestro hijo se retrasa tanto por las mañanas […]. Tendrá que recuperar el tiempo perdido estudiando más». En esta triste carta de siete páginas escrita en Marlborough House, el Príncipe insiste con firmeza —si no con desesperación— en que su hijo, heredero directo del trono, «debe arrimar el hombro».

Eddy no tenía ni la energía ni el interés necesarios para perseguir prostitutas, y sugerir lo contrario es ridículo. En las noches de al menos tres de los asesinatos no estaba en Londres, ni siquiera cerca de la ciudad (aunque no necesita coartadas), y los asesinatos continuaron después de su prematura muerte, acaecida el 14 de enero de 1892. Incluso si el médico de la familia, el doctor Gull, no hubiera sido un anciano enfermo, estaba demasiado ocupado cuidando de la salud de la reina Victoria y del frágil Eddy, de modo que parece difícil que tuviera tiempo o interés para recorrer Whitechapel en un coche real a altas horas

de la noche y apuñalar a las prostitutas que chantajeaban a Eddy a causa de su «matrimonio secreto» con una de ellas. O algo por el estilo.

Sin embargo, es cierto que Eddy había sido víctima de un chantaje con anterioridad, como atestiguan dos cartas que escribió a George Lewis, el magnífico abogado que, más tarde, representaría a Whistler en un pleito relacionado con Walter Sickert. En 1890 y 1891, Eddy se dirigió a Lewis porque se había metido en una situación comprometida con dos mujeres de clase baja, una de las cuales era una tal señorita Richardson. Trató de salir del aprieto pagando para recuperar unas cartas que, con total imprudencia, había enviado a esa mujer y a una amiga suya.

«Me complace saber que pudo llegar a un acuerdo con la señorita Richardson —escribió Eddy a Lewis en noviembre de 1890—, aunque doscientas libras me parece una cantidad exagerada por unas cartas». Prosigue diciendo que había tenido noticias de la señorita Richardson «el otro día» y que ella le exigía cien libras más. Eddy promete que hará «todo lo posible para recuperar» también las cartas que había escrito a «la otra señora».

Un año después, Eddy escribe en «noviembre» [tachado] «diciembre» de 1891 desde el «Cuartel de Cabalería» [*sic*] y le envía a Lewis un regalo «en reconocimiento por la gentileza que demostró el otro día, al sacarme del apuro en que imprudentemente me metí». Pero, al parecer, «la otra señora» no se dejó disuadir con facilidad, ya que Eddy afirmó que tuvo que enviar a un amigo a verla y «pedirle las dos o tres cartas que le había escrito […]. Puede estar seguro de que en el futuro me guardaré bien de involucrarme en complicaciones de esta índole».

Aunque ignoramos qué escribió el duque de Clarence a la señorita Richardson y «la otra señora», podemos deducir que esas cartas habrían causado problemas a la familia real. Eddy era consciente de que los ciudadanos, y en especial su abuela, no verían con buenos ojos su relación con mujeres capaces de chantajearlo. Pero lo que demuestra este intento de extorsión es que la inclinación natural de Eddy ante una situación semejante no era asesinar ni mutilar a sus enemigos, sino pagar por su silencio.

Es posible que las obras de Sickert contengan «pistas», pero sin duda son acerca de él mismo, así como sobre sus sentimientos y actos. Su arte refleja aquello que veía, filtrado por el tamiz de una imaginación a veces infantil, a veces salvaje. El punto de vista en la mayoría de sus cuadros indica que solía observar a la gente por detrás. Veía a sus modelos, pero ellos no lo veían a él. Veía a sus víctimas, pero ellas no lo veían a él. Quizás observase a Mary Ann Nichols durante un rato antes de agredirla. A buen seguro, trató de determinar el grado de borrachera de la mujer y planeó la mejor forma de abordarla.

Tal vez se aproximara a ella en la oscuridad, le enseñase una moneda y le dijera unas palabras antes de colocarse a su espalda. O puede que emergiera de entre las sombras y se lanzase de pronto sobre ella. Las lesiones de Mary Ann —suponiendo que las hayan descrito de la forma correcta— podrían haberse producido cuando el asesino le agarró la mandíbula y le echó la cabeza atrás para degollarla. Es posible que se mordiese la lengua, lo que justificaría la abrasión que observó el doctor Llewellyn. El hecho de que tratara de volverse explicaría que la primera incisión fuera incompleta, en esencia, una intentona fallida. Los hematomas de la mandíbula y la cara serían consecuencia de la presión que debió de ejercer el asesino antes de cortarle el cuello por segunda vez, una cuchillada tan violenta que prácticamente la decapitó.

La posición del Destripador, detrás de su víctima, habría evitado que le salpicase la sangre arterial que debió de brotar a chorros de la carótida izquierda. Pocos asesinos se

arriesgarían a mancharse la cara con sangre, sobre todo con la sangre de una víctima que debía de padecer enfermedades, cuando menos de transmisión sexual. Mientras Mary Ann estaba de espaldas, el asesino le levantó la ropa de la parte inferior del cuerpo. Ella no podía gritar. No creo que fuera capaz de emitir sonido alguno, aparte de los gemidos ahogados y los gorgoteos de aire y sangre que salían de su tráquea seccionada. Cabe la posibilidad de que se asfixiase con su propia sangre mientras se desangraba viva, un proceso que suele durar unos minutos.

Casi todos los informes judiciales, incluido el del doctor Llewellyn, coinciden en que la víctima «murió al instante». No es verdad. Un disparo en la cabeza puede provocar la muerte en el acto, pero una persona tarda varios minutos en desangrarse, ahogarse, asfixiarse o sufrir el cese de todas sus funciones vitales a causa de una apoplejía o un ataque cardíaco. Es posible que Mary Ann permaneciera consciente y supiera lo que le estaba pasando cuando el asesino comenzó a apuñalarla en el abdomen. Hasta es probable que siguiera viva cuando él abandonó el cuerpo en la calle.

Robert Mann, un interno del asilo de Whitechapel, estaba a cargo del depósito de cadáveres la mañana en que llevaron el cadáver allí. Durante los interrogatorios de la investigación judicial del 17 de septiembre, Mann declaró que la policía había llegado poco después de las cuatro de la madrugada y le había ordenado que se levantase. Los agentes le indicaron que había un cadáver en el patio y que se diera prisa, de manera que él los acompañó a la ambulancia. Introdujeron el cuerpo en el depósito, y el inspector Spratling y el doctor Llewellyn entraron para echarle un vistazo. Luego la policía se marchó, y debían de ser las cinco de la madrugada cuando Mann cerró la puerta del depósito con llave y se fue a desayunar.

Alrededor de una hora después, Mann y otro interno llamado James Hatfield regresaron al depósito y comenzaron a desvestir el cuerpo solos, sin la supervisión de la policía. Mann juró al juez de instrucción Baxter que nadie le había prohibido que tocase el cadáver y que la policía no se encontraba allí. ¿Estaba absolutamente seguro de eso? Sí; bueno, quizá no. Quizá se equivocara. No lo recordaba bien. Si la policía decía que había estado allí, tal vez estuviese allí. Mann se mostró cada vez más confundido durante el interrogatorio; según informó *The Times*, era un hombre «propenso a sufrir ataques […] y su testimonio fue poco fiable».

Wynne Baxter era un abogado y juez de instrucción experimentado que estaría al frente de la investigación judicial en torno a Joseph Merrick dos años después. No toleraba mentiras ni transgresiones del protocolo. Estaba indignado por el hecho de que dos internos del asilo se hubieran encargado de desvestir a Mary Ann Nichols. Interrogó con rigor al confundido y enfermizo Mann, quien mantuvo a toda costa que la ropa de la mujer no estaba desgarrada ni cortada. Lo único que habían hecho él y Hatfield había sido desnudar a la muerta y lavarla antes de que llegase el médico, con el fin de ahorrarle molestias.

Ellos hicieron jirones de los atavíos de la finada para simplificar y acelerar la tarea. Mary Ann llevaba muchas prendas, algunas acartonadas por la sangre, y es muy difícil desvestir a un cuerpo rígido como una estatua. Cuando Hatfield subió al estrado, corroboró todo lo que Mann había dicho, esto es, que los dos internos abrieron el depósito después de desayunar y que estaban solos cuando cortaron la ropa de la muerta.

La lavaron mientras estaban a solas con el cuerpo, y no tenían motivos para pensar que fuera algo inapropiado. Las transcripciones de sus testimonios sugieren que los hombres estaban asustados y sorprendidos, porque no creían haber hecho nada malo. No entendían a qué se debía tanto alboroto. De todas maneras, el depósito del asilo no estaba

destinado a casos policiales, ya que no era sino un lugar de tránsito para los muertos del propio albergue, que luego se enterraban en fosas comunes.

La palabra «forense» proviene del latín *forum*, que significa «foro», esto es la plaza pública en la que los oradores y letrados romanos presentaban sus argumentos ante los magistrados. La medicina forense es la medicina de los tribunales, y en 1888 era prácticamente desconocida. La triste verdad es que en el caso de Mary Ann Nichols no había muchos indicios físicos que aprovechar o echar a perder, pero no saber a ciencia cierta si su ropa estaba cortada o desgarrada cuando llegó al depósito es una importante desventaja. Los actos del asesino revelarían algo más sobre sus emociones en el momento del crimen.

Basándome en las descripciones del cadáver de Mary Ann en el escenario del crimen, sospecho que su ropa estaba desordenada pero no cortada ni desgarrada, y que fue en la madrugada del 31 de agosto cuando el Destripador pasó al siguiente nivel de violencia. Le levantó el abrigo, la falda, las enaguas y la ropa interior de franela. Le practicó un corte irregular, «tres o cuatro» descendentes y «varios» transversales, casi en forma de cuadrícula, y, tras asestarle algunas puñaladas poco profundas en la zona genital, desapareció en la oscuridad.

Sin ver diagramas o fotografías de la autopsia, es difícil reconstruir las lesiones y especular sobre lo que hizo o sintió el asesino. Las heridas pueden ser atroces o titubeantes. Pueden reflejar vacilación o ensañamiento. Tres o cuatro incisiones superficiales en la muñeca, además de la profunda que horadó las venas, cuentan una historia diferente sobre un suicidio de la que relataría un único tajo decidido.

Los psiquiatras deducen el estado mental y las necesidades emocionales de un paciente a través de la forma en que éste se comporta y lo que refiere de sus sentimientos. Los médicos de los muertos deben hacer esas interpretaciones basándose en una especie de sistema braille de lesiones nuevas y antiguas, detritus hallados en el cuerpo, la vestimenta de la persona y el lugar donde murió. Escuchar el mensaje de los muertos es un don extraordinario, y exige un entrenamiento especializado por demás. A veces resulta difícil entenderlos, y podemos interpretarlos mal, o hallarlos cuando sus informaciones sean ya poco precisas. Pero si todavía tienen algo que decir, su veracidad es incuestionable. En ocasiones continúan hablando incluso después de quedar reducidos a huesos.

Si una persona bebe mucho y luego conduce o se enzarza en una pelea, su cadáver lo admitirá a través del índice de alcoholemia. Si un hombre fue adicto a la heroína y la cocaína, su cadáver presentará pinchazos, así como altos niveles de metabolitos morfínicos y ecgonina benzoica en la orina, la sangre y el humor vítreo de los ojos. Si alguien practica sexo anal, o tiene tatuajes o algún *piercing* en los genitales, o si una mujer se rasura el vello pubiano porque su amante fantasea con mantener relaciones sexuales con una niña, sus cuerpos lo dirán sin tapujos después de la muerte. Si un adolescente busca un orgasmo más intenso masturbándose vestido con ropa de cuero y comprimiendo los vasos sanguíneos del cuello con una soga —aunque no tenga intención de caerse de la silla y ahorcarse—, su cadáver confesará. La vergüenza y las mentiras quedan para aquellos que les sobreviven.

Es sorprendente lo que pueden decir los muertos. Nunca dejan de sorprenderme y afligirme. Un joven estaba tan empeñado en acabar con su vida que, al ver que no lo había conseguido tras dispararse en el pecho con una ballesta, arrancó la flecha y repitió la operación. Ira. Desesperación. Impotencia. No hay vuelta atrás. Quiero morir, pero de todas maneras organizo unas vacaciones familiares y escribo las instrucciones para mi entierro con el fin de ahorrar molestias a mi familia. Quiero morir, pero también quiero tener buen

aspecto, decide una mujer a quien su marido acaba de abandonar por otra más joven, así que se maquilla, se peina y se dispara en el corazón para no destrozarse la cara.

Te dispararé en la boca, puta, porque estoy harto de oír tus quejas. Meteré tu cuerpo en la bañera y lo cubriré con ácido, guarra. Es lo que te mereces por ponerme los cuernos. Te apuñalaré en los ojos porque estoy hasta la coronilla de tus miradas. Te sacaré la sangre y me la beberé, porque los extraterrestres se están llevando la mía. Te descuartizaré y herviré los pedazos, porque así podré arrojarte por el inodoro sin que nadie se entere. Sube a mi Harley, zorra, y te llevaré a un motel donde te haré centenares de cortes con una navaja de afeitar y una tijera, y luego contemplaré tu lenta agonía, porque ése es el rito iniciático para formar parte de mi pandilla.

Las heridas de Mary Ann Nichols nos dicen que el Destripador no quería que ella luchase o gritase, y que estaba preparado para dar el siguiente paso: apartar el cuchillo de su garganta y mutilar su cuerpo desnudo. Pero aún no era un experto en esta maniobra y no pudo llegar más lejos. No le extirpó los intestinos ni otros órganos. Los cortes no fueron demasiado profundos. No se llevó una parte del cuerpo como trofeo o talismán para alimentar sus fantasías sexuales mientras estaba solo en una de sus habitaciones secretas. En mi opinión, era la primera vez que el Destripador destripaba, y necesitaba pensar en ello durante un tiempo, meditar sobre lo que había sentido y decidir si quería repetir la experiencia.

«Me gusta el trabajo con más sangre», escribió el 5 de octubre.

«Necesito más», escribió el 2 de noviembre.

Apenas una semana después, Jack el Destripador hizo su primera aparición pública con ese terrible nombre. Tiene sentido. Antes del asesinato de Mary Ann Nichols, no había «destripado» aún. Sickert se puso el nombre artístico de «Mr. Nemo» por una razón que no era precisamente la modestia. Quizá tuviera también un buen motivo para elegir el nombre de «Jack el Destripador». Sólo podemos especular al respecto.

«Jack» significaba marinero u hombre en el argot callejero, y «destripador», en inglés *ripper*, es alguien que desgarra. Pero Walter Sickert no era amigo de las obviedades. Consulté una docena de diccionarios y enciclopedias publicados entre 1755 y 1906 para cotejar las definiciones. Sickert podría haberse inspirado en Shakespeare para escoger el nombre de «Jack el Destripador». Según escribió Helena Sickert en sus memorias, a sus hermanos y a ella les «chiflaba» Shakespeare cuando eran niños, y Sickert solía citar largos pasajes de la obra de este autor. Le encantaba ponerse de pie en las fiestas y recitar monólogos de Shakespeare. La palabra «Jack» se encuentra en *Coriolano, El mercader de Venecia* y *Cimbelino*. Aunque Shakespeare no usa el término *ripper*, se encuentran variaciones de éste en *El rey Juan* y *Macbeth*.

Entre las acepciones de «Jack», hallamos las siguientes: botas; diminutivo de John para aludir a un descarado; criado encargado de quitarle las botas a su amo; grito; macho; desconocido o zopenco en argot americano; individuo artero capaz de hacer cualquier cosa, como en la frase «*Jack of all trades*», que hace referencia a un factótum. *Ripper* también tiene distintas acepciones: alguien que rasga; alguien que rompe; alguien que desgarra, alguien que corta; hombre refinado que viste con elegancia; caballo veloz; obra o papel teatral de calidad.

Jack el Destripador era un desconocido, un individuo artero capaz de hacer cualquier cosa. Tenía «el vientre lleno de beligerancia». Era un «macho insuperable». Desgarró «el útero de vuestra querida madre Inglaterra». En los profundos recovecos de su psique, Sickert pudo pensar que había sido «desgarrado» en el útero de su propia madre. Lo

que le ocurrió allí fue injusto e inmerecido. Se vengaría.

11. Noche de verano

Los ojos de Mary Ann Nichols estaban abiertos cuando descubrieron su cadáver en la calle. Miraba a ciegas en la oscuridad, su cara teñida de una pálida tonalidad amarilla por la tenue llama del farol.

En *La expresión de las emociones en el hombre y en los animales*, Charles Darwin afirmó que los ojos muy abiertos acompañan al «horror», un sentimiento que se asocia con el «miedo extremo» o el «espantoso dolor de la tortura». La idea de que una persona muere con su última emoción grabada en la cara es una falacia con siglos de antigüedad. Sin embargo, en un sentido simbólico, la expresión de Mary Ann pareció captar lo último que había visto en vida: la oscura silueta del asesino que la apuñaló. El hecho de que la policía mencionara en su informe aquellos ojos desorbitados y escrutadores podría ser un indicio de lo que los hombres de azul empezaban a pensar del asesino de Whitechapel que era un monstruo, un espectro que, en palabras del inspector Abberline, no dejaba «la menor pista».

Los testigos tardarían en olvidar la imagen de aquella mujer degollada y con la mirada perdida en la nada. Sickert no la habría olvidado. Habría recordado mejor que nadie la expresión que tenían los ojos de Mary Ann Nichols mientras la vida escapaba de su cuerpo. En 1903, si sus fechas son fiables, dibujó una mujer con los ojos muy abiertos y la mirada ausente. Parece muerta, y una inexplicable raya oscura cruza su cuello. El dibujo lleva el inocente título de *Dos estudios de la cabeza de una mujer veneciana*. Tres años después, pintó un desnudo grotescamente despatarrado sobre una cama de hierro y lo tituló *Nuit d'Eté,* o *Noche de verano*. Cuesta no pensar que Mary Ann Nichols murió a manos de su asesino una noche estival. La mujer del boceto y la del cuadro se parecen. Sus rostros guardan semejanza con el de la imagen de Mary Ann Nichols en una fotografía tomada en el depósito, después de que Mann y Hatfield, los internos del asilo, la «aseasen».

Las fotografías del depósito se tomaban con una cámara de madera grande que sólo enfocaba las imágenes de frente. Cuando la policía necesitaba plasmar la imagen de un cadáver debía ponerlo de pie o apoyarlo contra la pared, ya que era imposible girar el objetivo hacia abajo o hacia los lados. A veces se colgaba de un gancho o un clavo el cuerpo desnudo por la nuca. Si se observa con atención la fotografía de Catherine Eddows, una víctima posterior, se ve que su cuerpo estaba suspendido, con un pie rozando apenas el suelo.

Estos daguerrotipos degradantes y morbosos se utilizaban sólo para identificar el cadáver, y no se hacían públicos. Sólo las personas que habían visto a Mary Ann Nichols en el escenario del crimen o en el depósito podían saber qué aspecto tenía después de muerta. Si el boceto de la supuesta «mujer veneciana» es, en efecto, una representación de la cara de ojos desorbitados de la difunta Mary Ann Nichols, Sickert debió de estar en el lugar de los hechos o acceder de alguna manera a los informes policiales; a menos que ese detalle se mencionara en un artículo periodístico del que no tengo noticia. Incluso si vio a Mary Ann en el depósito, los ojos de la mujer estarían cerrados, tal como aparecen en la fotografía.

Cuando la fotografiaron y mostraron el cuerpo a quienes podían identificarla y a los miembros del jurado del proceso, Mary Ann tenía ya las heridas suturadas y el cuerpo cubierto hasta la barbilla, para ocultar los cortes del cuello.

Por desgracia, existen pocas fotografías de las víctimas del Destripador, y las que se conservan en los archivos municipales de Londres son pequeñas y de mala resolución, un

defecto que empeora con las ampliaciones. El tratamiento de imágenes mediante la tecnología forense ayuda un poco, pero no demasiado. Es posible que no se tomara fotografía alguna en otros casos que no se vincularon con el Destripador en su momento (ni después). Si se hicieron, las fotos en cuestión parecen haber desaparecido. No era habitual fotografiar el escenario del crimen, a menos que éste se hubiera cometido en el interior de una casa. Incluso entonces, el caso debía ser excepcional para que la policía llevase su pesada cámara de madera.

En las investigaciones forenses actuales, los cadáveres se fotografían repetidas veces y desde distintos ángulos con equipos muy diversos, pero en la época de los homicidios del Destripador, rara vez se solicitaba una cámara. Habría sido aún más extraño que los depósitos de cadáveres o casas mortuorias dispusieran de una. La tecnología no había avanzado lo suficiente para captar imágenes nocturnas. Como consecuencia de estas limitaciones, existen pocos documentos gráficos de los crímenes del Destripador, a menos que uno hojee un libro de la obra de Walter Sickert o contemple sus cuadros de «asesinatos» y desnudos, que se encuentran en grandes museos o en manos de coleccionistas. Dejando a un lado el análisis artístico y académico, la mayoría de los desnudos de Sickert parecen mutilados o muertos.

Muchos de estos desnudos y figuras femeninas tienen líneas negras alrededor del cuello que sugieren un degollamiento o una decapitación. Algunas zonas oscuras alrededor de la garganta corresponden a sombras o sombreados, pero los precisos trazos negros a los que me refiero resultan desconcertantes. No son joyas, de manera que si Sickert pintaba y dibujaba lo que veía, ¿cómo se explican esas marcas? El misterio se acentúa en un cuadro de 1921 titulado *Patrulla*, donde aparece una mujer policía con los ojos desorbitados y una chaqueta desabrochada que permite ver una contundente línea negra alrededor de su cuello.

Se sabe poco de este cuadro. Con toda probabilidad, Sickert se inspiró en la fotografía de una agente, puede que Dorothy Peto, de la policía de Birmingham. Por lo visto, ella adquirió el cuadro y se trasladó a Londres, donde se unió a la policía metropolitana, a la que con el tiempo donó el retrato de tamaño natural. La impresión de una archivera de esta institución es que, aunque el cuadro podría ser valioso, no gusta a nadie, y mucho menos a las mujeres. Cuando lo vi, estaba colgado en una habitación cerrada con llave y encadenado a la pared. Nadie parece saber qué hacer con él. Supongo que el hecho de que Scotland Yard esté en posesión de un cuadro del famoso asesino al que nunca atrapó equivale a otro «ja, ja» —aunque accidental— del Destripador.

Patrulla no es precisamente un tributo a las mujeres o a la labor policial, ni parece que Sickert pretendiera que fuese algo más que otra de sus sutiles y aterradoras fantasías. El semblante temeroso de la agente no refleja la autoridad característica de su profesión y el cuadro, fiel al estilo de Sickert, tiene un aire morboso y agorero. *Patrulla*, un lienzo con bastidor de madera de 188 X 117 centímetros, es un espejo oscuro en las luminosas galerías del mundo del arte, y es difícil encontrar reproducciones e información sobre él.

Ciertas obras de Sickert parecen tan secretas como sus habitaciones clandestinas, pero la decisión de mantenerlas ocultas no debería atribuirse sólo a sus propietarios. El propio Sickert daba instrucciones sobre qué obras debían exponerse. Incluso cuando le regalaba un cuadro a un amigo —como ocurrió con *El dormitorio de Jack el Destripador*—, podía pedir que éste lo cediese para diversas exposiciones o, al contrario, que no dejase que nadie lo viese. Parte de su obra formaba parte, quizá, de la diversión del «atrápenme si pueden». Fue lo bastante audaz para pintar o dibujar escenas relacionadas con el Destripador, pero no siempre tan imprudente como para exponerlas. Y estas

indecorosas composiciones continúan saliendo a la luz ahora que se ha iniciado la búsqueda.

No hace mucho, se descubrió un dibujo sin catalogar que parece un retorno a 1888, la época en que asistía a los teatros de variedades. Sickert lo realizó en 1920, y representa a un barbudo hablando con una prostituta. Aunque el hombre está casi de espaldas, da la impresión de que enseña el pene y sujeta un cuchillo en la mano derecha. En la parte inferior del dibujo se ve algo semejante a una mujer destripada y con los brazos cortados; como si Sickert nos enseñase el antes y el después de uno de sus asesinatos. La doctora Robins, historiadora del arte, cree que este boceto pasó inadvertido porque en el pasado las personas como ella, los conservadores y los especialistas en Sickert no prestaban demasiada atención a las manifestaciones de violencia en la obra del artista.

Sin embargo, cuando se trabaja con tesón y se sabe qué buscar, surgen detalles insólitos, incluyendo historias nuevas. Casi todos los interesados en las noticias periodísticas sobre los crímenes del Destripador dependen de facsímiles de archivos públicos o microfilms. Cuando inicié mi investigación, escogí *The Times* como material de consulta y tuve la suerte de encontrar ejemplares originales de entre 1888 y 1891. El papel de prensa de aquella época tenía un contenido tan alto en fibra de algodón que pude hacer planchar, coser y encuadernar los periódicos que compré, y quedaron como nuevos.

No deja de sorprenderme la cantidad de publicaciones periodísticas que han sobrevivido más de un siglo y que se mantienen lo bastante enteras para que uno pueda volver las páginas sin temor. Dado que empecé mi carrera como periodista, sé muy bien que cada historia oculta muchas otras y que, a menos que estudie la mayor cantidad posible de detalles sobre ellas, ni siquiera me aproximaré a la verdad. Aunque no faltan artículos sobre el Destripador en los periódicos más importantes de la época, a menudo se pasan por alto los discretos testimonios de publicaciones menos conocidas, como el *Sunday Dispatch*.

Un día, mi proveedor en una librería de viejo de Chelsea, Londres, me llamó para decirme que había encontrado en una subasta un álbum de recortes que contenía —casi con seguridad— todos los artículos del *Sunday Dispatch* sobre los crímenes del Destripador y otros posiblemente relacionados. Los recortes, separados con cierta torpeza y pegados torcidos en el álbum, datan de entre el 12 de agosto de 1888 y el 29 de septiembre de 1889. La historia de este libro aún me tiene perpleja. Docenas de páginas fueron cortadas con una navaja de afeitar, lo que me despertó una enorme curiosidad sobre su contenido. Además de los recortes, hay fascinantes anotaciones hechas en tinta azul y negra o con lápices de color gris, azul y morado. ¿Quién se tomó tanto trabajo y por qué? ¿Dónde ha estado el álbum durante más de un siglo?

Las anotaciones parecen obra de una persona familiarizada con los crímenes y muy interesada en las pesquisas de la policía. Cuando compré el álbum, fantaseé con la posibilidad de que perteneciera al propio Jack el Destripador. Quienquiera que recortó las notas estaba obsesionado con la información de lo que sabía la policía, y en sus notas se muestra de acuerdo o en desacuerdo con ella. Algunos datos están tachados, como si fuesen inexactos. Junto a ciertas partes de los artículos aparecen comentarios como «¡Sí!, creedme», «insatisfactorio», «muy insatisfactorio», «importante; encuentren a la mujer», y el más curioso de todos: «7 mujeres y 4 hombres». Hay frases subrayadas, sobre todo las relacionadas con las descripciones de testigos de los hombres que acompañaban a las víctimas cuando se las vio por última vez.

Dudo que pueda averiguar si este álbum pertenecía a un detective aficionado, a un policía o a un periodista, pero la letra no coincide con la de personajes destacados de

Scotland Yard, como Abberline, Swanson u otros funcionarios cuyos informes leí. Los trazos son pequeños y descuidados, sobre todo para una época en que se escribía con pulcritud, si no con elegancia. La mayoría de los policías, por ejemplo, tenía una caligrafía excelente, en ocasiones incluso hermosa. De hecho, los apuntes del cuaderno de recortes me recuerdan a la letra enrevesada y a veces ilegible de Walter Sickert, muy distinta de la del inglés medio. Puesto que el precoz Sickert aprendió a leer y a escribir solo, no recibió clases de caligrafía tradicional, aunque su hermana Helena escribió que, cuando quería, tenía «una letra preciosa».

¿Era el álbum de Sickert? Me parece que no. Ignoro a quién perteneció, pero los artículos del *Dispatch* dan otro cariz a la información de la época. El encargado de las crónicas de sucesos del *Dispatch* es un periodista anónimo —en aquella época, las firmas en los artículos eran tan insólitas como las mujeres reporteras—, pero tenía buen ojo y una mente inquisitiva. Sus deducciones, preguntas y percepciones aportan datos novedosos sobre casos como el asesinato de Mary Ann Nichols. El *Dispatch* publicó que la policía sospechaba que ésta había sido víctima de una banda. En el Londres de aquella época, pandillas itinerantes de jóvenes violentos se aprovechaban de los débiles y los pobres. Estos gamberros podían ser vengativos cuando descubrían que la prostituta a quien trataban de robar no tenía dinero.

La policía mantenía que ni Mary Ann Nichols ni Martha Tabran habían sido asesinadas en el lugar donde se encontraron sus cadáveres. A ambas las abandonaron en «la cuneta, a primera hora de la madrugada», y nadie oyó gritos. En consecuencia, habían muerto en otro sitio, posiblemente víctimas de una banda que luego trasladó el cuerpo. El anónimo reportero del *Dispatch* debió de preguntarle al doctor Llewellyn si era posible que a Mary Ann Nichols la atacasen por la espalda, y no de frente, lo que le habría hecho suponer que el asesino no era zurdo, como afirmaba el doctor, sino diestro.

Si el asesino estaba detrás de la víctima cuando la degolló, explica el periodista, y las heridas más profundas se encontraban del lado izquierdo y luego se extendían hacia la derecha, entonces el asesino debía de haber empuñado el cuchillo con la diestra. El doctor Llewellyn hizo una mala deducción, mientras que la del periodista es excelente. La mano dominante de Sickert era la derecha. En uno de sus autorretratos parece sujetar el pincel con la izquierda, pero es una ilusión óptica creada por el hecho de que copió su reflejo en un espejo.

Es posible que el doctor Llewellyn no demostrase mucho interés por la opinión de un reportero, pero quizá debería haberlo hecho. Si la especialidad del periodista eran las noticias de sucesos, cabe suponer que habría visto más degollamientos que el médico. Cortarle la garganta a alguien era un método de asesinato bastante común, sobre todo en los casos de violencia doméstica. Tampoco era una forma inusual de suicidarse, aunque aquellos que se cortaban el cuello solían usar navajas de afeitar, rara vez cuchillos, y casi nunca llegaban a las vértebras.

El Royal London Hospital aún conserva los libros de admisión y de altas del siglo XIX, cuya lectura permite conocer las enfermedades y lesiones típicas de las décadas de 1880 y 1890. Cabe recordar que los pacientes que llegaban a este hospital —destinado en exclusiva a los habitantes del East End— estaban presuntamente vivos. Las personas que se hubieran seccionado un vaso sanguíneo importante al cortarse el cuello habrían ido a parar a un depósito de cadáveres y, por tanto, no figurarían en el registro de admisiones y altas.

De los homicidios que constan en dicho registro entre 1884 y 1890, sólo uno se

consideró un posible caso del Destripador: se trata del asesinato de Emma Smith, una mujer de cuarenta y cinco años que vivía en Thrawl Street. Según la descripción de la víctima, el 2 de abril de 1888 la atacaron unos jóvenes que le pegaron, prácticamente le arrancaron una oreja y le introdujeron un objeto —con probabilidad un palo— en la vagina. Aunque Emma estaba ebria en el momento de la agresión, consiguió regresar a casa, y unos amigos la trasladaron al London Hospital, donde murió de peritonitis dos días después.

Se ha especulado mucho sobre cuándo comenzó a matar Jack el Destripador y cuándo dejó de hacerlo. Puesto que su coto de caza favorito parece haber sido el East End, los registros del London Hospital son importantes, y no porque sus víctimas figuren allí —ya que murieron en el acto—, sino porque los métodos y los motivos de quienes se lesionaban o lesionaban a otros pueden resultar instructivos. Me preocupaba la posibilidad de que ciertas «gargantas cortadas» se hubieran calificado de suicidios de manera equivocada cuando podrían haber sido nuevos crímenes del Destripador.

Por desgracia, los registros del hospital no contienen más datos que el nombre, la edad, la dirección y, en ocasiones, la ocupación del paciente, además de la enfermedad o lesión y la fecha en que se le dio el alta. Otro de mis propósitos al examinar los libros del London Hospital era comprobar si había habido cambios estadísticos en el número y el cariz de las muertes violentas antes, durante y después de lo que se ha dado en llamar «la etapa de ensañamiento» del Destripador, que se produjo a finales de 1888. La respuesta es que no. Pero los registros revelan algo sobre ese período, sobre todo la deplorable situación del East End, así como el sufrimiento y la desesperación de aquellos que vivieron allí y murieron por causas no naturales.

Durante algunos años, el envenenamiento fue la forma favorita de quitarse la vida; había muchas sustancias entre las cuales elegir, todas asequibles. Entre 1884 y 1890, hombres y mujeres del East End se envenenaron con ácido oxálico, láudano u opio, ácido clorhídrico, belladona, carbonato de amoníaco, ácido nítrico, fenol, plomo, alcohol, trementina, cloroformo alcanforado, zinc y estricnina. Otros trataron de suicidarse ahogándose, disparándose, colgándose o saltando de una ventana, aunque algunos de estos fallecimientos debidos a caídas no fueron voluntarios, sino accidentales, a causa del incendio de una habitación o de una pensión.

Es imposible saber con exactitud cuántos casos de personas muertas o moribundas se investigaron mal o no se investigaron en absoluto. Sospecho también que algunas muertes atribuidas a suicidios fueron homicidios. El 12 de septiembre de 1886, Esther Goldstein, una joven de veintitrés años residente en Mulberry Street, ingresó en el London Hospital porque había intentado suicidarse cortándose la garganta. Ignoramos en qué se basó esta suposición, pero es difícil imaginar que aquella mujer pudiera cortarse «el cartílago tiroides». Para quitarse la vida, basta con seccionar un vaso sanguíneo importante cercano a la superficie de la piel, pero la segmentación de los músculos y cartílagos del cuello es más típica de los homicidios, ya que requiere una fuerza considerable.

Aunque a Esther Goldstein la asesinaran, eso no significa que fuera víctima del Destripador, cosa que dudo. Es poco probable que matase a una mujer del East End de tarde en tarde. Cuando decidió empezar, hizo una entrada dramática y continuó con su actuación durante muchos años. Quería que el mundo se enterase de sus crímenes. Sin embargo, no estoy segura de cuál fue su primer homicidio.

En 1888, el año en que el Destripador comenzó a matar, otras cuatro mujeres del East End murieron degolladas, todas en supuestos suicidios. La primera vez que examiné las viejas y mohosas páginas de los libros de registro del Royal London Hospital, me fijé en

la cantidad de mujeres ingresadas con cortes en la garganta y supuse que podían haber sido crímenes del Destripador erróneamente catalogados de suicidios. Pero el tiempo y una investigación más exhaustiva me reveló que esa clase de autolesión no era inusual en aquella época, cuando los más pobres no disponían de armas de fuego.

Annie Chapman en el depósito de cadáveres, con las brutales heridas cuidadosamente cubiertas. Fue la víctima del tercero de los cinco asesinatos más difundidos que cometió el Destripador. (© Public Record Office, Londres.)

Un carro que entró en el patio interrumpió al Destripador cuando éste se hallaba mutilando a su cuarta víctima, Elizabeth Stride. (© Public Record Office, Londres.)

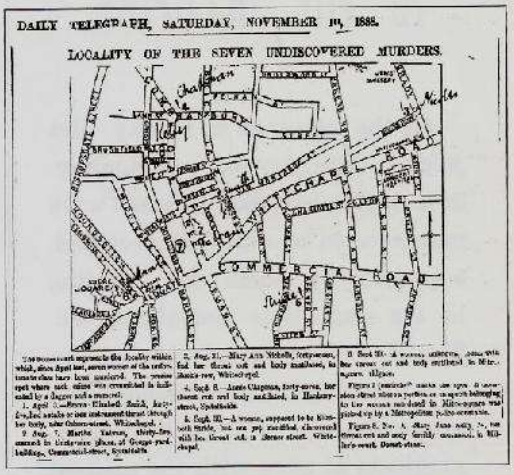
Mary Ann Nichols, la segunda víctima, después de la autopsia. Sus heridas fueron discretamente cubiertas.
(© Public Record Office, Londres.)

La violencia aumenta. Menos de una hora después del asesinato de Stride, el Destripador acuchilló a Catherine Eddows hasta desfigurarla casi por completo y le extirpó el útero. (© Public Record Office, Londres.)

La obra de Sickert *Putana a Casa* recuerda las fotografías de Eddows realizadas en el depósito de cadáveres y evoca las mutilaciones que sufrió esta víctima en el lado derecho de la cara. (Colección de Patricia Cornwell.)

Catherine Eddows sufrió varias mutilaciones faciales, entre ellas cortes en los párpados inferiores, resección casi total de la nariz y extirpación de un lóbulo de la oreja.
(© Public Record Office, Londres.)

Con el asesinato de Mary Kelly, la violencia del Destripador se convirtió en un auténtico delirio. El rostro joven y atractivo de Mary Kelly quedó totalmente desfigurado y se le extirparon los pechos, los genitales y otros órganos internos, entre ellos el corazón.
(© Public Record Office, Londres.)


DAILY TELEGRAPH, SATURDAY, NOVEMBER 10, 1888.

LOCALITY OF THE SEVEN UNDISCOVERED MURDERS.

The accompanying plan will enable the locality within which, since April last, seven women of the unfortunate class have been murdered. The precise spot where each crime was committed is indicated by a dagger and a numeral.

1. April 3.—Emma Elizabeth Smith, forty-five, found in an unfrequented thoroughfare, known as Osborn-street, Whitechapel.

2. April 7.—Martha Tabram, thirty-five, found in George-yard-buildings, Commercial-street, Spitalfields.

3. Aug. 31.—Mary Ann Nichols, forty-seven, found in Buck's-row, Whitechapel.

4. Sept. 8.—Annie Chapman, forty-seven, found in the yard of No. 29, Hanbury-street, Spitalfields.

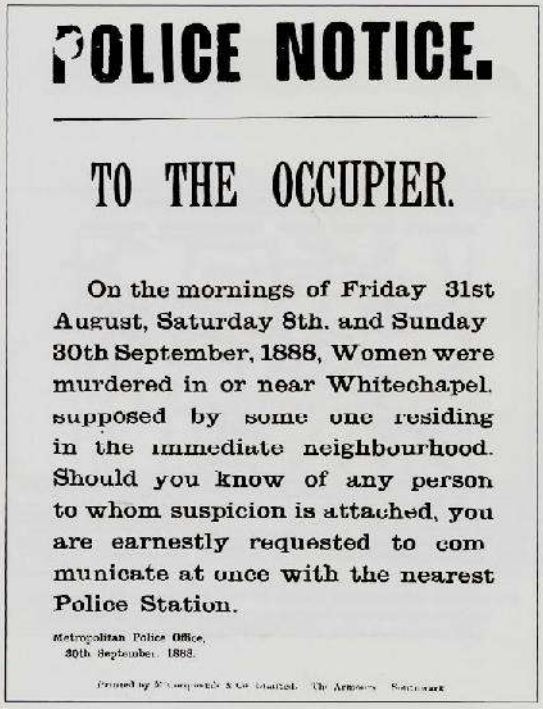
5. Sept. 30.—A woman, supposed to be Elizabeth Stride, but not yet identified, discovered with her throat cut, in Berner-street, Whitechapel.

6. Sept. 30.—A woman unknown, found with her throat cut and body mutilated, in Mitre-square, Aldgate.

Figure 7 (omitted) marks an open [illegible] to the women murdered in Mitre-square and picked up by a Metropolitan police-constable.

Figure 8, Nov. 9, Mary Jane Kelly, 25, was found cut and very fearfully mutilated, in Miller's-court, Dorset-street.

Un plano de Whitechapel, la zona del East End donde el Destripador cometió sus crímenes durante el verano, el otoño y principios del invierno de 1888. (© Public Record Office, Londres.)



POLICE NOTICE.

TO THE OCCUPIER.

On the mornings of Friday 31st August, Saturday 8th. and Sunday 30th September, 1888, Women were murdered in or near Whitechapel. supposed by some one residing in the immediate neighbourhood. Should you know of any person to whom suspicion is attached, you are earnestly requested to com municate at once with the nearest Police Station.

Metropolitan Police Office,
30th September 1888.

Printed by [illegible] & Co. Limited. The Armoury Northward

Aviso de la policía metropolitana del 30 de septiembre de 1888. Después del doble asesinato de Elizabeth Stride y Catherine Eddows, la policía, cada vez más impotente, decidió fijar carteles de aviso en toda la ciudad de Londres.
(Reproducido con el permiso del Servicio de Policía Metropolitana.)

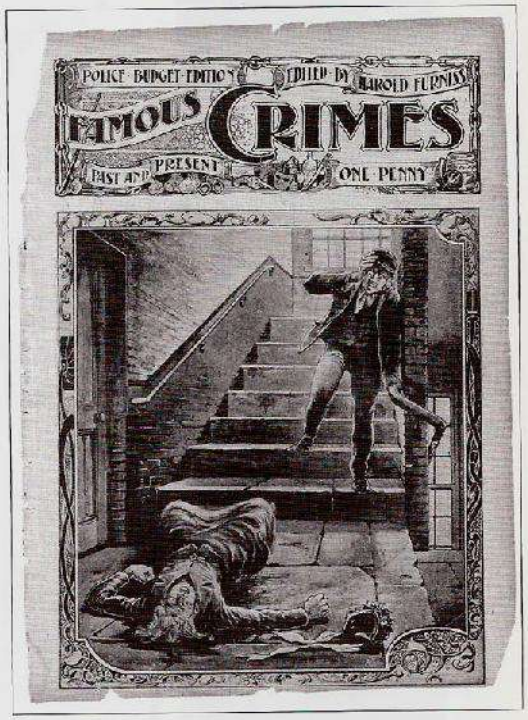
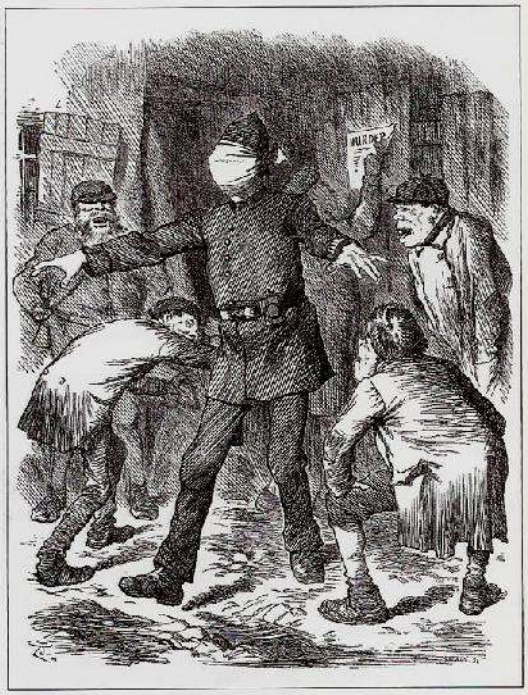


Ilustración de cubierta de *Famous Crimes*. Significó el inicio de la leyenda del Destripador, que había de prolongarse durante más de un siglo. (Colección de Patricia Cornwell.)

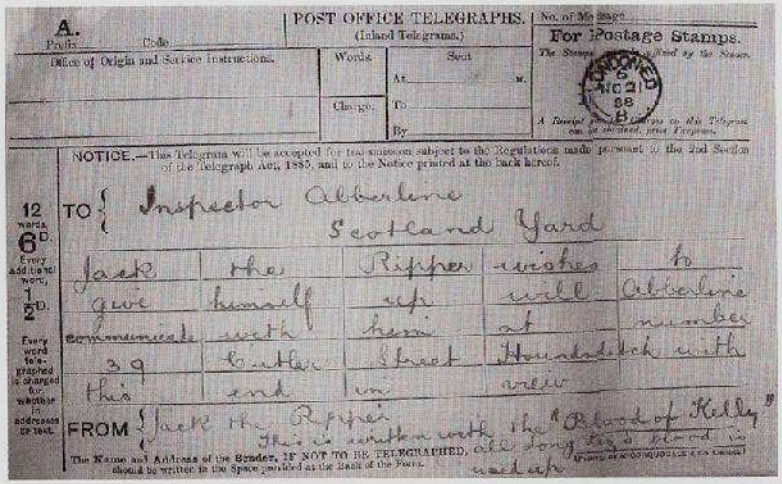
En octubre de 1888 se descubrió un torso femenino en los cimientos del nuevo edificio de Scotland Yard.
(Reproducido con el permiso del Servicio de Policía Metropolitana.)



Punch or the London Charivari, 22 de septiembre de 1888, página 130. Los londinenses criticaban a la policía y se quejaban de su incomperencia en el caso del Destripador. (Colección de Patricia Cornwell.)

«Estimado Jefe.» El Destripador envió muchas de sus cartas al jefe de la policía metropolitana. (Colección de Patricia Cornwell.)

Falsa acusación al duque de Clarence. Su respuesta al chantaje era el dinero, no el asesinato. (Colección de Patricia Cornwell.)



A. POST OFFICE TELEGRAPHS. (Inland Telegrams.) No. of Message

Office of Origin and Service Instructions. Words. Sent At ... M. Charge. To ... By ...

For Postage Stamps. The Stamps affixed by the Sender.

A Receipt for the Message or this Telegram can be obtained, price 1d extra.

NOTICE.—This Telegram will be accepted for transmission subject to the Regulations made pursuant to the 2nd Section of the Telegraph Act, 1885, and to the Notice printed at the back hereof.

12 words 6D. Every additional word, 1/2D. Every word telegraphed is charged for whether in addresses or text.

TO { Inspector Abberline Scotland Yard

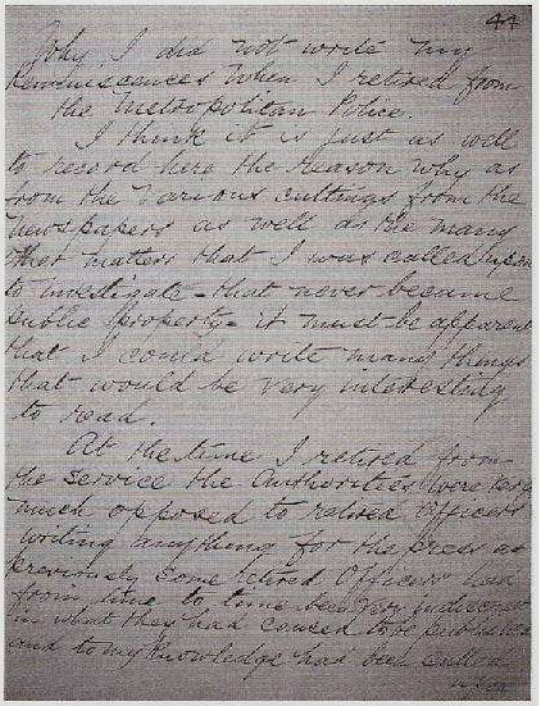
Jack the Ripper wishes to give himself up when he is communicated with by Abberline 39 Butler Street Houndsditch this end in a week

FROM { Jack the Ripper

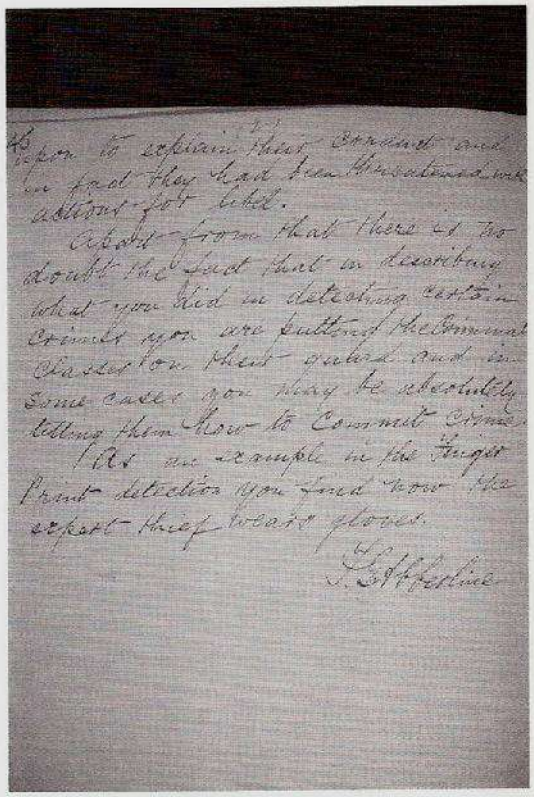
This is written with the "Blood of Kelly" all Jones ink is blood

The Name and Address of the Sender, IF NOT TO BE TELEGRAPHED, should be written in the Space provided at the back of the Form.

Telegrama del Destripador al inspector Abberline. Sickert era muy aficionado al telégrafo, rasgo común el Destripador. (© Public Record Office, Londres.)



Páginas 44 y 45 del diario personal del inspector Abberline. Pese a que llevó la investigación concerniente al Destripador, nunca comentó cómo estructuraba los casos o qué pensaba de sus reperidos fracasos en resolver los más célebres crímenes de su carrera policial.
(Reproducido con el permiso del Servicio de Policía Metropolitana.)

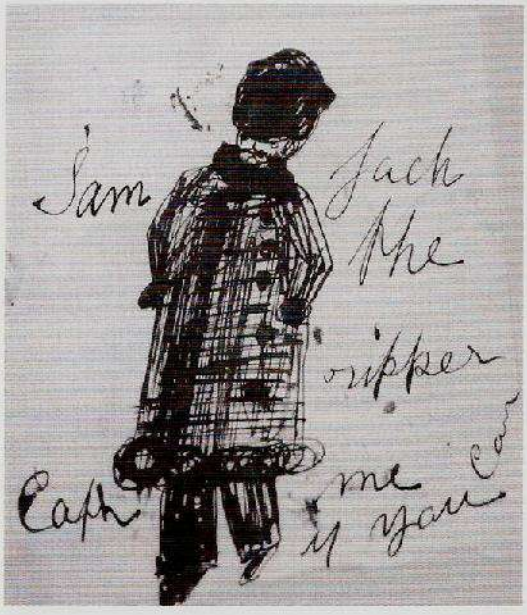


upon to explain their comment and in fact they had been threatened with action for libel.

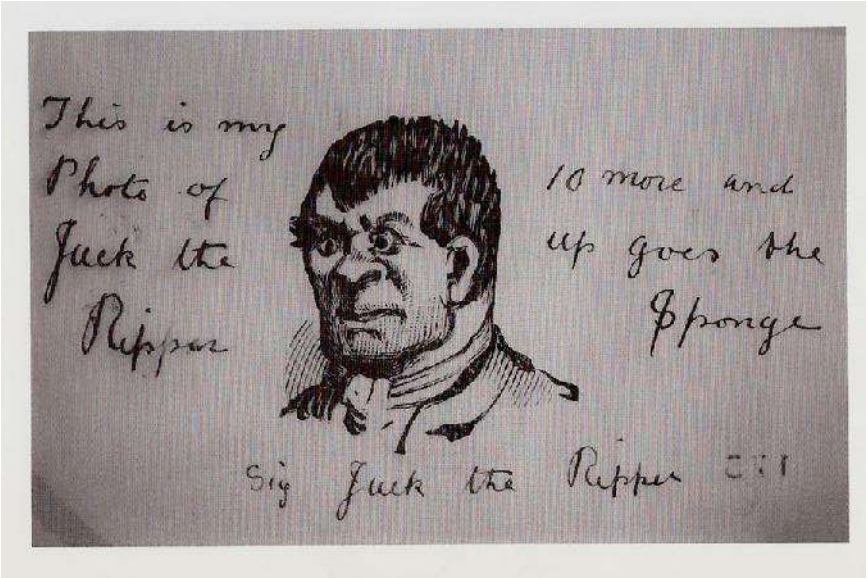
Apart from that there is no doubt the last part in describing what you did in detecting certain crimes you are putting the criminal fraternity there on guard and in some cases you may be absolutely telling them how to commit crime.

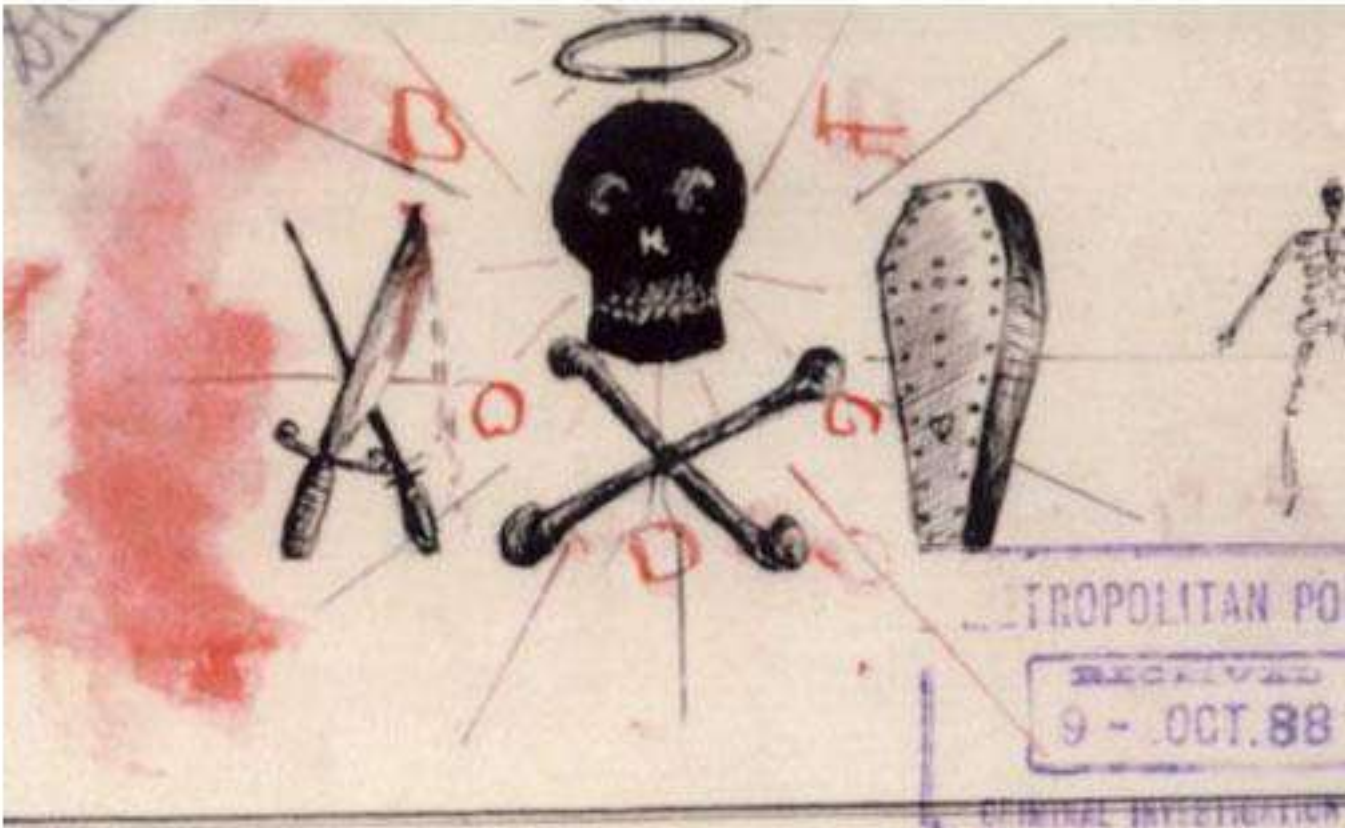
As an example in the finger print detection you find now the expert thief wears gloves.

L. St. Petine



En esta carta del Destripador y en las dos siguientes aparecen unos dibujos que, a primera vista, parecen toscos. Sin embargo, después de haber sido examinados por expertos, se halló en ellos la mano de un artista profesional y la técnica de Sickert.
(© Public Record Office, Londres.)


This is my
Photo of
Jack the
Ripper
10 more and
up goes the
Sponge
Sig Jack the Ripper



Dear as you see by this now
amongst the slogging town of B
and mean to play my part well
vigorously amongst its inhabitants
I have already spotted from its nu
3 Girls and before one week is pa
after receiving this 3 Families wi
be Hurled into a state of delight
morning. Ha Ha. My Bloody
whim must have its way as not
surprised 15 Murders must be
Completed

12. Joven y apuesto

Los habitantes del East End se libraban de una vida de sufrimiento gracias a infecciones y enfermedades como la tuberculosis, la pleuresía, el enfisema y la neumoconiosis. Hombres, mujeres y niños se quemaban vivos en accidentes domésticos o laborales.

El hambre mataba tanto como el cólera, la tos ferina y el cáncer. Debilitados por la mal nutrición y rodeados de suciedad y bichos, ni los padres ni los hijos tenían un sistema inmunitario capaz de combatir las enfermedades inofensivas. Los resfriados y la gripe se convertían en bronquitis y neumonía, y causaban la muerte. La mayoría de los niños sobrevivía poco tiempo en el East End, y las personas que vivían y padecían allí detestaban el London Hospital y trataban de evitarlo. Ingresar en el hospital equivalía a empeorar. Ponerse en manos de un médico era arriesgarse a perder la vida. Y a menudo tenían razón. Un absceso en el dedo del pie podía acabar en osteomielitis —la infección del hueso— y ocasionar la muerte. Un corte que requería sutura podía derivar en una infección por estafilococos y producir la muerte.

Si realizamos un muestreo de los ingresos hospitalarios debidos a supuestos intentos de suicidio, veremos que en 1884 cinco hombres trataron de quitarse la vida seccionándose la garganta, mientras que cuatro mujeres se cortaron el cuello y dos las muñecas. En 1885, cinco mujeres trataron de envenenarse y otra de ahogarse. Ocho hombres se degollaron, uno se disparó y un tercero se ahorcó. En 1886, cinco mujeres intentaron seccionarse el cuello. Doce mujeres y siete hombres trataron de envenenarse, y otros doce hombres se cortaron la garganta, se apuñalaron o se dispararon.

Es imposible precisar quién se suicidó y quién fue víctima de un homicidio. Si el individuo en cuestión vivía en aquel basurero que era el East End y había testigos de su muerte o intento de suicidio, la policía solía aceptar el testimonio de éstos. Cuando un hombre agresivo y alcohólico arrojaba dos lámparas encendidas a su mujer, quemándola viva, ella susurraba a la policía con su último aliento que todo había sido culpa suya. El marido quedaba libre y la muerte se atribuía a un accidente.

A menos que un caso fuera evidente, no había forma de determinar con certeza el origen de la muerte, o incluso su causa. Si se hallaba a una mujer en su casa con la garganta cortada y el arma cerca, la policía daba por sentado que se había suicidado. Tales suposiciones, incluyendo las que hizo con la mejor intención el doctor Llewellyn, no se limitaban a poner a la policía sobre una pista falsa (si es que se molestaban en seguirla); las imprecisiones sobre el diagnóstico, la naturaleza de las lesiones y la causa de la muerte podían echar por tierra un caso en los tribunales. La medicina forense no era muy sofisticada en los tiempos del doctor Llewellyn, y este hecho, más que la negligencia, es la explicación más lógica de sus erróneas conclusiones, tan apresuradas como infundadas.

Si hubiese examinado la acera después del levantamiento del cadáver de Mary Ann, se habría fijado en la sangre y en el coágulo que vio el agente Phail. Podría haber observado que había sangre o un líquido sanguinolento deslizándose hacia la alcantarilla. La visibilidad era mala, así que tal vez debería haber recogido parte del líquido para determinar primero si era sangre y, luego, si el suero sanguíneo se estaba separando del plasma, como ocurre durante la coagulación, lo que habría proporcionado otra pista sobre la hora de la muerte.

Aunque en las investigaciones de aquella época no solía registrarse la temperatura corporal del cadáver ni la atmosférica en el escenario del crimen, el doctor Llewellyn debería haberse fijado en el grado de *rigor mortis*, la rigidez que sobreviene cuando el cuerpo deja de producir adenosintrifosfato (ATP), un compuesto necesario para la contracción de los músculos. También debería haber observado el *livor mortis*, esto es, las mechas violáceas que aparecen cuando la sangre deja de circular y se acumula en ciertas partes del cuerpo por efecto de la gravedad. En un ahorcamiento, por ejemplo, basta con que el cuerpo permanezca suspendido media hora para que estas máculas moradas sean perceptibles en la parte inferior. El *livor mortis* se fija al cabo de unas ocho horas. Además de ayudarle a establecer la hora de la muerte de Mary Ann Nichols, este signo habría indicado al doctor Llewellyn si alguien había movido el cadáver.

Recuerdo un caso en que la policía encontró un cadáver rígido como una tabla de planchar apoyado contra un sillón. La gente de la casa no quería que nadie supiera que el hombre había muerto en la cama, en mitad de la noche, de manera que trataron de sentarlo. «Mentira», replicó el *rigor mortis*. Otra vez, poco después de que yo empezara a trabajar en el departamento forense, llegó al depósito un hombre vestido por completo al que supuestamente habían encontrado muerto en el suelo. «Mentira», replicó el *livor mortis*. La sangre se había acumulado en la parte inferior de su cuerpo, y sus nalgas presentaban una marca perfecta del asiento del inodoro, donde había permanecido sentado horas después de que su corazón sufriera una arritmia.

Establecer la hora de la muerte por un solo signo *post mortem* es como diagnosticar una enfermedad por un solo síntoma. La hora de la muerte se deduce de un conjunto de detalles, cada uno de los cuales afecta a otro. El *rigor mortis* se acelera en relación con la masa muscular del muerto, la temperatura del aire, la pérdida de sangre e, incluso, la actividad que precedió a la muerte. El cadáver desnudo de una mujer delgada muerta por hemorragia a la intemperie y a una temperatura de 10 °C, se enfriará con mayor rapidez y se pondrá rígido más despacio que si esa misma mujer muriera a causa de un estrangulamiento estando vestida y en una habitación caldeada.

La temperatura ambiente, la constitución física, la ropa, el lugar y la causa de la muerte, entre muchas otras minucias, son traviesos chivatos capaces de engañar hasta a un experto, confundiéndolo sobre lo que ocurrió en realidad. Las livideces *post mortem* —sobre todo en la época del doctor Llewellyn— podían confundirse con hematomas recientes. Un objeto que ejerza presión contra el cuerpo, como una silla caída debajo de la muñeca de la víctima, dejará una zona pálida con la forma de dicho objeto. Si esto se interpreta como «marcas de presión», una muerte no violenta puede tomarse por un homicidio.

Con respecto a los crímenes del Destripador, no hay forma de saber cuántos datos se confundieron por completo ni cuántas pruebas se perdieron, pero podemos estar seguros de que el asesino dejó indicios de su identidad y su estilo de vida. Estarían en la sangre del cadáver y en el suelo. También se llevó consigo pruebas como cabellos, fibras y la sangre de su víctima. En 1888 no era habitual que la policía y los médicos buscasen estas cosas, ni otras pistas minúsculas que habrían requerido un examen microscópico. Las huellas dactilares se llamaban «marcas de dedos», y se limitaban a demostrar que un ser humano había tocado un objeto, como el cristal de una ventana. Aunque se encontrase una huella dactilar patente (visible) y con un dibujo muy preciso de las crestas, no se le daba importancia. Scotland Yard no crearía su primer Departamento de Huellas Dactilares hasta el año 1901.

Cinco años antes, el 14 de octubre de 1896, la policía recibió una nota del Destripador con dos huellas dactilares patentes en tinta roja. La carta está escrita con dicha tinta, y las huellas parecen corresponder a los dedos pulgar y corazón de la mano izquierda. El dibujo de las crestas es lo bastante claro para permitir un estudio comparativo. Quizá se hicieran de manera intencionada; Sickert era la clase de persona que se interesaría por los últimos adelantos en las técnicas de investigación criminal, y dejar huellas habría sido otro de sus «ja, ja».

La policía no las habría relacionado con él. De hecho, que yo sepa, ni siquiera se fijó en esas huellas, y sesenta años después de la muerte de Sickert, es difícil que comparen las huellas de la carta con las suyas, ya que se incineró su cadáver. Lo único que he conseguido encontrar hasta el momento es una huella dactilar apenas visible en el dorso de una lámina de cobre que utilizaba para hacer grabados. El dibujo de las crestas no es lo bastante nítido para establecer una comparación, y hay que tener en cuenta la posibilidad de que la huella no fuera de Sickert, sino de un grabador.

Las características de las huellas dactilares se conocían desde mucho antes que el Destripador comenzara a matar. La disposición de las minúsculas crestas del pulpejo de los dedos es diferente en cada individuo, incluso en los gemelos univitelinos. Se cree que hace tres mil años los chinos «firmaban» documentos con las huellas dactilares, aunque no sabemos si lo hacían con fines ceremoniales o para identificarse. En la India, ya en 1870, se usaban para «firmar contratos». Siete años después, un microscopista estadounidense publicó un artículo donde sugería que estas huellas deberían emplearse como medio de identificación, y un médico escocés que trabajaba en Japón insistió sobre el particular en 1880. Pero como ocurre con todos los descubrimientos científicos importantes —incluido el del ADN—, el gran público tardó en entender la utilidad de las huellas dactilares, de manera que no se utilizaron de inmediato y costó que se aceptasen en los tribunales.

En la época victoriana, el método principal para identificar a una persona y vincularla con un crimen era una «ciencia» denominada antropometría que, en 1879, había desarrollado el criminólogo francés Alphonse Bertillon, quien creía que era posible identificar y clasificar a las personas mediante una descripción detallada de sus rasgos faciales y una serie de mediciones corporales, incluyendo la estatura, el alcance de la mano, el ancho de la cabeza y la longitud del pie izquierdo. Bertillon mantenía que los esqueletos tenían rasgos individualizados en extremo, y la antropometría continuó utilizándose para clasificar a criminales y sospechosos hasta comienzos del siglo siguiente.

La antropometría no era sólo ineficaz, sino también peligrosa. Se basaba en una serie de rasgos físicos que no eran tan distintivos como se pensaba. Esta seudociencia hacía demasiado hincapié en la apariencia de la persona, e indujo a la policía a aceptar, de manera consciente o inconsciente, las supersticiones de la fisiognomía, otra seudociencia que afirmaba que tanto las tendencias criminales como la moralidad y el intelecto se reflejaban en la cara y el cuerpo de una persona. Los ladrones eran «frágiles», mientras que los hombres violentos solían ser «fuertes» y «saludables». Todos los criminales tenían un «alcance superior de los dedos», y casi todas las mujeres delincuentes eran «feas, si no repulsivas». Los violadores eran en su mayoría «rubios» y los pederastas, «delicados» y con aspecto «infantil».

Si a la gente del siglo XXI le cuesta creer que un asesino psicópata pueda ser atractivo, agradable e inteligente, imaginemos cuánto más grande sería esta dificultad en la época victoriana, cuando los libros de criminología contenían largas descripciones de antropometría y fisiognomía. La policía victoriana estaba entrenada para identificar a los

sospechosos basándose en la estructura del esqueleto y las facciones, y también para presumir que cierta «apariencia» podía vincularse con una conducta determinada.

En la época de los crímenes del Destripador, nadie habría sospechado de Walter Sickert. Era imposible que el «joven y apuesto» Sickert, con «su notorio encanto» —como lo describió Degas—, fuera capaz de degollar a una mujer y apuñalarla en el abdomen. En los últimos años he oído incluso que si un artista como Sickert hubiera tenido tendencias violentas, no las habría puesto en práctica, sino que las habría sublimado mediante el trabajo creativo.

Mientras buscaba a Jack el Destripador, la policía concedió especial importancia a la descripción de los hombres que acompañaban a las víctimas la última vez que se las había visto. Los informes de la investigación revelan que se prestó mucha atención al color del cabello, la constitución y la altura de esos individuos, sin tener en cuenta que estas características son fáciles de falsear. La altura de una persona no varía sólo según la postura, el calzado y los sombreros, pues también puede alterarse mediante ciertos «trucos». Los actores suelen usar sombreros altos y alzas en los zapatos. Son capaces de encorvarse y flexionar ligeramente las rodillas bajo capas o abrigos holgados, o encajarse un sombrero hasta los ojos; todo para parecer unos centímetros más altos o más bajos de lo que son en realidad.

Las primeras publicaciones sobre jurisprudencia médica o medicina forense revelan que se contaba con mucha más información de la que se aplicaba en los casos criminales. Pero en 1888 aún se ganaban o perdían procesos porque las conclusiones se basaban en las descripciones de los testigos y no en las pruebas materiales. Aunque la policía hubiera sabido algo de la ciencia forense, no habría dispuesto de los medios necesarios para examinar las pruebas. El Home Office —el organismo gubernamental que supervisa la labor de Scotland Yard— aún no disponía de laboratorios forenses.

Es difícil que un médico como el doctor Llewellyn hubiera tocado un microscopio, o que supiera que la sangre, los cabellos y los huesos humanos podían distinguirse de los animales. Hacía más de dos siglos que Robert Hooke había escrito sobre las características microscópicas del pelo, las fibras e incluso los detritos vegetales y las picaduras de abeja, pero para los investigadores de crímenes y el común de los facultativos, la microscopia era una técnica tan rara como podrían haberlo sido la astronomía o la astronáutica.

El doctor Llewellyn había estudiado en la facultad de Medicina del London Hospital y ejercía su profesión desde hacía trece años. Su consulta estaba a unos trescientos metros de donde habían asesinado a Mary Ann Nichols. Se dedicaba a la medicina privada. Aunque la policía lo conocía lo bastante bien como para llamarlo por su nombre después de descubrir el cadáver, no hay razones para pensar que Llewellyn trabajase para Scotland Yard; es decir, no figuraba entre los médicos que prestaban servicios a tiempo parcial en una división determinada del cuerpo, en este caso la División «H», encargada de la zona de Whitechapel.

El trabajo de un médico de división consistía en atender a los agentes. La atención médica gratuita era una de las ventajas de pertenecer a la policía metropolitana, y un médico de la policía debía estar disponible para examinar a los detenidos o ir a la comisaría local para determinar si un ciudadano estaba borracho, enfermo o sufría de un exceso de «espíritu animal», con lo que —supongo— se referían a la exaltación o la histeria. A finales de la década de 1880, el médico de división también estaba obligado a acudir al escenario de un crimen, por lo que cobraba una libra con un chelín; si realizaba la autopsia, le pagaban dos libras con dos chelines. Sin embargo, nadie esperaba que estuviese

familiarizado con el uso del microscopio, ni que fuese un experto en lesiones, venenos, o cuanto puede revelar un cuerpo después de la muerte.

Con toda probabilidad, el doctor Llewellyn era un médico local en quien la policía confiaba, y es posible que se hubiera establecido en Whitechapel por razones humanitarias. Era miembro de la Asociación Británica de Ginecología, de manera que sin duda estaba acostumbrado a que requiriesen sus servicios a altas horas de la noche. Cuando la policía llamó a su puerta en la madrugada del 31 de agosto, seguramente se dirigió al escenario del crimen con la mayor celeridad posible. No estaba formado para hacer mucho más que determinar si la víctima estaba muerta y ofrecer a la policía una conjetura seria sobre la hora de la muerte.

A menos que el cuerpo hubiera adquirido una tonalidad verdosa alrededor del abdomen, lo que indicaría que se encontraba en los primeros estadios de la descomposición, la práctica habitual en aquellos tiempos, cuando las investigaciones acerca de la muerte estaban en pañales, era esperar al menos veinticuatro horas para hacer la autopsia, por si la persona seguía viva y «recobraba el conocimiento» cuando la estaban abriendo en canal. Circulaban siniestras historias sobre individuos que habían despertado de pronto y tratado de sentarse dentro del ataúd, de manera que algunos aprensivos, preocupados por la posibilidad de llevarse un susto semejante, se hacían instalar un timbre en la tumba, conectado al ataúd mediante un cordón que penetraba en la tierra. Algunas de estas historias podrían ser referencias veladas a la necrofilia. En un caso en particular, supuestamente se descubrió que una mujer no estaba muerta cuando un hombre la violó en su féretro. De hecho estaba paralizada, aunque lo bastante consciente para sucumbir a las debilidades de la carne.

Los informes policiales sobre el asesinato de Mary Ann Nichols dejan claro que el doctor Llewellyn no sentía el menor interés por la ropa de una víctima y mucho menos por los sucios harapos de una prostituta. Las prendas de vestir no eran una fuente de pruebas, sino un medio de identificación. Cabía la posibilidad de que alguien reconociera a un muerto por lo que llevaba puesto. A finales del siglo XIX, la gente no tenía más documentos de identificación que el pasaporte o un visado. Pero rara vez los llevaban encima, ya que no se necesitaba ninguno de los dos para viajar a la Europa continental. Los cadáveres que se encontraban en la calle solían llegar al depósito sin identificar, a menos que los vecinos o la policía los reconocieran.

Me he preguntado muchas veces cuántos pobres diablos ocupan desde entonces tumbas anónimas o con un nombre equivocado. No habría sido difícil asesinar a alguien y ocultar su identidad, o fingir la propia muerte. Durante la investigación de los crímenes del Destripador, no se hacía nada para diferenciar la sangre humana de otros mamíferos o de la de los pájaros y los peces. A menos que la sangre estuviera en el cadáver, cerca de él, o en un arma encontrada en el escenario del crimen, la policía no podía saber si estaba relacionada con el asesinato o pertenecía a un caballo, una oveja o una vaca. En la década de 1880, las calles cercanas a los mataderos de Whitechapel estaban cubiertas de sangre y vísceras podridas, y muchos hombres caminaban por allí con manchas sanguinolentas en la ropa y las manos.

El doctor Llewellyn se equivocó en casi todas sus conclusiones sobre el asesinato de Mary Ann Nichols, aunque quizá no habría podido hacerlo mejor, habida cuenta de su limitada formación y los medios disponibles en la época. Podría ser interesante imaginar cómo se habría investigado el homicidio de Mary Ann Nichols en la actualidad. Ambientaré la escena en Virginia, no porque sea el lugar donde trabajé y desde donde

continúan asesorándome, sino porque allí se encuentra uno de los mejores departamentos de medicina legal del país.

En Virginia, cada una de las oficinas de los cuatro distritos cuenta con médicos especializados en patología y subespecializados en patología forense, una formación que requiere diez años de estudios de posgrado, sin contar los tres adicionales caso de que el patólogo desee graduarse también en leyes. Los patólogos forenses practican autopsias, pero es el analista médico —un médico de cualquier especialidad, que trabaja a tiempo parcial en colaboración con el patólogo y la policía— quien acude al escenario de una muerte súbita, inesperada o violenta.

Si el doctor Rees Ralph Llewellyn trabajase hoy en Virginia, tendría una consulta privada y colaboraría a tiempo parcial con uno de los cuatro distritos, dependiendo de su lugar de residencia. Si hoy apareciese el cadáver de Mary Ann Nichols, la policía local llamaría al doctor Llewellyn para que acudiera al escenario del crimen, que estaría acordonado y protegido tanto del público como de las inclemencias del tiempo. En caso necesario se montaría una tienda de campaña, y el sitio estaría rodeado de potentes reflectores. En la calle habría agentes para mantener a raya a los curiosos y desviar el tráfico.

El doctor Llewellyn insertaría un termómetro esterilizado en el recto de la víctima —siempre que éste no estuviera lesionado— para tomarle la temperatura; luego mediría también la temperatura atmosférica. Tras un cálculo rápido, tendría una ligera idea de la hora de la muerte, ya que, en circunstancias normales y con una temperatura ambiente de unos 22 °C, el cuerpo se enfriaría 8 décimas por hora durante las primeras doce. El doctor Llewellyn comprobaría el grado de *rigor mortis* y *livor mortis*, y realizaría un minucioso examen externo del cadáver, así como de lo que hay debajo y en torno a él. Haría fotografías y recogería cualquier prueba presente en el cuerpo que pudiera perderse o contaminarse durante el traslado. Interrogaría con exhaustividad a la policía y tomaría notas. Luego, enviaría el cadáver al depósito del distrito, donde un patólogo forense practicaría la autopsia. El resto de las pruebas recogidas y fotografiadas quedaría en manos del departamento de investigaciones de la policía o de la brigada forense.

A grandes rasgos, este procedimiento es parecido al que se sigue en Inglaterra en la actualidad, con la diferencia de que allí se celebra un proceso presidido por un juez de instrucción una vez que se ha registrado el escenario del crimen y examinado el cadáver. La información y los testigos se presentan ante el juez y un jurado, y éstos deciden si la muerte fue natural, accidental, suicidio u homicidio. En Virginia, es el patólogo forense encargado de la autopsia quien determina las circunstancias de la muerte. En Inglaterra esta conclusión queda en manos de un jurado, lo que puede ser lamentable si sus miembros no comprenden los aspectos médicos o legales del caso, en especial cuando éstos son poco claros.

Sin embargo, el jurado puede ir más allá que el patólogo forense y enviar a juicio un caso de muerte en circunstancias «indeterminadas». Estoy pensando en una mujer «ahogada», cuyo marido acababa de contratar un cuantioso seguro de vida a nombre de ella. El trabajo del experto médico no consiste en sacar deducciones, con independencia de lo que crea en su fuero interno. Pero los miembros del jurado sí pueden inferirlas. Pueden reunirse a deliberar, sospechar que la mujer murió a manos de su codicioso marido y mandar el caso a los tribunales.

Estados Unidos importó el sistema inglés de investigación forense. Sin embargo, con el transcurso de los años los distintos estados, condados y ciudades empezaron a rechazar la actuación del juez de instrucción, que es casi siempre un funcionario sin

conocimientos médicos, elegido por el pueblo e investido con el poder de decidir cómo murió una persona y si se cometió un asesinato. Cuando empecé a trabajar en la Oficina de Medicina Legal de Richmond, di por sentado que otras jurisdicciones tenían el mismo sistema que Virginia. Me quedé consternada cuando descubrí que no era así. Muchos jueces de instrucción de otros estados son propietarios de empresas de pompas fúnebres, lo cual, en el mejor de los casos, supone un conflicto de intereses. En el peor, es una oportunidad para la incompetencia médico legal y la explotación económica de los familiares y allegados.

La investigación forense en Estados Unidos nunca se ha regido por leyes nacionales. Algunos estados o ciudades continúan teniendo jueces de instrucción que acuden al escenario del crimen, pero no practican autopsias porque no son patólogos; en ocasiones, ni siquiera médicos. Hay oficinas de medicina legal —como la de Los Ángeles— donde al analista médico se le llama también juez de instrucción, aunque es un patólogo forense y no ha accedido al cargo por la vía electoral.

Finalmente, algunos estados tienen analistas médicos en unas ciudades y jueces de instrucción en otras. En otras localidades no hay ninguna de las dos cosas, y el gobierno local paga a regañadientes una tarifa miserable a un «patólogo forense itinerante» para que se ocupe de un caso médico legal, casi siempre en un lugar inapropiado —cuando no inverosímil—, como una empresa de pompas fúnebres. La peor instalación que recuerdo estaba en un hospital de Pensilvania, donde se practicó una autopsia en el «depósito» que utilizaban para guardar de manera temporal niños nacidos muertos y miembros amputados.

13. Grandes aspavientos

El procedimiento inglés para investigar las muertes se remonta al reinado de Ricardo I, hace ocho siglos, cuando se decretó que en cada condado del reino de Su Majestad ciertos funcionarios se ocuparían de los «intereses de la Corona». A estos hombres se les llamaba *crowners*, un término que evolucionó para convertirse en coroner («juez de instrucción»).

Al *coroner* lo elegían los señores feudales del condado y debía ser un caballero de buena posición económica y excelente reputación, además, y por descontado, de ser imparcial y honrado en la recaudación de los impuestos de la Corona. Una muerte súbita era una fuente potencial de ingresos para el Rey si se descubría algo turbio en una muerte violenta o un suicidio, o incluso si la persona que encontraba el cadáver tenía una reacción indebida, como permanecer impasible o mirar hacia otro lado.

Es propio de la naturaleza humana hacer aspavientos cuando se descubre a un muerto, pero en la época medieval, no hacerlos suponía arriesgarse a un castigo y una multa. Cuando una persona moría de manera repentina, había que llamar al *coroner* de inmediato. Éste acudía lo antes posible y reunía al jurado para celebrar lo que luego llamaríamos un proceso. Da miedo pensar cuántas muertes se calificarían de asesinato aunque la pobre víctima se hubiera atragantado comiendo cordero, sufrido un infarto o sucumbido antes de tiempo a una enfermedad cardíaca congénita o un aneurisma. Los suicidios y los asesinatos eran afrentas contra Dios y el Rey. Si una persona se quitaba la vida, o si se la quitaba otro, el *coroner* y el jurado decretaban que el suicida o el asesino habían actuado con malicia, y todos los bienes del difunto podían acabar en las arcas de la Corona. Esto colocaba al *coroner* en la tentadora posición de negociar un poco y dar muestras de compasión antes de marcharse con los bolsillos llenos.

Con el tiempo, el poder que ostentaba el *coroner* le otorgó atribuciones de juez y se convirtió en un defensor de la ley. El sospechoso que buscaba refugio en una iglesia pronto se encontraba cara a cara con el *coroner*, que le exigía una confesión y se apoderaba de sus bienes en nombre de la Corona. Estos funcionarios llevaban a cabo las truculentas prácticas conocidas como «ordalías», mediante las cuales, para demostrar su inocencia, una persona debía permanecer impasible y no sufrir lesiones mientras ponía la mano en el fuego o soportaba otras torturas horribles bajo la severa mirada del *coroner*. Antes de que existieran las autopsias y la policía profesional, la muerte de una mujer que tropezaba en la escalinata de un castillo podía llegar a considerarse asesinato si su marido era incapaz de aguantar pavorosos tormentos y salir indemne.

Lo que hacían los *coroners* de antaño era como si un forense actual sin formación médica llegara al escenario del crimen en un furgón del depósito, echara un vistazo al cadáver, escuchara a los testigos, averiguara cuánto valía el difunto, decidiera que una muerte súbita por una picadura de abeja era un envenenamiento, pusiera a prueba la inocencia de la esposa sujetándole la cabeza debajo del agua y, si ella no moría en un lapso de cinco o diez minutos, llegara a la conclusión de que no era culpable. En caso de que la mujer se ahogara, se dictaría un veredicto de culpabilidad y los bienes de la familia pasarían a manos de la Reina, o a las del presidente de Estados Unidos, dependiendo de dónde hubiera tenido lugar el deceso. En el antiguo sistema, los miembros del jurado recibían sobornos. Los *coroners* podían enriquecerse y los inocentes, perder todas sus pertenencias o

fallecer en la horca. En la medida de lo posible, era conveniente no morir de manera repentina.

Pero las cosas cambiaron para mejor. En el siglo *XVI*, el campo de acción del *coroner* se restringió: pasó a ocuparse en exclusiva de la investigación de las muertes súbitas, manteniéndose al margen de la aplicación de la ley y las ordalías. En 1860 —el año en que nació Walter Sickert— una comisión recomendó que el proceso de elección del *coroner*, el juez de instrucción, se tratase con la misma seriedad que las votaciones para elegir a los miembros del Parlamento. A medida que se concedía mayor importancia a que las autopsias y la manipulación de las pruebas se realizasen de manera competente, el prestigio del *coroner* fue creciendo, y en 1888 —cuando comenzaron los crímenes del Destripador— se dictó una ley que prohibía que los hallazgos de los *coroners* proporcionaran cualquier tipo de beneficio económico a la Corona.

Esta importante disposición rara vez se cita en conexión con los crímenes del Destripador. La objetividad de la investigación forense se convirtió en una prioridad, y se eliminó la posibilidad de que la Corona aprovechara la ocasión para obtener ganancias materiales. Este cambio en la legislación supuso también un cambio de mentalidad que animó a los *coroners* a concentrarse en la justicia y hacer caso omiso de las presiones de la monarquía. La Corona no habría ganado nada por interferir en los procesos de Martha Tabran, Mary Ann Nichols y las demás víctimas del Destripador, ni siquiera si estas mujeres hubieran sido ciudadanas ricas e influyentes. El juez de instrucción de cada caso tampoco tenía nada que ganar, pero sí mucho que perder si la prensa lo describía como un idiota incompetente, un embustero o un tirano codicioso. Los hombres como Wynne Baxter se mantenían mediante el respetable ejercicio de la ley. Sus ingresos no aumentaban demasiado porque estuvieran al frente de una investigación judicial, pero se jugaban su medio de vida si alguien ponía en entredicho su honradez o su capacidad.

En 1888, la labor del *coroner* había evolucionado y adquirido mayor objetividad y seriedad, lo que me reafirma en la convicción de que no hubo conspiración alguna para «encubrir» un nefando secreto durante la época de los crímenes del Destripador y después de que todos pensaran que éstos habían terminado. Como cabe suponer, no faltaron los habituales intentos burocráticos de evitar el bochorno, y se prohibió la publicación de documentos policiales y memorandos oficiales que no se habían escrito para que los leyera el público. Aunque la discreción y el hermetismo no suelen ser populares, no siempre suponen un escándalo. Numerosas personas honradas borran sus mensajes personales de correo electrónico o usan máquinas para destruir documentos. Pero a pesar de mis esfuerzos, durante mucho tiempo fui incapaz de encontrar una explicación para el silencio del evasivo inspector Abberline. ¡Cuántas cosas se han dicho de él, y qué poco se sabe! ¡Qué ausente parecía mientras dirigió la investigación de los crímenes del Destripador!

Frederick George Abberline era un hombre modesto, afable y honrado, tan fiable y metódico como los relojes que reparaba antes de ingresar en la policía metropolitana, en 1863. Durante sus treinta años de servicio, ganó ochenta y cuatro menciones de honor y premios de jueces, magistrados y el jefe de la policía. Como él mismo comentó con naturalidad: «Creo que me consideraban excepcional».

Sus colegas y los ciudadanos a quienes servía lo admiraban, incluso lo idolatraban, y no parece la clase de persona dispuesta a eclipsar de manera intencionada a otros; simplemente se enorgullecía del trabajo bien hecho. Creo que es significativo que no haya ni una sola fotografía de él, y dudo que esto se deba a que «desaparecieron» de los archivos y las carpetas de Scotland Yard. Las fotografías «robadas» habrían estado circulando

durante años, y su precio había ido creciendo con cada reventa. También pienso que las habrían publicado al menos una vez en alguna parte.

Pero caso de que se conserve siquiera una fotografía de Abberline, yo ignoro dónde está. La única pista que tenemos de su apariencia se encuentra en los dibujos de revistas que no siempre escriben su nombre de manera correcta. Estas representaciones artísticas del legendario inspector nos muestran un hombre de aspecto poco especial, con grandes patillas, orejas pequeñas, nariz recta y frente amplia. Al parecer, en 1885 estaba perdiendo el pelo. Tengo la impresión de que estaba algo encorvado y no era demasiado alto. Al igual que el mítico monstruo del East End, a quien persiguió pero nunca atrapó, Abberline podría haber desaparecido de *motu proprio* para confundirse con la multitud.

Su afición por la relojería y la jardinería dice mucho de él. Son actividades solitarias y tranquilas que requieren paciencia, concentración, tenacidad, meticulosidad, delicadeza, amor por la vida e interés por la forma en que funcionan las cosas. No se me ocurren cualidades mejores para un detective, excepto, claro está, la honradez, pero estoy convencida de que Frederick Abberline era tan fiable como un diapasón. Aunque no escribió su autobiografía ni permitió que nadie contara su historia, llevaba una especie de diario: un álbum de unas cien páginas con recortes sobre los casos en los que trabajó, acompañados de comentarios escritos en letra grande y elegante.

Basándome en la forma en que organizó este álbum, yo diría que no empezó con él hasta que se jubiló. Cuando murió, en 1929, esta colección de recordatorios periodísticos de su brillante carrera quedó en posesión de sus descendientes, los cuales, pasado el tiempo, la donaron a una o varias personas desconocidas. Yo no me enteré de su existencia hasta principios de 2002, cuando estaba haciendo investigaciones en Londres y un agente de Scotland Yard me mostró el álbum, de veinte por treinta centímetros y con tapas negras. Ignoro si acababan de donarlo o si apareció de pronto. No sé si pertenece a Scotland Yard o a alguien que trabaja allí. Soy incapaz de responder a las preguntas de dónde estuvo este desconocido álbum desde que Abberline lo confeccionó, o cuándo fue a parar a Scotland Yard. Incluso ahora, Abberline continúa siendo un enigma y ofrece pocas respuestas.

Su diario no está lleno de revelaciones íntimas ni de información sobre su vida, pero sus comentarios y las referencias a su forma de trabajar desvelan su personalidad. Era un hombre valiente, inteligente, fiel a su palabra y respetuoso de las normas, entre las que se encontraba la de no divulgar datos sobre la clase de casos que yo esperaba y deseaba encontrar entre las tapas del álbum. Las anotaciones de Abberline cesan de pronto tras la mención de un caso de octubre de 1887, relacionado con lo que él llama «combustión espontánea», y no se reanudan hasta marzo de 1891, con un caso de tráfico de niños.

No aparece ni siquiera una referencia velada a Jack el Destripador. No hay una sola palabra sobre el escándalo de Cleveland Street —un burdel masculino descubierto en 1889—, que debió de ser complicado para Abberline, ya que entre los acusados había hombres cercanos a la Corona. Al leer este diario, una tiene la impresión de que los asesinatos del Destripador y el escándalo de Cleveland Street no sucedieron, pero no tengo motivos para sospechar que alguien arrancase las páginas del álbum que recogían estos hechos. Por lo visto, Abberline decidió omitir la información que sabía que sería la más buscada y polémica de su carrera de investigador.

En las páginas 44 y 45, explica su silencio:

Creo que debo exponer aquí el motivo de la ausencia de ciertos recortes y de información sobre algunos casos que investigué y que nunca se hicieron públicos; es evidente que podría referir muchas cuestiones interesantes para quien lea esto.

Cuando me retiré del servicio, las autoridades se oponían de manera enérgica a que los agentes jubilados escribieran para los periódicos, ya que con anterioridad ha habido algunos que han inducido a publicar grandes indiscreciones, y me consta que se les exigió que explicaran su conducta e, incluso, se los amenazó con demandarlos por libelo.

Además, no cabe duda de que al describir lo que se hizo para resolver ciertos crímenes uno pone al autor en guardia y, en algunos casos, le explica con detalle cómo cometer un crimen.

Un ejemplo de ello es la divulgación del sistema de identificación por las huellas dactilares, que ha conseguido que ahora el ladrón experto use guantes.

Esta oposición a que los agentes retirados escribieran sus memorias no disuadió a todos los miembros de Scotland Yard o de la policía de la City. Tengo tres ejemplos de estos textos sobre mi mesa: *Days of My Years*, de *sir* Melville Macnaghten; *From Constable to Commissioner*, de *sir* Henry Smith, y *Lost London: The Memoirs of an East End Detective*, de Benjamin Leeson. Los tres incluyen anécdotas y análisis sobre los casos de Jack el Destripador que, en mi opinión, el mundo no necesitaba conocer. Es triste que unos hombres cuyas vida y trayectoria profesional quedaron marcadas por los crímenes del Destripador formulen teorías casi tan infundadas como las de personas que no nacieron en aquella época.

Henry Smith era jefe de la policía de la City cuando se produjeron los asesinatos de 1888 y, con falsa humildad, escribió: «Ningún hombre vivo sabe tanto de los crímenes como yo». Declaró que después del «segundo crimen» —que podría haber sido el de Mary Ann Nichols, que no fue asesinada en la jurisdicción de Smith—, él «descubrió» un sospechoso que a buen seguro era el homicida. Smith anotó que era un antiguo estudiante de medicina que había estado recluido en un psiquiátrico y solía pasar «todo su tiempo» con prostitutas, a quienes entregaba monedas pulidas de un cuarto de penique haciéndoles creer que eran soberanos.

Smith transmitió esta información secreta a *sir* Charles Warren, quien —según él— no encontró al sospechoso. Fue una suerte, ya que el lunático en cuestión era inocente. Debo añadir que un soberano habría sido una paga más que generosa para una prostituta que estaba acostumbrada a intercambiar sus favores por cuartos de penique. El perjuicio que causó Smith durante la investigación fue perpetuar la idea de que el Destripador era un médico, un estudiante de medicina o alguien relacionado con esta disciplina.

Ignoro por qué Smith sacó semejante conclusión después del «segundo caso», cuando aún no habían destripado a nadie ni se habían llevado órganos. Después del asesinato de Mary Ann Nichols, no había nada que sugiriese que el arma era un bisturí, o que el asesino poseía conocimientos quirúrgicos. A menos que Smith confundiera las fechas, lo cierto es que en ese temprano estadio de las investigaciones la policía no tenía motivos para sospechar de una persona con formación médica.

Por lo visto, las recomendaciones que hizo Smith a Charles Warren no obtuvieron respuesta, de manera que decidió poner a trabajar en el caso a «casi un tercio» de su contingente de agentes de paisano, a quienes ordenó, según explicó en sus memorias, «hacer todo aquello que, en circunstancias normales, un policía no debería hacer». Estas actividades clandestinas comprendían sentarse en los umbrales fumando en pipa y frecuentar los *pubs* para cotillear con los lugareños. Smith tampoco permaneció de brazos cruzados. Visitó «todas las carnicerías de la ciudad», lo que encuentro casi cómico, pues puedo imaginar al jefe de la policía —tal vez disfrazado o con traje y corbata—

interrogando a los trabajadores de los mataderos sobre individuos sospechosos de su oficio que podrían estar acuchillando a mujeres. Estoy segura de que la policía metropolitana no supo apreciar el entusiasmo de Smith ni el hecho de que traspasara los límites jurisdiccionales.

Es probable que *sir* Melville Macnaghten desviase, o incluso malograse la investigación con sus convicciones, que no estaban basadas en información de primera mano ni en las imparciales y expertas deducciones de Abberline. En 1889, Macnaghten ingresó en la policía metropolitana con el cargo de subinspector del Departamento de Investigación Criminal. Su única recomendación para el puesto eran sus doce años de trabajo en la plantación de té que su familia poseía en Bengala, donde salía cada mañana para disparar a gatos salvajes, zorros y caimanes, o quizá para empalar cerdos.

Cuando escribió sus memorias —en 1914, cuatro años después de que se publicasen las de Smith—, Macnaghten se contuvo hasta la página 55, donde comenzó a entregarse en un empalamiento de cerdos literario, acompañado de gran pomposidad y comentarios de detective aficionado. Anotó que Henry Smith estaba «en vilo» y que tenía un «alma profética», ya que había perseguido con denuedo al asesino semanas antes del primer homicidio. Smith pensaba que el Destripador había debutado el 7 de agosto, con el degollamiento de Martha Tabran, mientras que Macnaghten estaba convencido de que el primer asesinato había sido el de Mary Ann Nichols, el 31 de agosto.

A continuación, Macnaghten relató las terribles noches de niebla y los «estridentes gritos» de los niños vendedores de periódicos cuando voceaban «otro horrible asesinato». El escenario que describió se torna más dramático con cada página, hasta que una no puede evitar indignarse y desear que su autobiografía se hubiera encontrado entre las que prohibió el Home Office. Supongo que es posible que Mcnaghten oyese aquellos gritos estridentes y experimentase las terribles noches de niebla, pero dudo mucho que se acercara al East End.

Acababa de regresar de la India y continuaba trabajando para su familia. No ingresó en Scotland Yard hasta unos ocho meses después de que supuestamente cesasen los crímenes del Destripador, cuando ya ni siquiera estaban en la mente de la policía, pero esto no impidió que afirmase con convicción no sólo quién era el Destripador, sino también que estaba muerto y que sus víctimas eran cinco «y nada más que cinco»: Mary Ann Nichols, Annie Chapman, Elizabeth Stride, Catherine Eddows y Mary Kelly. La «teoría racional» de Melville Macnaghten era que después del «quinto» crimen, que tuvo lugar el 9 de noviembre de 1888, el Destripador «se derrumbó por completo» y, en su opinión, se suicidó.

Cuando Montague John Druitt, un joven abogado deprimido, se arrojó al Támesis a finales de 1888, sin pretenderlo se convirtió en uno de los tres sospechosos principales que Macnaghten asoció con la sangrienta actuación de Jack el Destripador. Los otros dos, que ocuparon una posición inferior en la lista de Macnaghten, fueron un judío polaco llamado Aaron Kosminski, que estaba «loco» y «tenía gran aversión por las mujeres», y Michael Ostrog, un médico ruso confinado en un «hospital psiquiátrico».

Por alguna razón misteriosa, Macnaghten pensó que Montague Druitt era médico. Esta presunción errónea circuló de boca en boca durante mucho tiempo y supongo que algunas personas aún la dan por cierta. Ignoro de dónde sacó Macnaghten esta información, pero quizá se confundiese porque el tío de Montague, Robert Druitt, era un célebre doctor y autor de publicaciones médicas, y el padre de Montague, William, era cirujano. Me temo que Montague, o «Monty», seguirá siendo un personaje algo misterioso, ya que no parece haber mucha información sobre él.

En 1876, cuando era un joven moreno, apuesto y atlético de diecinueve años, ingresó en el New College de la Universidad de Oxford, y cinco años después lo admitieron en el Inner Temple de Londres, donde continuaría sus estudios de leyes. Era un buen alumno y un excelente jugador de criquet, y trabajaba a tiempo parcial como celador en Valentine's School, un internado para chicos de Blackheath. A Druitt, que en el momento de su muerte contaba con treinta y nueve años y era soltero, lo despidieron de esta escuela en el otoño de 1888, cabe pensar que a causa de su homosexualidad o por haber abusado de algún menor (o por ambas razones). En sus memorias, Macnaghten escribió que estaba «sexualmente enfermo», la expresión con la que los victorianos se referían a la homosexualidad. Pero esta acusación se basa sólo en información que Macnaghten calificó de fiable y que, al parecer, destruyó.

La enfermedad mental era un problema hereditario en la familia de Druitt. Su madre ingresó en un manicomio en el verano de 1888, e intentó suicidarse al menos en una ocasión. Una hermana suya también se quitó la vida pasado un tiempo. Cuando Druitt se ahogó en el Támesis, a principios del invierno de 1888, dejó una nota en la que explicaba que temía acabar como su madre y que creía que era mejor morir. En los archivos oficiales de Dorset y West Sussex, donde se encuentran los documentos de la familia, sólo hay una carta que escribió a su tío Robert en septiembre de 1876. Aunque la letra y el lenguaje de Druitt no guardan la menor semejanza con los de las supuestas cartas del Destripador, no sería sensato ni justo llegar a una conclusión a partir sólo de este dato. En 1876, Druitt no había cumplido aún los veinte años. La caligrafía y la habilidad verbal pueden falsearse y, además, tienden a cambiar con el tiempo.

Druitt se convirtió en sospechoso por la conveniente razón de que se suicidó poco después del asesinato que Macnagthten considera el último del Destripador, el 9 de noviembre de 1888. Con toda probabilidad, el joven abogado sólo era culpable de sufrir una enfermedad mental hereditaria, y quizá lo que inclinó la balanza en contra de él fue lo que supuestamente había hecho para que lo despidieran de Valentine's School. No podemos saber cuáles eran sus pensamientos y sentimientos en ese momento de su vida, pero estaba lo bastante desesperado para llenar de piedras los bolsillos de su abrigo y saltar a las frías y contaminadas aguas del Támesis. Extrajeron su cadáver del río el último día de 1888 y, basándose en el grado de descomposición, conjeturaron que había muerto un mes antes. En el proceso, celebrado en Chiswick, el jurado dictó un veredicto de «suicidio por perturbación de las facultades mentales».

Los médicos y los locos parecen haber sido los sospechosos más populares. B. Leeson, que era agente de la policía en la época de los asesinatos del Destripador, explicó en sus memorias que, cuando él se inició en la profesión, el entrenamiento consistía en diez días de asistencia a un juzgado policial y «un par de horas» de instrucción con un inspector jefe. El resto había que aprenderlo con la práctica. «Me temo que no puedo arrojar luz sobre el problema de la identidad del Destripador», escribió Leeson. Sin embargo, añadió que había cierto médico que nunca se encontraba lejos del lugar de los crímenes cuando éstos se cometieron. Supongo que tampoco Leeson estaba lejos, de lo contrario no habría podido reparar en ese «mismo» médico.

Es posible que Frederick Abberline se abstuviera de escribir sobre los casos del Destripador porque era lo bastante inteligente para no hablar de lo que no sabía. En su álbum sólo incluyó los casos que él mismo investigó y resolvió. Pegó recortes de periódico en las páginas y los subrayó (con minuciosidad, con líneas precisas), y sus comentarios son más bien lacónicos y poco entusiastas. Dejó claro que trabajaba mucho y que no siempre se

alegraba de ello. Por ejemplo, el 24 de enero de 1885, cuando pusieron una bomba en la Torre de Londres, se sintió «especialmente desbordado de trabajo, pues el entonces ministro de Interior, *sir* Wm. Harcourt quería que le informásemos cada mañana de los progresos del caso, y muchas noches, después de una agotadora jornada de trabajo, tenía que permanecer en vela hasta las cuatro o las cinco de la madrugada, preparando los informes para la mañana siguiente».

Si Abberline tuvo que esforzarse de ese modo durante el atentado contra la Torre de Londres, en la época de los crímenes del Destripador debió de permanecer en pie hasta altas horas de la noche y acudir al despacho del ministro de Interior a primera hora de la mañana para presentar sus informes. En la tragedia de la Torre de Londres, Abberline llegó «justo después de la explosión» y pidió que todos los presentes permanecieran allí, para que la policía pudiera tomarles declaración. Él mismo se ocupó de algunos interrogatorios, y fue entonces cuando «descubrió» a uno de los autores del delito, por «sus titubeos al responder y por su actitud en general». Se escribieron muchos artículos periodísticos sobre el atentado y el excelente trabajo detectivesco de Abberline, y si durante los cuatro años siguientes su fama pareció desvanecerse, cabe pensar que esto se debió a su discreción y su condición de jefe. Fue un hombre que trabajó con diligencia y sin recibir aplausos, el tranquilo relojero que estaba empeñado en reparar los desperfectos, aunque sin llamar la atención.

Sospecho que sufrió por los crímenes del Destripador y que dedicó muchas noches a deambular por las calles, especulando, deduciendo y tratando de encontrar pistas hasta en el sucio y denso aire. En 1892, cuando sus colegas, amigos y familiares, así como también los comerciantes del East End, le ofrecieron una fiesta con motivo de su jubilación, le regalaron un juego de té y café de plata y elogiaron su honorable y extraordinaria labor en la investigación de crímenes. Según el East London Observer, el inspector Arnold, de la División «H», explicó a la concurrencia que, durante los crímenes del Destripador, «Abberline vino al East End y dedicó todo su tiempo a arrojar luz sobre aquellos crímenes. Pero, por desgracia, las circunstancias hicieron imposible ese triunfo».

Abberline debió de sentirse triste y furioso en el otoño de 1888, cuando se vio obligado a confesar a la prensa que «por el momento no se ha podido obtener ni la más remota pista». Estaba acostumbrado a vencer a los criminales. Se dijo que había trabajado tanto para resolver los crímenes del Destripador que «casi se derrumbó bajo la presión». No era inusual que se vistiera de paisano y se mezclara con «gente dudosa» en las cocinas de los albergues hasta altas horas de la noche. Pero fuera donde fuese, el «bellaco» nunca estaba allí. Me pregunto si alguna vez se cruzaría con Walter Sickert. No me sorprendería que los dos hubieran charlado en un momento u otro, y que Sickert le hiciera sugerencias sobre los crímenes. Qué «auténtica fiesta» habría sido.

«¡Teorías!», exclamaría Abberline más tarde, cuando alguien sacaba a colación los crímenes del Destripador. «Estábamos confundidos por las teorías; ¡había tantas!». Todo parece indicar que con los años, cuando estaba dedicado a otros casos, no le hacía mucha gracia que le plantearan el tema. Era mejor dejarlo hablar de las mejoras sanitarias en el East End, o de cómo había resuelto una larga serie de robos siguiendo un rastro que lo condujo a una sombrerera abandonada en una estación de ferrocarril.

A pesar de su experiencia y sus méritos, Abberline no consiguió resolver el caso más importante de su vida. Sería una pena que ese fracaso le hubiera causado dolor y remordimientos, aunque sólo fuera por un instante, mientras trabajaba en su jardín en sus años de retiro. Frederick Abberline se fue a la tumba sin saber a qué se había enfrentado. Walter Sickert era un asesino sin parangón.

14. Flores y labores de ganchillo

El cadáver de Mary Ann Nichols permaneció en el depósito de Whitechapel hasta el jueves 6 de septiembre, cuando por fin decidieron dar descanso e intimidad a su carne descompuesta.

La colocaron en un féretro de madera «de aspecto sólido», y la acomodaron en un coche de caballos que recorrió diez kilómetros hasta el cementerio de Ilford, donde la enterraron. El sol brillaba apenas cinco minutos al día, y el tiempo era lluvioso y nublado.

Al día siguiente, el viernes, la quincuagésimo octava reunión de la British Association tocó temas importantes, como la necesidad de instalar pararrayos e inspeccionarlos de manera adecuada, los caprichos de los rayos y los daños que éstos podían causar a las aves salvajes y los hilos de telégrafo. Se expusieron las cualidades higiénicas de la iluminación eléctrica, y un físico y un ingeniero debatieron si la electricidad era materia o energía. Se dijo que la pobreza y la miseria desaparecerían «si fuera posible evitar la debilidad, la enfermedad, la holgazanería y la estupidez». Y se oyó una buena noticia: Thomas Edison acababa de montar una fábrica y produciría dieciocho mil fonógrafos al año, que se venderían a veinte o veinticinco libras la unidad.

El tiempo era peor que el día anterior: el sol ni siquiera se vislumbraba por entre las nubes y soplaban fuertes vientos del norte. Llovía y granizaba, y los londinenses tenían que adentrarse en una fría niebla tanto para ir y volver del trabajo como para, más tarde, acudir a los teatros. *El doctor Jekyll y míster Hyde* seguía representándose en el Lyceum con gran concurrencia de público, y en el Royal Theater habían estrenado una parodia de esa obra titulada *Hide and Seekyll*. El periódico del día contenía un artículo sobre la obra *She*, «un espléndido experimento de dramatización» que había llevado un asesinato y caníbales al Gaiety. El Alhambra, uno de los teatros de variedades favoritos de Sickert, abrió sus puertas a las diez y media para ofrecer el espectáculo de una compañía de bailarinas y el capitán Clives y su «perro maravilloso».

Annie Chapman había tomado su última copa y estaba durmiéndola mientras comenzaba la vida nocturna de Londres. Había sido una semana mala, peor de lo habitual. Annie tenía cuarenta y siete años, y le faltaban los dos incisivos superiores. Medía un metro con cincuenta y cinco centímetros de estatura, era obesa y tenía los ojos azules y el cabello castaño oscuro, corto y rizado. «Había vivido tiempos mejores», como diría más tarde la policía. En la calle la conocían como Annie la Morena. Algunos periódicos apuntaron que su trastornado marido era veterinario, pero la mayoría lo describió como un cochero al servicio de un caballero del condado de Windsor.

Annie y su marido no habían tenido contacto desde que se habían separado, y ella no se inmiscuyó en su vida hasta finales de 1886, cuando él dejó de pasarle sin previo aviso la pensión de diez chelines semanales. Un día, una mujer con aspecto de mendiga se presentó en el *pub* Merry Wives de Windsor y preguntó por Chapman. Dijo que había recorrido a pie los treinta kilómetros que había desde Londres, con sólo una parada en un mesón del camino, y que quería saber si su marido estaba enfermo de verdad o si era sólo una excusa para no enviarle dinero. La camarera del Merry Wives comunicó a la vagabunda que el señor Chapman había muerto el día de Navidad. A Annie sólo le dejó dos hijos que no querían saber nada de ella: un niño que estaba interno en un asilo para lisiados y una hija educada que vivía en Francia.

Annie convivió durante un tiempo con un cedacero, y cuando éste la dejó, comenzó a pedir pequeñas sumas de dinero a su hermano, quien no tardó mucho en cansarse de ayudarla. No tenía contacto con otros miembros de su familia, y cuando su salud se lo permitía, ganaba unos peniques vendiendo flores y labores de ganchillo. Sus amistades la describieron como una mujer «lista» y trabajadora por naturaleza, pero cuanto más crecía su adicción al alcohol, menos se preocupaba ella por lo que hacía para ganarse la vida.

Durante los cuatro meses anteriores a su muerte, Annie había entrado y salido varias veces del hospital. Pasaba las noches en míseras pensiones de Spitalfields, la más reciente de las cuales era la del número 35 de Dorset Sreet, una calle corta que unía Commercial y Crispin como un peldaño de una escalera de mano. Se calcula que había unas cinco mil camas en aquellos antros infernales de Spitalfields, y después del proceso por el asesinato de Annie, *The Times* observó que esa «imagen de la vida […] era suficiente para hacer pensar [a los miembros del jurado] que había pocos motivos para sentirse orgullosos de la civilización del siglo XIX». En el mundo de Annie Chapman, a los pobres se les «arreaba como ganado» y estaban siempre «al borde de la inanición». La violencia estallaba día y noche, alimentada por la miseria, el alcohol y la ira.

Cuatro días antes de su muerte, Annie tuvo un altercado con una mujer llamada Eliza Cooper, que la abordó en la cocina de la pensión para exigirle que le devolviese un trozo de jabón que le había dejado. Furiosa, Annie arrojó medio penique sobre la mesa y le dijo que fuese a comprarse otro. Las dos mujeres comenzaron a discutir y continuaron la riña en el cercano *pub* Ringer, donde Annie propinó una bofetada a Eliza y ésta respondió con un puñetazo en el ojo y otro en el pecho.

Los moretones de Annie aún eran visibles la madrugada del 8 de septiembre, cuando John Donovan, el casero de la pensión de Dorset Street, le exigió que pagase ocho peniques si deseaba quedarse allí. «No los tengo —respondió ella—. Estoy débil y enferma y he estado en el hospital». Donovan le recordó las reglas y Annie repuso que saldría a buscar el dinero, al tiempo que le rogaba que le reservase la cama. Más tarde, Donovan explicó a la policía que Annie estaba «bajo los efectos del alcohol» cuando el vigilante nocturno la acompañó a la salida.

Annie giró a la derecha por la primera calle, Little Paternoster Row, y el vigilante nocturno la vio por última vez en Brushfield Street, que discurría de este a oeste entre una calle que entonces se llamaba Bishopsgate Without Norton Folgate y Commercial Street. Si se hubiera aventurado unas manzanas más al norte de Commercial, habría llegado a Shoreditch, donde había varios teatros de variedades (el Shoreditch Olympia, el Harwood y el Griffin). Un poco más al norte estaba Hoxton, por donde pasaba Walter Sickert cuando regresaba andando a su casa del número 54 de Broadhurst Gardens después de haber pasado la velada en un *music-hall*, un teatro o dondequiera que hubiese ido durante sus compulsivos paseos de últimas horas de la noche y primeras de la mañana.

A las dos de la madrugada, cuando Annie salió a las calles del East End, éstas estaban empapadas y la temperatura era de 10 °C. Vestía falda negra, una chaqueta larga del mismo color, un delantal, medias de lana y botas. Alrededor del cuello llevaba una bufanda de lana negra, atada con un nudo en la parte delantera, y debajo un pañuelo que había comprado hacía poco a una huésped de la pensión. En el anular de la mano derecha lucía tres «ostentosos» anillos de latón. En el bolsillo interior de la falda había guardado un pequeño peine, un trozo de muselina gruesa y un sobre roto que le habían visto recoger del suelo de la pensión para guardar dos píldoras que le habían dado en el hospital. El sobre tenía un matasellos rojo.

Si alguien vio a Annie con vida durante las tres horas y media siguientes, no se presentó como testigo. A las cinco menos cuarto, John Richardson, un mozo del mercado de Spitalfields, se dirigió al número 29 de Hanbury Street, una residencia para pobres que, como tantos otros edificios ruinosos de Spitalfields, había sido un taller donde los tejedores hilaban con telares manuales hasta que las máquinas a vapor los dejaron sin empleo. La madre de Richardson alquilaba la casa y subarrendaba la mitad de las habitaciones a diecisiete personas. John, que era un hijo consciente de sus deberes, había pasado por allí, como siempre que se levantaba temprano, para echar un vistazo al sótano. Dos meses antes alguien se había colado en la casa por esa parte y robado dos sierras y dos martillos. La madre de Richardson llevaba también un negocio de embalaje, y el robo de herramientas no era ninguna minucia.

Tras comprobar que el sótano estaba bien cerrado, Richardson se internó en un pasaje que conducía al patio trasero y se sentó en un umbral para recortar un molesto trozo de cuero de su bota. Según testificó en el proceso, lo hizo con «un viejo cuchillo de cocina de unos doce centímetros de largo»; lo había usado antes para cortar «un trozo de zanahoria» y lo había guardado distraídamente en el bolsillo. Calculó que había permanecido sentado en el umbral unos minutos, con los pies apoyados en el suelo de losetas a escasos centímetros de donde luego hallarían el cuerpo mutilado de Annie Chapman. Richardson no vio ni oyó nada. Se ató la bota recién reparada y echó a andar hacia el mercado justo cuando comenzaba a despuntar el alba.

Albert Cadosch vivía en la casa de al lado, en el número 25 de Hanbury, cuyo patio trasero lindaba con el del número 29 y estaba entonces separado de éste por una valla provisional de madera que medía entre un metro con cincuenta y cinco centímetros y un metro con setenta. Más tarde, declaró a la policía que a las cinco y veinticinco salió al patio y oyó que alguien exclamaba «no» al otro lado de la valla. Al cabo de unos instantes, algo pesado chocó contra las estacas. No trató de averiguar qué había causado el ruido ni quién había dicho «no».

Cinco minutos después, a las cinco y media de la mañana, Elisabeth Long caminaba por Hanbury Street en dirección al mercado de Spitalfields cuando vio a un hombre que charlaba con una mujer a unos metros de la valla que rodeaba el número 29 de Hanbury, donde una hora después encontrarían el cadáver de Annie Chapman. En el proceso, la señora Long declaró que sabía «de fijo» que la mujer era Annie Chapman. Según ella, Annie y el hombre hablaban en voz bastante alta, pero parecían llevarse bien. El único fragmento de conversación que oyó mientras continuaba su camino fue una pregunta del hombre: «¿Lo harás?», y la respuesta de la supuesta Annie: «Sí».

Es evidente que los testigos se contradijeron en lo referente a la hora, y durante el proceso ninguno aclaró cómo sabía qué hora era cuando se cruzó con alguien o encontró el cadáver. En aquellos tiempos, la mayoría de las personas calculaba el momento del día por sus actividades, la posición del sol en el cielo y los relojes de las iglesias, que daban la hora o la media. Harriet Hardiman, que residía en el número 29 de Hanbury Street, declaró que estaba segura de que eran las seis de la mañana cuando la despertó un alboroto que procedía del exterior. Esta mujer se ganaba la vida recorriendo las calles con una carretilla llena de pescado en mal estado, o de restos que recogía en los mataderos, y vendiendo su mercancía a los propietarios de gatos mientras una larga cola de felinos la seguía a todas partes.

Harriet estaba profundamente dormida en la planta baja de la casa cuando unas voces estridentes la sobresaltaron. Temiendo que el edificio estuviera en llamas, despertó a su hijo y lo envió a echar un vistazo. Cuando éste regresó, dijo que habían asesinado a una

mujer en el patio. Tanto la madre como el hijo habían dormido toda la noche de un tirón, y Harriet Hardiman declaró que no había oído nada, aunque a menudo le llegaban voces que procedían de la escalera o del pasaje que conducía al patio. La madre de John Richardson, Amelia, había pasado la mitad de la noche en vela, y sin duda se habría dado cuenta si alguien hubiera discutido o gritado. Pero tampoco oyó nada.

Los residentes del número 29 de Hanbury entraban y salían a todas horas de manera que tanto la puerta trasera como la delantera estaban siempre abiertas, igual que la del pasaje, que conducía al patio interior. Habría sido fácil entrar allí, que es lo que debió de hacer Annie Chapman antes de morir. A las seis menos cinco de la mañana, John Davis, un mozo que vivía en la casa de inquilinos, salió para ir al mercado y tuvo la desgracia de encontrar el cadáver de Annie Chapman en el patio, entre la casa y la valla, muy cerca de los escalones de piedra donde se había sentado Richardson media hora antes.

La mujer estaba de espaldas, con la mano derecha sobre el pecho izquierdo, el brazo derecho extendido y las piernas flexionadas. Le habían levantado la ropa por encima de las rodillas, y el corte que tenía en la garganta era tan profundo que la cabeza apenas se mantenía unida al cuerpo. El asesino le había abierto el abdomen y extraído los intestinos. Éstos se encontraban en el suelo, por encima de su hombro izquierdo, una disposición que tanto podría haber sido simbólica como no.

Es mucho más probable que la ubicación de estos órganos tuviera una explicación práctica: el asesino los habría puesto ahí para quitarlos de en medio. Más tarde quedó claro que al Destripador sólo le interesaban los riñones, el útero y la vagina, aunque no podemos descartar que también deseara escandalizar a la gente. En tal caso, lo consiguió. John Davis subió corriendo a su habitación y se tomó una copa de *brandy*. Luego entró como una exhalación en su taller, agarró una lona para cubrir el cadáver y salió a buscar al policía más cercano.

Al cabo de unos minutos llegó el inspector Joseph Chandler, de la comisaría de Commercial Street. Cuando vio lo que tenía entre manos, mandó llamar al doctor George Phillips, el médico de la división. En el lugar de los hechos se había congregado una multitud que gritaba: «¡Han matado a otra mujer!». Tras echar un vistazo al cadáver, el doctor Phillips declaró que a la víctima le habían cortado la garganta antes que «el estómago» y que llevaba muerta unas dos horas. Reparó en que tenía la cara abotargada y que la lengua asomaba entre los dientes. Antes de degollarla la habían matado por estrangulamiento, precisó, o al menos la habían dejado inconsciente. El *rigor mortis* apenas comenzaba a notarse, y el médico observó que había «seis manchas» de sangre en la pared, a unos cuarenta y cinco centímetros por encima de la cabeza de Annie.

Algunas eran gotas pequeñas y otras del tamaño de una moneda de seis peniques, y formaban «cúmulos» muy compactos. Además, había «marcas» de sangre en la valla trasera de la casa. También hallaron varios objetos dispuestos con orden a los pies de Annie: un trozo de muselina gruesa, un peine y un sobre roto y sanguinolento con el escudo de armas del regimiento de Sussex y matasellos del 20 de agosto de 1888. Cerca de allí había dos píldoras. Los baratos anillos de latón habían desaparecido, y una abrasión en el dedo indicaba que se los habían quitado por la fuerza. En una tarjeta sin fecha ni firma que el supuesto Destripador envió con posterioridad a la policía de la City, se observa un habilidoso dibujo de una mujer con la garganta cortada. Escribió «pobre Annie» y aseguró tener los anillos «en mi posesión».

La ropa de Annie no estaba desgarrada, llevaba las botas puestas y la chaqueta negra aún estaba abotonada. El cuello de esta prenda presentaba manchas de sangre por

dentro y por fuera. El doctor Phillips observó también unas gotas de sangre en las medias y la manga izquierda de la chaqueta de la víctima. Aunque este dato no se mencionó en los periódicos ni en los informes de la policía, el doctor Phillips debió de recoger los intestinos y demás tejidos corporales y reintroducirlos en la cavidad abdominal antes de cubrir el cadáver con un trozo de arpillera. La policía ayudó a colocar el cuerpo de Annie en la misma caja que había ocupado Mary Ann Nichols hasta el día anterior, cuando por fin la habían enterrado, y luego lo llevó al depósito de Whitechapel en una ambulancia manual.

Ya había amanecido y centenares de curiosos acudían corriendo al patio interior del número 29 de Hanbury. Los vecinos de las casas de inquilinos colindantes comenzaron a cobrar entrada a todo el que quisiera acceder al patio para ver mejor el lugar cubierto de sangre donde habían matado a Annie.

¿HA VISTO AL «DEMONIO»?
Si no es así
pague un penique y entre
escribió Jack el Destripador el 10 de octubre.

En la misma tarjeta, el Destripador añadía: «Todas las noches espero a los polizontes de Hampstead Heath», unos jardines célebres por sus fuentes medicinales, sus baños y la atracción que habían ejercido siempre sobre pintores, poetas y escritores como Dickens, Shelley, Pope, Keats y Constable. Los días festivos, unas cien mil personas visitaban los ondulados prados y los densos bosquecillos de este parque. Walter Sickert vivía en South Hampstead, que quedaba a menos de veinte minutos andando de allí.

Las cartas atribuidas al Destripador no se limitan a proporcionar pistas —como la tarjeta de «¿Ha visto al “demonio”?», que podría ser una alusión a los residentes del East End que cobraban dinero para enseñar los escenarios de los crímenes—, sino que también permiten vislumbrar un marco geográfico cada vez más claro. Muchos sitios que se mencionan en las cartas —algunos repetidas veces— son zonas que Walter Sickert conocía muy bien: el Bedford *Music Hall* de Camden Town, que pintó en varias ocasiones; los alrededores del número 54 de Broadhurst Gardens, su propia casa, y barrios de teatros, artistas y comerciantes que a buen seguro frecuentaba.

Entre los más cercanos a Bedford *Music Hall*, se encuentran Hampstead Road, King’s Cross, Tottenham Court, Somers Town, Albany Streety St. Pancras Church.

Los más próximos al número 54 de Broadhurst Gardens son Kilburn, Palmerston Road (a unas manzanas de la casa de Sickert), Princess Road, Kentish Town, Alma Street y Finchley Road (que nace en Broadhurst Gardens).

Los sitios vecinos a los teatros, *music-halls*, galerías de arte y demás lugares de posible interés profesional o personal para Sickert comprenden Piccadilly Circus, Haymarket, Charing Cross, Battersea (cerca del estudio de Whistler), Regent Street North, Mayfair, Paddington (donde está la estación), York Street (cerca de Paddington), Islington (el barrio del hospital St. Mark), Worcester (uno de los lugares favoritos de los pintores), Greenwich, Gipsy Hill (cerca del Crystal Palace), Portillan Square (que no está muy lejos de la Sociedad de Bellas Artes y es donde se encuentra la Heinz Gallery, especializada en dibujos arquitectónicos), Conduit Street (próxima a la Sociedad de Bellas Artes y donde, en la época victoriana, se hallaban la Sociedad de las Artes del Siglo XIX y el Real Instituto de Arquitectos Británicos).

Los dibujos de Sickert son asombrosamente detallados; el lápiz registraba lo que veían sus ojos para que más tarde pudiera pintar un cuadro. Su fórmula matemática para «cuadricular» la composición —un método geométrico para ampliar los dibujos sin alterar

las dimensiones ni la perspectiva— revela una mente organizada y científica. Sickert pintó muchos edificios complejos durante su carrera, entre los que destacan, por la profusión de detalles, algunas iglesias de Dieppe y de Venecia. Cabe suponer que le interesaba la arquitectura, de modo que es muy probable que visitara la Heinz Gallery, que alberga la mayor colección de dibujos arquitectónicos del mundo.

La primera profesión de Sickert fue la de actor, en la que al parecer se inició en 1879. En una de sus cartas más antiguas, escrita en 1880 y dirigida al historiador y biógrafo T. E. Pemberton, contaba que había interpretado a «un viejo» en *Enrique V* durante una gira por Birmingham. «Es el papel que más me gusta», escribió. A pesar de las manidas anécdotas de que Sickert dejó el teatro porque su auténtica vocación era la pintura, las cartas que reunió Denys Sutton revelan una historia diferente. «Walter estaba deseando dedicarse a la escena», leemos en una de ellas. Pero, según otro amigo de Sickert, «no tuvo mucho éxito y por eso se pasó a la pintura».

Todavía era actor a los veintitantos años, cuando hizo una gira con la compañía de Henry Irving. Conocía al célebre arquitecto Edward W. Godwin, un entusiasta del teatro, diseñador de vestuario y buen amigo de Whistler. En la época en que Sickert hizo sus pinitos como actor, Godwin vivía con Ellen Terry y había proyectado la casa de Whistler (la «casa blanca», en Tite Street, Chelsea). La viuda de Godwin, Beatrice, se casó con Whistler el 11 de agosto de 1888. Aunque no puedo demostrar que la psique de Sickert estableciera una conexión entre detalles biográficos y geográficos como éstos cuando el Destripador envió sus cartas desde los lugares que ya he mencionado (o en los que se supone que las escribió), sí puedo al menos conjeturar que estaba familiarizado con dichos lugares. No eran sitios donde los «homicidas lunáticos» o los «indigentes de mala vida» del East End habrían pasado mucho tiempo.

Aunque es verdad que muchas cartas del Destripador se enviaron desde el East End, otras tantas procedían de otros lugares. Pero, dado que Sickert pasaba bastante tiempo en el East End, es probable que conociese esa miserable zona de Londres mejor que la policía. La normativa de la época no permitía que los miembros de la policía metropolitana entrasen en los *pubs* ni se mezclaran con los vecinos. Los agentes no debían descuidar su ronda, y entrar en pensiones o *pubs* sin causa justificada, o simplemente alejarse de las manzanas asignadas, era arriesgarse a una reprimenda o a la suspensión. Sickert, sin embargo, podía alternar con quien quisiera. Ningún lugar le estaba vedado.

La policía parecía sufrir de una forma de miopía que le impedía ver más allá del East End. Por mucho que el Destripador se esforzase para incitarlos a examinar otros barrios o escondites posibles, nunca le hacían caso. No hay pruebas de que la policía investigase los lugares de los matasellos de las cartas del Destripador que no procedían del East End, ni que dieran importancia a las que, en principio, parecían escritas y enviadas desde otras ciudades de Gran Bretaña. No se conservan todos los sobres, y sin un matasellos no tenemos más que el dato del lugar que el Destripador consignó en las cartas, que acaso fuera o no aquel donde se encontraba en aquellos momentos.

Según los matasellos y las localidades donde el Destripador dijo estar en diversos momentos, o donde afirmó que viajaría, habría visitado Birmingham, Liverpool, Manchester, Leeds, Bradford, Dublín, Belfast, Limerick, Edimburgo, Plymouth, Leicester, Bristol, Clapham, Woolwich, Nottingham, Portsmouth, Croydon, Folkestone, Gloucester, Leith, Lille (Francia), Lisboa (Portugal) y Philadelphia (EE. UU.).

Varias de estas localidades parecen inverosímiles, sobre todo las de Portugal y Estados Unidos. Que se sepa, Sickert nunca estuvo en ninguno de los dos países. Otras

cartas y sus supuestas fechas hacen que resulte imposible creer, por ejemplo, que pudiera haberlas escrito y enviado el mismo día —el 8 de octubre— desde Londres, Lille, Birmingham y Dublín. Pero lo que no queda claro después de ciento catorce años —cuando tantos sobres y sus matasellos han desaparecido, cuando los indicios son débiles y los testigos están muertos— es si aquellas cartas se escribieron de verdad en la fecha y el lugar que figuran en ellas. Sólo los matasellos y los testigos oculares podrían asegurarlo.

Por descontado, no todas las cartas del Destripador fueron obra de Sickert; sin embargo, él era capaz de falsear su letra mejor que cualquier mortal, y aún no han aparecido documentos que prueben que no se encontraba en una ciudad determinada en un día concreto. En el mes de octubre de 1888 el Destripador estuvo muy ocupado escribiendo cartas. Aún se conservan unas ochenta de ese mes, y sería lógico que el asesino se hubiera escondido después de cometer varios homicidios seguidos. Como el propio Destripador escribió en más de una misiva, Whitechapel se había vuelto demasiado peligroso para él, lo que lo obligó a buscar paz y tranquilidad en puertos lejanos.

Sabemos por casos más modernos que los asesinos en serie suelen moverse de un sitio a otro. Algunos prácticamente viven en sus coches. Octubre habría sido un buen mes para que Sickert desapareciera de Londres. Su esposa Ellen formaba parte de una delegación del Partido Liberal que por aquellas fechas celebró asambleas en Irlanda para apoyar el autogobierno y el libre comercio. Estuvo fuera de Inglaterra durante la mayor parte del mes de octubre. No se conservan cartas ni telegramas que indiquen que ella y Sickert mantuvieron contacto durante esta separación.

Sickert era un gran aficionado a las cartas y a menudo pedía disculpas a sus amigos por escribirles tan a menudo. También escribía con regularidad a los periódicos. Tenía una habilidad tan inusual para generar noticias que las cartas que escribió y los artículos que sobre él redactaron otros podían sumar una cifra de seiscientos en un solo año. Resulta apabullante revisar sus archivos en las bibliotecas públicas de Islington y encontrar páginas y páginas de recortes. Comenzó a coleccionarlos a finales del siglo XIX y, luego, contrató los servicios de otras personas para mantener el ritmo de esta publicidad en apariencia incesante. Sin embargo, siempre pasó por ser un hombre reacio a conceder entrevistas. Se las ingenió para crear el mito de que era «tímido» y que detestaba la publicidad.

La obsesión de Sickert por las cartas al director se convirtió en una fuente de bochorno para algunos periódicos. Los directores se estremecían cuando recibían la enésima carta suya sobre arte, la estética de los postes telefónicos, la razón por la que los ingleses deberían usar faldas escocesas o las desventajas del agua clorada. No querían insultar al gran artista relegando su prosa a un espacio pequeño y poco visible.

Entre el 25 de enero y el 25 de mayo de 1924, Sickert impartió una serie de conferencias y las transcribió en artículos que se publicaron en el *Southport Visiter*, en la localidad costera de Southport, al norte de Liverpool. Aunque dichos artículos contenían más de ciento treinta mil palabras, el artista no se conformó. El 6, 12, 15, 19 y 22 de mayo, Sickert escribió o telegrafió a W. H. Stephenson, del *Visiter*. «Me pregunto si el *Visiter* podría hacerme un hueco para un artículo más […]. En tal caso, lo recibirán de inmediato»; «encantado de escribir»; «por favor, ruegue al impresor que haga seis copias cuanto antes»; «permita que le envíe otro artículo», y «si sabe de algún periódico de provincias que desee publicar una serie de notas durante el verano, hágamelo saber».

Sickert fue un escritor prolífico como pocos. Su álbum de recortes, que se encuentra en una de las bibliotecas públicas de Islington, contiene más de doce mil artículos, entre notas periodísticas sobre él y las cartas que escribió a los periódicos de Gran Bretaña, casi

todos entre 1911 y la década de 1930. Publicó unas cuatrocientas conferencias, y estoy convencida de que estos textos conocidos no representan toda su producción literaria. Sickert era un escritor compulsivo al que le gustaba persuadir, manipular e impresionar a la gente con la palabra. Necesitaba tener público. Ansiaba ver su nombre impreso. Habría sido muy propio de él escribir un sorprendente número de cartas del Destripador, incluyendo las que se enviaron desde los puntos más diversos del mapa.

Es posible que redactara más cartas de las que están dispuestos a creer ciertos grafólogos, ya que es un error analizar los escritos de Walter Sickert mediante la tradicional comparación caligráfica. Era un artista con múltiples talentos y una memoria prodigiosa. Era políglota. También, un lector voraz y un hábil imitador. En aquella época había varios manuales de grafología al alcance de cualquiera, y en muchas cartas del Destripador la letra se asemeja a los ejemplos de escritura que los grafólogos victorianos asociaban con diversas ocupaciones y personalidades. Sickert podría haberlos copiado. Le habría hecho mucha gracia imaginar a los grafólogos estudiando las cartas del Destripador.

El uso de sustancias químicas e instrumentos de alta sensibilidad para analizar tintas, pinturas y papel es un método científico. La comparación de la escritura no lo es. Es sólo una técnica que puede resultar útil y convincente, sobre todo para detectar falsificaciones. Pero si un sospechoso falsea su letra con habilidad, la comparación resultará frustrante o imposible. Al investigar los crímenes del Destripador, la policía estaba tan empeñada en encontrar similitudes en la escritura que no consideró la posibilidad de que éste usara distintos estilos caligráficos. Nadie investigó el resto de las pistas, como las ciudades que mencionó en sus cartas o los matasellos de los sobres. Si lo hubieran hecho, tal vez habrían descubierto que casi todas las ciudades lejanas tenían puntos en común, como teatros e hipódromos. Muchas formaban parte de los itinerarios de Sickert.

Empecemos por Manchester. Había al menos tres razones para que Sickert viajara a esa ciudad y la conociera bien. La familia de su esposa, los Cobden, tenía propiedades en Manchester. La hermana de Walter, Helena, vivía allí. Sickert tenía amigos y relaciones profesionales en la citada ciudad. Varias cartas del Destripador la mencionan. En una de ellas, en la que el Destripador afirma escribir desde Manchester, el 22 de noviembre de 1888, aparece una filigrana incompleta de A Pirie & Sons. En otra carta supuestamente escrita en el East End, también el 22 de noviembre, aparece otra filigrana incompleta de A Pirie & Sons. El papel que Walter y Ellen Sickert comenzaron a usar después de su boda, celebrada el 10 de junio de 1885, tiene la filigrana de A Pirie & Sons.

El doctor Paul Ferrara, director del Instituto de Ciencia y Medicina Forense de Virginia, estableció la primera conexión entre las filigranas mientras examinábamos cartas originales del Destripador y de Sickert en Londres y Glasgow. Enviamos transparencias de las cartas y las filigranas al Instituto, y cuando la filigrana incompleta de las cartas del Destripador y la completa de las cartas de Sickert se escanearon, se ampliaron con un programa informático y se superpusieron en la pantalla del monitor, se comprobó que eran idénticas.

En septiembre de 2001, el Instituto de Ciencia y Medicina Forense de Virginia recibió una autorización del gobierno británico para llevar a cabo pruebas forenses no destructivas de las cartas del Destripador en los archivos municipales de Londres. El doctor Ferrara, la analista de ADN Lisa Schiermeier, el experto en ampliación de imágenes forenses Chuck Pruitt y otras personas viajaron a Londres, y todos examinamos las cartas del Destripador. Los sobres que parecían más prometedores —los que conservaban los sellos y las solapas intactos— se humedecieron y despegaron con sumo cuidado para tomar

muestras. Se hicieron fotografías y se comparó la letra.

En Londres investigamos otras colecciones de archivos, examinamos el papel y tomamos muestras de ADN de las cartas, sobres y sellos de Walter Richard; de su primera esposa, Ellen Cobden Sickert; de James McNeill Whistler, y del supuesto sospechoso Montague John Druitt. Algunas de estas pruebas se realizaron con fines de descarte. Por supuesto, ni Ellen Sickert ni Whistler habían sido sospechosos, pero Walter Sickert había trabajado en el taller de Whistler. Enviaba cartas de su maestro y mantenía un estrecho contacto con él y sus pertenencias. Cabía la posibilidad de que el ADN de Whistler —y desde luego el de Ellen— contaminasen los indicios sobre Sickert.

Tomamos muestras de los sobres y sellos de las cartas de Whistler en la Universidad de Glasgow, donde se conserva su prodigiosa colección de documentos. También las tomamos de otros sobres y sellos que hay en los archivos públicos de West Sussex, donde están los papeles de la familia de Ellen Cobden Sickert y, de manera casual, algunos de la familia de Montague John Druitt. Por desgracia, el único documento personal de Druitt era una carta que escribió en 1876, cuando estudiaba en la Universidad de Oxford. El ADN hallado en la solapa y el sello está contaminado, pero se practicarán nuevas pruebas.

Otros documentos que aún están pendientes de análisis son dos sobres que creo que fueron escritos y pegados por el duque de Clarence, y uno del médico de la reina Victoria, el doctor William Gull. En mi opinión, ni Druitt ni ninguno de los supuestos sospechosos tuvieron nada que ver con los asesinatos y las mutilaciones, y me gustaría limpiar sus nombres. Las pruebas de ADN continuarán hasta que agotemos todos los recursos. La importancia de estos análisis trasciende el ámbito de la investigación de los crímenes del Destripador.

No queda nadie vivo a quien acusar y procesar. Jack el Destripador y todos los que lo conocieron llevan décadas muertos. Pero los asesinatos no prescriben, y las víctimas del Destripador merecen justicia. Además, todo lo que podamos hacer para aumentar nuestros conocimientos de la medicina y la ciencia forenses justifica los gastos y las molestias. Yo no albergaba grandes esperanzas de que pudiésemos encontrar una coincidencia de ADN, pero me quedé atónita y desolada ante los resultados de la primera ronda de pruebas, pues no se halló ni un solo signo de vida humana en las cincuenta muestras analizadas. Decidí intentarlo otra vez y analizar otras partes de los sobres y los sellos.

Sin embargo, tampoco encontramos nada. Hay varias explicaciones posibles para estos resultados decepcionantes: la milmillonésima parte de un gramo de células de saliva humana que podría quedar depositada en un sello o en la solapa de un sobre no sobrevivió a los años; el calor que se empleó para laminar las cartas del Destripador con el fin de preservarlas destruyó el ADN nuclear; la deficiente conservación durante un siglo causó la degradación y la destrucción del ADN. O puede que los culpables fueran los adhesivos.

El «baño aglutinante», como se llamaba a estos adhesivos en el siglo XIX, procedía de extractos vegetales, en otros, de la corteza de acacia. En la época victoriana, el sistema postal experimentó una revolución con la aparición del primer sello, el Penny Black[2], utilizado en una carta que se envió desde Bath el 2 de mayo de 1840. La máquina plegadora de sobres se patentó en 1845. Mucha gente era reacia a lamer los sellos o las solapas de los sobres por razones «sanitarias». Esto supuso otro obstáculo para nuestra labor científica, ya que no podíamos saber quién pegaba las solapas con saliva y quién no. La única opción que nos quedaba era hacer una tercera ronda de pruebas, esta vez para buscar ADN mitocondrial.

Los artículos sobre la aplicación de los modernos análisis de ADN a la

investigación de crímenes o los conflictos de paternidad suelen hacer referencia al ADN nuclear, que está presente en casi todas las células del cuerpo y procede de ambos padres. El ADN mitocondrial se encuentra fuera del núcleo de la célula. Imaginen un huevo: el ADN nuclear estaría en la yema, por así decirlo, y el mitocondrial se hallaría en la clara. Este último se transmite sólo por vía materna. Aunque la región mitocondrial contiene miles de «copias» de ADN más que el núcleo, los análisis de ADN mitocondrial son muy complejos y costosos, y los resultados podrían ser limitados, ya que este ADN proviene sólo de un progenitor.

Las cincuenta y cinco pruebas de ADN se enviaron al Bode Technology Group, un prestigioso laboratorio privado especializado en ADN que obtuvo fama internacional tras su colaboración con el Instituto de Patología de las Fuerzas Armadas para identificar al Soldado Desconocido de la guerra de Vietnam mediante análisis de ADN mitocondrial. En fechas más recientes, el laboratorio Bode ha utilizado esta técnica para identificar a algunas víctimas del atentado terrorista del 11 de septiembre contra el World Trade Center. El análisis de las muestras tardó meses, y mientras yo estaba en la oficina de los archivos municipales de Londres con expertos en arte y en papel, el doctor Ferrara me telefoneó para explicarme que el laboratorio Bode había concluido las pruebas y encontrado ADN mitocondrial en casi todas las muestras. En su mayoría, los perfiles genéticos correspondían a una variedad de personas. Pero seis muestras contenían componentes de la misma secuencia de ADN mitocondrial hallada en el sobre de Openshaw.

Los «marcadores» indican lugares. En los tests de las muestras Sickert/Destripador, los marcadores indican la posición de las bases en la región D-loop del ADN mitocondrial, lo que para casi todo el mundo es tan fácil de visualizar como para mí comprender la ecuación matemática de la relatividad: E = mc2. Uno de los mayores desafíos para los científicos es hacer entender a los profanos qué es el ADN y qué significan los resultados de su análisis. Los carteles con dibujos de huellas dactilares coincidentes suscitan gestos de asentimiento y expresiones de «ah, ahora lo entiendo» en los miembros de un jurado. Pero los análisis de la sangre humana —más allá del flagrante rojo fresco o su vieja y seca presencia en prendas, armas y escenarios de crímenes— siempre ha inducido a la catatonía y a la contracción de las pupilas en ojos que rezuman pánico.

La clasificación de los grupos sanguíneos por el sistema ABO ya resultó bastante desconcertante. Pero el ADN hace estallar los transformadores mentales, y la manida explicación de que el perfil genético, o la «huella dactilar» del ADN, es como el código de barras de una lata de conserva no clarifica en lo más mínimo las cosas. No puedo imaginar mi carne y mis huesos como miles de millones de códigos de barras que pueden escanearse en un laboratorio y dar como resultado mi persona. Así que a menudo me sirvo de comparaciones, porque confieso que sin su ayuda no siempre puedo entender las abstracciones de la ciencia y la medicina, aunque me gano la vida escribiendo sobre ellas.

Las muestras del caso de Jack el Destripador podrían compararse con cincuenta y cinco hojas de papel blanco llenas de miles de combinaciones de números. La mayoría de estas páginas tiene manchas, números ilegibles y distintas series de cifras que indican que proceden de distintas personas. Sin embargo, en dos hojas aparece una secuencia de números que corresponde al mismo sujeto; o sea, una secuencia específica: una de estas páginas pertenece a James McNeill Whistler y la otra es un trozo del sello de una carta que el Destripador escribió al doctor Thomas Openshaw, el director del museo del London Hospital.

La secuencia Whistler no tiene nada en común con cualquier otra carta del

Destripador ni con el resto de las de otros objetos analizados que no pertenecieron a Whistler. Pero la secuencia del sello de la carta dirigida a Openshaw se encuentra en otras cinco muestras. Estas cinco muestras no corresponden a un mismo sujeto, al menos por lo que sabemos hasta ahora, y presentan una distribución diferente de las bases en la región mitocondrial. Esto podría significar que la muestra estaba contaminada por el ADN de otras personas. Un obstáculo para nuestras pruebas es que el escurridizo Walter Sickert aún no nos ha permitido ver su perfil de ADN.

Cuando lo incineraron, nuestra prueba principal quedó consumida por las llamas. A menos que con el tiempo encontremos una muestra *pre mortem* de su sangre, piel, pelo, dientes o huesos, jamás conseguiremos resucitar a Walter Richard Sickert en un laboratorio. Pero es posible que hayamos encontrado restos de él.

La secuencia específica de un sujeto hallada en el trozo de sello del sobre de la carta dirigida a Openshaw es nuestra principal fuente de comparación. Su secuencia es de tres marcadores, 16294-73-263, o las posiciones de las bases de ADN en las regiones mitocondriales; algo así como la combinación de letras y números —por ejemplo, A7, G10, D12— que indican puntos concretos en un mapa. Las cinco muestras que contienen esta secuencia son: el sello de la carta dirigida a Openshaw; un sobre de Ellen Sickert; el sobre de una carta de Walter Sickert; el sello de una carta de Walter Sickert, y el sobre de una carta del Destripador, en el que también hallamos una mancha que dio positivo en el análisis para determinar si era sangre, aunque ésta podría estar demasiado degradada para precisar si es humana.

Los resultados de la carta de Ellen Sickert se explicarían si ella mojaba los sobres y los sellos con la misma esponja que su marido, suponiendo que usaran una esponja. O puede que Sickert tocara o lamiera el adhesivo de la solapa o el sello, quizá porque envió la carta de su esposa.

Otras muestras contenían uno o dos de los dos marcadores hallados en la secuencia Openshaw. Por ejemplo, un mono blanco que usaba Sickert para pintar presentaba una mezcla de marcadores que incluye el 73 y el 263. Lo más sorprendente de este resultado es que hubiese un resultado. El mono tiene más de ochenta años, y lo lavaron, plancharon y almidonaron antes de donarlo a la Tate Gallery. Yo no creía que tuviera mucho sentido tomar muestras de los puños, el cuello, la entrepierna y las axilas, pero lo hicimos de todos modos.

La carta dirigida a Openshaw estaba escrita en papel de A Pirie & Sons. El matasellos indica que se envió desde Londres el 29 de octubre de 1888, y dice:

SOBRE:
Dr. Openshaw
Patólogo conservador
London Hospital
Whitechapel
CARTA:
Querido jefe uste tenia racon
el rinion iquierdo que iva a
hoperar zerca de su
ospital cuando iba a
undir el cuchiyo en su
vonito cueyo los malditos
policontes mestropearon

el juego pero supongo que
pronto bolvere al trabajo
y le mandare otro pedazo de entranias Jack el destripador
O a bisto al demoño
con su mikrocopio y visturi
mirando un Riñón
con el portaojetos en alto

El carácter artificioso por demás de esta carta es una de las razones por la que creo que es auténtica. Los errores ortográficos parecen forzados y son a toda luz impropios de alguien que tenía acceso a lápices, tinta y un caro papel con filigrana. Las señas del sobre están escritas de forma adecuada, lo que contrasta con la exagerada incorrección del texto de la carta y con las incoherencias en la ortografía: como «rinion» y «Riñón», o «iva» e «iba». En su utilísimo libro *Jack the Ripper: Letters from Hell*, Steward P. Evans y Keith Skinner señalan que la posdata de la carta dirigida al doctor Openshaw alude a una rima de un cuento popular de Cornualles del año 1871:

He aquí el demonio,
con su pico y su pala de madera,
cavando en la tierra acerada,
con la cola en alto.

Esta alusión a la literatura popular de Cornualles no tiene sentido si creemos que la carta la escribió un asesino analfabeto capaz de extirparle el riñón a una víctima y enviarla por correo. Walter Sickert visitó Cornualles cuando era niño. Pintó allí mientras era aprendiz de Whistler. Conocía el lugar y a su gente. Era un hombre instruido y familiarizado con las rimas folclóricas y las canciones del teatro de variedades. Es inverosímil que un pobre iletrado de Londres conociera Cornualles o leyera cuentos populares de Cornualles en un tugurio de los barrios bajos.

Alguien podría —y debería— alegar que, ante la ausencia de una fuente de referencia fiable, en este caso el ADN de Sickert, no existen pruebas científicas concluyentes para suponer que la secuencia específica hallada en la carta de Openshaw la depositó allí Walter Sickert, alias Jack el Destripador. Y no debemos suponer nada semejante.

Aunque desde el punto de vista estadístico, una secuencia específica excluye al noventa y nueve por ciento de la población, en palabras del doctor Ferrara: «La correspondencia de las secuencias podría ser una coincidencia. O podría no serlo». En el mejor de los casos, contamos con un «discreto indicador» de que las secuencias del ADN mitocondrial de Sickert y el Destripador proceden de la misma persona.

15. Una carta pintada

Walter Sickert era el peor enemigo de un científico forense. Era como un tornado que arrasa un laboratorio.

Desató el caos en nuestra investigación con su sorprendente variedad de papeles, pinturas, matasellos y letras falseadas, y con su manía de ir de aquí para allá sin dejar un rastro en diarios o agendas ni fechar la mayoría de sus cartas y obras artísticas. Su golpe definitivo a la ciencia forense fue la decisión de que lo incineraran, pues cuando se quema un cuerpo a 1000 °C, el ADN desaparece. De modo que si Sickert dejó muestras de sangre o de pelo, aún tenemos que encontrarlas.

Ni siquiera podríamos intentar un estudio familiar del ADN de Sickert, ya que para ello necesitaríamos muestras de sus hijos o hermanos. Sickert no tuvo hijos. Su hermana, tampoco. Que se sepa, ninguno de sus cuatro hermanos dejó descendencia. Sería absurdo e impensable exhumar el cadáver de la madre, el padre o los hermanos de Walter por la remota posibilidad de que su ADN mitocondrial coincidiera con el que los laboratorios Bode recuperaron de manera milagrosa de unos fragmentos genéticos de vidas pasadas.

El caso del Destripador no se resolverá de manera concluyente mediante pruebas de ADN o dactiloscópicas, lo cual, en cierto modo, es bueno. La sociedad ha llegado a esperar que la magia de la ciencia forense aclare todos los crímenes, pero las pruebas no significan nada sin el elemento humano de las facultades deductivas, el trabajo en equipo, una investigación exhaustiva y la labor de un fiscal inteligente. Si las muestras de ADN halladas en las cartas de Sickert y en las del Destripador hubieran coincidido de un modo exacto, cualquier defensor hábil habría dicho que el hecho de que Sickert escribiera aquellas cartas no prueba que matase a nadie. Quizá lo hiciera porque tenía un sentido del humor extravagante y retorcido. Un buen fiscal replicaría que Sickert estaría en un aprieto aunque sólo hubiera escrito una de esas cartas, ya que éstas equivalen a una confesión. En ellas, el Destripador afirma haber matado y mutilado a personas que llama por el nombre, y amenaza con matar a miembros del gobierno y la policía.

Las filigranas del papel añaden otra dimensión al asunto. Hasta la fecha hemos encontrado tres cartas del Destripador y ocho de Sickert con la filigrana de A Pirie & Sons. Parece que entre 1885 y 1887, el papel de carta que usaban los Sickert en el número 54 de Broadhurst Gardens era A Pirie, y estaba doblado en el centro como una tarjeta de felicitación. La parte delantera de las hojas tenía un reborde azul claro, el mismo color en que estaba estampada en relieve la dirección. La filigrana está centrada sobre el pliegue. En las tres cartas del Destripador, la hoja se cortó por este pliegue, de manera que sólo tiene la mitad del sello de A Pirie & Sons.

A menos que Jack el Destripador fuera tonto de remate, habría arrancado la parte de la hoja que contenía la dirección. Esto no significa que los criminales nunca cometan fallos estúpidos, como olvidar el carné de conducir en el escenario del crimen o dejar una nota escrita en el resguardo de un depósito con la dirección del banco del ladrón y su número de la Seguridad Social. Pero Jack el Destripador no cometió errores garrafales, de lo contrario lo habrían descubierto en su época.

Era un arrogante, y no creía que pudieran atraparlo. Sickert no debió de preocuparse por las filigranas incompletas de las cartas que firmó con el nombre del Destripador. Quizá se tratase de otra provocación, otro «atrápenme si pueden». Las filigranas de A Pirie &

Sons que encontramos en el papel de Sickert llevan fecha de fabricación; en las tres cartas del Destripador, estas fechas están incompletas y son: 18, 18 y 87. El 87, como es obvio, corresponde a 1887.

Tras muchos viajes a los archivos encontramos otras filigranas coincidentes que tampoco debieron de preocupar a Sickert. Las cartas que Walter escribió a Jacques-Emile Blanche en 1887 están escritas en un papel con las señas estampadas en negro y la filigrana de Joynson Superfine. Una búsqueda entre la correspondencia entre Blanche y Sickert en la biblioteca de L'Institut de France, en París, revela que entre el otoño de 1888 y la primavera de 1889 Sickert usó papel Joynson Superfine, con la dirección 54 Broadhurst Gardens estampada en relieve sin color, o de color rojo intenso y con un reborde en el mismo tono.

Las cartas que Ellen escribió a Blanche con fechas tan tardías como el año 1893 —con las señas 10 Glebe Place, Chelsea— también están escritas en papel con la filigrana de Joynson Superfine. En la colección de documentos de Whistler, en Glasgow, hay siete cartas de Sickert con filigranas de Joynson Superfine, de manera que parece que Sickert usaba este papel al mismo tiempo que el de A Pirie & Sons.

En la colección de *sir* William Rothenstein, en el Departamento de Manuscritos de la Universidad de Harvard, encontré otras dos cartas de Sickert en papel Joynson Superfine. Rothenstein era pintor y escritor, y lo bastante amigo de Sickert para que éste le pidiera que mintiese por él bajo juramento. Durante la década de 1890, Sickert había trabado amistad con una tal *Madame* Villain, una mujerzuela de Dieppe a quien él llamaba «Titúle». Aunque no hay pruebas de que cometiera adulterio con esta mujer, ella le proporcionó techo y comida y un espacio en su pequeña casa que él usaba como estudio. Fuera cual fuese la naturaleza de su relación, podría haberse usado en los tribunales si Sickert hubiera rechazado la demanda de separación de Ellen, cosa que no hizo. «Si te citan —le escribió a Rothenstein en 1899, durante el divorcio—, podrías declarar que ignoras incluso el nombre de Titine. Podrías decir que siempre la he llamado "*Madame*"».

No hay fecha en ninguna de las dos cartas con filigrana de Joynson Superfine que Sickert dirigió a Rothenstein. Para una de ellas —que, curiosamente, está en alemán e italiano— debió de usar el papel de su madre, ya que el membrete lleva la dirección de ésta. En la segunda, que contiene fórmulas matemáticas y una cara caricaturesca con la palabra «puaj», figuran las señas 10 Glebe Place, Chelsea, las mismas de la carta de 1893 que Ellen remitió a Blanche. En los archivos municipales de Londres hay una carta del Destripador con una filigrana incompleta de Joynson. Parece que Sickert usó este papel desde finales de la década de 1880 hasta finales de la década de 1890. No he encontrado cartas con esta filigrana posteriores a la fecha de su divorcio, en 1899, cuando Walter se trasladó a la Europa continental.

En los archivos de la City, dentro de la carpeta correspondiente a «Los asesinatos de Whitechapel», hay cuatro cartas escritas en papel Joynson Superfine con las siguientes fechas: 8 de octubre de 1888, 16 de octubre de 1888, 29 de enero de 1889 y 16 de febrero de 1889. Dos de ellas están firmadas con el nombre «Nemo». Otras tres, en papel sin filigrana, también llevan la firma «Nemo». El 4 de octubre de 1888 (cuatro días después de que la policía de la City recibiera la primera carta de «Nemo») *The Times* publicó una carta al director firmada por «**Nemo**». En ella se describen «mutilaciones, nariz y orejas cortadas, destripamiento del cuerpo y extracción de ciertos órganos: el corazón y el c…». El autor proseguía:

Mi teoría es que un hombre como éste ha sido engañado y despojado de sus

ahorros (a buen seguro sustanciosos), o que cree haber sufrido una gran afrenta por parte de una prostituta; quizás una de las primeras víctimas; luego, la furia y el deseo de venganza lo han empujado a tomar la vida del mayor número posible de mujeres de esa calaña…

Un hombre semejante en su vida cotidiana será inofensivo y amable, por no decir obsequioso; la última persona de quien sospecharía un policía británico, a menos que lo pillaran ***in fraganti****.*

Pero cuando el villano se halla bajo los efectos del opio, el cannabis o la ginebra, y le mueve su deseo de muerte y sangre, es capaz de aniquilar a su indefensa víctima con la ferocidad y la astucia de un tigre; y los éxitos y la impunidad del pasado no harán más que aumentar su osadía y su agitación.

Su obediente siervo,

NEMO

2 de octubre

Ya he mencionado que «Mr. Nemo» era el nombre artístico de Sickert en sus épocas de actor.

En unas cincuenta de las cartas de los archivos de la City aparecen otros signatarios curiosos que recuerdan sospechosamente a los de las cartas del Destripador que se encuentran en los archivos municipales de Londres: «Justitia», «Revelación», «Destripador», «Némesis», «Un Pensador», «A-caso», «Un amigo», «un cómplice» y «alguien que tiene los ojos abiertos». Un número considerable de éstas se escribieron en octubre de 1888 e incluyen dibujos y comentarios parecidos a los de las misivas del Destripador de los archivos municipales de Londres.

Entre otras cartas, en la carpeta de «Los asesinatos de Whitechapel» hay una postal con fecha 3 de octubre que contiene las mismas amenazas, palabras y frases que las cartas del Destripador conservadas en los archivos municipales de Londres: «le envío las orejas de mis víctimas»; «me divierte pensar que me creen loco»; «sólo una tarjeta para hacerle saber…»; «volveré a escribir pronto», y «me estoy quedando sin tinta sanguinolenta». El 6 de octubre de 1888, «Anónimo» sugiere que el asesino podría «silenciar a sus víctimas presionando ciertos nervios del cuello», y añade que un beneficio adicional de inmovilizarlas es que el asesino puede «mantener sus ropas y su persona bastante limpias». En octubre de 1888, una carta anónima escrita con tinta roja usa las expresiones «trasero apaleado» y «Jack el Fresco», y promete enviar «las próximas orejas que corte a Charly Warren».

En una misiva sin fecha se adjunta un recorte de periódico sujeto a la hoja de papel con un clip oxidado. Cuando mi colega Irene Shulgin separó el recorte y le dio la vuelta, encontró la frase «autor de obras de arte». Una carta del 7 de octubre de 1888 está firmada «Homo Sum», «soy un hombre» en latín. El 9 de octubre de 1888, el corresponsal anónimo expresa una vez más su indignación ante el hecho de que lo tomen por loco: «No se contenten con la teoría de la locura». Otras cartas anónimas ofrecen pistas a la policía, animando a los agentes a que se disfracen de mujer y usen «cota de malla» o «cuellos de acero ligero» bajo la ropa. Una carta del 20 de octubre de 1888 asegura que el «motivo de los crímenes es el odio y el resentimiento contra las autoridades de Scotland Yard, una de las cuales está señalada como víctima».

En una carta de julio de 1889, el autor firma «Qui Vir», o «qué hombre» en latín. En

una misiva que Sickert escribió a Whistler en 1897, se refiere con sarcasmo a su «picaro maestro» como «Ecce homo», o «¡he aquí el hombre!». En la carta de «Qui Vir», que se encuentra en los archivos de la City, puede leerse que el asesino es «capaz de escoger la oportunidad para cometer su crimen y regresar a su escondite». El 11 de septiembre de 1889, un corresponsal anónimo provocó a la policía asegurando que siempre viajaba en el «Cerage, en tercera clase» y que tenía «patillas negras que le cubrían toda la cara». En torno al veinte por ciento de las cartas de los archivos de Londres llevan filigranas, entre ellas, como ya he comentado, la de Joynson Superfine. También encontré una filigrana de Monckton's Superfine en una carta firmada por «un miembro del público». El papel de una misiva que Sickert escribió a Whistler a mediados o finales de la década de 1880 tiene esta misma filigrana.

Por supuesto, no me atrevería a afirmar que el autor de esta correspondencia fue Sickert, ni siquiera que fue obra de Jack el Destripador, pero las comunicaciones anónimas encajan con el perfil del psicópata violento que provoca a la policía e intenta involucrarse en la investigación. Dejando a un lado las filigranas y el lenguaje, queda pendiente el problema de la caligrafía. La sorprendente variedad de la letra en las cartas del Destripador ha sido objeto de acalorados debates. Muchas personas, incluyendo los analistas forenses de documentos, han sostenido que es imposible que un mismo individuo escriba de tantas maneras distintas.

Pero esto no es necesariamente cierto, como objetó el historiador y analista forense del papel Peter Bower, uno de los expertos en su especialidad más prestigiosos del mundo, conocido por sus análisis del papel que usaron artistas tan diversos como Miguel Ángel, J. M. W. Turner y Constable, y porque determinó la falsedad del supuesto diario del Destripador. Bower colaboró con nosotros en el examen de las cartas de Sickert y el Destripador. Aseguró que ha visto «buenos calígrafos» capaces de escribir con una increíble variedad de letras, aunque esto requiere «una habilidad extraordinaria». Su esposa, Sally Bower, es una reconocida rotulista, es decir, una persona que diseña y dibuja rótulos. Aunque no es experta en caligrafía, tiene una visión diferente porque sabe mucho sobre la manera en que la gente traza las letras y las une para componer palabras. Cuando examinó las cartas del Destripador con su esposo, de inmediato vinculó unas con otras por ciertas peculiaridades y los movimientos de la mano. No me cabe duda de que Sickert tenía una asombrosa habilidad para escribir con estilos caligráficos diferentes, pero su escritura falseada comienza a resultar menos misteriosa a medida que la investigación progresa.

El hecho de que las filigranas coincidan no significa por fuerza que el papel proceda del mismo lote, y casi todas las cartas de Sickert o Sickert/Destripador están escritas en papel de diferentes lotes, según opinó Peter Bower, que pasó muchos días examinando los archivos de Sickert y el Destripador, midiendo el papel y usando una lupa de treinta aumentos para estudiar las medidas, el contenido de fibra y la distancia entre las líneas de la trama. El papel fabricado a máquina, como el de A Pirie, Joynson y Monckton's, sale en lotes, o pliegos procedentes de un mismo rollo. Otro lote con la misma filigrana y el mismo contenido de fibra puede dar pliegos de tamaño ligeramente distinto, dependiendo del tiempo de secado o de la forma en que la máquina los cortó.

Estas características —las medidas y el espacio entre las líneas de la malla de alambre donde se formó el papel— constituyen el perfil «Y» del papel y, de coincidir, significa que el papel procede del mismo lote. Bower refirió que no es inusual que la gente tenga papel de carta de múltiples lotes, y que incluso cuando el papel de carta se encarga a una papelería, podrían haber hojas de diferentes lotes, aunque la filigrana y los grabados o

membretes sean los mismos. En las cartas de Sickert y el Destripador, hay diferencias de medidas. Por ejemplo, en la carta al «querido Openshaw», el papel A Pirie es del mismo lote que el de la carta del Destripador con filigrana A Pirie enviada desde Londres el 22 de diciembre, pero de distinto lote que otra carta del Destripador del 22 de noviembre, también con filigrana A Pirie, enviada desde Manchester. Todo prueba que el Destripador disponía de papel de distintos lotes cuando escribió sus cartas el 22 de noviembre, a menos que alguien prefiera creer que es una casualidad que dos individuos diferentes escribieron cartas firmadas con el nombre del Destripador el mismo día y en papel A Pirie & Sons de la misma clase y color.

En algunos casos, las diferencias de tamaño pueden atribuirse a la conservación. Cuando se aplica un revestimiento protector al papel, por ejemplo, éste se calienta y encoge un poco. Pero es más probable que la diferencia se debiese a que el papel procedía de distintos encargos. A finales de la década de 1880, el papel personalizado se encargaba por manos, o sea, veinticuatro pliegos, que incluían también hojas sin membrete. Una remesa del mismo papel personalizado y con la misma filigrana podía proceder de un lote diferente. A veces el papelero ofrecía hojas de diversos tamaños estandarizados, como la Post Quarto, que medía aproximadamente 7 × 9 pulgadas, la Commercial Note, que medía 8 × 5 pulgadas, y la Octavo Note, de 7 × 4,5 pulgadas.

Un ejemplo de la diversidad de tamaño del papel es la carta con filigrana de Joynson Superfine que el Destripador envió a la policía de la City. Esta mitad de una hoja rasgada mide $6,^{15}/_{16} \times 9,^{9}/_{10}$ pulgadas. Otra carta del Destripador dirigida a la policía metropolitana, en el mismo papel y con idéntica filigrana, está escrita en la Commercial Note, o sea, en una hoja de 8 × 5 pulgadas. Una carta de Sickert que examinamos en Glasgow, escrita en papel Monckston's Superfine, mide $7,^{1}/_{8} \times 9$ pulgadas, mientras que una misiva del Destripador del mismo papel, enviada a la policía de la City, mide $7,^{1}/_{8} \times 8,^{9}/_{10}$. Con toda probabilidad, esto significa que el papel Monckton's Superfine procedía de distintos lotes, pero de ninguna manera indica que escribiesen las cartas personas diferentes.

Señalo esta disparidad entre lotes porque es lo que haría un abogado defensor. De hecho, encontrar papel del mismo tipo y con la misma filigrana pero de distintos lotes no supone un problema en la investigación de un caso, y tal como señaló Bower, que ha estudiado el papel de otros artistas, «estas variaciones eran previsibles». Bower también descubrió que no había variaciones en el papel de algunas cartas del Destripador; sin embargo, puesto que éste no tenía filigrana, nadie le prestó atención. Dos cartas del Destripador dirigidas a la policía metropolitana y una tercera dirigida a la policía de la City están escritas en el mismo papel barato de color azul claro; y el hecho de que tres cartas se escribiesen en papel del mismo lote sugiere de manera convincente que fuesen obra de la misma persona y también que es difícil calificar de casualidad el hallazgo de filigranas idénticas, sobre todo de tres clases de filigranas idénticas.

El descubrimiento de filigranas «coincidentes» nos llenó de entusiasmo a todos los que estábamos trabajando en el caso del Destripador, pero debo reconocer que al principio de la investigación me llevé un buen chasco. Mario Aleppo, el conservador jefe de los archivos municipales de Londres, me telefoneó para explicarme que su personal había encontrado muchos otros documentos en papel A Pirie & Sons a los que debería echar un vistazo. Regresé de inmediato a Londres y descubrí con horror que estas filigranas no estaban sólo en las cartas del Destripador, sino también en el papel de carta que la policía metropolitana usaba en aquel entonces. Me quedé estupefacta. Por un instante me invadió

la angustia y sentí que mi vida se derrumbaba. Siempre ha circulado la teoría de que Jack el Destripador era policía.

La filigrana de A Pirie & Sons en el papel de carta de la policía metropolitana es la única que he hallado en documentos no relacionados con el caso Sickert/Destripador durante mi investigación, pero me alegra poder precisar que esta marca de agua es muy distinta de la que aparece en las cartas de Sickert y el Destripador. La de la policía no tiene fecha, e incluye las letras «LD» y un número de registro. El papel es de calidad y color diferentes. Mide 8 × 11 pulgadas, de manera que no es del tamaño de una tarjeta de felicitación. Además de la disparidad en el texto y el diseño de la filigrana, el papel de la policía es de tina, mientras que el de Sickert y el Destripador es verjurado.

La compañía Alexander Pirie & Sons Ltd. comenzó a fabricar papel en el año 1770 en Aberdeen y, gracias a su prestigiosa reputación y su rápido crecimiento, pudo adquirir plantas, talleres y fábricas de tejidos de algodón en Londres, Glasgow, Dublín, París, Nueva York, San Petersburgo y Bucarest. A Pirie no se convirtió en firma autónoma hasta 1864, de lo que se deduce que no hubo una filigrana «A Pirie & Sons» antes de ese año. Sin embargo, la documentación que se conserva en Aberdeen no revela la fecha exacta en que A Pirie comenzó a usar su nombre en las filigranas. A Pirie se transformó en sociedad de responsabilidad limitada en 1882, se fusionó con otra firma en 1922, y desapareció del mercado en algún momento de la década de 1950.

Los expedientes de A Pirie & Sons se encuentran dentro de una cámara acorazada en Stoneywood Mills, en Aberdeen. Consciente de mis limitados conocimientos sobre la fabricación del papel, pedí a Joe Jameson, investigador de libros y documentos antiguos, que fuera a Aberdeen y echara un vistazo a los miles de escritos de A Pirie. Joe pasó dos días fríos y lluviosos rebuscando en las cajas, y extrajo datos sobre los residuos de cal, el hervido de trapos, las máquinas de papel, la cantidad de toneladas de sosa encargadas, el sedimento retirado del agua del río, accionistas, diagramas de marcas y clases de papel… prácticamente todo lo que uno querría saber sobre la fabricación del papel desde finales del siglo XVI hasta mediados del XX.

Durante la mayor parte de un siglo, se enviaron toneladas de papel A Pirie & Sons a Londres y otros lugares del mundo. Esta prestigiosa compañía tenía sus productos patentados, y no vacilaba en demandar a los fabricantes que intentaban engañar al público haciéndole creer que su papel era A Pirie & Sons. La pregunta que se impone en este caso es la que yo misma hice a Peter Bower: ¿Hasta qué punto era común la filigrana A Pirie que aparece en tres cartas del Destripador y en ocho de Sickert?

Sólo puedo decir con certeza lo que me respondió Bower después de su exhaustiva búsqueda en los archivos de la compañía: que aunque este producto no era poco corriente, era bastante inusual que se usase como papel de carta personal. Parece que el papel A Pirie se empleaba sobre todo para libros de bancos y oficinas, cartas comerciales y como papel de impresión y litográfico, en cuyo caso no llevaba filigrana. Ignoro en qué papelería encargaban los Sickert su papel de carta A Pirie & Sons de bordes azules. Puede que la tienda no se encontrara en Londres y que no se conserve documentación sobre ella. Tampoco sé hasta qué punto era exclusiva esta filigrana en particular, pero no se encuentra entre los cincuenta y seis dibujos patentados que figuran en los archivos de Aberdeen.

Sin embargo, cabe la posibilidad de que yo no viera la filigrana porque los archivos de Aberdeen están incompletos. El único catálogo de A Pirie & Sons que conseguí encontrar es del año 1900, y en la lista de productos hay veintitrés dibujos, pero la filigrana en cuestión no está entre ellos.

Walter Sickert sabía de filigranas. Tenía conocimientos sobre el papel. Es difícil imaginar que al escribir las cartas del Destripador pasase por alto la filigrana. También cuesta pensar que no se fijase en el papel que usaba, como el de dibujo o el Monckton's Superfine, que era de excelente calidad. Quizás usara su papel personalizado de A Pirie & Sons y Joynson Superfine porque daba por sentado que, incluso si la policía reparaba en las filigranas incompletas, nunca relacionaría una carta del Destripador con el encantador artista y caballero Walter Sickert, de quien nadie sospechaba en aquellos tiempos. Cabe preguntarse, sin embargo, qué habría pasado si la policía hubiera impreso carteles con las filigranas incompletas de las cartas.

Tal vez nada. Aunque los amigos de Walter —o de Ellen— hubieran reconocido la filigrana, no habrían vinculado a Sickert con Jack el Destripador. Lo que más me sorprende es no haber hallado indicios de que la policía reparase en la filigrana, como debería haber hecho. Más del diez por ciento de las doscientas once cartas del Destripador que se encuentran en los archivos municipales de Londres tiene filigranas, o filigranas incompletas. No todo el papel con filigrana es caro, pero tampoco podía relacionarse con los pobres barriobajeros a quienes la policía atribuía las cartas del Destripador.

Sickert era tacaño con el papel. No lo despilfarraba. Si se quedaba sin él, pegaba los trozos que encontraba por ahí y enviaba una nota escrita en una especie de colcha de retazos. En varias cartas a Whistler apuntó: «No hay papel en casa», sobre todo cuando se dirigía a su maestro para pedirle dinero.

«Perdone que no pueda comprar papel, querido Jefe», escribió el Destripador el 15 de noviembre de 1888.

Para dibujar sus bocetos, Sickert empleaba infinidad de materiales, desde grueso papel higiénico marrón hasta papel de vitela. En 1888, no habría sido un hecho insólito que se examinase el papel y las filigranas durante una investigación civil o criminal. Es sorprendente e inexcusable que ningún policía o detective se fijase dónde y con qué escribía el Destripador. Alguien debería haber notado que la «tinta» era en realidad pintura, y que los «lápices» eran pinceles o plumas de plumín largo. Para darse cuenta de esto no se necesitaban microscopios, ni espectrofotometrías por infrarrojos, ni cromatografías por pirólisis de gases, ni espectrometrías de masas, ni fluorescencias de rayos X, ni análisis de la activación neutrónica.

Una explicación para esta negligencia es que tanto la policía como otras personas nunca han dudado de que las cartas eran bromas. Las fotocopias y las fotografías no son el medio ideal para observar los delicados trazos del pincel, ni los bonitos colores —violeta, azul, rojo, granate, anaranjado, siena y sepia— que se emplearon para escribir las palabras y hacer salpicaduras y rayas en estas cartas de supuestos analfabetos o locos. Sólo los ojos de un experto en arte podrían detectar que las manchas que parecían de sangre eran, en realidad, de barniz para aguafuertes, y si el doctor Ferrara no hubiese usado una fuente de luz alterna Omnichrome y una variedad de filtros diferentes, no habríamos podido descifrar las palabras ocultas bajo una densa capa de tinta negra.

Una carta que el Destripador envió a la policía es una especie de formulario con espacios para su «nombre» y «dirección», pero, a modo de «ja, ja», tacha la «información» con rectángulos negros y figuras de ataúdes. Debajo de la tinta, el Omnichrome detectó un «ja» y la casi ilegible firma «Destripador». Esta clase de burla diabólica es propia de alguien que supone que cualquier dato «oculto» despertará la curiosidad de la policía. Otra picardía del Destripador fue pegar una tira de papel en el sobre, como para hacer creer que se trataba de un sobre reciclado y que las señas del destinatario estarían debajo del papel.

El doctor Ferrara practicó una larga y delicada operación quirúrgica para despegar esa tira de papel. Debajo no había nada. Pero el Destripador no encontraba la satisfacción que buscaba con sus mezquinos y socarrones engaños. No existen indicios, por ejemplo, de que alguien se interesara por saber qué había debajo de aquel trozo de papel hasta que el doctor Ferrara lo despegó, ciento catorce años después de la «broma» del Destripador. Tampoco nos consta que la policía intentase averiguar qué podía leerse debajo de las figuras pintadas con tinta negra.

Es fácil olvidar que en 1888 los investigadores no sospechaban de Walter Sickert, y que Scotland Yard no contaba con la colaboración de personas como Peter y Sally Bower; la doctora Anna Gruetzner, historiadora del arte y entendida en Sickert; Anne Kennett, experta en la preservación de papel, y Vada Hart, conservadora de los archivos Sickert. Hemos tenido que recurrir a perspicaces intelectuales como éstos para descubrir que muchas cartas del Destripador contienen trazos de la caligrafía de Sickert y que, en algunos casos, una misma carta se escribió y dibujó en varios colores y con al menos dos instrumentos diferentes, como lápices de colores, ceras para litografías y pinceles.

Una carta del Destripador, que la policía recibió el 18 de octubre de 1889, está escrita en un pliego de papel verjurado azul, con las letras primero trazadas en lápiz y luego hábilmente repasadas con pintura de color rojo intenso. Por lo visto, nadie se sorprendió de que un loco, un analfabeto o incluso un bromista pintara una carta en la que puede leerse lo siguiente:

Estimado señor:

Estaré en Whitechapel el 20 del corriente… y comenzaré una tarea delicada a eso de medianoche, en la misma calle donde ejecuté mi tercer examen del cuerpo humano.

Suyo hasta la muerte,

JACK EL DESTRIPADOR

Atrápenme si pueden

P. D. [posdata situada en la parte superior del pliego]: Espero que pueda leer mis palabras, y lo pondré todo por escrito, sin dejarme nada. Si no puede ver las letras, hágamelo saber y las haré más gandes.

Escribe mal «grandes», cosa que sólo haría un analfabeto, y yo no creo que esta ostensible incoherencia en una carta semejante fuese un accidente. Sickert estaba jugando, demostrando lo «imbécil» que era la policía. Un investigador astuto se habría preguntado por qué alguien que escribe como es debido «ejecuté» y «examen» iba a cometer un error ortográfico en la sencilla palabra «grande». Pero ciertos detalles que ahora parecen evidentes podrían serlo gracias a las ventajas de la visión retrospectiva y el análisis de los expertos en arte. El único artista que vio las misivas en aquellos tiempos fue el que las redactó, y muchas no son cartas, sino diseños profesionales, obras de arte que deberían enmarcarse y exponerse en una galería.

Sickert debió de pensar que no había motivos para temer que la policía observase o cuestionase el trabajo artístico de aquellas misivas provocadoras, violentas y obscenas. O acaso intuyó que, incluso si un investigador inteligente como Abberline reparaba en el carácter extraordinario de una carta, ésta no lo conduciría hasta el número 54 de Broadhurst Gardens. Al fin y al cabo, los policías eran «idiotas». Como solía decir, la mayoría de la gente era tonta y aburrida.

No existía nadie tan brillante, inteligente, astuto o fascinante como Walter Sickert, ni siquiera Whistler u Oscar Wilde, con quienes no le gustaba competir en las cenas y demás reuniones. Sickert no acudía a una fiesta a menos que estuviera seguro de que iba a

ser el centro de atención. No dudaba en admitir que era un «esnob», y dividía al mundo en dos clases de personas: los que estaban interesados en él y los que no. Como es típico de los psicópatas, Sickert pensaba que ningún investigador estaba a su altura y, también al igual que estas personas aterradoras y sin conciencia, su pensamiento delirante lo llevó a dejar más pistas de las que probablemente imaginara.

Las localidades lejanas que figuraban en algunas cartas del Destripador contribuyeron a afianzar la opinión de que las cartas no eran sino bromas. La policía carecía de motivos para creer que un asesino del East End pudiera estar un día en una ciudad y en otra al siguiente. Al parecer, nadie consideró la posibilidad de que el Destripador se trasladase de un sitio a otro, o de que hubiera una relación entre aquellas ciudades.

Muchas estaban en el programa de giras de la compañía de teatro de Henry Irving, que se publicaba a diario en los periódicos. En primavera y en otoño, la compañía de Irving actuaba en ciudades con tradición teatral, como Glasgow, Edimburgo, Manchester, Liverpool, Bradford, Leeds, Nottingham, Newcastle y Plymouth, por mencionar sólo unas pocas. Ellen Terry realizaba a menudo estos viajes agotadores. «Estaré en un tren entre Newcastle y Leeds», informó con desazón en una carta que escribió durante una gira, y su cansancio resulta al lector casi perceptible.

Casi todas estas ciudades tenían también un hipódromo, y en algunas cartas el Destripador menciona las carreras de caballos e, incluso, hace recomendaciones a la policía sobre a cuál conviene apostar. Sickert pintó concursos hípicos y sabía mucho del tema. El 19 de marzo de 1914, la revista literaria *New Age* publicó un artículo suyo titulado *A Stone Ginger*, que en el argot de este deporte significaba «apuesta segura». En el texto añadió otras expresiones de la jerga hípica, como *welsher* (pícaro), *racecourt thief* (ladrón de hipódromos) y *sporting tout* (persona que pasa información sobre caballos de carreras). El hipódromo habría sido un buen lugar para que Sickert se perdiera entre la multitud, sobre todo si iba disfrazado y estaba en una ciudad donde era difícil que se encontrase con un conocido. Por otra parte, en las carreras abundaban las prostitutas.

Las carreras de caballos, los casinos y el boxeo figuraban entre las aficiones de Sickert, aunque los libros y los artículos que he leído apenas mencionan este dato. Cuando el Destripador usó la expresión «tirar la toalla», en una carta que los expertos en arte atribuyen a Sickert, ¿era un reflejo de su personalidad o sólo el uso inconsciente de un cliché? ¿Debemos interpretar de manera simbólica el tétrico autorretrato que pintó en 1908, donde se lo ve en su estudio, detrás de algo que parece ser el busto de yeso de un boxeador, pero que se asemeja más al torso de una mujer decapitada y con los brazos amputados? ¿Tiene algún significado la referencia que en otra carta hizo el Destripador a Bangor Street, una calle que no existe en Londres, aunque en Bangor, Gales, hay un hipódromo?

No tengo pruebas de que Sickert apostara en las carreras, pero tampoco de que no lo hiciera. Quizá se tratase de una adicción secreta. Lo cierto es que esto explicaría cómo gastaba el dinero con tanta rapidez. Cuando él y la frugal Ellen se divorciaron, ella estaba poco menos que arruinada y, es más, nunca se recuperó. La brillantez de Sickert no parecía servirle de nada en las cuestiones económicas. No tenía el menor reparo en alquilar un coche y dejarlo esperando todo el día. Regalaba infinidad de cuadros —a veces a desconocidos— o permitía que los lienzos se estropeasen en sus estudios. Nunca ganó demasiado, pero tenía acceso al dinero de Ellen —incluso después del divorcio— y, más tarde, al de las mujeres que lo protegieron, entre ellas sus dos esposas siguientes.

Sickert fue generoso con su hermano Bernhard, un artista fracasado. Alquilaba varias habitaciones a la vez, compraba material artístico, leía varios periódicos al día,

poseía tantos disfraces que debía de tener un armario impresionante, frecuentaba los teatros serios y los de variedades, y viajaba a menudo. Pero casi todo lo que compraba o alquilaba era barato y de mala calidad, y dudo que reservara los mejores asientos en el teatro o viajara en primera clase. No sé cuánto dinero despilfarró, pero después de su divorcio Ellen escribió: «Darle dinero es como entregárselo a un niño para que le prenda fuego».

Lo consideraba tan irresponsable en cuestiones económicas —por razones que nunca mencionó— que después del divorcio conspiró con Jacques-Emile Blanche para adquirir sus cuadros. Blanche comenzó a comprarlos, y ella le reembolsaba el dinero en secreto. Sickert «nunca debe saber que yo estoy detrás de esto», escribió Ellen a Blanche, y añadió: «Yo no se lo diré a nadie». En efecto, no se lo explicó ni siquiera a su hermana Janie, en quien siempre había confiado. Ellen sabía lo que pensaba Janie de Sickert y de la forma en que la explotaba. Era consciente, además, de que las ayudas a su exmarido no servirían de mucho. Con independencia de lo que le diera, a él nunca le bastaba. Pero no podía evitar socorrerlo.

«Está en mi mente día y noche», escribió a Blanche en 1899. «Ya sabe que es como una criatura con el dinero. ¿Tendría otra vez la bondad de comprar un cuadro de Walter en el momento más conveniente para él? No olvide, por favor, que esto no servirá de nada a menos que usted insista en indicarle lo que debe hacer con el dinero. Le pidió prestadas seiscientas libras a mi cuñado (que es un hombre pobre) y debería devolvérselas con interés. Pero yo no puedo».

La adicción a las drogas y el alcohol era como una enfermedad hereditaria en la familia Sickert. Es posible que también Walter tuviera tendencias adictivas, lo que explicaría por qué fue abstemio en su juventud y años después empezó a abusar de la bebida. Sería aventurado afirmar que Sickert era un jugador empedernido. Pero el dinero desaparecía de sus manos, y aunque las referencias a las carreras de caballos y a las ciudades donde había hipódromos en las cartas del Destripador no constituyen una «prueba», son detalles que despiertan la curiosidad.

Sickert podía hacer lo que se le antojase. Su profesión no le exigía cumplir un horario. No rendía cuentas a nadie, sobre todo tras concluir su aprendizaje con Whistler, cuando ya no tenía que hacer lo que le mandara el maestro. En el otoño de 1888, el maestro se encontraba de luna de miel y ni sabía ni le importaba lo que Sickert hiciese con su tiempo. Ellen y Janie estaban en Irlanda… aunque Sickert no necesitaba que su esposa se marchara de Londres para ausentarse durante una noche o una semana. Siempre que los trenes corrieran, desaparecer en Gran Bretaña era bastante fácil. No era inusual que alguien cruzara el Canal de la Mancha por la mañana y cenara en Francia.

Cualquiera que fuese la causa del «desastre económico» de Sickert, por citar las palabras de Ellen, debía de ser lo bastante grave para que ella llegase al extremo de socorrerlo en secreto después de divorciarse de él por adulterio y abandono. De hecho fue tan grave que en el momento de su muerte, en 1942, Sickert sólo contaba con ciento treinta y cinco libras a su nombre.

16. Oscuridad infernal

Cinco horas después de que trasladasen el cuerpo de Annie Chapman al depósito de Whitechapel, el doctor Phillips llego allí y descubrió que la habían desnudado y lavado. Indignado, exigió una explicación.

Robert Mann, el supervisor del depósito que había causado tantos problemas en el caso de Mary Ann Nichols, respondió que las autoridades del asilo habían mandado a dos enfermeras para que desvistieran y asearan a la difunta. Esta tarea se había llevado a cabo en ausencia de médicos o policías, y cuando el enfadado doctor Phillips echo un vistazo alrededor, vio la ropa de Annie en el suelo, apilada en un rincón. Su advertencia de que nadie debía tocar el cadáver —ni los residentes del asilo, ni las enfermeras ni ninguna otra persona no autorizada por la policía— no había hecho mella en Mann. El residente del asilo ya había oído esas cosas con anterioridad.

El depósito no era más que un cobertizo pequeño, cochambroso y maloliente con una mesa de madera llena de arañazos y oscurecida por la sangre vieja. Era un lugar sofocante y bochornoso en verano, y tan frío en invierno que Mann apenas podía flexionar los dedos. Con semejante trabajo, debió de pensar Mann, el doctor tendría que estar agradecido a las dos enfermeras, que no habían hecho otra cosa que ahorrarle molestias. Además, no era preciso ser médico para descubrir la causa de la muerte de esa pobre mujer, pues su cabeza apenas si se mantenía unida al cuello y, además, la habían destripado como a un cerdo en un matadero. Mann no hizo mucho caso mientras el doctor Phillips se desfogaba, quejándose de que aquellas condiciones de trabajo no sólo eran inapropiadas, sino también perniciosas para su salud.

La postura del médico quedó aún más clara durante el proceso. El juez de instrucción Wynne Baxter explicó tanto a los miembros del jurado como a la prensa que era una vergüenza que no hubiera un depósito de cadáveres adecuado en el East End. Si algún barrio de la Gran Metrópolis necesitaba unas instalaciones en condiciones para manipular a los muertos, éste era, sin duda, el miserable East End, donde los cuerpos recuperados del Támesis (en el cercano Wapping) debían «meterse en cajas», a falta de un sitio donde llevarlos.

En tiempos pretéritos había habido un auténtico depósito en Whitechapel, pero lo habían derribado para trazar una calle nueva. Por un motivo u otro, los funcionarios de Londres no lo habían reemplazado por otro edificio, y el problema no se resolvería pronto. Como solíamos decir cuando trabajaba en la oficina del forense, «los muertos no votan ni pagan impuestos», y, si además son pobres, no ayudan a los políticos a recaudar fondos. Aunque se supone que la muerte nos iguala a todos, no logra que los difuntos tengan el mismo tratamiento.

El doctor Phillips comenzó a examinar el cadáver de Annie Chapman. A estas alturas, éste presentaba un *rigor mortis* completo, que debió de tardar en aparecer más de lo habitual debido a las bajas temperaturas. Puede que el doctor Phillips acertase en su cálculo de que Annie llevaba dos o tres horas muerta en el momento en que se descubrió el cadáver, pero se equivocó al pensar que la escasa cantidad de alimentos y la ausencia de líquidos en el estómago significaban que estaba sobria cuando la mataron.

En aquella época no se analizaban los fluidos corporales, como la sangre, la orina y el humor vítreo, para detectar alcohol o drogas. Si lo hubiesen hecho, los médicos habrían

descubierto que Annie estaba bajo la influencia del alcohol en el momento de su muerte. Cuanto más ebria estuviese, más conveniente habría sido para su asesino.

Los cortes que presentaba Annie en el cuello estaban localizados en «la parte izquierda de la columna», eran paralelos y se hallaban separados por un espacio de alrededor de un centímetro. El asesino había tratado de decapitarla. Éste debía de ser diestro —suponiendo que la atacase por la espalda—, ya que las incisiones eran más profundas del lado izquierdo. Los pulmones y el cerebro de Annie mostraban signos de una enfermedad en estado avanzado y, a pesar de su obesidad, estaba desnutrida.

Durante el proceso, el doctor Phillips dio su opinión sobre la secuencia de hechos que había conducido a la muerte de Annie: se le había impedido respirar y el corazón se había detenido a causa de la pérdida de sangre. La muerte, dijo, había sido consecuencia de un «síncope», o un brusco descenso de la presión arterial. Imagino lo que habría declarado la doctora Marcella Fierro, la jefe del Departamento de Patología Forense de Virginia, si hubiera estado presente. A buen seguro, que la caída de la presión arterial fue el mecanismo de la muerte, no su causa, pues la tensión baja por fuerza cuando una persona está moribunda, y los muertos no tienen tensión arterial.

La respiración, el corazón y la digestión se detienen y las ondas cerebrales se vuelven planas. Decir que alguien falleció debido a una parada cardíaca o respiratoria, o a un síncope, es como explicar que la causa de que una persona esté ciega es que ésta no puede, ver. Lo que el doctor Phillips debió exponer al jurado es que Annie había muerto a causa de una hemorragia masiva por heridas incisopunzantes en el cuello. Nunca he entendido la lógica de los médicos que hacen constar como causa de la muerte la parada cardíaca o respiratoria en un certificado de defunción, con independencia de si el pobre infeliz murió de un balazo, apuñalado, golpeado, ahogado o atropellado por un coche o por un tren.

Durante el proceso para esclarecer el asesinato de Annie Chapman, un miembro del jurado interrumpió al doctor Phillips para preguntar si habían tomado fotografías de los ojos de Annie, por si la imagen del asesino hubiera quedado grabada en sus retinas. El médico respondió que no y concluyó de manera súbita su testimonio indicando al juez Baxter que la información que había dado era suficiente para justificar la muerte de la víctima y que entrar en mayores detalles «sólo serviría para herir los sentimientos del público y los miembros del jurado». Como era de esperar, añadió: «Me atendré a su decisión».

Pero Baxter no estaba de acuerdo y respondió que «por doloroso que sea, es necesario en interés de la justicia» mencionar los pormenores relativos a la muerte de Annie Chapman. Entonces el doctor Phillips contraatacó: «Si he de referirme a las heridas de la parte inferior del cuerpo, quiero repetir mi opinión de que sería sumamente imprudente por demás hacer públicos los resultados de mi examen. Estos detalles son aptos para sus oídos, señoría, y para los del jurado, pero darlos a conocer a todos sería de muy mal gusto». En este punto el juez de instrucción Baxter pidió a las mujeres y a los niños que abandonasen la concurrida sala. Añadió que «nunca había oído que se solicitara permiso para omitir una prueba».

El doctor Phillips mantuvo su recatada postura, e insistió varias veces en que el juez ahorrase al público el resto de los detalles. Denegada su petición, no tuvo más remedio que revelar todo lo que sabía tanto sobre las mutilaciones que había sufrido Annie Chapman como acerca de los órganos y tejidos que se había llevado el asesino. Declaró que si él hubiera sido el criminal, no habría podido tardar menos de quince minutos en infligir

heridas semejantes. Y si él, como médico, hubiera causado esos daños con deliberación y habilidad, calculaba que habría necesitado «la mayor parte de una hora».

Cuantos más detalles le obligaron a divulgar, más se alejó el doctor Phillips de la verdad. Además de repetir la absurda deducción de que a Mary Ann Nichols le habían cortado el abdomen antes que la garganta, especuló con que el móvil del asesinato de la mujer había sido el robo de «partes del cuerpo». Añadió que el asesino debía de tener conocimientos anatómicos y una profesión que lo había familiarizado con las técnicas de la disección y la cirugía. Se planteó la posibilidad de usar sabuesos en la investigación, pero el doctor Phillips señaló que no serviría de mucho ya que la sangre pertenecía a la víctima y no al asesino. No se le ocurrió pensar —como quizás a ninguno de los presentes— que los sabuesos no se llaman así sólo porque son capaces de captar el olor de la sangre[3].

Las contradicciones de las declaraciones de los testigos no se resolvieron ni durante el proceso ni con posterioridad. Según el informe meteorológico del día, si a Annie la habían matado a las cinco y media de la mañana, como inducían a pensar los testimonios, la habrían atacado poco antes de que saliera el sol. Habría sido más que arriesgado lanzarse sobre una víctima, seccionarle la garganta y extirparle las vísceras en una zona superpoblada y poco antes del amanecer, sobre todo en un día de mercado, cuando la gente salía temprano.

El presidente del jurado sugirió una posibilidad más verosímil: cuando John Richardson se sentó en el umbral para recortar su bota, la puerta trasera estaba abierta y, puesto que se abría hacia la izquierda, donde se encontraba el cadáver, le impidió verlo aunque sólo estuviese a unos sesenta centímetros de distancia. Richardson no lo contradijo del todo, pues admitió que como no había terminado de entrar en el patio, no podía asegurar que el cuerpo no estuviera allí mientras reparaba la bota. No creía que hubiera sucedido de ese modo, pero todavía era de noche cuando se había detenido en casa de su madre, y él estaba interesado en la puerta del sótano y en su bota, no en el espacio que había entre la parte trasera de la casa y la valla.

Las declaraciones de Elisabeth Long son más problemáticas. Aseguró haber visto a una mujer hablando con un hombre a las cinco y media, e insistió en que esa mujer era Annie Chapman. De ser cierto, a Annie la habían asesinado y mutilado al alba, y, por tanto, debería llevar menos de media hora muerta cuando descubrieron su cadáver. Elisabeth no se fijó bien en el hombre que la acompañaba e indicó a la policía que no lo reconocería si volviera a verlo. Añadió que llevaba una gorra de cazador marrón y quizás un abrigo oscuro, y que era «un poco» más alto que Annie, lo que significaría que era muy bajo, ya que Annie medía apenas un metro con cincuenta y cinco centímetros. El individuo en cuestión parecía «extranjero», tenía más de cuarenta años y aspecto «desastrado, distinguido».

Son muchos detalles para que Elisabeth los observase mientras pasaba junto a dos extraños en la oscuridad que precede al alba. No era infrecuente ver a las prostitutas con sus clientes en la zona, y Elisabeth Long debía de saber que le convenía ocuparse de sus asuntos, de manera que es difícil que se detuviera a mirar. Además, si la conversación entre el hombre y la mujer le pareció amistosa, no tenía muchos motivos para fijarse en ellos. Lo cierto es que ignoramos la verdad, pues desconocemos si estos testigos eran fiables. Era una mañana fría y con niebla. Londres estaba muy contaminada. El sol no había salido aún. ¿Qué tal era la vista de Elisabeth? ¿Y la de Richardson? Las gafas eran un lujo vedado a los pobres.

Además, en las investigaciones policiales no es inusual que una persona se

entusiasme porque vio algo y está deseosa de ayudar. Por lo general, cuanto más se interroga al testigo, más detalles recuerda éste, igual que cuanto más se pregunta a un culpable, más complejas y rebuscadas se vuelven sus mentiras.

Son pocos los datos que puedo dar por ciertos en el caso de Annie Chapman: no la dejaron inconsciente mediante la «asfixia» o el estrangulamiento, de lo contrario habría tenido hematomas en el cuello; aún llevaba puesto su pañuelo cuando la asesinaron y si le hubieran apretado el cuello, éste habría dejado una marca o abrasión; su cara parecía «abotargada», sí, pero quizá porque era rechoncha y mofletuda. Si murió con la boca abierta, la lengua podría haber asomado por el hueco de los dientes que le faltaban.

El juez de instrucción Baxter dio por finalizado el proceso expresando su opinión: «Nos hallamos ante un asesino poco común, [que comete sus crímenes] no por celos, venganza o intención de robar, sino por motivos más horribles que los muchos que aún deshonran a nuestra civilización, obstaculizan el progreso y manchan las páginas de la cristiandad». El jurado dictó el veredicto de «homicidio premeditado por persona o personas desconocidas».

Tres días después, el martes por la tarde, una niña notó unas «marcas» extrañas en el patio adyacente al del número 25 de Hanbury Street, a dos patios de donde habían asesinado a Annie Chapman. La niña corrió a buscar a un policía. Eran manchas de sangre seca y formaban un rastro de entre un metro cincuenta y un metro ochenta de longitud en la dirección de la puerta trasera de una ruinosa casa atestada de inquilinos. La policía llegó a la conclusión de que el Destripador había pasado a través o por encima de la valla que separaba los patios, y que en un intento de eliminar parte de la sangre de su abrigo, se lo había quitado y lo había sacudido contra la pared trasera de la casa del número 25, lo que explicaría la sangrienta mancha y las «salpicaduras». Luego los agentes encontraron un trozo de papel arrugado y lleno de sangre, y dedujeron que el Destripador lo había usado para limpiarse las manos. Al final, dieron por sentado que Jack el Destripador había huido del escenario del crimen por donde había llegado.

Esta conclusión tiene sentido. En los crímenes premeditados, el asesino planea a conciencia su entrada y su salida, y una persona tan meticulosa y calculadora como Sickert se habría ocupado de buscar una vía de escape con antelación. Dudo que abandonara el lugar de los hechos trepando la valla, cuyas estacas estaban desvencijadas y peligrosamente separadas entre sí; de lo contrario, es fácil que la hubiese roto o manchado de sangre. Habría sido más lógico que huyera por el patio contiguo, que conducía a la calle.

Desde allí pudo entrar y salir por puertas y pasadizos de «oscuridad infernal, en los que no brillaba ni una sola farola», como describió un reportero el escenario del crimen, un lugar «donde un asesino con suficiente frialdad puede pasar inadvertido a poco que se lo proponga». A lo largo de Hanbury Street, las puertas no tenían llave y las vallas estaban desgastadas por los elementos que rodeaban patios y «basurales», esto es, los solares de casas derribadas donde la policía no se atrevía a entrar. A menos que Sickert se comportase de manera sospechosa, si alguien lo hubiera visto lo habría tomado por una de tantas figuras sombrías, sobre todo si vestía ropa acorde con el entorno. Como buen actor, hasta es posible que le diera los buenos días a un desconocido.

Sickert pudo envolver la carne y los órganos de Annie Chapman en papel o tela. Pero habría dejado salpicaduras y manchas de sangre, y la moderna ciencia forense habría encontrado un rastro mucho mayor que el que descubrió la niña. En la actualidad disponemos de sustancias químicas y fuentes de luz alterna capaces de detectar la sangre con facilidad, pero en 1888 se necesitaron los ojos de una criatura para hallar las extrañas

«marcas» en el suelo. Dado que no se practicaron análisis de sangre, no podemos afirmar con seguridad que aquélla perteneciera a Annie Chapman. Es posible que Sickert tuviera la costumbre de observar a las prostitutas con sus clientes antes de lanzarse a matar. Tal vez hubiera visto a Annie en el pasado y supiera que tanto ella como otras prostitutas solían usar los pasadizos y patios del número 29 de Hanbury y de las casas adyacentes con fines «inmorales». Puede que la estuviera vigilando la madrugada en que la mató. «Espiar» a la gente mientras se viste o se desviste, o mientras mantiene relaciones sexuales, es propio de un delincuente sexual. Los psicópatas violentos son *voyeurs*. Acechan, observan, fantasean y luego matan o violan, o ambas cosas.

Contemplar cómo una prostituta ofrece sus servicios a un cliente podría haber sido una especie de preámbulo sexual para Sickert. Tal vez se aproximase a Annie Chapman justo después de que su cliente la dejara. Cabe la posibilidad de que le pidiera relaciones, esperase a que ella se volviera y luego la agrediera. O puede que saliera de entre las sombras, la atacase por la espalda y le echara la cabeza atrás cogiéndola de la barbilla, donde estaban los moretones. Los cortes de la garganta seccionaron la tráquea, lo que le impediría emitir sonido alguno. En cuestión de segundos la tiró al suelo y le subió la ropa para cortarle el abdomen. No es preciso tener tiempo ni habilidad para destripar a una persona. No es necesario ser cirujano o patólogo forense para encontrar el útero, los ovarios y otros órganos internos.

No se requiere precisión quirúrgica para extirpar el útero y parte de la pared abdominal, incluyendo el ombligo, la zona superior de la vagina y la mayor parte de la vejiga, y sería difícil incluso para un cirujano «operar» en un estado de frenesí y en la oscuridad. Pero el doctor Phillips estaba convencido de que el asesino tenía conocimientos de anatomía o de los procedimientos quirúrgicos, y que había utilizado un «pequeño cuchillo de amputar o un cuchillo de carnicero estrecho y delgado, con la hoja afilada y de entre quince y veinte centímetros de longitud».

Sickert no habría necesitado familiarizarse con la cirugía o las prácticas de la medicina interna para saber algo de los órganos pelvianos femeninos. La parte superior de la vagina está conectada al útero, y la vejiga se encuentra encima. Suponiendo que el trofeo que buscaba Sickert fuese el útero, no tuvo más que extirparlo en la oscuridad llevándose también el tejido circundante. Esto no es cirugía, sino el expeditivo acto de cortar y sacar. Cabe suponer que conocía la ubicación anatómica de la vagina; que sabía que ésta se encontraba cerca del útero. Pero aunque no lo supiera, en aquel entonces había muchos libros disponibles sobre cirugía.

La *Anatomía* de Gray, que iba ya por su sexta edición en 1872, contenía esquemas detallados de los «órganos de la digestión» y los «órganos de reproducción femeninos». Era muy probable que una persona como Sickert, cuya vida había quedado marcada para siempre por la cirugía, sintiera interés por la anatomía, sobre todo por los genitales femeninos y los órganos reproductores. Yo diría que un hombre con su curiosidad, inteligencia y temperamento obsesivo habría echado un vistazo al manual de Gray o al *Bell's Great Operations of Surgery* (1821), ilustrado con láminas en color de Thomas Landseer, el hermano del célebre pintor victoriano de animales Edwin Landseer, cuya obra debía de conocer Sickert.

Había otros títulos: los cuatro volúmenes del *Manual de anatomía patológica* de Carl Rokitansky (1849-54); *Ilustraciones de disecciones*, de George Viner Ellis, con láminas en color de tamaño natural (1867), y *Principios e ilustraciones de anatomía mórbida* con su completa serie de litografías en color de James Hope (1834). Si Sickert

hubiera tenido alguna duda sobre la ubicación del útero o cualquier otro órgano, contaba con suficientes medios para instruirse sin necesidad de mantener contacto alguno con la profesión médica.

Teniendo en cuenta que en 1888 la ciencia forense y la medicina se encontraban en pañales, había muchas ideas equivocadas sobre la sangre. El tamaño y la forma de las manchas y salpicaduras de sangre no revestían mayor importancia para el investigador victoriano, que creía que los individuos gruesos tenían un volumen de sangre muy superior al de los delgados. El doctor Phillips debió de observar el patio donde se encontró el cadáver de Annie Chapman y fijarse si había suficiente sangre para inferir que había muerto allí o en otro lugar. Una persona con el cuello cortado habría perdido la mayor parte de la sangre: más o menos, tres o cuatro litros. Las gruesas prendas de Annie podrían haber absorbido una cantidad importante. La sangre arterial habría brotado a chorros, y la tierra pudo empaparse de ella a una distancia considerable del cadáver.

Sospecho que los compactos «cúmulos» de gotas que se encontraron en la pared, no muy por encima de la cabeza de Annie, eran las salpicaduras que se produjeron al retirar el cuchillo. Cada vez que el Destripador sacó su arma para asestar otra puñalada, la hoja despidió gotitas de sangre. Sin más información sobre el número, la forma y el tamaño de las salpicaduras, sólo podemos conjeturar que no fueron de sangre arterial, a menos que Annie estuviera ya en el suelo cuando la sangre empezó a borbotar de una o ambas carótidas. Sospecho que estaba de pie cuando la atacaron, y tendida boca arriba cuando le practicaron las profundas incisiones del abdomen.

El Destripador debió de extraer los intestinos y arrojarlos a un lado mientras buscaba el útero a tientas en la oscuridad. Los trofeos o *souvenirs* evocan recuerdos y son una fuente de fantasías. Llevárselos es tan característico de los psicópatas violentos que uno no espera otra cosa. Sickert era demasiado listo para guardar una prueba incriminatoria como ésta donde alguien pudiera verla. Pero tenía habitaciones secretas, y me pregunto qué lo indujo a alquilarlas. Quizás una experiencia infantil determinase su afición por aquellos sitios espantosos. Unos versos de un poema de su padre nos hacen pensar en ellos:

Qué sentimiento inquietante/sobrecogedor me invade entre tus muros,
qué terribles las altas, desnudas y pálidas paredes
que me recuerdan a las antiguas salas de guardia…
Es que nadie apila, aquí y allí,
abrigos, capas, largas gabardinas, gabanes
y nadie guarda toda clase de basura
en una habitación…

En una carta de septiembre de 1889, el Destripador consignó como señas del remitente «el agujero de Jack el Destripador». Sickert podía guardar lo que quisiera en sus estudios secretos o «ratoneras», como yo los llamo. Es imposible saber qué hacía con su «basura»: los miembros corporales que comenzarían a pudrirse y a oler a menos que los preservase con alguna sustancia química. En una carta, el Destripador habla de arrancarle la oreja a una víctima y dársela a un perro para que la devorase. En otra menciona que fríe y come órganos. Sickert podría haber sentido una curiosidad fuera de lo normal por el aparato reproductor femenino que engendró su triste vida. No podía estudiarlos en la oscuridad, y puede que los llevase a su guarida para examinarlos allí.

Después del asesinato de Annie Chapman, los parientes que la habían rehuido en vida se ocuparon de ella después de muerta. Prepararon el entierro, y a las siete de la

mañana del viernes 14 de septiembre un coche se presentó en el depósito de Whitechapel para llevársela de manera clandestina. Sus deudos no organizaron una procesión fúnebre para no llamar la atención durante el último viaje de Annie. La enterraron en el cementerio de Manor Park, situado a diez kilómetros al nordeste del lugar donde la habían matado. El tiempo había experimentado un cambio brusco, pero positivo, y la temperatura era de 15 °C. El sol brilló durante todo el día.

Durante la semana que siguió al asesinato de Annie, los comerciantes del East End organizaron una comisión de vigilancia presidida por George Lusk, un constructor local que era miembro de la Junta Metropolitana de Obras Públicas. La comisión redactó la siguiente proclama: «En vista de que, a pesar de los asesinatos que se están cometiendo a nuestro alrededor, el cuerpo de policía es incapaz de descubrir al autor o los autores de dichas atrocidades, los abajo firmantes hemos resuelto crear una comisión, y nos proponemos ofrecer una generosa recompensa a todo aquel, ciudadano o no, que facilite cualquier información que sirva para llevar ante la justicia al asesino o asesinos».

Después de que un miembro del Parlamento anunció que donaría cien libras esterlinas a la comisión, otros ciudadanos se mostraron dispuestos a colaborar. Según unos documentos de la policía metropolitana fechados el 31 de agosto y el 4 de septiembre, la respuesta a la petición de los ciudadanos sería recordarles que la práctica de ofrecer recompensas se había prohibido hacía tiempo porque éstas animaban a la gente a «descubrir» indicios engañosos o a inventar pruebas, además, «daban lugar a un sinfín de intromisiones y habladurías».

En el East End, el resentimiento y la indisciplina alcanzaron cotas insospechadas. La gente se congregaba frente al número 29 de Hanbury Street, y muchos reían y bromeaban mientras el resto de Londres se sumía en «una especie de letargo», informó *The Times*. Los crímenes habían «superado las más morbosas obras de ficción», incluso a *Los asesinatos de la calle Morgue* de Edgar Allan Poe, y no había «nada en la realidad ni en la ficción comparable a estas atrocidades, ni en su horrible naturaleza ni en el efecto que han producido sobre la imaginación popular».

17. Las calles antes del alba

Gatti's Hungerford Palace of Varieties figuraba entre los teatros de variedades más vulgares de Londres. Era uno de los favoritos de Sickert, que llegó a visitarlo dos o tres veces a la semana durante los primeros ocho meses de 1888.

Construido como una amplia bóveda de setenta y cinco metros de anchura bajo las vías férreas de la compañía South Eastern, cerca de la estación de Charing Cross, el Gatti tenía capacidad para seiscientas personas, pero algunas noches acudían hasta mil espectadores bulliciosos que pasaban horas bebiendo, fumando y disfrutando de los escabrosos espectáculos. La popular Katie Lawrence escandalizaba a la buena sociedad vistiéndose con pantalones o con un vestido corto que dejaba al descubierto más carne femenina de la que el recato permitía mostrar en aquellos tiempos. Las estrellas de variedades Kate Harvey y Florence Hayes, en el papel de «la dama patriótica», solían actuar allí en la época en que Sickert realizaba rápidos bocetos bajo las titilantes luces.

Exhibir el escote y los muslos era una indecencia, pero nadie parecía preocuparse por la explotación de las estrellas infantiles que bailaban y cantaban las mismas canciones picantes que las adultas. Niñas de apenas ocho años, ataviadas con disfraces y vestidos diminutos, fingían una desenvoltura sexual que excitaba a los pederastas e inspiró muchos cuadros de Sickert. La doctora Robins, historiadora del arte, explica que «entre los novelistas, pintores y poetas decadentes había una especie de culto por la supuesta dulzura o inocencia de estas pequeñas estrellas de variedades». En su libro, *Walter Sickert: Drawings*, ofrece una nueva visión de la obra de Sickert inspirada en las actrices que veía noche tras noche y seguía de teatro en teatro. Sus bocetos nos permiten vislumbrar su alma y su estilo de vida. Aunque no se lo pensaba dos veces antes de regalar un cuadro, era reacio a desprenderse de los rápidos dibujos que trazaba en tarjetas o pequeños trozos de papel.

Contemplar estos bocetos esquemáticos en las colecciones de la Tate Gallery, la Universidad de Reading, la Walker Art Gallery de Liverpool y la City Arts Gallery de Leeds es como penetrar en la mente y las emociones de Sickert. Sus veloces trazos plasmaban lo que veía en el escenario del teatro de variedades. Son instantáneas tomadas con el objetivo de sus fantasías. Mientras otros hombres miraban con deseo y provocaban a las actrices semidesnudas, Sickert dibujaba miembros femeninos separados del cuerpo.

Alguien podría alegar que sólo intentaba mejorar su técnica. Las manos, por ejemplo, son difíciles de dibujar, y algunos de los grandes pintores tuvieron que batallar con ellas. Pero cuando Sickert realizaba sus bocetos, sentado en un palco o en una butaca situada a varias filas del escenario, no estaba perfeccionando su arte. Dibujaba cabezas cortadas, brazos sin manos, troncos sin brazos, rollizos muslos cortados o torsos desmembrados con los pechos asomando por el atrevido escote.

También podría aducirse que buscaba nuevas posiciones del cuerpo para que no pareciera rígido o en estudiada posición. Quizás estuviese ensayando métodos novedosos. Conocía los desnudos al pastel de Degas. Es posible que tratara de seguir el ejemplo de su ídolo, quien había ido mucho más allá de la antigua costumbre de usar modelos cubiertas con telas en un estudio y estaba experimentando con posturas y movimientos más naturales y menos estáticos. Pero cuando Degas dibujaba un brazo sin cuerpo, estaba practicando una técnica, y luego incluía el brazo en una pintura.

En los estudios, pasteles, grabados o pinturas de Sickert, rara vez —o nunca— aparecen los miembros femeninos de los bocetos que realizó en el teatro de variedades. Mientras contemplaba a Queenie Lawrence con su inmaculada ropa interior blanca o la Pequeña Flossie, de sólo once años, parecía plasmar torsos y extremidades por el solo placer de dibujar. Sickert no representaba la figura masculina, ni partes del cuerpo masculino, de la misma manera. En sus bocetos de hombres no hay nada que sugiera que los modelos eran víctimas, salvo en un dibujo a lápiz titulado *Mató a su padre en una pelea*, donde un individuo está matando a hachazos a otro en una cama ensangrentada.

Los torsos, cabezas y miembros femeninos de Sickert son estampas de una imaginación violenta. Cualquiera que contemple los bocetos que hizo su amigo Wilson Steer en la misma época y en los mismos teatros de variedades notará una gran diferencia en la representación del cuerpo humano y las expresiones faciales. Cuando Steer dibujaba una cabeza femenina, ésta no parecía cortada a la altura del cuello. Cuando dibujaba las piernas y los pies de una bailarina, éstos se veían vivos, de puntillas, con los músculos de las pantorrillas bien marcados. Los bocetos de Steer no evocan la muerte. En cambio, los miembros que Sickert dibujó carecen de la tensión característica de la vida; están laxos y no guardan conexión con otras partes del cuerpo.

Sus bocetos de 1888 y las notas que los acompañan lo sitúan en el Gatti desde el 4 de febrero hasta el 24 de marzo, el 25 de mayo, del 4 al 7 de junio, el 8, el 30 y el 31 de julio, y el 1 y el 4 de agosto. El Gatti y los demás teatros de variedades que frecuentaba Sickert estaban obligados por la ley a terminar sus funciones y dejar de vender bebidas alcohólicas a las doce y media de la noche. Suponiendo que Sickert se quedase hasta la hora de cierre, habría deambulado por las calles de Londres muchas madrugadas. Entonces podía pasear. Por lo visto, no necesitaba muchas horas de sueño.

En su biografía de Sickert, la artista Marjorie Lilly escribió que «sólo parecía descansar durmiendo pequeñas siestas durante el día; no se acostaba hasta pasada la medianoche y, a veces, se levantaba enseguida para pasear por las calles hasta el alba». Lilly, que compartió casa y estudio con Sickert, señaló que éste tenía la costumbre de caminar sin rumbo después de asistir a los espectáculos de variedades, un extraño hábito que mantuvo durante toda su vida. Siempre que «una idea lo atormentaba», salía a «recorrer las calles hasta el amanecer, abstraído en sus pensamientos».

Lilly mantuvo un estrecho contacto con Sickert hasta que éste murió, en 1942, y los detalles que explicó en su libro dicen mucho más de su mentor y amigo de lo que quizá pensase ella. Nos habló de sus paseos, sus hábitos nocturnos y su conocida costumbre de tener tres o cuatro estudios a la vez, sin que nadie supiera dónde o para qué. En muchas anécdotas curiosas, refirió también la afición del pintor por los sótanos oscuros, los cuales describió en estos términos: «Enormes, inquietantes, con intrincados pasadizos y una tenebrosa cámara tras otra, como en un cuento de terror de Edgar Allan Poe».

La intimidad que necesitaba Sickert para trabajar «lo llevó a sitios extraños, donde improvisó estudios y talleres», escribió la marchante de arte Lillian Browse un año después de la muerte del pintor. En 1888 era ya un asiduo de los teatros de variedades y alquilaba habitaciones secretas que no podía pagar. «Tengo nuevos aposentos», le decía a sus amigos. En 1911 escribió: «He alquilado un diminuto, raro y siniestro hogar cerca de aquí, por cuarenta y cinco libras al año». Este «pequeño hogar» se encontraba en el número 60 de Harrington Street y, por lo visto, se proponía usarlo como «estudio».

Sickert acumulaba estudios que abandonaba al cabo de una breve temporada. Sus conocidos sabían que estas ratoneras secretas estaban situadas en calles miserables. Su

amigo y colega William Rothenstein, a quien conoció en 1889, escribió sobre la atracción de Sickert por «el ambiente de las pensiones de mala muerte». A él lo describió como un hombre «aristocrático por naturaleza» que «había cultivado una extraña afición por la vida populachera».

Denys Sutton escribió que «la inquietud de Sickert era un rasgo dominante de su carácter». Solía tener «estudios por todas partes, porque siempre amó la libertad». Sutton afirmó que Sickert comía solo a menudo y que, incluso después de casarse con Ellen, acudía sin compañía a los teatros de variedades o se levantaba de la mesa y se marchaba a ver un espectáculo. Luego daba largos paseos antes de regresar. O acaso se dirigiera a sus habitaciones secretas a través del peligroso East End, deambulando por las oscuras calles solo, con un pequeño paquete o el maletín que supuestamente usaba para guardar los utensilios de su oficio.

Según Sutton, durante uno de esos paseos Sickert iba vestido con un llamativo traje a cuadros y se topó con unas niñas en Copenhagen Street, aproximadamente a un kilómetro y medio al nordeste de Shoreditch. Las niñas echaron a correr gritando: «¡Jack el Destripador! ¡Jack el Destripador!». Sickert contó a sus amigos una versión algo distinta, pero más sugerente, según la cual había sido él quien había gritado: «¡Jack el Destripador! ¡Jack el Destripador!».

«Le dije que era Jack el Destripador y me quité el sombrero», escribió el Destripador en una carta del 19 de noviembre de 1888. Tres días después envió otra en la que indicaba que estaba en Liverpool y que: «Encontré a una joven en Scotland Road… Le sonreí y ella grita "Jack el Destripador". No save cuánta razón tenía». Más o menos en la misma época, el *Sunday Dispatch* informó que una anciana estaba sentada en Shiel Park cuando un «hombre de aspecto distinguido, vestido con abrigo negro, pantalones claros y sombrero de felpa» sacó un cuchillo largo y estrecho. Dijo que planeaba matar tantas mujeres como pudiese en Liverpool y que enviaría las orejas de su primera víctima al director del periódico de la ciudad.

Sickert hizo sus bocetos en el Gatti en una época en que había pocos recursos al alcance de los psicópatas que quisieran excitarse. El violador, pederasta o asesino actual tiene donde elegir: fotografías, grabaciones de audio y vídeo de la tortura de sus víctimas, además de la pornografía violenta que se encuentra en revistas, películas, libros, soporte electrónico e Internet. En 1888, los psicópatas contaban con escasos medios visuales o auditivos para alimentar sus fantasías violentas. Los de Sickert podían ser trofeos o *souvenirs* de la víctima, cuadros y dibujos, y los espectáculos en vivo de los teatros y salas de variedades. También es posible que hiciera simulacros; aterrorizar a una anciana en Liverpool pudo ser uno de entre docenas o centenares.

Los asesinos psicópatas casi siempre ensayan su *modus operandi* antes de poner en marcha su plan. La práctica hace al maestro, y el asesino se excita con esta aproximación al delito. El pulso se acelera. La adrenalina sube. El asesino continúa celebrando su rito, acercándose un poco más a la violencia con cada ensayo. Algunos homicidas empeñados en imitar a los agentes de la ley han llegado a instalar luces de emergencia en la parrilla del coche o lámparas magnéticas en el techo, y han detenido a conductores en más de una ocasión antes de matar o secuestrar a alguien.

Con toda probabilidad, Jack el Destripador consumó simulacros y otros ritos antes de asesinar. Pasado un tiempo, las simulaciones dejan de ser una fuente de práctica y gratificación instantánea. Alimentan las fantasías violentas y pueden instar a algo más que a la persecución de la víctima, sobre todo si el delincuente es tan creativo como Walter

Sickert. Se produjeron otros sucesos extraños en distintas ciudades de Inglaterra. En Londres, a eso de las diez de la noche del 14 de septiembre, un hombre entró en el paso subterráneo de Tower Bridge y se aproximó al guardia. «¿Han cogido ya a alguno de los asesinos de Whitechapel?», preguntó sacando un cuchillo de hoja curva de treinta centímetros de largo.

Luego huyó, arrancándose unas «patillas falsas» mientras lo perseguía el guarda, que lo perdió de vista en Tooley Street. El guarda lo describió a la policía como un hombre de un metro sesenta y cinco de estatura, de tez morena y bigote. Tenía unos treinta años y llevaba un traje negro que parecía nuevo, un abrigo ligero y una gorra con visera de paño oscuro.

«Tengo una espléndida variedad de patillas y bigotes falsos», escribió el Destripador el 27 de noviembre.

En 1894, cuando terminaron de construir Tower Bridge, el paso subterráneo se cerró para los peatones y se convirtió en una tubería de gas, pero en 1888 era un diabólico tubo de hierro de dos metros veinte centímetros de diámetro y ciento veinticinco metros de longitud. Comenzaba en el lado sur de Great Tower Hill, en la Torre de Londres, pasaba por debajo del Támesis y emergía en la escalinata de Pickle Herring Stairs, en la orilla sur del río. Si el guarda dijo la verdad, siguió a aquel individuo por el túnel hasta la escalinata de Pickle Herring Stairs, que llevaba a Pickle Herring Street, y luego por Vine Street hasta Tooley. La Torre de Londres está unos setecientos metros al sur de Whitechapel, y el paso subterráneo era lo bastante desagradable para que la gente o la policía cruzase el río por allí, sobre todo si uno tenía claustrofobia o miedo de desplazarse bajo el agua a través de un tubo sucio y oscuro.

No cabe duda de que la policía tomó al hombre de las patillas falsas por un chiflado. Yo no he encontrado referencias al incidente en ningún informe policial. Pero este «chiflado» fue lo bastante listo para hacer su audaz exhibición en un lugar desierto y mal iluminado, y es obvio que no creía que el guarda fuera capaz de darle caza. Ese hombre tenía toda la intención de dar que hablar y ninguna de dejarse atrapar. El miércoles 14 fue también el día del entierro de Annie Chapman.

Tres días después, el 17 de septiembre, la policía recibió la primera carta firmada «Jack el Destripador».

Querido jefe:

Así que aora dicen que soy judío ¿cuando aprenderán querido jefe? Usté y yo sabemos la verdad. Lusk puede buscarme eternamente que nunca me encontrará pero estoy ante sus narizes todo el tiempo. Los veo buscarme y me dan ataques de risa ja ja. Amo mi trabajo y no pararé hasta que pillen e incluso entonces cuidado con su querido compinche Jacky.

Atrápenme si pueden.

Esta carta salió a la luz hace poco, ya que no se encontraba en los archivos de la policía metropolitana, sino en los del Home office.

A las diez de la noche del 17 de septiembre —el mismo día en que presuntamente el Destripador escribió su primera carta— un hombre se presentó en el juzgado del distrito de Westminster. Dijo ser un estudiante de arte de Nueva York que estaba en Londres para «estudiar arte» en la National Gallery. Un reportero del *Times* reprodujo el diálogo, que es tan gracioso e ingenioso que se lee como un guión.

El «americano de Nueva York» refirió que tenía problemas con su casera y pidió consejo al magistrado, un tal Biron, que le preguntó de qué clase de problema se trataba.

—Una gresca terrible —respondió.

(Risas).

A continuación, el americano contó que había comunicado a su casera que tenía intención de abandonar la casa de Sloane Street, y que ella lo había estado «molestando» desde entonces. Lo había empujado contra la pared cuando él había preguntado por la cena, prácticamente le escupía en la cara con «la vehemencia de su lenguaje» y lo había insultado llamándolo «americano de medio pelo».

—¿Por qué no abandona el apartamento y a la casera? —preguntó el señor Biron.

—Me mudé allí con algunos muebles, y fui lo bastante tonto para decirle que podía quedárselos a cuenta del alquiler. Pero ella dio cuenta de mi persona.

(Risas).

»Y no puedo llevármelos —prosiguió el americano—. Me daría miedo intentarlo.

(Más risas).

—Parece que hizo un trato ridículo —aseveró el señor Biron—. Se encuentra en una posición embarazosa en extremo.

—Desde luego —convino el americano—. No imagina cómo es esa casera. Me arrojó una tijera, gritó con lascivia «asesinato» y luego me cogió por las zolapas [*sic*] del abrigo para impedir que escapase; una situación absurda por demás.

(Risas).

—Bueno —concluyó el señor Biron—, usted mismo se lo ha buscado.

Ésta era la principal noticia de sucesos del *Times* de ese día, a pesar de que no se había cometido delito alguno ni se había arrestado a nadie. Lo máximo que podía hacer el magistrado era enviar a un funcionario a Sloane Street para «advertir» a la casera que le convenía comportarse. El americano dio las gracias a «su excelencia» y expresó su confianza en que dicha advertencia «tuviera un resultado satisfactorio».

El reportero identificó al estudiante de Nueva York sólo como el «solicitante». Ni nombre, ni edad, ni descripción. No hubo más noticias sobre el caso en días sucesivos. La National Gallery no tenía ni estudiantes ni academia de arte. Me parece extraño, si no increíble, que un americano usase la palabra «gresca» [*shindy*], que significaba riña o pelea en la jerga londinense. ¿Qué americano diría que su casera le «gritó con lascivia “asesinato”.»?

El grito de «asesinato» podría ser una referencia a las declaraciones de los testigos en el proceso del caso del Destripador, pero ¿por qué iba a gritar «asesinato» la casera cuando la agresora era ella y no el estudiante? El reportero no mencionó si el «americano» hablaba como tal. Sickert era muy capaz de imitar el acento americano. Había pasado muchos años junto a Whistler, que era estadounidense.

Poco más o menos en esa época, varios periódicos publicaron la noticia de que un americano se había puesto en contacto con el subdirector de una escuela médica con el propósito de comprar úteros humanos por veinte libras cada uno. El comprador quería que los órganos se preservasen en glicerina para mantenerlos flexibles y se proponía enviarlos afuera con un artículo que había escrito. Se denegó la solicitud. Nadie identificó al «americano», de quien no se volvió a hablar. La noticia planteó una nueva posibilidad: el asesino del East End estaba matando a las mujeres para vender sus órganos, y el robo de los anillos de Annie Chapman era un «velo» para ocultar su verdadero móvil, que era hacerse con su útero.

Aunque esta posibilidad pueda parecer ridícula, aún no habían pasado cincuenta años desde el infame caso de Burke y Hare, los «resurreccionistas» —o ladrones de

cuerpos— acusados de profanar tumbas y cometer treinta asesinatos con objeto de vender especímenes anatómicos para la disección a médicos y escuelas de medicina de Edimburgo. La historia de que el tráfico de órganos era el móvil de los crímenes del Destripador continuó circulando, y creó aún más confusión en torno al caso.

El 21 de septiembre, Ellen Sickert escribió una carta a su cuñado, Dick Fisher, en la que explicaba que su marido se había marchado a Normandía para visitar a «su gente» y que estaría fuera durante varias semanas.

Puede que Sickert se marchara, pero no por fuerza a Francia. La noche del día siguiente, un sábado, asesinaron a una mujer en Birtley, Durham, una zona de minas de carbón situada en el nordeste de Inglaterra, cerca de Newcastle-upon-Tyne. Joan Boatmoor era una joven madre de veintiséis años que, según se rumoreaba, llevaba una vida licenciosa. Los últimos que la vieron con vida fueron unos amigos suyos a las ocho de la noche del sábado. A la mañana del día siguiente, el domingo 23 de septiembre, encontraron su cadáver en una zanja cercana a la vía férrea de la mina Guston.

Le habían cortado el cuello del lado izquierdo, seccionando las vértebras. En la parte derecha del rostro, un tajo dejaba al descubierto el hueso de la mandíbula, y sus intestinos asomaban por el mutilado abdomen. Debido a las semejanzas entre este asesinato y los del East End, Scotland Yard envió al doctor George Phillips y a un inspector a hablar con la policía de Durham. No encontraron ningún indicio útil y, por una razón misteriosa, llegaron a la conclusión de que el asesino se había suicidado. Los lugareños registraron con minuciosidad las minas, pero no hallaron a nadie y el crimen quedó sin resolver. Sin embargo, en una carta anónima a la policía de la City, fechada el 20 de noviembre de 1888, el autor hace una sugerencia: «Investiguen el asesinato del condado de Durham […] lo hicieron pasar por uno de Jack el Destripador».

La policía no vinculó el asesinato de Jane Boatmoor con Jack el Destripador. Los investigadores ignoraban que a éste le gustaba mover los hilos desde bambalinas. Habían estimulado su apetito de violencia y ansiaba «sangre, sangre, sangre», como escribió. Quería dramatismo. Tenía una necesidad irrefrenable de fascinar a su público. Como exclamó cierta vez Henry Irving ante un auditorio poco efusivo: «¡Damas y caballeros, si no aplauden, no puedo actuar!». Quizá los aplausos fueran demasiado débiles. Varios hechos se produjeron en rápida sucesión.

El 24 de septiembre, la policía recibió una provocativa carta con el «nombre» y la «dirección» del Destripador tachados con rectángulos y ataúdes cargados de tinta. Al día siguiente, Jack el Destripador escribió otra carta, pero esta vez se aseguró de que le prestaran atención. La envió a la oficina de Central News: «*Querido jefe: No hago más que oír que la policía me ha atrapado, pero no lo conseguirán tan pronto*». La ortografía y la sintaxis eran correctas y la letra tan pulcra como la de un oficinista. El matasellos era del East End. La defensa diría que no pudo enviarla Sickert, ya que estaba en Francia. El fiscal replicaría: «¿Qué pruebas tiene de ello?». En su biografía de Degas, Daniel Halévy mencionó que Sickert estuvo en Dieppe en algún momento de ese verano, pero no he hallado ninguna prueba de que se encontrara en Francia a finales de septiembre.

La «gente» de Sickert, como tristemente los llamaba Ellen, era el cerrado grupo de amigos artistas que tenía en Dieppe. Para ellos, Ellen siempre sería una intrusa. No era bohemia ni interesante. Es muy probable que Sickert le diera de lado cuando lo acompañaba a Dieppe. Cuando no estaba codeándose con gente importante en los cafés o en las casas de veraneo de artistas como Jacques-Emile Blanche o George Moore, se encontraba desaparecido, como de costumbre, paseando, mezclándose con pescadores y

marineros, o encerrado en una habitación secreta.

Lo sospechoso es que en la correspondencia que intercambiaron Sickert y sus amigos no se menciona su presunto plan de viajar a Normandía a finales de septiembre ni que pretenda permanecer allí parte de octubre. Sería lógico pensar que si Sickert había estado en Dieppe, Moore o Blanche habrían comentado que lo habían visto… o que no lo habían visto. Cabe suponer que cuando Sickert escribió a Blanche, en agosto, habría mencionado que viajaría a Francia el mes siguiente y que esperaba verlo… o que lamentaría no poder verlo.

En sus cartas, ni Degas ni Whistler refieren haber visto a Sickert en septiembre u octubre de 1888, y no hay indicios de que supieran que se encontraba en Francia. Las cartas que Sickert envió a Blanche en el otoño de 1888 parecen proceder de Londres, ya que están escritas en papel con membrete del número 54 de Broadhurst Gardens, que no solía usar cuando se encontraba de viaje. La única indicación de que estuvo en Francia en el otoño de 1888 es una nota sin fecha dirigida a Blanche y escrita, al parecer, desde un pequeño pueblo de pescadores llamado Saint-Valery-en-Caux, a treinta kilómetros de Dieppe.

«Éste es un sitio agradable para dormir y comer —escribió Sickert—, que es lo que más deseo hacer».

El sobre ha desaparecido, de manera que no hay un matasellos que confirme que Sickert se hallaba en Normandía. Tampoco sabemos dónde estaba Blanche. Pero es probable que Sickert se encontrara en Saint-Valery-en-Caux cuando escribió esa nota. Puede que necesitara descanso y nutrición después de sus violentas hazañas, y cruzar el Canal no era nada fuera de lo común. Me parece extraño, incluso sospechoso, que escogiera Saint-Valery cuando podría haberse alojado en Dieppe.

De hecho, es curioso que escribiera a Blanche, ya que dedicó la mayor parte de la nota a comentar que estaba «buscando un vendedor de colores» para enviar a su hermano Bernhard «papel de vidrio para pasteles o lienzo grueso». Indicó que quería un «paquete de muestras» y que desconocía «las medidas francesas». No entiendo cómo Sickert, que hablaba francés con fluidez y había pasado mucho tiempo en Francia, no sabía dónde encontrar muestras de papel. «Soy un pintor francés», declaraba en una carta a Blanche; y sin embargo este pintor con inclinaciones científicas y matemáticas afirmaba no conocer las medidas francesas.

Puede que su carta desde Saint-Valery fuera sincera. Quizá necesitara el consejo de Blanche. O tal vez estuviera huyendo, agotado y paranoico, y considerara prudente inventarse una coartada. Aparte de esta nota a Blanche, no encontré nada que sugiera que Sickert estuvo en Francia a finales del verano, principios del otoño o durante el invierno de 1888. La temporada de los baños —o natación— había terminado en Normandía. Comenzaba a principios de julio, y a finales de septiembre los amigos de Sickert cerraban las casas y los estudios que tenían en Dieppe.

Entonces la camarilla de artistas se dispersaba hasta el verano siguiente. Me pregunto si a Ellen no le extrañó que su marido decidiera pasar varias semanas con «su gente» en Normandía cuando no debía de quedar nadie allí. Me pregunto si vio a su marido en esas fechas, y si lo hizo, ¿no percibió algo raro en su comportamiento? En agosto, Sickert, el compulsivo escritor de cartas, envió una nota a Blanche disculpándose por «no haber escrito durante tanto tiempo. He estado trabajando mucho, y no tengo ni cinco minutos para escribir».

No hay motivos para pensar que el «trabajo» de Sickert estuviera relacionado con su oficio, a menos que se refiriese a sus visitas a los teatros de variedades y a su búsqueda de

inspiración en las calles a altas horas de la noche. Su productividad artística no fue tan grande como de costumbre entre agosto y finales de ese año. Sus cuadros de «área 1888» son pocos, y no hay garantía de que ese «área» no significase un año o dos después. Sólo he encontrado un artículo suyo publicado ese año, y fue en primavera. Parece que Sickert eludió a sus amigos durante buena parte de 1888 y nada indica que veraneara en Dieppe, lo que era muy extraño. Con independencia de dónde fuese y cuándo, está claro que no siguió con sus actos rutinarios, si es que algo de lo que hacía Sickert puede calificarse de «rutinario».

A finales del siglo XIX, no se necesitaban pasaportes, visados ni otras formas de identificación para viajar a la Europa continental. (Sin embargo, a finales del verano de 1888 se exigía pasaporte para entrar en Alemania desde Francia). No hay indicios de que Sickert poseyera ninguna «identificación fotográfica» hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando él y su segunda esposa, Christine, viajaron por Francia y obtuvieron *laissez-passers* [salvaconductos] para enseñárselos a los guardias en los túneles, cruces de vías férreas y otros puntos estratégicos.

Entrar en Francia desde Inglaterra era una operación sencilla y agradable, y siguió siéndolo durante los años de las idas y venidas de Sickert. Si el tiempo acompañaba, se tardaba sólo cuatro horas en cruzar el Canal de la Mancha. Se podía viajar en vapor «rápido» los siete días de la semana, y desde Londres había dos trenes expreso al día: el que salía de la estación Victoria a las diez y media de la mañana, y el que lo hacía de London Bridge a las once menos cuarto. El vapor zarpaba de Newhaven a las doce y cuarenta y cinco, y llegaba a Francia más o menos a la hora de la cena. El billete de ida a Dieppe costaba veinticuatro chelines en primera clase y diecisiete chelines en segunda, y el servicio Express Tidal incluía el billete de tren desde Dieppe a Ruán o París.

La madre de Sickert decía que nunca sabía cuándo se marchaba su hijo a Francia ni cuándo regresaba. Es posible que realizara frecuentes viajes entre Inglaterra y Dieppe durante la época de los crímenes del Destripador; si lo hizo, sería para reponer fuerzas. Había estado viajando a Dieppe desde niño, y disponía de varios sitios donde alojarse. No se conservan estadísticas de los crímenes que se cometieron en Francia en aquella época, y no hemos encontrado documentación sobre homicidios que se asemejasen ni remotamente a los del Destripador. Pero Dieppe era un pueblo demasiado pequeño para asesinar y salir impune.

Durante los días que pasé en Dieppe, con sus antiguos pasajes y callejuelas, su costa rocosa y sus acantilados cortados a plomo sobre el Canal, traté de ver esa pequeña localidad costera como un posible territorio de los crímenes de Sickert, pero no lo conseguí. La obra que realizó allí refleja un espíritu diferente. Los colores son hermosos y las representaciones de edificios, inspiradas. No hay nada mórbido ni violento en sus cuadros de Normandía. Es como si Dieppe permitiera ver la parte iluminada de la cara de Sickert en los autorretratos de este Jekyll y Hyde.

18. Un brillante maletín negro

El sol no asomó en todo el día el sábado 29 de septiembre, y una persistente lluvia enfrió la noche en que *El doctor Jekyll y míster Hyde* terminó su larga temporada en el Lyceum. Los periódicos informaron de que los «grandes excesos de sol» habían llegado a su fin.

Elizabeth Stride acababa de mudarse del albergue de Dorset Street, en Spitalfields, donde había vivido con Michael Kidney, un estibador que pertenecía a la reserva del ejército. Liz *la Larguirucha*, como la llamaban sus amigos, había abandonado a Kidney con anterioridad. Aunque en esta ocasión se llevó sus pertenencias, no hay motivo para pensar que no fuese a regresar. Durante el proceso posterior, Kidney declaró que de vez en cuando ella buscaba libertad y una ocasión para «darse a la bebida», pero que siempre volvía al cabo de un tiempo.

El apellido de soltera de Elizabeth era Gustafsdotter, y habría cumplido los cuarenta y cinco años el 27 de noviembre, aunque había hecho creer a todo el mundo que era diez años más joven. Se había pasado la vida contando mentiras, lastimosos intentos de crear una historia más interesante y dramática que la de su triste y desesperada existencia. Había nacido en Torslanda, Suecia, cerca de Göteborg, y era hija de un granjero. Alguien dijo que hablaba inglés con fluidez y sin acento. Otros afirmaron que no construía bien las palabras y que se notaba que era extranjera. El sueco, su lengua materna, es una lengua germánica estrechamente vinculada al danés, el idioma que hablaba el padre de Sickert.

Elizabeth solía comentar que había llegado a Londres en su adolescencia para «ver el país», pero era una mentira más. El dato más antiguo sobre su vida en Londres se encuentra en el registro de la iglesia sueca, donde su nombre figura en una lista de 1879 junto a la anotación de que se le había entregado un chelín. Según la gente que acudió al depósito a identificarla, medía entre un metro sesenta y un metro sesenta y cinco. Su tez era «pálida». Otros la calificaron de «oscura». Su cabello era «rizado y castaño oscuro» o, según otros, «negro». Un policía le abrió un párpado en el oscuro depósito y llegó a la conclusión de que tenía los ojos «grises».

En la fotografía en blanco y negro que le hicieron después de muerta, el pelo de Elizabeth parece más oscuro porque se lo habían lavado y aún estaba húmedo. La cara se ve pálida porque estaba muerta y se había desangrado casi por completo. Puede que sus ojos fuesen de color azul intenso, pero no en el momento en que el policía le abrió el párpado. Tras la muerte, la conjuntiva del ojo comienza a secarse y enturbiarse. Casi todas las personas que llevan un tiempo muertas parecen tener los ojos de color azul o azul grisáceo, a menos que antes fueran muy oscuros.

Después de la autopsia, Elizabeth continuaba vestida con la ropa oscura que llevaba cuando la asesinaron. La colocaron dentro de un ataúd que apoyaron en la pared para fotografiarla. La sombra de la barbilla, inclinada hacia el pecho, apenas permite ver el último tramo del corte irregular que realizó el cuchillo del asesino y que acaba en el lado derecho del cuello, varios centímetros por debajo del mentón. Esta fotografía podría ser la única que le hicieron en toda su vida. Aparenta ser una mujer delgada, con una cara de corte agradable, facciones armoniosas, y una boca que podría calificarse de sensual si no fuera por los dientes que le faltan.

Es posible que Elizabeth fuese una belleza rubia en su juventud. Durante la

investigación judicial comenzaron a aflorar verdades sobre ella. Había abandonado Suecia por una «colocación» en casa de un caballero que vivía cerca de Hyde Park. No se sabe cuánto tiempo le duró la «colocación», pero con posterioridad vivió con un policía. En 1869 se casó con un carpintero llamado John Thomas Stride. Todos los que la conocieron en los albergues que frecuentaba habían oído la trágica historia de que su marido había muerto ahogado en el naufragio del *Princess Alice*, que había chocado con un barco carbonero.

Elizabeth contaba distintas versiones de esta historia. Su marido y dos de sus nueve hijos se habían ahogado en el naufragio. O su esposo y todos los niños. Elizabeth, que debía de haber sido muy joven cuando empezó a engendrar hijos para tener nueve en 1878, había sobrevivido de milagro a aquella catástrofe que costó la vida a seiscientas cuarenta personas. Mientras luchaba para salvarse, un aterrorizado pasajero le dio una patada en la boca, lo que explicaba su «deformidad».

Elizabeth había contado a todo el mundo que le faltaba toda la parte superior de la boca, pero en la autopsia no se encontró ninguna imperfección ni en el paladar duro ni en el blando. El único defecto era la ausencia de los incisivos, algo que por lo visto la avergonzaba. Los archivos del asilo para enfermos Poplar and Stepney demuestran que su marido, John Stride, murió allí el 24 de octubre de 1884. Ni él ni sus hijos —si los tenían— se ahogaron en un naufragio. Es posible que las patrañas que inventaba Elizabeth añadieran interés a su vida, ya que la verdad era dolorosa y humillante, y no hacía más que acarrearle problemas.

Cuando el clérigo de la iglesia sueca a la que asistía descubrió el embuste de Elizabeth, dejaron de prestarle ayuda económica. Puede que mintiera sobre la muerte de su marido y sus presuntos hijos porque se había creado un fondo para socorrer a los supervivientes del naufragio del *Princess Alice*. Como quiera que fuese, Elizabeth necesitaba que la mantuviera un hombre, y cuando no había ninguno dispuesto a hacerlo, sobrevivía como podía cosiendo, limpiando o prostituyéndose.

En los últimos tiempos había dormido en la pensión del número 32 de Flower and Dean Street, cuya encargada, una viuda llamada Elizabeth Tanner, la conocía bastante bien. Durante el proceso, la señora Tanner declaró que, en los últimos seis años, había visto a Elizabeth de vez en cuando, y que sabía que hasta el jueves 27 de septiembre había estado viviendo con un hombre llamado Michael Kidney. Lo había abandonado, llevándose consigo unas cuantas prendas harapientas y un libro de salmos. Ese jueves y el viernes siguiente había pasado la noche en el establecimiento de la señora Tanner. Ésta y Elizabeth bebieron una copa juntas en el *pub* Queen's Head el sábado 29 de septiembre, y después Elizabeth ganó seis peniques limpiando las habitaciones de dos huéspedes.

Entre las diez y las once estuvo en la cocina de la pensión, donde le entregó un retazo de terciopelo a su amiga Catherine Lane. «Por favor, guárdamelo bien», le dijo, y añadió que iba a salir. Se había vestido como para protegerse del terrible tiempo, con dos enaguas de una tela basta semejante a la arpillera, camiseta blanca, medias de algodón blancas, un corpiño de velvetón negro, falda negra, chaqueta negra con ribetes de piel, un pañuelo de colores atado al cuello y un gorrito de crespón negro. En los bolsillos llevaba dos pañuelos, un carrete de hilo negro y un dedal de bronce. Antes de salir de la cocina de la pensión, pidió a Charles Preston —un barbero—, un cepillo para la ropa, ya que quería arreglarse un poco. No dijo adonde iba, pero mostró con orgullo los seis peniques que acababa de ganar y salió para adentrarse en la fría y húmeda noche.

Berner era una calle estrecha, flanqueada por casas pequeñas donde vivían

hacinados los inmigrantes polacos y alemanes: sastres, zapateros, cigarreros y otras personas humildes que trabajaban fuera de casa. Allí se encontraba el local del IWMC (International Working Men's Educational Club, o Club Educativo de la Internacional Obrera), que tenía unos ochenta y cinco miembros, casi todos judíos socialistas del este de Europa. El único requisito para afiliarse era apoyar los principios socialistas. El IWMC se reunía todos los sábados a las ocho y media de la tarde para debatir temas diversos.

Siempre clausuraban la sesión con una velada de canto y baile, y no era inusual que algunos asistentes permanecieran allí hasta la una de la madrugada. Ese sábado en particular, un centenar de personas había asistido a un debate sobre las ventajas del socialismo para los judíos. Las conversaciones serias habían acabado y la gente empezaba a dispersarse cuando Elizabeth Stride enfiló sus pasos hacia allí.

Que se sepa, su primer cliente de la noche fue un hombre con quien se la vio hablando alrededor de las doce menos cuarto en Berner Street, muy cerca de donde vivía un jornalero llamado William Marshall, quien más tarde declaró que no había visto la cara del individuo en cuestión, pero que éste iba vestido con abrigo corto negro, pantalones oscuros y una gorra que parecía de marinero. No llevaba guantes, tenía la cara afeitada y estaba besando a Elizabeth. Marshall lo oyó bromear: «Dirás cualquier cosa menos tus oraciones», y Elizabeth rió. Ninguno de los dos parecía estar borracho, y se marcharon en dirección al club socialista.

Una hora después, otro vecino llamado James Brown vio a Elizabeth Stride en el cruce de las calles Fairclough y Berner, apoyada en la pared y conversando con un hombre. Éste llevaba un abrigo largo y medía aproximadamente un metro setenta y tres. (Parece que casi todos los individuos que vieron los testigos de los casos del Destripador medían un metro con setenta y tres, una estatura estándar para un hombre en la época victoriana. Supongo que era un cálculo tan aproximado como cualquier otro).

La última persona que vio a Elizabeth con vida fue el policía William Smith, agente número 452 de la División «H», cuya ronda de esa noche comprendía Berner Street. Pasaban cinco minutos de las doce y media cuando se fijó en una mujer —a quien luego identificaría como Elizabeth Stride— porque le llamó la atención la flor que lucía en la solapa. La acompañaba un hombre que llevaba un paquete de unos cuarenta centímetros de largo por veinte de ancho, envuelto en papel de periódico. Según Smith, este hombre también medía un metro setenta y tres, y vestía abrigo y pantalones oscuros, además de una gorra de cazador. Tenía unos veintiocho años, aspecto respetable y la cara afeitada.

Smith continuó su ronda, y veinticinco minutos después, esto es, a la una de la madrugada, Louis Diemschutz llegó al número 40 de Berner Street, la sede del IWNC, en su carro de vendedor ambulante. Regentaba el club socialista y vivía en el edificio. Se sorprendió cuando giró hacia el patio y vio las puertas abiertas, ya que solían cerrarse a las nueve de la noche. Al entrar, su poni se sobresaltó y dio un brinco hacia la izquierda. Aunque estaba muy oscuro, Diemschutz divisó un bulto en el suelo, cerca del muro, y lo pinchó con el látigo, esperando encontrar basura. Se bajó del carro, encendió con dificultad una cerilla en medio del viento y se quedó estupefacto al descubrir la silueta de una mujer. Debía de estar borracha o muerta, así que Diemschutz entró corriendo en el club y regresó con una vela.

Elizabeth Stride estaba degollada, y Diemschutz, el poni y el carro habían interrumpido al Destripador. La sangre que manaba del cuello de la mujer corría hacia la puerta del club, y por debajo de la chaqueta, que tenía los primeros botones desabrochados, se veían la camiseta y el corpiño. Estaba tendida sobre el lado izquierdo, con la cara hacia

el muro y la ropa empapada a causa de un chaparrón reciente. En la mano izquierda sujetaba un paquete de unos caramelos que se usaban para refrescar el aliento, y tenía un ramillete de culantrillos y una rosa roja prendidos al pecho. El agente William Smith, que a estas alturas había regresado al número 40 de Berner Street, debió de quedarse estupefacto al ver que ante las puertas del IWMC se había reunido una multitud que gritaba: «¡Policía! ¡Asesinato!».

En el proceso anterior, Smith declaró que no había tardado más de veinte minutos en completar su ronda, y que el asesino debió de cometer su crimen durante ese breve lapso, cuando aún quedaban unas treinta personas en el interior del club socialista. Las ventanas del local estaban abiertas, y los miembros del IWMC cantaban canciones festivas en ruso y alemán. Nadie oyó gritos ni llamadas de socorro. Pero es posible que Elizabeth Stride no emitiera ningún sonido que pudiera percibir alguien más que su asesino.

El doctor George Phillips, médico de la policía, llegó al escenario del crimen poco después de la una de la madrugada y, al no hallar arma alguna en los alrededores, concluyó que la mujer no se había suicidado, de manera que debían de haberla asesinado. También dedujo que el asesino la había cogido por los hombros y derribado antes de cortarle el cuello estando frente a ella. La víctima sujetaba el paquete de caramelos con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda, y cuando el médico se lo quitó, algunos caramelos cayeron al suelo. Esta mano debía de haberse relajado después de la muerte, dijo el doctor Phillips, aunque no entendía por qué la derecha estaba «manchada de sangre». Esto era muy extraño, declaró con posterioridad, ya que la mano derecha no presentaba heridas y estaba apoyada en el pecho de la mujer. La única explicación posible era que el asesino le hubiera ensuciado deliberadamente la mano, y le parecía muy raro que un asesino hiciera algo semejante.

Por lo visto, al doctor Phillips no se le ocurrió pensar que cualquier persona que sabe que se está desangrando se lleva de manera instintiva la mano a la herida. Cuando le cortaron la garganta a Elizabeth, ésta debió de cogerse el cuello. También se equivocó al deducir que la habían arrojado al suelo antes de matarla. ¿Por qué no gritó ni intentó defenderse cuando el asesino la empujó? Tampoco es verosímil que el Destripador estuviera frente a ella cuando la degolló.

En tal caso, habría tenido que derribarla y luchar para inmovilizarla y evitar que gritase mientras le cortaba el cuello, cubriéndose de sangre en el proceso. Sin embargo, Elizabeth todavía tenía el paquete de caramelos en la mano. Cuando se degüella a alguien de frente, suele haber varias incisiones pequeñas debido al incómodo ángulo de ataque. Si la agresión se comete por la espalda, las incisiones son largas y, por lo general, lo bastante profundas para seccionar vasos sanguíneos importantes y atravesar los tejidos y el cartílago hasta llegar al hueso.

Una vez que un asesino ha concebido un método eficaz, es difícil que lo cambie, a menos que un imprevisto le haga abortar la operación o volverse más brutal, lo que depende tanto de su reacción como de las circunstancias. Yo creo que el *modus operandi* del Destripador era el ataque por la espalda. No arrojaba a sus víctimas al suelo, ya que con ello se habría arriesgado a que se resistieran y gritaran. Eran mujeres astutas y atrevidas que no habrían vacilado en defenderse si un cliente se ponía agresivo o decidía no pagarles.

Dudo que Elizabeth Stride tuviera tiempo de reaccionar. Quizá se dirigió al edificio de Berner Street porque sabía que los miembros del IMWC —que solían asistir a las reuniones sin sus esposas o novias— empezarían a salir del local a la una de la madrugada y podrían estar interesados en mantener una relación sexual rápida. Puede que el

Destripador la observara ofrecer sus favores a otros hombres y que se aproximase a ella cuando se quedó sola. Hasta es posible que conociera el club y que hubiese estado allí antes, quizás esa misma noche. Podría haber llevado barba o bigote falsos, o algún otro disfraz que le garantizase que no lo reconocerían.

Walter Sickert hablaba alemán con fluidez, de manera que habría entendido el debate que se celebró en el club la noche del 29 de septiembre y que duró varias horas. Tal vez se encontrara entre los asistentes. Habría sido muy propio de él participar en la reunión y marcharse a eso de la una, cuando empezaron a cantar. O puede que no pisara el club y que hubiera estado vigilando a Elizabeth desde que ésta había salido de la pensión. Hiciera lo que hiciese, no debió de ser tan complicado como podría parecer. No es tan difícil imaginar que un asesino pueda matar con total impunidad en un barrio miserable y oscuro, sobre todo si se trata de un hombre sobrio, inteligente y lógico que domina idiomas, tiene varios escondites secretos y no vive en la zona. Sin embargo, yo creo que el Destripador podría haber hablado con la víctima. Nadie dio explicación alguna sobre la rosa roja de Elizabeth.

El Destripador tuvo tiempo de sobra para escapar mientras Louis Diemschutz corría a buscar una vela y antes de que los miembros del club salieran a ver qué había ocurrido. Poco después de que empezara la conmoción, una mujer que vivía unas puertas más allá, en el número 36 de Berner Street, salió a la calle y vio a un hombre joven que andaba con paso ligero en dirección a Commercial Road.

Según la mujer, éste alzó la vista hasta las ventanas iluminadas del club, y llevaba una brillante cartera Gladstone, muy popular en aquella época y parecida a un maletín de médico.

Marjorie Lilly escribió que Sickert tenía un maletín Gladstone «por el que sentía gran apego». En el invierno de 1918, mientras pintaban en el estudio de Sickert, éste decidió de pronto que debían ir a Petticoat Lane, subió el maletín del sótano y por motivos que Marjorie no comprendió, pintó en él «los arbustos, 81 Camden Road» con grandes trazos blancos. Ella nunca entendió el porqué de «los arbustos», ya que en el descuidado jardín delantero de Sickert no había plantas de ese tipo. Él no ofreció explicación alguna sobre su absurda conducta. Por aquel entonces tenía cincuenta y ocho años, y estaba en pleno uso de sus facultades. Sin embargo, a veces se comportaba de manera extraña, y Lilly recordó que se había sentido muy incómoda cuando Sickert cogió su maletín y las arrastró a ella y otra mujer a una inquietante excursión por Whitechapel, en medio de una niebla densa y acre.

Acabaron en Petticoat Lane, donde la señora Lilly observó estupefacta cómo Sickert se adentraba con su maletín en las miserables calles. «La niebla superaba nuestros peores temores» y estaba casi tan oscuro como si fuese de noche, escribió. Las mujeres siguieron a Sickert, «subiendo y bajando por interminables callejuelas, hasta quedar agotadas», mientras él miraba a los pobres infelices acurrucados en los umbrales y exclamaba con jovialidad: «¡Qué cabeza tan hermosa! ¡Qué barba! ¡Un Rembrandt perfecto!». No pudieron disuadirlo de que interrumpiera aquella aventura, que lo llevó muy cerca de donde habían aparecido las víctimas del Destripador justo treinta años antes.

En 1914, cuando estalló la Primera Guerra Mundial y Londres estaba a oscuras, con las luces apagadas y las cortinas echadas, Sickert escribió en una carta: «Qué calles tan interesantes, iluminadas como hace veinte años, cuando todo era un Rembrandt». Acababa de regresar a casa en plena noche, cruzando Islington «por atajos», y añadió: «En cuanto a la iluminación, ojalá el miedo a los zepelines continuara eternamente».

Interrogué a John Lessore sobre el maletín de su tío, y me respondió que ningún miembro de la familia sabía nada al respecto. Me esforcé mucho por encontrarlo. Si se hubiera usado para transportar cuchillos sanguinolentos, las pruebas de ADN podrían haber arrojado interesantes resultados. Como estoy especulando, me permito añadir que la frase que escribió en el maletín, «los arbustos», tal vez no fuera tan absurda como parecía. En la época de los crímenes del Destripador la policía encontró un cuchillo ensangrentado en unos arbustos cercanos a la casa de la madre de Sickert. De hecho, estos cuchillos comenzaron a aparecer en los sitios más diversos, como si los dejasen a sabiendas para despertar la curiosidad de la policía y los vecinos.

Por la noche del lunes siguiente al asesinato de Elizabeth Stride, Thomas Coram, un vendedor de cocos, salió de la casa de un amigo y vio un cuchillo al pie de unos peldaños que conducían a una lavandería. Tenía una hoja despuntada de unos treinta centímetros, y alrededor de la negra empuñadura había un pañuelo sanguinolento atado con una cuerda. Sin tocar el cuchillo, Coram corrió a buscar a un policía, quien más tarde declaró que el arma se encontraba en el sitio exacto donde él había estado una hora antes. Dijo que era la clase de cuchillo que usaría un cocinero o un panadero, y que estaba «bañado» en sangre seca. Sickert era un excelente cocinero, y a menudo se disfrazaba de chef cuando invitaba a cenar a sus amigos.

Mientras la policía interrogaba a los miembros del club socialista que habían estado cantando en el local durante el asesinato de Elizabeth Stride, Jack el Destripador enfilaba sus pasos hacia Mitre Square, donde se encontró con Catherine Eddows, una prostituta recién salida de la cárcel. Si el Destripador tomó el camino más directo —o sea, si fue por Commercial Road en dirección oeste y giró a la izquierda en Aldgate High Street para entrar en la City—, no debió de tardar más de quince minutos en llegar al escenario de su siguiente crimen.

19. Gente de esa calaña

Catherine Eddows pasó la noche del viernes en un asilo para «pobres ocasionales», al norte de Withechapel Road, porque no tenía los cuatro peniques necesarios para pagar por la mitad de la cama de John Kelly.

Hacía siete u ocho años que vivía con él en la mísera pensión del número 55 de Flower and Dean Street, en Spitalfields. Antes había convivido con Thomas Conway, el padre de sus hijos: dos varones, de quince y veinte años respectivamente, y una chica de veintitrés, Atina Phillips, casada con un deshollinador.

Los dos chicos vivían con Conway, quien la había abandonado porque bebía en exceso. Hacía años que Catherine no los veía, y no era por casualidad. En el pasado sólo había ido a visitarlos cuando necesitaba dinero. Aunque Catherine y Conway no se habían casado nunca, ella solía decir que él la había comprado, y que llevaba sus iniciales tatuadas con tinta azul en el antebrazo izquierdo.

Catherine Eddows tenía cuarenta y tres años y era muy delgada. Morena, de ojos negros y pómulos prominentes, debió de ser atractiva en sus buenos tiempos, aunque las penurias económicas y el alcohol habían desmejorado su aspecto. Ella y Kelly vivían de la venta ambulante de baratijas y de lo que Catherine ganaba de vez en cuando limpiando casas. Solían irse de Londres en septiembre, ya que el otoño era la temporada más dura. Habían regresado ese mismo jueves, después de pasar varias semanas trabajando con el resto de las personas que huían de la ciudad en busca de faenas temporales. Catherine y Kelly habían cambiado provisionalmente el East End por las zonas rurales de Kent, donde habían estado recolectando lúpulo para la fabricación de cerveza. Era un trabajo agotador, y no les pagaban más que un chelín por fanega, pero al menos estaban lejos de la contaminación y la mugre de la ciudad, y podían sentir el sol en la piel y respirar aire puro. Comieron y bebieron como príncipes y durmieron en graneros. Cuando regresaron a Londres no les quedaba ni un céntimo.

El viernes 28 de septiembre Kelly volvió a la pensión del número 55 de Flower and Dean Street, en Spitalfields, y Catherine durmió sola en una cama gratuita de un asilo para pobres. No sabemos qué hizo esa noche. Durante el proceso, Kelly declaró que no era una mujer de la calle, y que él no le habría permitido que estuviera con otros. Catherine nunca le llevaba dinero por la mañana, añadió, quizás anticipándose a la insinuación de que ella se prostituía de vez en cuando para ganar unas monedas. Negó de manera categórica que fuese alcohólica, y explicó que sólo de tarde en tarde «tenía el hábito de beber ligeramente en exceso».

Catherine y Kelly se consideraban marido y mujer, y eran bastante formales a la hora de pagar los ocho peniques que costaba la cama de matrimonio en la pensión de Flower and Dean Street. Cierto que a veces discutían. Hacía unos meses ella lo había dejado por «unas horas», pero Kelly declaró bajo juramento que en los últimos tiempos se llevaban bien. Dijo que el sábado por la mañana ella se había ofrecido a empeñar algunas prendas suyas para comprar comida, pero Kelly había insistido en que entregase en prenda las botas de él. Lo hizo, y le dieron media corona. Esta papeleta de empeño, junto con otra que habían comprado a una mujer en el campo, estaba guardada a buen recaudo en el bolsillo de Catherine, que tenía la esperanza de recuperar las botas de Kelly y otros objetos de valor en un futuro próximo.

El sábado 29 de septiembre, Catherine se encontró con Kelly entre las diez y las once de la mañana en el mercadillo de ropa de segunda mano de Houndsditch, una zanja cerrada que en tiempos de los romanos había sido el foso que protegía las murallas de la ciudad. Houndsditch discurría entre Aldgate High Street y Bishopsgate Within, y bordeaba el lado nordeste de la City londinense. Mientras Catherine y Kelly gastaban casi todo lo que les habían dado por las botas en lo que para ellos debía de ser un suculento desayuno, ella se aproximaba al final de su existencia. Al cabo de quince horas estaría fría y desangrada.

A primera hora de la tarde, Catherine se vistió con toda la ropa que debía de tener: una rebeca negra con cuello y puños de falsa piel, dos chaquetas con ribetes de seda y piel de imitación, una camisa de algodón con volantes y estampado de ásteres y margaritas, un corpiño de paño marrón con cuello de terciopelo negro y botones de metal, una enagua gris, una vieja falda verde de alpaca, otra harapienta falda azul con volante rojo y forro de sarga, una camiseta blanca de percal, un chaleco blanco de hombre con dos bolsillos, leotardos marrones zurcidos con hilo blanco en el pie, un par de botas de hombre (la derecha remendada con hilo rojo), un sombrero de paja negro decorado con cuentas negras y cintas de terciopelo verde y negro, un delantal blanco y, finalmente, atados al cuello, una tira de «gasa de seda roja» y un largo pañuelo blanco.

Entre las distintas capas de ropa y los bolsillos llevaba otro pañuelo, trozos de jabón, hilo, tela blanca, lino, ribetes blancos y azules, cutí y franela azules, dos pipas de cerámica negras, una pitillera de piel roja, un peine, agujas y alfileres, un ovillo de cuerda, un dedal, un cuchillo de mesa, una cucharilla y dos latas que habían sido de mostaza pero que ahora contenían la valiosa provisión de azúcar y té que habían comprado con el dinero de las botas de Kelly. Él no tenía con qué pagar la cama de esa noche, y a las dos de la tarde Catherine le dijo que se iba a Bermondsey, en el sur de la ciudad, a buscar a su hija.

Annie había vivido en Kings Street, en Bermondsey, pero hacía años que se había mudado de allí, aunque es evidente que Catherine no lo sabía. Kelly le indicó que preferiría que no fuese a ninguna parte. «Quédate», le pidió. Pero ella insistió, y cuando Kelly le gritó que tuviera cuidado con el «Cuchillo» —el apodo popular del asesino del East End—, se echó a reír. Claro que tendría cuidado; siempre lo tenía. Le prometió que volvería antes de dos horas.

Catherine no vio a su hija esa tarde, y nadie parecía saber dónde había estado. Puede que fuera a Bermondsey y se llevase una desagradable sorpresa al descubrir que la joven se había mudado. Tal vez los vecinos le dijeran que Annie y su marido se habían marchado de allí hacía por lo menos dos años. O quizá nadie supiera de quién hablaba cuando explicó que buscaba a su hija. También es posible que Catherine no tuviera intención de ir a Bermondsey, y que sólo buscara una excusa para ganar unos peniques con los que comprar ginebra. Debía de saber que ningún miembro de su familia quería verla. Catherine era una borracha y una indecente que pertenecía a la escoria. Era una «desdichada» y una deshonra para sus hijos. En lugar de reunirse con Kelly a las cuatro, acabó en un calabozo de la comisaría de Bishopsgate, detenida por alcoholismo.

La comisaría estaba a un paso de Houndsditch, donde Kelly y Catherine se habían gastado el dinero de las botas en comida y bebida. Cuando él se enteró de que la habían metido entre rejas, pensó que estaba segura y se fue a dormir. En el proceso reconoció que habían detenido a Catherine otras veces. Pero, como se había dicho de otras víctimas del Destripador, era una mujer «sobria y tranquila» que solía ponerse contenta y cantar cuando había bebido una copa de más, cosa que, desde luego, no ocurría a menudo. Según las declaraciones de los amigos de las víctimas del Destripador, ninguna de éstas era

alcohólica.

En aquellos tiempos el alcoholismo no se consideraba una enfermedad. La «ebriedad habitual» era un problema propio de las personas «de mente débil» o «intelecto débil», destinadas a acabar en el manicomio o en la cárcel. El alcoholismo era un claro indicio de degradación moral, y el alcohólico era un pecador entregado al vicio, un imbécil en ciernes. La negación era tan común entonces como ahora, y abundaban los eufemismos. La gente se daba a la bebida. Bebía una gota. Solía beber. Estaba bebida. Y Catherine lo estaba aquel sábado por la noche. Hacia las ocho y media perdió el conocimiento en la acera de Aldgate High Street, y el agente de policía George Simmons la levantó y la llevó a un lado. La apoyó contra un postigo, pero ella era incapaz de mantenerse en pie.

Simmons llamó a otro policía y juntos la condujeron a la comisaría de Bishopsgate. Catherine estaba demasiado borracha para decir dónde vivía, o si conocía a alguien que pudiera ir a buscarla, y cuando le preguntaron su nombre masculló: «Nada». A eso de las nueve la metieron en el calabozo. A las doce y cuarto se despertó y empezó a cantar. El agente George Hutt declaró que había estado vigilándola durante tres o cuatro horas, y que a eso de la una de la madrugada, ella le había preguntado si la dejaría marchar. El policía respondió que lo haría en cuanto fuera capaz de cuidar de sí misma.

Catherine aseguró que ya lo era, y preguntó la hora.

—Demasiado tarde para «otra copa» —repuso él.

—Bueno, ¿qué hora es? —insistió ella.

—Cerca de la una.

—Me espera una buena cuando vuelva a casa —dijo Catherine.

—Se la ha ganado; no tiene derecho a emborracharse.

George Hutt abrió la puerta de la celda y la llevó al despacho para que el sargento la interrogase. Catherine dio un nombre y una dirección falsos: «Mary Ann Kelly, de Fashion Street».

El agente Hutt abrió las puertas de batiente que daban a un pasillo y le indicó el camino.

—Por ahí, señora —indicó, y le pidió que cerrase la puerta al marcharse.

—Buenas noches, amigo —respondió ella y salió.

Dejó la puerta abierta y giró a la izquierda, en dirección a Houndsditch, donde había prometido encontrarse con John Kelly nueve horas antes. Nunca sabremos por qué se dirigió primero allí y luego a Mitre Square, en la City, que, a pie, se encontraba a unos ocho o diez minutos de la comisaría de Bishopsgate. Tal vez quisiera ganar unos peniques más, y en la City no solía haber problemas, o al menos la clase de problemas que podía preocupar a Catherine. La próspera City londinense estaba animada y llena de gente durante el día, pero la mayoría de las personas que trabajaban en la «Milla Cuadrada» no vivía allí. Catherine y John Kelly tampoco.

La pensión de Flower and Dean Street se hallaba fuera de la City, y puesto que Kelly no conocía las actividades complementarias de su emprendedora mujer (o eso juró después de la muerte de ella), puede que Katherine considerara prudente quedarse un rato en la City en lugar de volver a casa y enzarzarse en una pelea. O tal vez no supiera lo que hacía. Había pasado menos de cuatro horas en el calabozo. Una persona normal tarda alrededor de una hora en metabolizar unos 200 ml de alcohol (o una cerveza). Catherine debía de haber bebido mucho más para «caer redonda al suelo», y puede que siguiera intoxicada cuando el agente Hutt le dio las buenas noches.

Como mínimo debía de estar aturdida y con resaca, y puede que también

experimentase temblores y lagunas de memoria. El mejor remedio era un poco del veneno que la había puesto en ese estado. Necesitaba otra copa y una cama, y sin dinero no podría conseguir ninguna de las dos cosas. Si su hombre iba a montarle una escena, más le valía ganar unos peniques y dormir en otra parte durante el resto de la noche. Con independencia de lo que le pasara por la cabeza, no parece que tuviera intención de reunirse con Kelly. Mitre Square estaba en la dirección opuesta de Flower and Dean Street.

Unos treinta minutos después de que Catherine saliera de su celda, un viajante de comercio llamado Joseph Lawende y sus amigos Joseph Levy y Harry Harris salieron del club Imperial, situado en el número 16 y el 17 de Duke Street, en la City. Estaba lloviendo, y Lawende andaba a paso ligeramente más rápido que sus acompañantes. En el cruce de Duke Street y Church Passage, la calle que conducía a Mitre Square, vio a un hombre y una mujer. En la investigación, Lawende declaró que el hombre estaba de espaldas a él, de manera que sólo advirtió que era más alto que la mujer y que llevaba una gorra, quizá con visera.

La mujer vestía chaqueta y sombrero negros, recordó Lawende, y a pesar de lo oscuro que estaba en esos momentos, con posterioridad identificó esas prendas como las de la mujer que había visto justo a la una y media de la madrugada, según el reloj del club y el suyo propio. «Dudo que pudiera reconocerlo», refirió Lawende del hombre. «No oí ni una palabra de lo que decían. No parecían estar discutiendo. Hablaban en voz muy baja… No me volví para comprobar adonde iban».

Joseph Levy, que era carnicero, tampoco vio bien a la pareja, aunque calculó que el hombre medía unos ocho centímetros más que la mujer. Al bajar por Duke Street, le dijo a su amigo Harris: «No me gusta volver solo a casa cuando veo gente de esa calaña por los alrededores». Durante el interrogatorio del juez instructor, Levy modificó un poco esta declaración: «No noté nada en la mujer ni en el hombre que me inspirase temor».

Los miembros de la policía de la City aseguraron a los periodistas que en Mitre Square no solía haber prostitutas, y que ellos estaban siempre alerta ante cualquier pareja que anduviera por allí a altas horas de la noche. Si los agentes tenían órdenes de vigilar a los hombres y las mujeres que rondaban la plaza a aquellas horas, cabe suponer que allí tenían lugar actividades cuestionables. Mitre Square estaba mal iluminada. Se accedía a ella por tres largos y oscuros pasajes. Estaba rodeada de edificios vacíos, y el sonido de las suelas de cuero de los policías sobre el asfalto podía oírse desde lejos, de manera que había tiempo de sobra para esconderse.

Como habían visto a Catherine en compañía de un hombre poco antes de que la asesinasen, algunos formularon la hipótesis de que había concertado una cita en Mitre Square con anterioridad a su detención. Es una sugerencia inverosímil, incluso absurda. Estuvo con Kelly hasta las dos de la tarde. Se emborrachó y no salió del calabozo hasta la una de la madrugada. Es difícil creer que concertase un encuentro nocturno con un cliente cuando era posible comprar sexo rápido también durante el día. Había suficientes escaleras, edificios en ruinas y otros sitios desiertos donde practicar actividades clandestinas. Aunque Catherine hubiera concertado una «cita» estando ebria, hay grandes posibilidades de que fuera incapaz de recordarla. Es más lógico pensar que se dirigió a la City con intención de buscar trabajo pero sin un cliente en particular en mente, confiando en que la suerte la acompañase.

El jefe de la policía de la City, Henry Smith, que debía de ser un hombre tan tenaz como el capitán Achab durante la caza de la gran ballena blanca, no podía prever que el diablo aparecería en su propio distrito y permanecería impune durante un siglo. Smith

estaba durmiendo tan mal como de costumbre en su casa de Cloak Lane Station, construida en el puente de Southwark, en la orilla norte del Támesis. Enfrente había un depósito de locomotoras, y los furgones hacían un ruido terrible a todas horas. El taller de cueros que había detrás de sus habitaciones despedía el hedor de las pieles curtidas, y ni siquiera podía abrir la ventana, ya que no tenía ninguna.

Smith se sobresaltó al oír el teléfono, y lo buscó a tientas en la oscuridad. Uno de sus hombres le informó que había habido otro asesinato, esta vez en la City. Smith se vistió y corrió hacia el pequeño carruaje que lo aguardaba, «una invención del diablo», como lo llamaba él, ya que era terriblemente caluroso en verano y frío en invierno. El cabriolé estaba diseñado para llevar dos pasajeros, pero esa mañana Smith lo compartió con un inspector y tres detectives. «Avanzábamos como un buque de guerra en medio de un temporal», recordó Smith. Pero «llegamos a nuestro destino, Mitre Square», donde había varios agentes congregados en torno al cadáver mutilado de Catherine Eddows, aún sin identificar.

Mitre Square era una pequeña zona descubierta rodeada de almacenes, casas abandonadas y algunas tiendas que a aquellas horas estaban cerradas. Durante el día la plaza se llenaba de fruteros, hombres de negocios y vagabundos. Se llegaba allí por tres largos pasajes cuyos faroles de gas, adosados a los muros, apenas conseguían disipar las sombras por las noches. En la plaza sólo había una farola, y estaba a unos veinticinco metros del oscuro rincón donde habían asesinado a Catherine. Un agente de policía vivía con su familia en el otro extremo de la plaza, pero no oyó nada. James Morris, vigilante del almacén de Kearley & Tongue, un establecimiento de venta al mayor de comestibles situado en la plaza, estaba despierto y trabajando, pero tampoco escuchó ruido alguno.

Una vez más, nadie parecía haber oído nada mientras el Destripador mutilaba a su víctima. Si los testigos no se equivocaron al calcular la hora, Catherine Eddows debía de llevar catorce minutos muerta cuando el agente Edward Watkins entró en la plaza por Leadenhall Street. Por lo general, completaba su ronda en un lapso de entre doce y catorce minutos, y no había visto nada fuera de lo normal al pasar por la plaza a la una y media. Pero a la una y cuarenta y cuatro iluminó un rincón oscuro con su linterna de ojo de buey y vio a una mujer tendida boca arriba, con la cara hacia la izquierda y los brazos a los lados con las palmas vueltas. Tenía la pierna izquierda extendida y la derecha flexionada, y la ropa recogida sobre el pecho dejaba expuesto el abdomen, que estaba cortado desde el esternón hasta los genitales. Le habían extraído los intestinos y los habían puesto encima de su hombro derecho. Watkins corrió al almacén de Kearley & Tongue, llamó a la puerta y la abrió, interrumpiendo al vigilante, que estaba fregando la escalera.

«Por el amor de Dios, amigo, venga a ayudarme», dijo Watkins. El vigilante dejó de limpiar y tomó su lámpara mientras el nervioso Morris le contaba que había descubierto a «otra mujer cortada en pedazos». Los dos se dirigieron con rapidez a la esquina sudoeste de Mitre Square, donde el cuerpo de Catherine yacía sobre un charco de sangre. Morris tocó el silbato y corrió primero hacia Mitre Street y después a Aldgate Street, pero, según declaró cuando lo interrogaron, no vio «por allí a ninguna persona sospechosa». Continuó corriendo y tocando el silbato hasta que encontró a dos policías. «Vayan a Mitre Square —les dijo—. ¡Ha habido otro terrible asesinato!».

El médico de la policía de la City, el doctor Gordon Brown, llegó al escenario del crimen poco después de las dos de la mañana. Se acuclilló junto al cadáver y encontró tres botones de metal, un dedal «corriente» y un bote de mostaza que contenía dos papeletas de empeño. Basándose en la temperatura del cuerpo, la ausencia de *rigor mortis* y otras

observaciones, el doctor Brown llegó a la conclusión de que la víctima había muerto hacía menos de media hora. No vio moretones ni otros signos de lucha, como tampoco indicios de relaciones sexuales (o «conexión reciente»).

En opinión del médico, la ubicación de los intestinos era «deliberada», lo cual, teniendo en cuenta las circunstancias, parece difícil. Tanto en el caso de Annie Chapman como en el de Catherine Eddows, el Destripador actuó con nerviosismo y en medio de una oscuridad tan acusada que apenas podía ver lo que hacía. Seguramente estaría en cuclillas, o inclinado sobre la parte inferior del cuerpo de la víctima, cuando cortó la ropa y la carne, y es más probable que arrojara los intestinos a un lado para buscar los órganos que de verdad le interesaban.

Los informes policiales y la prensa se contradicen en lo referente al aspecto que tenía Catherine cuando la encontraron. En una descripción se dice que le cortaron un trozo de colon de sesenta centímetros y lo colocaron entre el brazo derecho y el cuerpo, pero según el *Daily Telegraph*, el segmento de colon estaba «enroscado y dentro de la herida, en el lado derecho del cuello». Fue providencial que el hijo de un inspector de la policía de la City, Frederick William Foster, fuera arquitecto. Lo llamaron de inmediato para que dibujara tanto el cadáver como la zona donde lo habían hallado. Estos bocetos ofrecen una imagen detallada e inquietante del escenario del crimen, más sobrecogedora que las descripciones que los testigos ofrecieron durante la investigación.

Toda la ropa de Catherine estaba cortada o desgarrada, y la cavidad que dejaba al descubierto constituía una profanación más terrible que una autopsia. El Destripador le había abierto el pecho y el abdomen hasta los genitales y la parte superior de los muslos. Cortó éstos y la vagina como si hubiese estado apartando los tejidos para amputar las piernas a la altura de las articulaciones de la cadera.

La desfiguración de la cara era pavorosa. Debajo de ambos ojos había unas hendiduras extrañas y profundas, semejantes a los acentos artísticos que Sickert usó en algunos cuadros, sobre todo en el retrato de una prostituta veneciana a quien llamaba Giuseppina. La parte más dañada de la cara de Catherine era la derecha, la que estaba a la vista cuando descubrieron el cadáver y la misma donde Giuseppina, en el retrato titulado *Putana a casa*, muestra inquietantes pinceladas negras que sugieren una mutilación. En la fotografía que le hicieron en el depósito de cadáveres, Catherine Eddows se parece a Giuseppina: ambas tenían el cabello largo y negro, y los pómulos y la barbilla prominentes.

Sickert pintó a Giuseppina entre 1903 y 1904. Aunque examiné cartas y otros documentos, y consulté con expertos en su obra, no conseguí encontrar indicio alguno de que las personas que visitaron al pintor en Venecia hubieran visto o conocido a esta prostituta. Es posible que Sickert la pintase en la intimidad de su estudio, pero no tengo ninguna prueba de la existencia de Giuseppina. En otro cuadro de la misma época, *Le Journal*, aparece una mujer morena con la cabeza inclinada hacia atrás y la boca abierta, leyendo un periódico que sujeta de manera grotesca muy por encima de su cara desencajada. Alrededor del cuello lleva un prieto collar blanco.

«Qué bonito collar le he puesto», escribió el Destripador el 17 de septiembre de 1888.

El «bonito collar» de Catherine Eddows era el impresionante tajo que se observa en una de las pocas fotografías tomadas antes de que le practicasen la autopsia y le suturaran las heridas. Las semejanzas entre esa fotografía y *Le Journal* son sorprendentes. Sickert no pudo ver a Catherine con la garganta cortada y la cabeza colgando hacia atrás a menos que estuviera en el depósito antes de la autopsia o en el escenario del crimen.

El cadáver de Catherine se transportó en ambulancia manual al depósito de Golden Lane, y cuando la desnudaron bajo la atenta mirada de la policía, el lóbulo de su oreja izquierda cayó de entre la ropa.

20. Irreconocible

El doctor Brown y un equipo de médicos practicaron la autopsia a las dos y media de la tarde del sábado.

Aparte de un pequeño cardenal reciente en la mano izquierda de Catherine, los médicos no encontraron lesiones que indicaran que había luchado con su agresor, o que éste la había golpeado, estrangulado o arrojado al suelo. La causa de la muerte fue un corte en el cuello de entre quince y diecisiete centímetros, que comenzaba en la oreja izquierda —seccionando el lóbulo— y terminaba a unos siete centímetros por debajo de la oreja derecha. La incisión atravesó la laringe, las cuerdas vocales y todas las estructuras profundas del cuello, mellando el cartílago intervertebral.

El doctor Brown determinó que Catherine Eddows se había desangrado debido al corte de la carótida izquierda, que la muerte «fue inmediata» y que el resto de las mutilaciones se habían infligido *post mortem*. En su opinión, sólo habían utilizado un arma, probablemente un cuchillo puntiagudo. Podría haber añadido muchas cosas más. El informe de la autopsia señala que el Destripador cortó la ropa de Catherine. Teniendo en cuenta la cantidad de prendas que llevaba, esto parece difícil y plantea interrogantes.

Un instrumento cortante corriente no puede atravesar con facilidad tejidos de lana, lino y algodón, por muy viejos o raídos que estén. Yo experimenté con una selección de cuchillos, dagas y navajas de afeitar del siglo XIX, y descubrí que cortar una tela con una hoja curva o larga resulta difícil, incluso peligroso. Es preciso que el cuchillo sea fuerte y puntiagudo y que esté muy afilado. Descubrí que la mejor opción era una daga de quince centímetros dotada de una guarnición que protegía la mano, evitando que se deslizase hacia la hoja.

Sospecho que el Destripador no «atravesó» la ropa con el cuchillo, sino que practicó pequeños cortes en las distintas capas y luego desgarró la tela para exponer el abdomen y los genitales. Vale la pena analizar este cambio en el *modus operandi*, ya que no hay indicios de que cortara la ropa de Mary Ann Nichols ni la de Annie Chapman. Sin embargo, no podemos estar seguros de lo que ocurrió en esos casos. Los informes están incompletos, y es probable que no se redactasen ni conservasen de manera concienzuda. Aunque la policía de la City no estuvo más cerca de capturar al Destripador que la metropolitana, disponía de más medios para investigar sus crímenes.

Los informes de Catherine Eddows se han conservado sorprendentemente bien, y revelan que el examen del cadáver fue minucioso y profesional. La policía de la City contaba con ventajas, incluido el nada desdeñable hecho de que se hubiera dado una importante difusión a ciertos errores que había cometido en los últimos tiempos. Tenía una jurisdicción más pequeña, rica y fácil de controlar, un depósito de cadáveres decente y acceso a excelentes médicos. Después de transportar a Catherine al depósito, asignaron un inspector con la única responsabilidad de vigilar el cadáver, la ropa y demás efectos personales. El doctor Brown practicó la autopsia con la ayuda de otros dos médicos, uno de los cuales era el doctor George Phillips, de la policía metropolitana. Suponiendo que Catherine fuera la primera víctima a la que le «cortaron» la ropa, en lugar de levantarla, el cambio de *modus operandi* indicaría un aumento de la agresividad y la confianza del Destripador, así como una intensificación de su desprecio y su necesidad de sembrar el pánico.

Catherine estaba casi desnuda y tenía las piernas abiertas, y la mataron en medio de una acera. La sangre que salió de la carótida cortada fluyó por debajo de su cuerpo y dejó su contorno marcado en el suelo, una silueta que los transeúntes vieron y pisaron al día siguiente. El Destripador la atacó prácticamente a la vista de un vigilante, un policía que vivía en la plaza y un agente de la policía de la City cuya ronda lo obligaba a pasar por el escenario del crimen más o menos cada veinticinco minutos. Las lesiones que infligió en el cuerpo de Catherine no requerían conocimientos de cirugía. Se limitó a cortar como un poseso.

Los cortes de la cara fueron rápidos y enérgicos; en la boca, el arma seccionó los labios y alcanzó las encías. La incisión del caballete de la nariz se extendía hasta la mandíbula izquierda, atravesando la mejilla y dejando al descubierto el hueso. Le habían cercenado la punta de la nariz, y otros dos tajos en las mejillas le levantaron la piel, dejando colgajos triangulares. Las lesiones del abdomen, los genitales y los órganos internos eran igual de brutales. Las heridas que la abrieron en canal eran irregulares y alternaban con puñaladas. El asesino extirpó el riñón izquierdo, cortó con torpeza la mitad del útero y se los llevó.

Catherine presentaba cortes en el páncreas y el bazo, y una herida en la vagina que se extendía hasta el recto. Los tajos del muslo derecho eran tan profundos que seccionaron varios ligamentos. La agresión no fue meticulosa, ni siquiera metódica. La intención era mutilar, y es evidente que el Destripador estaba fuera de sí. Pudo infligir todas estas lesiones en menos de diez minutos, quizás incluso en cinco. Necesitaba cada vez más audacia y salvajismo para experimentar la misma emoción. El «atrápenme si pueden» del Destripador parecía estar llegando al límite.

D. S. MacColl, artista, crítico y defensor de Sickert, escribió en una carta que éste «algún día se sobrestimará». Pero Sickert no lo hizo, al menos en esta vida. La ley no estaba en condiciones de seguir las pistas forenses y psicológicas que dejó tras de sí en cada asesinato. En la actualidad las pruebas se habrían recabado de una forma muy distinta, con unos métodos que los victorianos habrían tomado por una fantasía de Julio Verne. El lugar donde asesinaron a Catherine Eddows planteaba dificultades, ya que estaba a la intemperie y era un sitio público que debía de estar alterado por multitud de personas. La iluminación era pésima, y el carácter morboso del caso habría requerido que la policía tomase precauciones para evitar que los curiosos —que sin duda se congregarían y permanecerían allí incluso después de que se llevaran el cadáver al depósito de Golden Lane— modificasen aún más el escenario del crimen.

La prueba más importante en un homicidio es el cadáver. Los indicios relacionados con él deben preservarse por todos los medios posibles. Si Catherine Eddows apareciera muerta en Mitre Square mientras escribo esto, la policía precintaría de inmediato la zona, pediría refuerzos por radio y llamaría al médico forense. Se encenderían focos, y llegarían vehículos de salvamento con luces destellantes. La policía acordonaría y vigilaría todas las avenidas, calles y pasajes que condujeran al escenario del crimen.

Un policía secreto, o un miembro del equipo forense, usaría una cámara de vídeo para filmar el lugar de los hechos, incluyendo a los curiosos. Es muy posible que Sickert estuviera allí, mezclado con la multitud; de hecho, yo estoy convencida de ello. Habría sido incapaz de resistirse a la tentación de ver la reacción de su público. En el cuadro titulado *La feria de noche, Dieppe*, Sickert plasmó una escena muy parecida a la que debían de componer los mirones que se congregaban en los escenarios de los crímenes del East End.

La feria de noche, Dieppe, pintado hacia 1901, muestra a una multitud desde atrás,

vista por los ojos de un observador que permanece a una distancia prudencial de los curiosos. Si no fuera por el toldo de un tiovivo que parece irrumpir en el cuadro desde la derecha, no habría razones para pensar que la escena corresponde a una feria de atracciones. La gente no parece interesada en el tiovivo, sino en la actividad que tiene lugar cerca de unas casas de vecindad o conventicos.

Sickert pintó este cuadro partiendo de un boceto. Hasta los sesenta y tantos años, se limitó a pintar lo que veía. Luego comenzó a copiar fotografías, como si la necesidad de salir a la calle y experimentar su arte hubiera ido decreciendo en la misma medida que su potencia sexual. «A los cincuenta no se puede trabajar igual que a los cuarenta», reconoció una vez.

Los escenarios de los crímenes del Destripador se convirtieron precisamente en ferias o espectáculos festivos: niños que voceaban las ediciones especiales de los periódicos, vendedores ambulantes que acudían con sus carros de mercancías y vecinos que vendían entradas. En Berner Street, el Club Educativo de la Internacional Obrera cobraba entrada para ver el patio donde habían asesinado a Elizabeth Stride, y usaba el dinero para la impresión de sus panfletos socialistas. Por un penique, uno podía comprar «una emocionante aventura» sobre los asesinatos de Whitechapel, que contenía «todos los detalles de estos Diabólicos Crímenes e ilustraciones fieles de los Horrores Nocturnos de este barrio de la Gran Ciudad».

En ningún escenario de los crímenes del Destripador se encontraron huellas o rastros de la huida del asesino. Me cuesta imaginar que no pisara sangre, teniendo en cuenta que las heridas que infligió a sus víctimas debieron de producirla en abundancia. Pero sus sanguinolentas pisadas no habrían podido detectarse sin la ayuda de sustancias químicas o lámparas de luz alterna. Sin duda se pasaron por alto pequeños indicios, y podemos estar seguros de que el Destripador dejó pelos, fibras y otras partículas microscópicas en sus víctimas y en el lugar de los hechos. También se llevaría pruebas en el cuerpo, el calzado y la ropa.

Las víctimas del Destripador habrían sido una pesadilla para los médicos forenses de hoy, debido a la alteración del escenario del crimen y a la suma de indicios procedentes de los diversos clientes de las víctimas —incluyendo el semen—, todo agravado por la falta de higiene. Pero habría merecido la pena recoger ciertas sustancias orgánicas e inorgánicas. Los cosméticos que utiliza un asesino se transfieren con facilidad a la víctima. Si Sickert hubiera usado maquillaje teatral para oscurecerse la piel, si se hubiera teñido el pelo para la ocasión o hubiera utilizado adhesivos para pegar barbas o bigotes falsos, los científicos forenses habrían podido detectar estas sustancias con los medios disponibles en la actualidad, como el microscopio de luz polarizada, los análisis químicos o la espectrofotofluorometría.

Algunos tintes de lápices de labios son tan fáciles de identificar que es posible precisar la marca y el nombre comercial del color. El maquillaje de teatro y las pinturas artísticas de Sickert no habrían engañado al microscopio electrónico de barrido, la microsonda iónica, el difractómetro de rayos X o la cromatografía de capa delgada, por mencionar sólo unos pocos de los recursos modernos. En *Broadstairs*, un cuadro de Sickert de la década de 1920, la témpera adquirió un color azul fluorescente cuando lo examinamos con una fuente de luz alterna no destructiva en el Instituto de Ciencia y Medicina Forense de Virginia. Si un residuo microscópico de este pigmento hubiera pasado de las manos o la ropa de Sickert a la víctima, el Omnichrome lo habría detectado, y a continuación se habrían realizado análisis químicos.

Encontrar pintura artística en una víctima habría supuesto un avance importante en la investigación. Si en la época victoriana se hubieran podido detectar restos de pintura en la sangre de la víctima, la policía no habría llegado a la precipitada conclusión de que Jack el Destripador era un carnicero, un judío polaco o ruso loco, o un estudiante de medicina desequilibrado. La presencia de residuos compatibles con cosméticos o adhesivos también habría planteado interrogantes significativos. Los cuchillos que aparecieron en la calle habrían proporcionado respuestas, en lugar de suscitar dudas.

Un rápido análisis químico preliminar habría permitido precisar si el material seco y rojizo que se halló en las hojas de esas armas era sangre, óxido u otra sustancia. Las pruebas de precipitina —un anticuerpo que reacciona ante un antígeno específico— habrían indicado si la sangre era humana, en cuyo caso el estudio del ADN habría dejado claro si coincidía o no con el perfil genético de una víctima determinada. Podrían haberse detectado huellas dactilares en la empuñadura del cuchillo, y si Jack el Destripador hubiera dejado rastros de sangre o sudor en el pañuelo con que envolvió el arma, habría sido posible determinar su ADN.

Los pelos se habrían comparado entre sí, o analizado para buscar ADN mitocondrial. Las marcas que el arma produjo en el cartílago o el hueso se habrían cotejado con cualquier arma recuperada. Aunque en la actualidad se habrían hecho todas las pruebas posibles para atrapar al Destripador, lo que no podemos saber es hasta qué punto estaría informado Sickert si estuviera cometiendo sus crímenes ahora. Sus amigos le atribuían una mente científica. Sus pinturas y dibujos demuestran que poseía considerables conocimientos técnicos.

Realizó algunos dibujos en un cuaderno de contabilidad que tenía columnas para las libras, los chelines y los peniques. Al dorso de otros dibujos hay operaciones matemáticas, quizá porque calculaba el precio de las cosas. En el papel pautado de una carta del Destripador hay unos garabatos similares (al parecer, trataba de averiguar el precio del carbón).

El arte de Sickert era tan premeditado como sus crímenes. Yo estoy convencida de que, si estuviera matando ahora, lo sabría todo sobre la ciencia forense, igual que conocía los medios disponibles en 1888: la comparación de la letra, la identificación por rasgos físicos y las «marcas de dedos». También debía de estar bien informado sobre las enfermedades de transmisión sexual, y sin duda mantenía el menor contacto posible con los fluidos corporales de sus víctimas. De seguro usaba guantes para matar y se quitaba la ropa ensangrentada en cuanto tenía ocasión. Quizá se pusiera botas con suela de goma, que eran silenciosas y fáciles de limpiar. Es muy probable que llevara mudas de ropa, disfraces y armas en su maletín, y que envolviera los objetos con papel de periódico y cuerda.

Un día después del asesinato de Mary Ann Nichols, el sábado 1 de septiembre, el *Daily Telegraph* y el *Weekly Dispatch* publicaron la peculiar experiencia que supuestamente había vivido un lechero a las once de la noche anterior, o sea, unas horas después de que se cometiera el crimen. El lechero, que tenía una tienda en Little Turner Street, al final de Commercial Road, informó a la policía de que un desconocido con un brillante maletín negro había entrado en su establecimiento para comprar un penique de leche, que se había bebido en el acto.

Luego, el hombre pidió permiso al lechero para entrar en un cobertizo. Mientras estaba allí, el lechero vio algo blanco. Entró a investigar y encontró al desconocido cubriéndose los pantalones con un «mono blanco, como el que usan los ingenieros». Al momento se puso una chaqueta blanca sobre el chaqué negro y dijo: «Un crimen atroz, ¿no?

—Cogió su maletín negro y salió a la calle, al tiempo que exclamaba—: ¡Creo que tengo una pista!».

El lechero describió al desconocido como un hombre de unos veintiocho años, rubicundo, con barba de tres días, cabello oscuro y ojos grandes y escrutadores, y añadió que tenía el aspecto de un «oficinista» o un «estudiante». La chaqueta y el mono blancos —similares a los de un «ingeniero»— eran también las prendas que usaba Sickert para protegerse la ropa cuando pintaba en sus estudios. La familia de su segunda esposa donó tres conjuntos como éste a los archivos de la Tate Gallery.

La anécdota del lechero adquiere un cariz aún más sospechoso si se le suma otro dato sobre vestimenta que difundió la prensa tras los asesinatos de Elizabeth Stride y Catherine Eddows. A las nueve del día siguiente, el lunes 1 de octubre, el propietario de la taberna Nelson de Kentish Town, un tal señor Chinn, encontró un paquete envuelto en papel de periódico detrás de la puerta de un edificio anexo al local. No le dio importancia hasta que leyó la noticia del asesinato de Elizabeth Stride, y se dio cuenta de que el paquete coincidía con la descripción del que había llevado el hombre a quien habían visto con Elizabeth una hora antes de su muerte.

El señor Chinn fue a la comisaría de Kentish Town Road para denunciar el hecho. Cuando regresó a la taberna con un detective, vieron que alguien había pateado el paquete, arrojándolo a la calle, y que el papel se había rasgado. Dentro había un par de pantalones oscuros empapados en sangre. En el envoltorio se encontraron cabellos adheridos a la sangre coagulada. No parece haber otra descripción de esos cabellos ni del papel de periódico, y los pantalones se los llevó un mendigo. Supongo que el detective no les vio utilidad y los dejó en la calle.

La descripción del hombre que el agente William Smith vio conversando con Elizabeth Stride es similar a la que dio el lechero del individuo que entró en su tienda: ambos eran morenos, con la cara afeitada —o, al menos, sin barba— y de unos veintiocho años. La taberna Nelson estaba en Kentish Town, a unos tres kilómetros al este de South Hampstead, donde vivía Sickert. Éste no tenía la tez morena, pero le habría resultado fácil crear esa impresión con maquillaje. No tenía el cabello oscuro, pero los actores solían teñírselo o usar peluca.

Habría sido muy fácil dejar paquetes, incluso maletines, en sitios ocultos, y dudo que a Sickert le preocupase la posibilidad de que la policía encontrara sus pantalones ensangrentados. En aquellos tiempos no hubieran servido para obtener información útil, a menos que mostrasen alguna señal que pudiera conducir a su propietario.

Las mutilaciones faciales son reveladoras en extremo, y un criminólogo o un psicólogo forense concederían mucha importancia a las de la cara de Catherine Eddows, que, en palabras del inspector jefe Donald Swanson, quedó «casi irreconocible». El rostro es la persona. Mutilar es algo personal. Por lo general se llega a este grado de violencia cuando el asesino y la víctima se conocen, pero no siempre es así. Sickert destrozaba sus cuadros a cuchilladas cuando no le gustaban. En una ocasión envió a su esposa Ellen a comprar dos cuchillos de hoja curva y afilada, como los que ella usaba para podar las plantas.

Esto ocurrió en París, según contó Sickert al escritor Osbert Sitwell. Sickert explicó que necesitaba los cuchillos para ayudar a destrozar unos cuadros de Whistler. El maestro solía quedar insatisfecho con su obra y, una vez agotados todos los recursos, la destruía. Un método era quemarla; otro, cortarla en pedazos. Mientras Sickert fue su aprendiz, debió de ayudarle a destripar los cuadros, como decía él, y quizá con los mismos cuchillos que

mencionó a Sitwell. No sabemos cuándo los compró, pero tuvo que ser entre 1885 y 1887, o a principios de 1888. Sickert no se casó hasta 1885. Whistler lo hizo en 1888, cuando empezaba a enfriarse su relación con Sickert, que se rompería de manera definitiva menos de tres años después.

Existe cierta semejanza entre el artista que destruye un cuadro que ha llegado a odiar y el asesino que destruye la cara de su víctima. La destrucción refleja la voluntad de eliminar un objeto que causa frustración e ira. O un intento de eliminar lo que uno no puede poseer, ya se trate de la perfección artística o de otro ser humano. Si uno desea mantener relaciones sexuales y no puede, destruir el objeto de deseo equivale a lograr que éste deje de ser deseable.

Noche tras noche, Sickert contemplaba actuaciones provocativas en los teatros de variedades. Durante gran parte de su carrera pintó mujeres desnudas. Pasó muchas horas mirando, incluso tocando, detrás de las puertas cerradas con llave de su estudio, pero sólo consumaba a través del lápiz, el pincel o la espátula. Si era capaz de sentir deseo sexual, pero incapaz de satisfacerlo, su frustración debía de ser angustiosa e irritante. En la década de 1920 pintó varios retratos de una joven estudiante llamada Ciceley Hey. Un día que estaba solo con ella en el estudio, se sentó a su lado y, de improviso y sin razón aparente, comenzó a gritar como un loco.

Uno de estos retratos es *La muerte y la doncella*. En algún momento, entre principios de la década de 1920 y 1942, el año de su muerte, Sickert regaló *El dormitorio de Jack el Destripador* a Ciceley. Nadie sabe dónde había estado este cuadro desde que lo terminó, en 1908. También es un misterio por qué se lo dio a Ciceley Hey, a menos que queramos creer que tenía fantasías sexuales violentas con ella. Si a esta mujer le resultó extraño que Sickert creara una obra tan reveladora, y con un título igual de premonitorio, no tengo constancia de ello.

Puede que a Sickert le gustasen las modelos feas porque prefería estar rodeado de carne que no le resultara deseable. Tal vez el asesinato y la mutilación fueran una poderosa catarsis para su frustración y su ira, a la vez que una forma de destruir el deseo. Esto no quiere decir que deseara a las prostitutas. Pero éstas representaban el sexo. Representaban a su indecente abuela, la bailarina escocesa que, en la retorcida mente de Sickert, podría haber sido la culpable de que él naciera con un grave defecto físico. Podemos hacer conjeturas que quizá suenen razonables, pero que nunca explicarán toda la verdad. El que una persona desprecie la vida hasta el punto de disfrutar destruyéndola es algo que escapa al entendimiento.

La teoría de que el Destripador degollaba a sus víctimas una vez que estaban en el suelo siguió siendo la dominante incluso después de los asesinatos de Elizabeth Stride y Catherine Eddows. Basándose en la distribución de las manchas de sangre, los médicos y la policía concluyeron que las mujeres no podían haber estado de pie cuando el asesino les cortó la carótida. Posiblemente dieran por sentado que la sangre arterial habría llegado a cierta distancia y cierta altura si las víctimas hubieran estado erguidas. Tal vez supusieran también que las víctimas se acostaban para mantener relaciones sexuales.

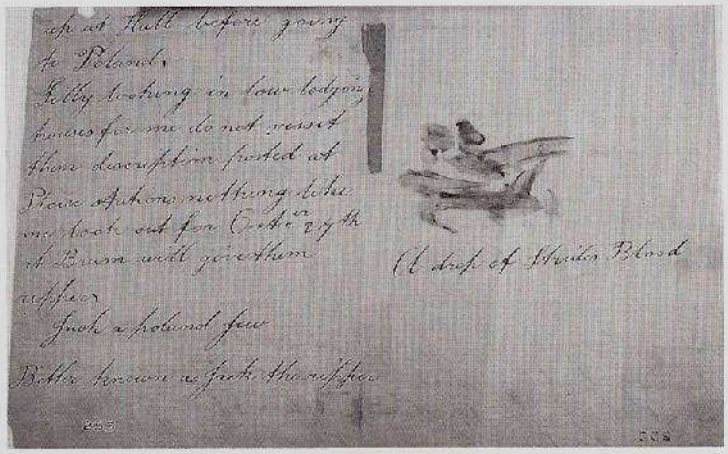
Pero las prostitutas no solían tenderse en el duro empedrado, en el barro ni en la hierba húmeda, y los médicos no interpretaron las manchas de sangre sobre la base de pruebas científicas. En los laboratorios modernos, los expertos realizan experimentos con sangre para comprender cómo gotea, salta, salpica, chorrea y se dispersa, siguiendo las leyes de la física. En 1888, ninguno de los que trabajaba en los casos del Destripador se dedicó a investigar a qué distancia o a qué altura podía llegar la sangre cuando seccionaban

la carótida a una persona que estaba de pie.

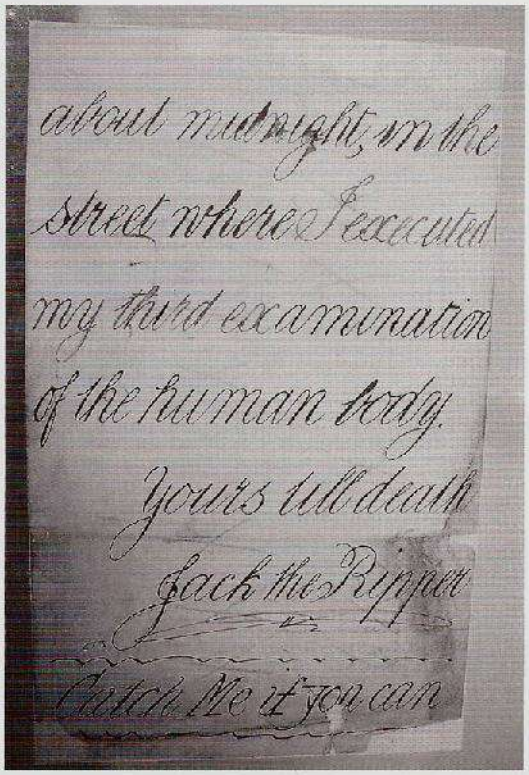
Nadie sabía nada sobre las manchas causadas por los repetidos movimientos oscilantes de la mano que asesta puñaladas. No parece que los médicos que acudieron a los escenarios de los crímenes considerasen la posibilidad de que Jack el Destripador degollara a sus víctimas y las arrojara al suelo a un tiempo. Tampoco pensaron que el asesino podía evitar que lo vieran manchado de sangre quitándose rápidamente las prendas que había utilizado para matar, como el mono o los guantes, y retirándose a un escondite para lavarse.

Sickert tenía pavor a las enfermedades. Era un maniático de la higiene y se lavaba las manos a todas horas. Si por error se ponía el sombrero de otra persona, se lavaba la cabeza y la cara de inmediato. Sin duda estaría informado sobre los gérmenes, las infecciones y las enfermedades, y debía de saber que para contraerías no era imprescindible practicar sexo oral, vaginal o anal. Podía buscarse serios problemas con sólo salpicarse la cara con sangre, o tocándose los ojos, la boca o una herida abierta con las manos ensangrentadas.

Años después, pasó por una etapa de preocupación cuando creyó padecer una enfermedad de transmisión sexual que resultó ser gota.

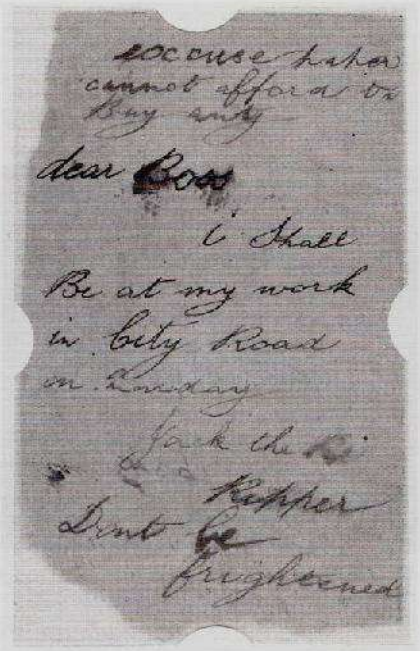


Los expertos en arte y en papel han llegado a la conclusión de que la sangre de las cartas del Destripador es en realidad barniz para aguafuertes aplicado con el dedo o con un pincel. (© Public Record Office, London.)

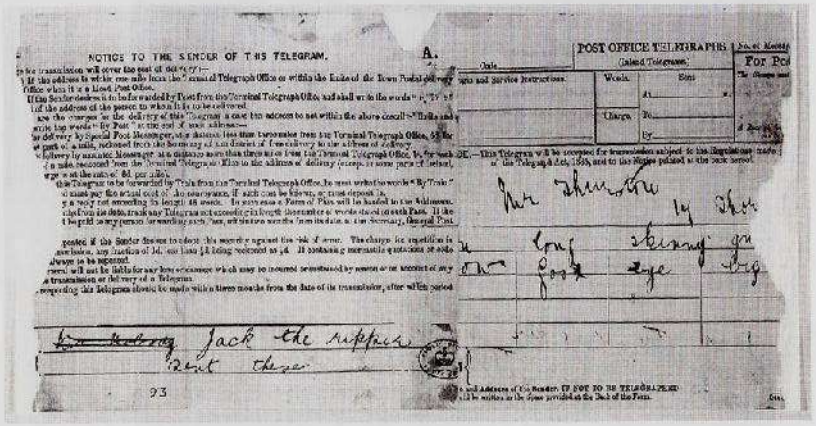


Carta del Destripador, escrita con un pincel.
(© Public Record Office, Londres.)

Huellas dactilares del Destripador, en una carta enviada a la policía metropolitana. (© Public Record Office, Londres.)



Carta del Destripador en un pedazo de papel barato, con el comentario de que no puede permitirse papel de carta.
(© Public Record Office, Londres.)


NOTICE TO THE SENDER OF THIS TELEGRAM.

A.

POST OFFICE TELEGRAPHS.

Date

Words

Sent

Charge

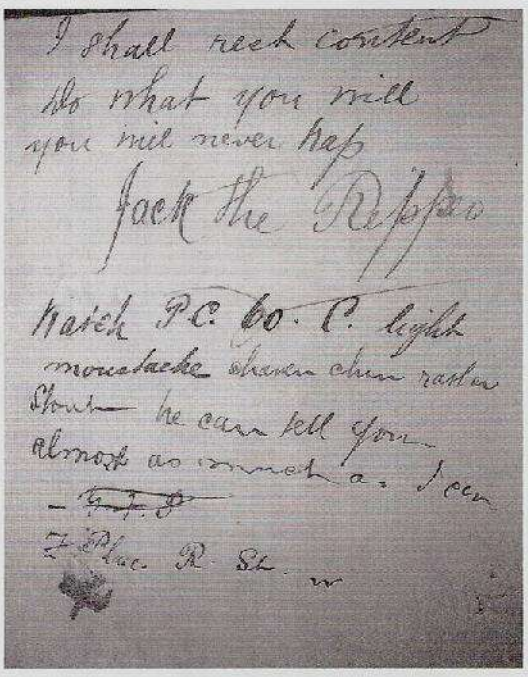
To

By

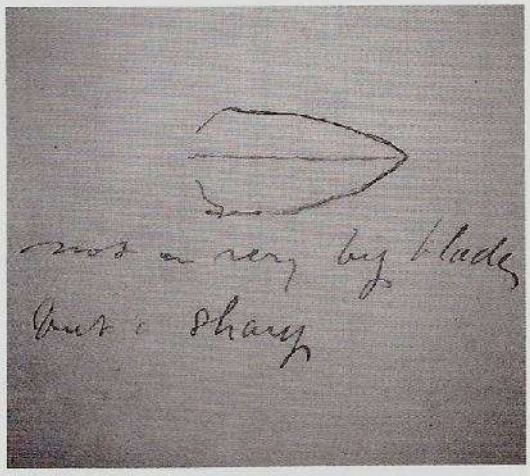
Jack the ripper

93

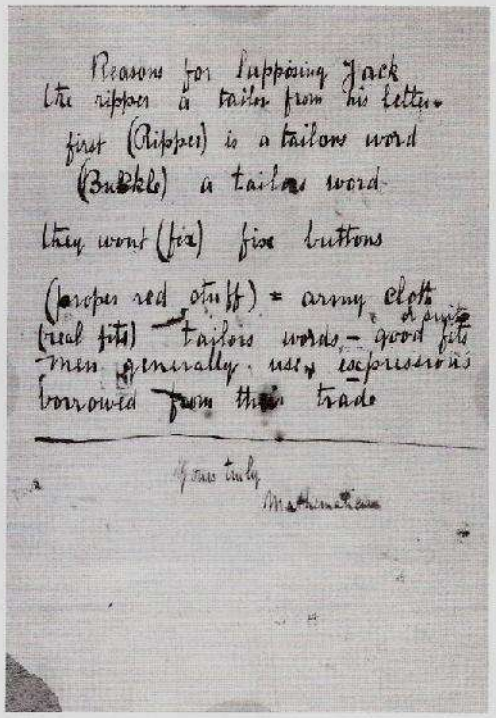
El nombre artístico de Sickert durante su época de actor era «Mr. Nemo» o «Mr. Nobody». En este telegrama del Destripador a la policía aparece el nombre de «Nobody», tachado. (© Public Record Office, Londres.)



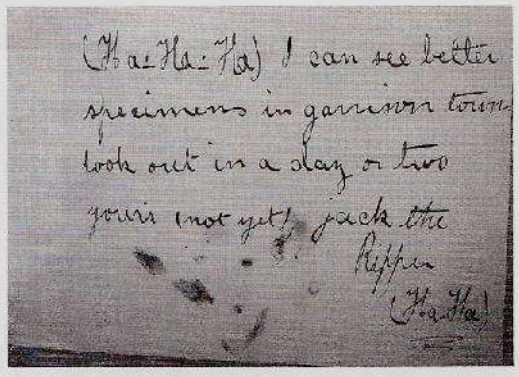
Al final de esta carta del Destripador aparecen las iniciales «R St. W». En ocasiones Sickert usaba estas iniciales. A veces firmaba como W. St. (Walter Sickert). También empleaba la R. de Richard. ¿Se trata de una burla?
(© Public Record Office, Londres.)



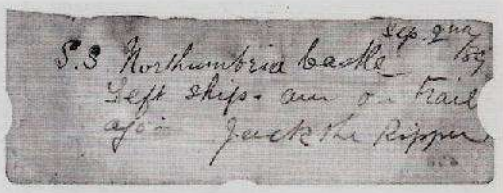
Una carta del Destripador en la que aparece el dibujo de una hoja de un cuchillo, pequeña pero afilada. (© Public Record Office, Londres.)



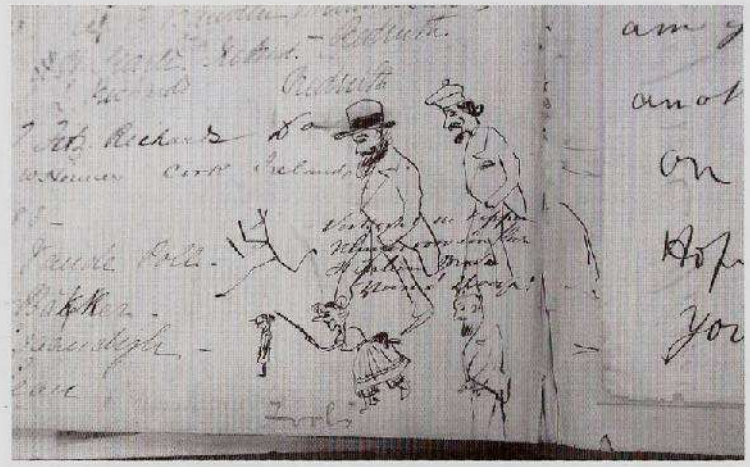
El destripador muestra su facilidad con el latín en esta nota, firmada «Marhematicus». Sickert también sabía latín, y era bien conocido por su capacidad matemática y científica.
(© Public Record Office, Londres.)



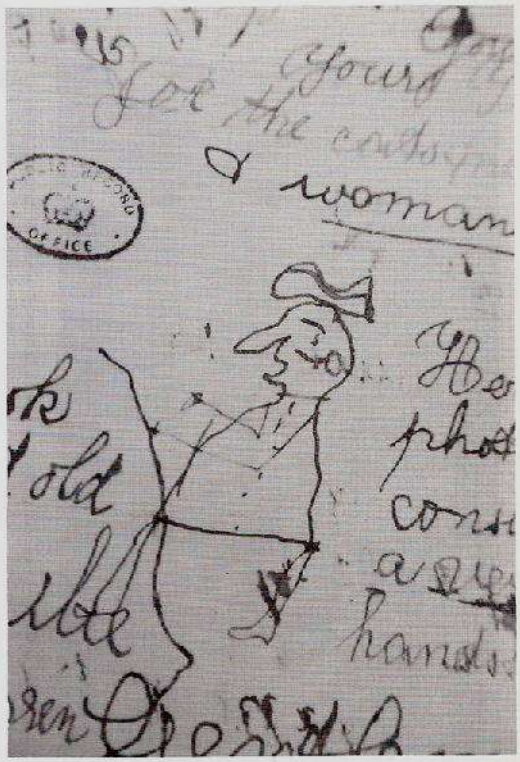
El conocido «ja, ja» del Destripador aparece en muchas de sus cartas.
(© Public Record Office, Londres.)



Nota hallada en el interior de una botella que se encontró en la playa, en la costa entre Deal y Sandwich, dos localidades separadas de Francia por el estrecho de Dover.
(© Public Record Office, Londres.)

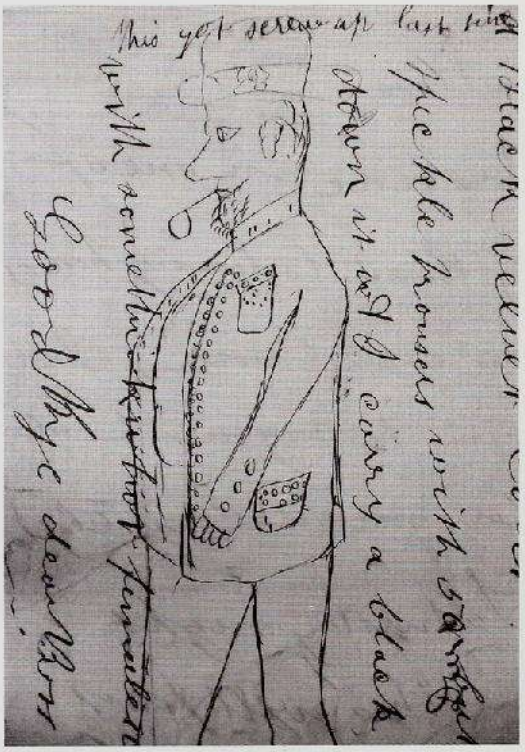


Se cree que las anotaciones y los dibujos del libro de huéspedes del Lizard son obra de Sickert, posiblemente en octubre de 1889. Sickert conocía bien Cornualles, y el Lizard era un refugio para artistas y la clase alta londinense. (Colección de Patricia Cornwell.)

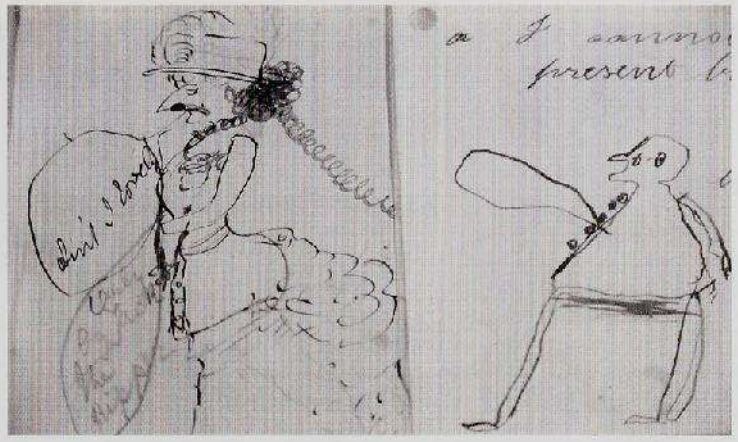


Compárese este dibujo en una carta del Destripador con los dibujos del libro de huéspedes. (© Public Record Office, Londres.)

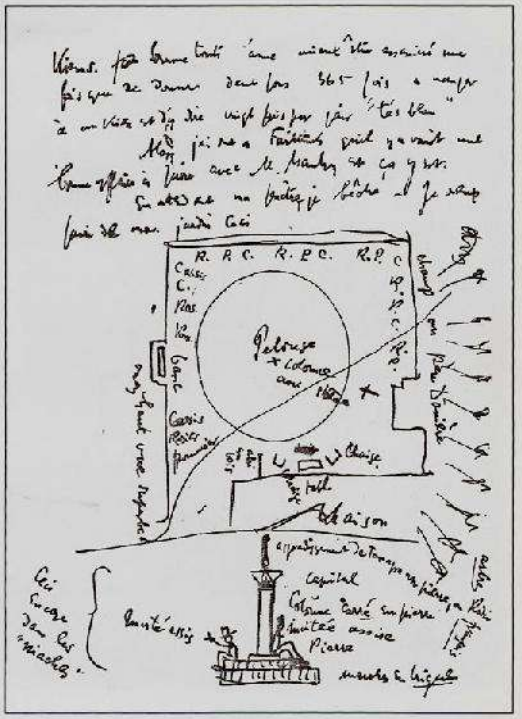
Dibujo en el libro de huéspedes del Lizard, atribuido a Sickert. (Colección de Patricia Cornwell.)



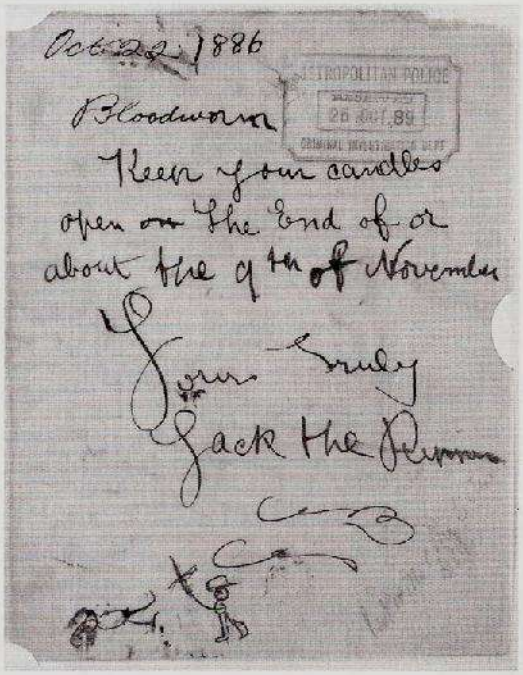
Dibujo de «El rey de las perlas», en una carta del Destripador.
(© Public Record Office, Londres.)



Izquierda: Libro de huéspedes del Lizard. Derecha: Carta del Destripador. Los expertos en arte atribuyen los dos dibujos al mismo autor, y detectan un parecido con la obra de Sickert. En ocasiones Sickert empleaba un estilo casi infantil en sus bosquejos y en sus figuras de palo. Su padre realizó algunas historias y guiones para Punch y Judy. (Izquierda: colección de Patricia Cornwell; derecha: © Public Record Office, Londres.)



Croquis con figuras de palo en una carta de Sickert
a Jacques-Emile Blanche.



Las figuras de palo en esta carta del Destripador recuerdan a la violencia de Punch y Judy. En otra carta del Destripador aparece el remite «Puch & Judy St.» (© Public Record Office, Londres.)

21. Una gran broma

A las tres de la madrugada del 30 de septiembre, el agente de la policía metropolitana Alfred Long estaba patrullando Goulston Street, en Whitechapel.

No era miembro de la División «H», pero lo habían llamado porque Jack el Destripador acababa de asesinar a otras dos mujeres. Long pasó frente a varios edificios oscuros habitados por judíos, tratando de dispersar las sombras con la linterna de ojo de buey y pendiente de cualquier sonido extraño. En un oscuro pasadizo que conducía a un edificio, la débil luz de la lámpara iluminó un trapo sucio en el suelo. Encima, sobre el friso negro de la pared, se leía:

The Juwes are
The men That
Will not
be Blamed
for nothing.

[Los judíos son los hombres a quienes no se culpará de nada].

Long recogió el trapo, que era un trozo de delantal empapado en sangre, y de inmediato registró las escaleras del número 100-119. Con posterioridad, durante el proceso por el asesinato de Catherine Eddows, declaró:

«No interrogué a los vecinos. Había seis o siete escaleras. Las registré todas, pero no encontré huellas ni manchas de sangre».

Debería haber hablado con todos los vecinos. Es posible que quienquiera que arrojara el trozo de delantal hubiera entrado en el edificio. El propio Destripador podría haber vivido allí. O estar escondido dentro. Long sacó su cuaderno, copió la leyenda de la pared, que estaba escrita con tiza, y corrió a la comisaría de Commercial Street. Era importante que informase de su descubrimiento, y no iba acompañado. Es probable que estuviera asustado.

El agente de policía Long, que había pasado por el mismo pasadizo de Goulston Street a las dos y veinte de la madrugada, juró en su declaración que a esa hora el trapo no estaba allí. También afirmó que no podía asegurar que el mensaje de tiza se hubiera «escrito muy recientemente». Tal vez aquel comentario racista llevaba un tiempo allí, y fue sólo una coincidencia que el trapo ensangrentado se encontrara debajo. La teoría más aceptada y razonable siempre ha sido que el Destripador escribió esas palabras ofensivas justo después de asesinar a Catherine Eddows. No sería lógico que una injuria contra los judíos permaneciera horas o días en la entrada de un edificio ocupado por judíos.

La leyenda de la pared sigue siendo objeto de polémica. El mensaje que, al parecer, dejó el Destripador estaba escrito con letra legible, y en los archivos de la policía metropolitana encontré dos versiones diferentes. Long era un hombre minucioso. Las copias que hizo en su cuaderno son casi idénticas, lo que sugiere que se ajustan a lo que vio en la pared. Sus duplicados recuerdan a la letra de Sickert. La «T» mayúscula se parece mucho a las de la carta del Destripador del 25 de septiembre. Pero es peligroso —e inútil en los tribunales— establecer comparaciones caligráficas con una «copia», por fiel que sea ésta.

Mucha gente se ha empeñado en descifrar esta leyenda. ¿Por qué decía *Juwes* en lugar de *jews*, que es la forma correcta? Es posible que se tratase de un simple garabato escrito con el fin de suscitar la conmoción que suscitó. Al Destripador le gustaba escribir. Se aseguraba de que su presencia no pasara inadvertida. Igual que Sickert, quien también tenía la costumbre de escribir notas con tiza en las oscuras paredes de sus estudios. No hay ninguna fotografía de la inscripción del caso de Catherine Eddows, ya que Charles Warren insistió en que se borrara de inmediato. Pronto saldría el sol, y si la comunidad judía veía esas palabras en la pared, se armaría una buena.

Lo último que necesitaba Warren era una nueva revuelta. En consecuencia, tomó otra decisión estúpida. Mientras esperaban impacientes la llegada de la pesada cámara de madera, sus hombres le enviaron un mensaje en el que sugerían que podrían borrar la primera línea, que contenía la palabra «judíos», y preservar el resto para fotografiarlo y someterlo a un análisis grafológico. «De ninguna manera», respondió Warren. La gente empezaba a salir a la calle. La cámara no llegó a tiempo, y la inscripción se borró.

Nadie dudó de que el trozo de tela que había encontrado el agente Long pertenecía al delantal blanco que llevaba Catherine Eddows encima de la ropa. El doctor Gordon Brown declaró que no había forma de determinar si la sangre hallada en la tela era humana (a pesar de que St. Bartholomew, el hospital más antiguo de Londres y sede de una de las mejores facultades de medicina del país, estaba a un paso de allí, en la misma City). El médico podría haber enviado la ensangrentada tela a un microscopista. Pero al menos se le ocurrió atar los extremos del estómago de Catherine y enviarlo a analizar, por si contenía narcóticos. No los contenía. El Destripador no drogaba a sus víctimas para inmovilizarlas antes de matarlas.

Sospecho que ni el doctor Brown ni la policía concedieron la menor importancia a la cuestión de la sangre. El retazo de tela ensangrentado coincidía con la parte que habían cortado del delantal de Catherine, y la prueba de que la sangre era humana no habría servido de nada en el juicio de un sospechoso. Es posible que la negativa a analizar la sangre fuera una táctica inteligente. Aunque hubiesen demostrado que era humana, no habrían podido probar que pertenecía a Catherine.

La policía llegó a la conclusión de que el asesino había cortado el delantal para limpiarse las manos, que estarían sucias de sangre y materia fecal. Por alguna razón llevó la mugrienta tela consigo mientras salía de la City y regresaba a Whitechapel. Cuando se escondió en la entrada del edificio de Goulston Street para escribir la nota en la pared, decidió desprenderse del trozo de delantal, quizá mientras rebuscaba en sus bolsillos para encontrar la tiza, que, supongo, llevaba encima por casualidad.

Nadie pensó que el retazo de delantal ensangrentado formara parte de los juegos del Destripador, ni tampoco que su visita a Goulston Street fuera otra de sus continuas burlas a la autoridad. Me llama la atención que la policía no se preguntase por qué el asesino llevaba una tiza. ¿Acaso era habitual que los habitantes del East End salieran a la calle con tizas en los bolsillos? ¿O incluso que tuvieran tizas? Tal vez deberían haber deducido que el Destripador la había llevado consigo porque tenía planeado escribir su mensaje racista —o algo parecido— después de asesinar a su víctima.

Al salir de Mitre Square y dirigirse a Goulston Street, el Destripador prácticamente regresó al escenario del crimen de Elizabeth Stride. Con toda probabilidad, salió de la plaza por Church Passage y continuó el itinerario por Houndsditch, Gravel Lane, Stoney Lane y Petticoat Lane, la calle que recorrió años después durante su inquietante excursión en la niebla, cuando salió con su maletín y arrastró consigo a Marjorie Lilly y a una amiga de

ésta. La policía no podía creer que el asesino hubiera actuado con semejante temeridad. Había agentes y detectives por todas partes. Los defensores de la ley habrían sacado más provecho si hubieran dedicado su energía a analizar el absurdo retroceso del Destripador y el hecho de que llevara consigo una tiza, en lugar de quedarse atascados buscando el significado de la palabra *juwes*.

«Viste 8 trajes, muchos sombreros llevo», escribió el Destripador en un poema de ochenta y un versos que envió al «Jefe de la Gran Scotland Yard» el 8 de noviembre del año siguiente. «El hombre es listo: rápido, y no deja rastro […]». Su objetivo es «destruir a las sucias y detestables rameras de la noche/Desoladas, perdidas, abatidas, andrajosas y delgadas/Asiduas a los teatros y los espectáculos de variedades, y bebedoras de la diabólica ginebra».

Para Walter Sickert habría sido un gran «ja, ja» regresar al lugar donde había matado a Elizabeth Stride y preguntarle a un agente qué pasaba. En el mismo poema de 1889, el Destripador se jacta de esta guisa: «Hablé con un policía que lo había visto todo/Y me informó de que lo había hecho un Matarife en la noche […]/ Le dije que deberían atraparlo/Diga otra palabra, amigo, y lo arresto».

«Una noche lejana a un policía encontré/Conversamos y bajé por la calle con él».

El poema de 1889 estaba «archivado con los demás». Nadie prestó atención a la peculiaridad de la impresión ni a las ingeniosas rimas, que no parecen obra de un analfabeto o un loco. La referencia a los teatros y espectáculos de variedades, donde el Destripador ve «rameras», debería haberse tomado como una pista. Un par de agentes de paisano podrían haber empezado a frecuentar esos lugares. Sickert pasaba muchas veladas en el teatro y las salas de variedades, cosa que difícilmente harían los carniceros pobres y los rufianes del East End.

En el poema de 1889, el Destripador reconoce que lee los periódicos, y que le ofende mucho que lo llamen «demente». «Siempre actúo solo», explica, contradiciendo la difundida teoría de que tenía un cómplice. «No fumo ni abrevo ni pruebo la ginebra». «Abrevar» era la expresión coloquial para «beber en exceso», cosa que Sickert no hacía, al menos en ese período de su vida. Y si bebía, era difícil que probase la repugnante ginebra de la época. No fumaba cigarrillos, aunque le gustaban los puros y se volvió adicto a ellos en la vejez.

«Aunque autodidacta, sé escribir y deletrear», apuntó el Destripador.

Algunos versos del poema son difíciles de descifrar, y o bien repitió la palabra *knacker*, o usó también *knocker*. *Knacker* significaba «matarife de caballos». *Knocker*, en el lenguaje de la calle, era la persona que vestía ropa elegante u ostentosa. Sickert no era matarife, pero la policía difundió la teoría de que éste podía ser el oficio del Destripador.

Aunque la poesía no era la disciplina que mejor se le daba, Sickert solía añadir versos a sus cartas, o componer rimas tontas y originales con la música de las canciones de variedades. «He compuesto un poema para Ethel», escribió años después, cuando su amiga Ethel Sands trabajó como voluntaria en la Cruz Roja.

En el hombro la sonda
Y el termómetro al costado
Curarás a un soldado
Y tu satisfacción será honda

En otra carta, dejó constancia de unos versos sobre la «pertinaz llovizna» de

Normandía.

No puede eternamente continuar
Lo haría si pudiera
Pero de qué sirve hablar
Si no podría aunque quisiera

En una misiva que el Destripador envió en octubre de 1896 a la comisaría de policía de Commercial Street, en Whitechapel, se burló de los agentes de la ley diciendo: «Los judíos [*jewes*] son gente a la que nunca se culpa de nada». La ortografía de «judíos» fue objeto de un acalorado debate durante el proceso por asesinato de Catherine Eddows, y el juez de instrucción preguntó a la policía en repetidas ocasiones si la palabra era *juwes* o *jewes*. Aunque se suponía que el Destripador ya estaba muerto en 1896 —según el jefe de la policía Melville Macnaghten— esta carta preocupó lo suficiente a las autoridades para que se redactasen varios memorandos al respecto:

«Ruego tomen en consideración la carta adjunta, recibida por correo el 14 del corriente. Firmada con el nombre Jack el Destripador, quien la escribe dice que acaba de regresar del extranjero y que planea volver a las andadas en cuanto tenga ocasión», escribió en un informe especial el supervisor George Payne, de la comisaría de Commercial Street. «La carta se parece a las que recibió la policía durante los crímenes de 1888 y 1889 en la zona. Se ha advertido a los agentes que se mantengan alerta».

Se envió telegramas a todas las divisiones, pidiendo a la policía que se mantuviera «en guardia, pero al mismo tiempo guardando esta información en secreto. El autor de la carta sin duda considera que ésta es una gran broma a costa de la policía». El 18 de octubre de 1896, un inspector jefe escribió en un informe especial que había comparado esta carta reciente con las antiguas de Jack el Destripador y que no había «encontrado semejanza alguna en la caligrafía, salvo en dos misivas memorables que se enviaron a la "oficina de Central News"; una es del 25 de septiembre de 1888, y la otra una tarjeta con matasellos del 1 de octubre de 1888».

La gran incoherencia del informe del inspector jefe es que primero dice que no hay semejanzas entre la carta reciente y las anteriores, pero luego procede a señalar semejanzas: «Encuentro muchas similitudes en la formación de las letras. Por ejemplo, las "y", las "t" y las "w" se parecen mucho. Además hay varias palabras que se repiten en ambos documentos». Sin embargo, la conclusión del inspector jefe es la siguiente: «Debo observar que no doy importancia alguna a esta comunicación». El jefe del Departamento de Investigación Criminal, Donald Swanson, estuvo de acuerdo: «En mi opinión, la caligrafía no coincide —escribió debajo del informe del inspector—. Ruego que la carta se archive con otras similares. Sería lamentable que se difundiera».

La policía no dio credibilidad a la carta de 1896, y ésta no se publicó en los periódicos. El Destripador había desaparecido; lo habían ahuyentado con exorcismos. Ya no existía. Puede que no hubiera existido nunca, que sólo fuera un desalmado que había matado a unas cuantas prostitutas y que todas las cartas procedieran de chiflados. Paradójicamente, el Destripador volvió a convertirse en un «don nadie», al menos para la policía, a la que le convenía negar su existencia.

Cabría preguntarse —y supongo que siempre quedará la duda— si Sickert cometió otros asesinatos además de los que se atribuyeron al Destripador. Las fechorías de un asesino en serie no empiezan ni terminan de golpe. El Destripador no fue una excepción y,

como tantos otros asesinos en serie, no restringió su campo de acción a una localidad, y mucho menos a una zona fuertemente vigilada donde lo buscaban miles de ciudadanos ansiosos. Habría sido muy arriesgado escribir cartas para reivindicar todos y cada uno de sus crímenes, y no creo que el Destripador lo hiciera. Sickert se crecía con la publicidad y los juegos. Pero primero estaba su necesidad de matar y de que no lo pillaran.

Once meses después de que el Destripador enviara la carta de 1896, el miércoles 15 de septiembre, una joven de veinte años llamada Emma Johnson desapareció cuando regresaba andando a su casa en los alrededores de Windsor, a unos treinta kilómetros al este de Londres. Al día siguiente, dos mujeres que cogían moras cerca de Maidenhead Road encontraron dos enaguas cubiertas de barro, una camiseta ensangrentada y un abrigo negro en una zanja, debajo de unos arbustos.

El viernes 17 de septiembre se denunció la desaparición ante la policía de Berkshire, que organizó una partida de búsqueda. La ropa era de Emma. El domingo, en el mismo campo donde las mujeres habían estado recogiendo moras, un campesino encontró una falda, un corpiño, un sobrecuello y unos manguitos en otra zanja. En la orilla de un cenagoso brazo del Támesis, la madre de Emma descubrió el corsé de su hija. Cerca de allí había huellas de una bota femenina y unos surcos en la tierra que sugerían que alguien había arrastrado un objeto pesado hacia el sucio arroyo.

La policía dragó las estancadas aguas del riachuelo y, a unos cinco metros de la orilla, emergió un cadáver desnudo cubierto de barro. Los Johnson identificaron a su hija. Un médico examinó el cuerpo en casa de la familia, y llegó a la conclusión de que el asesino había agarrado a la joven del brazo derecho y le había dado un golpe en la cabeza para dejarla inconsciente antes de degollarla. En algún momento la desnudó. Luego arrastró el cadáver y lo arrojó al agua. Las parejas de enamorados solían escoger Maidenhead Road para sus citas nocturnas.

No apareció ningún sospechoso, y el crimen nunca se resolvió. No hay pruebas de que lo cometiera Walter Sickert. No sé dónde se encontraba éste en septiembre de 1897, pero no estaba con Ellen. Se habían separado el año anterior, y aunque aún mantenían relaciones amistosas y viajaban juntos de vez en cuando, Ellen se hallaba en Francia cuando asesinaron a Emma Johnson y hacía meses que no veía a su exmarido. Ese año, 1897, fue particularmente agotador para Sickert. El año anterior había escrito un artículo para el *Saturday Review* que acabó en una demanda por calumnias del artista Joseph Pennell.

Con muy poco tino, Sickert había afirmado públicamente que los grabados que hacía Pennell mediante el empleo del reporte no eran auténticas litografías. Whistler, que usaba el mismo procedimiento (igual que Sickert), compareció como testigo en el juicio. En una carta de octubre de 1896, Janie contó a su hermana Ellen que, según Whistler, el dardo envenenado de Sickert iba dirigido a él y no a Pennell. Sickert tenía «una faceta traicionera en su carácter», dijo Whistler a Janie. «Walter es capaz de hacer cualquier cosa y de echar tierra a cualquiera por un impulso momentáneo». Sickert perdió el juicio, pero Whistler le había asestado ya el peor golpe al declarar desde el estrado que su antiguo discípulo era un hombre mediocre e irresponsable.

En 1897, Sickert y su maestro rompieron relaciones definitivamente. Sickert era pobre. Lo habían humillado en público. Su matrimonio hacía aguas. Había dimitido de su puesto en el New English Art Club. El otoño parecía un momento ideal para los crímenes del Destripador. Era la estación en que al Walter de cinco años lo habían sometido a una terrible operación en Londres. Fue a mediados de septiembre cuando Ellen decidió que

quería el divorcio, y en esta misma época del año, Sickert solía regresar a Londres desde su amada Dieppe.

22. Campos yermos y montañas de escombros

En el depósito de Golden Lane, el cadáver desnudo de Catherine Eddows estaba colgado de un clavo en la pared, casi como un cuadro.

Los miembros del jurado y el juez de instrucción, Samuel Frederick Langham, desfilaron uno a uno ante ella para echarle un vistazo. John Kelly y la hermana de Catherine también tuvieron que verla. El 4 de octubre de 1888, el jurado dictó un veredicto que comenzaba a ser familiar para la prensa y el público: «Homicidio premeditado por persona desconocida». Las protestas de la multitud rayaban en la histeria. Alguien había asesinado a dos mujeres en un lapso de menos de una hora, y la policía no tenía ni una sola pista.

Las cartas de los ciudadanos advertían que «la situación de las clases bajas supone un gran peligro para todas las demás». Los londinenses de los barrios elegantes empezaban a temer por su vida. Tal vez deberían reunir fondos para los pobres y «ofrecerles la oportunidad de abandonar la mala vida». Habría que crear una «fundación». Las cartas a *The Times* sugerían que la violencia se acabaría si la clase alta conseguía erradicar la pobreza.

Poca gente parecía darse cuenta de que la superpoblación y el sistema de clases creaban problemas que no podían resolverse derribando casas de vecindad o creando «fundaciones». La defensa de la anticoncepción se consideraba blasfema, y ciertas personas eran escoria y siempre lo serían. Los problemas sociales existían, desde luego, pero el Destripador no estaba matando prostitutas por culpa de los conflictos de clase en Londres. Los crímenes de psicópatas no son una enfermedad social. Los habitantes del East End lo sabían, aunque no conocieran la palabra «psicópata». Las calles del East End estaban desiertas por las noches, y docenas de policías de paisano —con disfraces y actitudes que no engañaban a nadie— acechaban en las sombras, esperando a que apareciera el primer sospechoso. Algunos policías empezaron a usar botas con suela de goma. Y también los reporteros. Es un milagro que no se asustaran unos a otros cuando se cruzaban silenciosamente en la oscuridad, esperando al Destripador.

Nadie sabía que unas semanas antes éste había cometido otro crimen que nadie le atribuiría nunca. El martes 2 de octubre, dos días después de los asesinatos de Elizabeth Stride y Catherine Eddows, apareció el torso descompuesto de una mujer en los cimientos de la nueva sede de Scotland Yard, que se estaba construyendo en el Embankment, cerca de Whitehall.

El 11 de septiembre habían encontrado ya un brazo. Este descubrimiento no había preocupado demasiado a nadie, salvo a una tal señora Potter, cuya hija retrasada de diecisiete años estaba desaparecida desde el 8 de septiembre, el mismo día en que habían asesinado a Annie Chapman. La policía no tenía mayor capacidad de acción ni interés en los casos de adolescentes desaparecidos, sobre todo cuando se trataba de personas como Emma Potter, que se había pasado la vida entrando y saliendo de asilos y hospitales, y no era más que un incordio.

La madre de Emma, aunque ya estaba acostumbrada a que su hija se fugara y tuviera problemas con la justicia, se asustó mucho cuando ésta desapareció una vez más y cuando apareció un brazo femenino mientras los crímenes continuaban en la metrópolis. Un benevolente golpe de suerte respondió a las súplicas de la señora Potter: un policía encontró

a Emma vagando por la ciudad, viva y en perfecto estado. Pero si no hubiera sido por el revuelo que organizó su madre, y porque los periódicos se hicieron eco de él, es probable que nadie hubiera dado mayor importancia a la aparición de un miembro amputado. Los reporteros comenzaron a prestar atención al caso. ¿Era posible que el demonio de Whitechapel estuviera cometiendo otras atrocidades? Pero la policía lo negó. El descuartizamiento era un *modus operandi* completamente distinto, y ni Scotland Yard ni sus médicos estaban dispuestos a aceptar la posibilidad de que un asesino cambiase de métodos.

El brazo estaba amputado a la altura del hombro y atado con cuerda. Lo encontraron en la orilla del Támesis, cerca del puente ferroviario de Grosvenor, en Pimlico, a menos de seis kilómetros al sudoeste de Whitechapel y en el mismo lado del río. Pimlico estaba a siete kilómetros al sur del número 54 de Broadhurst Gardens: un pequeño paseo para Sickert. «Ayer recorrí unos once kilómetros a pie», escribió desde Dieppe a sus cincuenta y cuatro años. Siete kilómetros no eran nada para él, ni siquiera en la vejez, cuando sus extrañas y erráticas escapadas se convirtieron en una continua fuente de preocupación para su tercera esposa y las demás personas que lo cuidaban.

Pimlico estaba a apenas un kilómetro y medio al este del estudio de Whistler en Tite Street, Chelsea, un barrio que Sickert conocía bien. El puente de Battersea, que cruza el Támesis desde Chelsea, en la orilla norte, hasta Battersea, en la orilla sur, quedaba a unas travesías del estudio de Whistler y a poco más de un kilómetro del lugar donde se encontró el brazo. En 1884, Sickert pintó el puente de Battersea, que se veía desde la ventana del estadio de Whistler. En 1888, Pimlico era una zona pintoresca con bonitas casas y pequeños jardines, donde el alcantarillado se construyó a mayor altura para que las aguas residuales no llegaran al Támesis.

El obrero Frederick Moore tuvo la desgracia de estar trabajando junto al muelle Deal, cerca del puente ferroviario, cuando oyó voces exaltadas en la orilla del Támesis. La marea estaba baja, y varios hombres hablaban a gritos y miraban un objeto en el barro. Moore lo recogió, ya que nadie más parecía dispuesto a hacerlo. La policía se llevó el brazo a Sloane Street, donde un tal doctor Neville lo examinó y concluyó que era el brazo derecho de una mujer. Sugirió que la cuerda que lo rodeaba «servía para transportarlo». Apuntó que el brazo había permanecido en el agua dos o tres días, y que lo habían amputado después de la muerte. Si lo hubieran cortado mientras la persona seguía viva, dedujo de manera equivocada, los músculos habrían estado más «contraídos».

A finales del siglo XIX aún se creía que la expresión de un muerto indicaba dolor o miedo, al igual que los puños apretados o las extremidades rígidamente flexionadas. Ignoraban que el cuerpo experimenta una serie de cambios después de la muerte, y que los dientes o los puños apretados se producen a causa del *rigor mortis*. La posición de pugilismo y los huesos rotos de un cadáver quemado podrían tomarse por traumatismos, cuando en realidad se deben a la retracción de los tejidos y a las fracturas óseas causadas por el calor extremo o la «cocción».

El brazo, prosiguió el doctor Neville, se había «cortado de cuajo» con un «arma afilada». Durante un tiempo, la policía pensó que la aparición del miembro amputado era obra de un estudiante de medicina. Era una broma, refirió a los periodistas, una broma pesada. El descubrimiento del torso en los cimientos del nuevo edificio de Scotland Yard no les pareció una broma, aunque quizá deberían haberlo tomado como tal. El asesinato no tenía ninguna gracia, pero si aquello era obra del Destripador, ¡qué hilarante broma debió de ser para él!

Las notas periodísticas sobre este nuevo hallazgo fueron escuetas. Ya había habido suficiente información negativa en agosto y septiembre, y la gente empezaba a quejarse de que los detalles publicados en los periódicos empeoraban las cosas. Estaban «perjudicando el trabajo de la policía», escribió un lector a *The Times*. La divulgación de los hechos no hacía más que acrecentar el «estado de pánico», y esto sólo ayudaba al asesino, escribió otra persona.

Los londinenses comenzaron a quejarse de que la policía era ignorante y una vergüenza para la ciudad. Scotland Yard era incapaz de detener a los delincuentes, y en memorandos confidenciales, los agentes manifestaban su preocupación: «Si no se atrapa de inmediato al asesino, no supondrá sólo una humillación, sino también un peligro intolerable». La cantidad de cartas dirigidas a Scotland Yard era apabullante, y Charles Warren publicó una nota en los periódicos para «agradecer» el interés de los ciudadanos y disculparse porque no tenía tiempo para responderles. Como era de esperar, también se escribieron muchas cartas a los periódicos, y con el fin de disuadir a los corresponsales lunáticos, *The Times* adoptó la siguiente política: aunque una persona no estaba obligada a divulgar su nombre y su dirección, esta información debía constar en la carta como demostración de buena fe.

No debía de ser una política fácil de aplicar. Hacía sólo doce años que se había patentado el teléfono, y éste no era aún un aparato doméstico corriente. Dudo que un miembro del periódico subiera a un cabriolé o a un caballo para comprobar el nombre y la dirección de un individuo que no figuraba en la guía local, y no todos aparecían en ella. Después de examinar centenares de periódicos de 1888 y 1889, llegué a la conclusión de que las cartas anónimas también se publicaban, aunque no con frecuencia. La mayoría de los lectores permitía que se divulgase su nombre, su dirección e incluso su oficio. Pero a medida que los crímenes del Destripador fueron multiplicándose, empezaron a aparecer cartas sin más firma que unas iniciales, un título críptico o, en algunos casos, nombres que se me antojan dickensianos o grotescos.

Unos días después del asesinato de Annie Chapman, un lector de *The Times* sugería que la policía debería comprobar el paradero de todos los afectados de «manía homicida que hayan quedado en libertad por considerarse “curados”». La carta la firmaba «un médico rural». En otra, que se publicó el 13 de septiembre, un tal «J. F. S.» decía que el día anterior habían «robado a un hombre a las once de la mañana, en Hanbury Street», en el East End; a las cinco de la tarde habían agredido a un anciano en Chicksand Street, y a las diez de la mañana de ese mismo día un individuo había entrado en una panadería y se había llevado la caja registradora. Todo esto, según el corresponsal anónimo, había ocurrido «en un radio de cien metros y en medio de los escenarios de los dos últimos crímenes atroces».

Lo más curioso es que no hay mención alguna de esos delitos en la sección de sucesos de los periódicos, y cabe preguntarse cómo es posible que el autor de la carta conociera los detalles de los casos, a menos que estuviera merodeando por el East End o fuera un agente de policía. La mayoría de las cartas al director estaban firmadas y hacían sugerencias serias. Los miembros del clero pedían más vigilancia policial, mejor iluminación y el traslado de todos los mataderos de Whitechapel, ya que la violencia contra los animales y la sangre en las calles ejercían un efecto perjudicial sobre la «imaginación ignorante». Los londinenses ricos debían comprar las ruinosas casas de vecindad del East End y demolerlas. El gobierno tenía que separar a los hijos de esos desgraciados de sus padres y educarlos.

El 15 de octubre, *The Times* publicó una curiosa carta anónima. Se lee como un

cuento malo, fruto de una mente burlona y manipuladora, y podría ser una audaz y provocativa alusión al asesinato de Joan Boatmoor en una región minera.

Señor: Últimamente he viajado mucho por Inglaterra y he sido testigo del tremendo interés y el gran sobrecogimiento que han causado y están causando los asesinatos de WHITE CHAPEL. En todas partes me preguntan sobre ellos; sobre todo los obreros, y muy en especial las mujeres trabajadoras. La semana pasada, pongamos por caso, me encontraba en una zona rural y durante un chaparrón compartí el paraguas con una doncella que se dirigía a su casa. «¿Es verdad, señor, que en Londres están reduciendo el seso femenino?», me preguntó. Luego aclaró que quería decir que «las están matando a pares». Éste es sólo uno de numerosos ejemplos, pero mi principal interés en esta cuestión es que han llegado a tomarme por el asesino. Y si esto me ha ocurrido a mí, ¿por qué no a cualquier otro anciano de hábitos tranquilos? Por lo tanto, quizá valga la pena exponer los hechos a modo de advertencia.

Hace un par de días me encontraba en una zona minera, acababa de visitar a mi amigo el párroco y regresaba a casa solo a la hora del ocaso, cruzando un campo solitario y sucio entre los pozos y las fraguas. De repente se me acercó un grupo de siete mineros jóvenes, todos de unos dieciocho años salvo el jefe, un muchachote fornido de veintitrés que medía más de un metro noventa de estatura. Exigió de manera grosera que le dijese mi nombre, a lo que yo, como cabe suponer, me negué. «Eso quiere decir que es Jack el Destripador —afirmó—, así que tendrá que venir con nosotros a la comisaría de…», el nombre del pueblo más cercano, a tres kilómetros de allí. Le pregunté qué autoridad tenía él para exigirme algo semejante. Titubeó por un momento y luego respondió que él mismo era policía y que tenía una orden judicial (contra mí, supongo), pero que se la había dejado en casa. «Si no viene con nosotros de inmediato —añadió con ferocidad—, desenfundaré el revólver y le volaré los sesos».

«Hágalo», repuse yo, convencido de que no tenía revólver. El minero no desenfundó, y yo le dije que de ninguna manera lo acompañaría. Durante ese rato reparé en el hecho de que, aunque los siete jóvenes permanecieron a mi alrededor, gesticulando con actitud amenazadora, ninguno intentó tocarme. Y mientras me preguntaba cómo librarme de aquella incómoda situación, vi a un forjador que regresaba del trabajo por el campo. Lo llamé y le expliqué que aquellos hombres me estaban insultando y que, puesto que eran siete contra uno, él debía ponerse de mi parte. El forjador era un hombre hosco y silencioso, maduro como yo, y (según señaló oportunamente) estaba impaciente por cenar.

Sin embargo, era un trabajador honrado y se avino a apoyarme, de manera que los dos echamos a andar, a pesar de que el jefe de la pandilla juró que también se llevaría preso a mi aliado. Pero el enemigo aún no estaba vencido. Conferenciaron entre ellos, y muy pronto nos persiguieron y nos dieron alcance ya que nosotros tratábamos de no parecer fugitivos. Entretanto yo había decidido lo que iba a hacer, y le había explicado a mi amigo que andaríamos juntos hasta que nuestros caminos se separasen y que luego lo importunaría rogándole que se desviase del suyo para acompañarme a la casa de un pocero a quien conocía, un hombre fornido y noble.

De manera que seguimos andando por los campos yermos y llenos de escombros en medio de los siete mineros, que me pisaban los talones pero aún no me habían tocado, a pesar de que el jefe continuó con sus amenazas y me dijo sin ambages que, hiciera lo que hiciese, no podría evitar que me llevase al pueblo. Por fin llegamos a un camino, un lugar solitario y lúgubre rodeado por las grandes colinas de esquisto de las minas abandonadas. Entre ellas ascendía el sendero que conducía a la casa del pocero. «Por aquí», le dije al

forjador cuando llegamos a ese punto, y giré por la vereda.

«Por ahí no; seguirán con nosotros por el camino principal», gritó el hombre alto, sujetándome del cuello del abrigo. Me solté y le comuniqué que acababa de cometer una agresión por la que podía denunciarlo. Quizá fuese sólo *post hoc ergo propter hoc*, o casualidad y no consecuencia, pero la cuestión es que no hizo nada para impedirnos subir la cuesta. No obstante, él y sus amigos continuaron escoltándonos, y juraron que, si era necesario, me seguirían durante toda la noche. Pronto llegamos a lo alto del desfiladero, si puedo llamarlo así, desde donde la casa del pocero, iluminada por dentro, se veía claramente contra el cielo estrellado.

«Allí es donde voy», dije en voz alta. Para mi sorpresa, el hombre alto cambió ligeramente el tono de voz: «¿Cuánto tardará?». «No lo sé, será mejor que me acompañe», respondí. «No, esperaré aquí», repuso, y el forjador y yo continuamos hacia la casa. Al llegar a la puerta me despedí de mi aliado dándole las gracias y una moneda de reconocimiento; luego entré y les conté lo sucedido a mi amigo, el fornido pocero, y a su cordial esposa, que escucharon la historia con indignación. Al cabo de menos de un minuto él y yo salimos de la casa en busca de los hombres que me habían seguido. Pero habían desaparecido. Al ver que aquellas personas a quienes conocían me recibían bien, sin duda llegaron a la conclusión de que sus sospechas eran infundadas y su persecución inútil.

En fin, no me molestan las aventuras, ni siquiera en el ocaso de la vida, ni tampoco culpo a mis adversarios, ya actuaran inducidos por una lógica indignación o, como es más probable, por la esperanza de recibir una recompensa. Sin embargo, los considero culpables de un error de juicio grave, incluso peligroso, por no distinguir entre la apariencia de Jack el Destripador y la de este humilde servidor,

UN ANCIANO CABALLERO

Ha de haber una razón, aunque no sé cuál, para que este maduro «caballero» que viajaba por el país y la región minera omitiera su nombre y el de los lugares que había visitado. Supongo que también ha de existir una explicación que justifique que, en aquellos tiempos de grandes diferencias sociales, un «caballero» tuviera amigos poceros o forjadores. Pero lo que más me cuesta entender es que alguien pudiera pensar que Jack el Destripador era un «anciano caballero», y por qué un periódico prestigioso como *The Times* publicó un texto tan presuntuoso y mediocre, a menos que la obsesión general por el Destripador afectase también a los buenos periodistas y éstos se aferrasen a cualquier información que pudieran encontrar.

Pero vale la pena destacar ciertos detalles de la carta. El autor afirma que últimamente ha viajado mucho, y las cartas del Destripador dicen lo mismo. El «caballero» se codea con las clases bajas, al igual que Sickert solía hacer. La misiva recuerda a los lectores que el Destripador no sólo inspira miedo en Londres, sino en todas partes, y ésta sería una afirmación halagüeña si el «anciano caballero» fuera en realidad Walter Sickert. En su papel de Jack el Destripador, deseaba asustar al mayor número posible de personas.

«Si la gente supiera quién soy temblaría de miedo», escribió el Destripador en una carta enviada desde Clapham el 22 de noviembre de 1889. A modo de «ja, ja» adicional, anotó el remite «Punch and Judy St.». Sickert debía de conocer bien las funciones de Punch y Judy. Estas violentas obras de teatro para títeres eran muy populares en la época, y su ídolo, Degas, escribió sobre ellas en sus cartas.

Hay que reconocer que el humor victoriano dista mucho de lo que hoy se considera aceptable. Muchos piensan que las obras de Punch y Judy son ofensivas. Punch pega a su hija pequeña y la arroja por la ventana. No para de asestar golpes en la cabeza a su esposa

Judy, «casi partiéndola en dos». Propina un puntapié a su médico y dice: «Ahí tiene, ¿no siente la medicina en los intestinos?». [Clava su vara en el estómago del médico; éste cae muerto y Punch, igual que antes, aparta el cadáver con el extremo de la vara]. «¡Je, je, je!» [Ríe].

En una obra de Punch y Judy que escribió Oswald Sickert, «Asesinato y homicidio sin premeditación, o El Demonio Burlado», las crueles payasadas de las marionetas van más allá de la costumbre de Punch de gastarse todo el dinero en «licores»:

Punch baila con su hijo.
(Le golpea la cabeza contra la barandilla y el niño llora).

—[…] Ay, no… Calla, mi pequeño. (*Lo deja en un rincón*).
—Te traeré algo de comer. (*Sale*).
Punch regresa y examina al niño con atención.
—¿Ya te has caído? Calla, calla. (*Sale, y el niño continúa llorando*).
Punch con gachas de avena y una cuchara.
—Niño de mi corazón, no me pongas nervioso. Ten, ahora calla.
(Le da una cucharada de gachas tras otra, sin parar).

—Ten, ten.
—¡Cielo santo! ¿No piensas callar? ¡Silencio, he dicho!
—Bien, aquí tienes el resto de tus gachas.
(Vierte el contenido del cuenco sobre la cara del niño).

—¡Ahora no queda nada para mí!
(Sacude al niño con brusquedad).

—¿Y todavía no callas?
[…] (*Arroja al niño fuera del escenario*).

Es probable que Oswald escribiera y dibujara guiones de Punch y Judy para la revista humorística *Die Fliegende Blatter*, y que Walter aguardara impaciente la publicación de cada ejemplar. Estoy prácticamente convencida de que Walter estaba familiarizado con las ilustraciones y las obras para marionetas de su padre, y en varias cartas del Destripador aparecen figuras que recuerdan a Punch y Judy. La mujer siempre está de espaldas, mientras que el hombre se inclina sobre ella, preparado para atacarla con una vara o una daga larga.

El «anciano caballero» que escribió a *The Times* pudo usar la ridícula idea de que tomaran a un viejo por el Destripador como una alusión a la desesperada acción de la policía, que conducía a montones de «sospechosos» a las comisarías con el fin de interrogarlos. A esas alturas, ningún hombre del East End estaba libre de sospecha. Habían registrado todas las viviendas cercanas a los escenarios de los crímenes, y todos los varones adultos —incluidos los mayores de sesenta años— estaban bajo vigilancia. Cada vez que se llevaban a un hombre a la comisaría, a la vista de los indignados vecinos, ponían en serio peligro su seguridad. Los habitantes del East End querían que capturasen al Destripador. Lo deseaban con todas sus fuerzas. Lo lincharían ellos mismos si les daban la oportunidad, y los hombres que estaban bajo sospecha, aunque sólo fuera por poco tiempo, a menudo tenían que permanecer en la comisaría hasta cerciorarse de que no correrían riesgos si salían a la calle.

John Pizer, un botinero del East End, conocido también como Delantal de Cuero, se convirtió en sospechoso cuando la policía encontró un delantal de cuero húmedo en el patio trasero del número 29 de Hanbury Street, donde habían asesinado a Annie Chapman. El delantal pertenecía a John Richardson. Su madre lo había lavado y puesto a secar en el patio. La policía debió investigar mejor los hechos antes de que la noticia de esta «pista» corriera como la pólvora. Incluso después de que se aclarara que el delantal no tenía nada que ver con el Destripador, Pizer no se atrevía a salir de su habitación por temor a que la multitud lo linchara.

«Ese chiste del delantal de cuero me hizo reír a carcajadas», escribió el Destripador, el 25 de septiembre, en una carta dirigida a la oficina de Central News.

Le divertían las noticias que salían en la prensa, disfrutaba con el caos que había creado y amaba ser el centro de atención. Quería mantener contacto con la policía y los reporteros, y lo consiguió. Reaccionaba ante lo que escribían, y ellos reaccionaban ante las reacciones de él, hasta que llegó un punto en que era casi imposible precisar quién había sugerido o hecho algo en primer lugar. El Destripador respondía a su público, y éste le respondía a él, y en sus cartas comenzaron a aparecer comentarios personales que podrían tomarse como indicios de la fantasiosa relación que había entablado con sus adversarios.

Esta forma de pensamiento delirante no es infrecuente en los psicópatas violentos. Además de creer que tienen una relación con sus víctimas, juegan al gato y el ratón con los investigadores que les siguen la pista. Cuando los capturan y los encierran, suelen mostrarse amables en las entrevistas con la policía, los psicólogos, los periodistas, los productores cinematográficos y los estudiantes de criminología. Si sus abogados se lo permitiesen, no pararían de hablar durante el resto de su vida en la cárcel.

El problema es que el psicópata no dice la verdad. Cada palabra que sale de su boca está motivada por el deseo de manipular y por una insaciable necesidad de atención y admiración. El Destripador quería impresionar a sus contrincantes. A su retorcida manera, deseaba incluso caer bien. Era brillante e ingenioso; hasta la policía lo reconoció. Era divertido. Es probable que creyera que la policía se reía con sus graciosos juegos. «Atrápenme si pueden», escribió varias veces. «Puedo escribir con cinco letras diferentes», se jactó en una carta del 18 de octubre. «Mi escritura no les servirá para seguirme el rastro», fanfarroneó en otra carta, el 10 de noviembre. A menudo firmaba con las palabras «su amigo».

Al Destripador no le gustaba perder protagonismo. Si la policía parecía olvidarlo, mandaba una nota a la prensa. El 11 de septiembre de 1889, escribió: «Estimado señor: Le ruego tenga la bondad de sacar esto en su periódico para que el pueblo de Inglaterra cepa [sepa] que aún stoi [estoy] vivito y coleando». También hacía numerosas referencias a sus viajes al extranjero. «Me propongo terminar mi trabajo a finales de agosto, cuando me iré al extranjero», escribió en una carta que la policía recibió el 10 de julio de 1889. Pasado un tiempo —no sabemos exactamente cuánto—, apareció una botella en la costa entre Deal y Sandwich, dos localidades separadas de Francia por el estrecho de Dover.

No parece haber documentación sobre cuándo apareció la botella, quién la encontró y qué características tenía, pero en su interior había un trozo de papel pautado con una nota fechada el 2 de septiembre de 1889: «Buque de vapor Northumbria Castle Left. Estoy de viaje otra vez, Jack el Destripador». La zona donde se encontró la botella, en la costa sudeste de Inglaterra, está muy cerca de Ramsgate, Broadstairs y Folkestone.

Al menos una carta del Destripador se envió desde Folkestone. Sickert solía pintar en Ramsgate, y podría haber estado allí entre 1888 y 1889, ya que era un popular centro

turístico y a él le encantaban tanto la natación como el aire de mar. Desde Folkestone salía un vapor con destino a Francia en el que Sickert viajó varias veces en su vida, y en el cercano Dover había una línea directa con Calais. Nada de esto demuestra que Sickert escribiera la nota del Destripador, la metiese en una botella y la arrojara al mar, pero estaba familiarizado con la costa de Kent. De hecho, le gustaba lo suficiente como para trasladarse a Broadstairs en la década de 1930.

Tratar de localizar en un mapa el itinerario del Destripador, con la esperanza de seguir su rastro tortuoso y criminal, es un ejercicio frustrante. Era un maestro del ilusionismo. «Me voy a Francia para empezar a trabajar allí», presumió en una carta del 8 de septiembre de 1888, que envió desde el East End. Tres días después, el 11 de noviembre, llegó una carta de Folkestone, lo que parece indicar que, en efecto, el Destripador estaba viajando hacia Francia. Pero el problema es que el mismo 11 de noviembre envió otra misiva desde Kingston-on-Hull, a trescientos kilómetros al norte de Folkestone. ¿Cómo es posible que una persona escribiese las dos cartas en veinticuatro horas?

Una posibilidad es que el Destripador las escribiera por tandas, no sólo para comparar los estilos de escritura y cerciorarse de que fueran diferentes, sino también para ponerles la misma fecha y enviarlas desde distintas localidades (o fingir que lo hacía). Una carta del 22 de noviembre de 1888, escrita en papel con la filigrana de A Pirie & Sons, se envió supuestamente desde el este de Londres. Otra, también en papel A Pirie & Sons y también con fecha del 22 de noviembre, dice que el Destripador está en Manchester. Otras dos misivas que no parecen tener filigrana (una podría tenerla, pero está demasiado deteriorada para confirmarlo) llevan fecha del 22 de noviembre, y en ellas el Destripador asegura que está en el norte de Londres y en Liverpool.

Suponiendo que todas estas cartas fueran obra de la misma persona —guardan ciertas semejanzas que lo hacen factible—, ¿cómo es posible que el Destripador las enviase desde Londres y Liverpool el mismo día? La ausencia de matasellos nos impide saber con certeza desde dónde y cuándo las mandó, y yo no acepto como ciertas las fechas y ciudades que figuran en las cartas sin matasellos. Dentro de un sobre de 1896, por ejemplo, encontré una carta fechada en 1886. Esto fue o bien un error, o un intento de confundir.

Cabe la posibilidad de que los matasellos no coincidiesen con las fechas o ciudades —o ambas cosas— que escribía el Destripador en algunas cartas. Cuando la policía las abría, apuntaba estos datos en un cuaderno y a menudo tiraba o perdía el sobre. Por otra parte, la fecha que escribía el Destripador podría diferir un día o dos de la real, ¿y quién iba a notarlo o preocuparse por ello? Pero un par de días pueden ser importantes para un hombre que huye e intenta despistar a la policía, haciéndole creer que está en Londres, Lille, Dublín, Innerleithen y Birmingham el 8 de octubre.

Una persona podía estar en dos localidades lejanas en un lapso de veinticuatro horas. Los trenes eran bastante rápidos. Según los horarios de la Guía de Ferrocarriles Bradshaw de 1887, Sickert pudo salir de la estación londinense de Euston a las seis de la mañana, llegar a Manchester a las once y veinte, cambiar de tren y apearse en Liverpool cuarenta y cinco minutos después. Desde Liverpool podría haber viajado a Southport, en la costa, en una hora y siete minutos.

A mediados de septiembre de 1888, encontraron el cadáver descompuesto de un niño en una casa abandonada de Southport. Durante el proceso celebrado el día 18, el jurado no pudo establecer la causa de la muerte. Aunque la identidad del niño y las circunstancias de su muerte no se aclararon nunca, la policía sospechaba que lo habían asesinado.

«Mataré a cualquier joven que vea», escribió el Destripador el 26 de noviembre de 1888.

«Cometeré el asesinato en una casa vacía», afirmó en una carta sin fecha.

En aquella época, el servicio de trenes en Inglaterra era excelente. También había coches cama. Un viajero podía salir de Londres a las seis y treinta y cinco de la tarde, tomar una buena cena y dormir a pierna suelta, y despertar en Aberdeen, Escocia, a las diez menos cinco de la mañana siguiente. O podía salir de la estación londinense de Paddington a las nueve de la noche, despertar en Plymouth a las cuatro y cuarto de la madrugada, tomar otro tren con destino a St. Austell, en Cornualles, y acabar cerca de Lizard Point, el punto más meridional de Inglaterra. Varias cartas del Destripador procedían de Plymouth, el destino más conveniente cuando uno viajaba a Cornualles en tren.

Sickert conocía Cornualles. A principios de 1884, él y Whistler pasaron una temporada pintando en St. Ives, una de las localidades costeras más populares entre los artistas. En una carta que escribió a Whistler a finales de 1887, Sickert decía que tenía intención de ir a Cornualles. Es probable que viajara allí con frecuencia. Los majestuosos acantilados, las vistas del mar y los pintorescos puertos de esa zona del sudeste de Inglaterra siempre han atraído a los artistas.

Cornualles hubiera sido un buen lugar para que Sickert se escondiera cuando buscaba paz y «refugio». En Lizard Point, una estrecha península de tierras de labranza y altos acantilados rocosos, había a la sazón una famosa casa de huéspedes llamada Hill’s Hotel —afectuosamente conocida por el Lizard [«la Lagartija»]— a unos treinta kilómetros de St. Ives. Las olas baten con gran estruendo a lo largo de todo el perímetro de la península. En la actualidad, el visitante debe aparcar en la dirección contraria del viento para evitar que éste arranque las puertas del coche.

23. El libro de huéspedes

En la primavera de 2001, el galardonado periodista gastronómico Michael Raffael se alojó en el pequeño *bed and breakfast* Rockland, en Lizard Point, mientras trabajaba en un artículo para *Food & Travel*. El Rockland es una modesta casa de labranza de los años cincuenta, con espacio para siete personas, y su propietaria es la única heredera del lejano e ilustre pasado del hotel Lizard.

Había sido un año difícil para Joan Hall, quien heredó los libros de huéspedes del Lizard y otros documentos que habían estado en manos de la familia de su marido durante ciento veinticinco años. En Cornualles se había producido un brote de fiebre aftosa, y su hijo era granjero. Las restricciones del gobierno habían reducido las ganancias de la granja, y la señora Hill, que acababa de enviudar, estuvo a punto de perder su negocio porque las cuarentenas mantenían a los turistas alejados de cualquier animal con pezuñas.

Michael Raffael recuerda que, durante su estancia allí, la señora Hill le contó historias sobre los prósperos tiempos en que el Lizard era un sitio frecuentado por pintores, escritores, miembros del Parlamento, lores y *ladies*. En los libros de registro aparece la tímida firma de Henry James y también la de William Gladstone, firme y florida. El crítico y artista George Moore conocía el Lizard. Sickert trató a James, cuyas novelas le parecían aburridas. Era amigo de Moore, aunque solía burlarse de él. El artista Fred Hall, a quien Sickert no podía soportar, también solía alojarse allí.

En el Lizard se bebía y se comía opíparamente, los precios eran razonables y la gente acudía desde sitios tan lejanos como Sudáfrica o Estados Unidos para pasar unas vacaciones en aquella desolada lengua de tierra que se adentraba en el mar. Por un tiempo, olvidaban sus preocupaciones y paseaban, montaban en bicicleta, contemplaban las vistas disfrutando del aire vigorizante o leían al amor de la lumbre. Sickert habría podido mezclarse con desconocidos interesantes o guardar las distancias. Podría haber ido a dibujar a los acantilados o sólo pasear, fiel a su costumbre. Podría haber hecho excursiones en tren, a caballo o en coche a los pueblos cercanos, incluido St. Ives. Podría haberse registrado con nombre falso y poner la firma que le apeteciera en el libro de huéspedes.

El Lizard sobrevivió a dos guerras mundiales y era una reliquia de tiempos pasados. En 1950, los Hill vendieron la casa de tres siglos de antigüedad y abrieron el pequeño Rockland. Mientras explicaba todo esto a Michael Raffael, y quizá porque él la escuchaba con atención, la señora Hill se acordó del viejo libro de huéspedes, que contenía registros de entre 1877 y el 15 de julio de 1888, y lo sacó de un cajón. Michael llevaba «unos treinta minutos hojeándolo, la mayor parte del tiempo solo» cuando encontró dibujos y el nombre «Jack el Destripador». «A juzgar por el lugar que ocupaba en la página, el estilo de la escritura y la tinta sepia, estoy prácticamente convencido de que la inscripción de Jack era de la misma época que el libro y el resto de las anotaciones», me escribió después de ver la entrevista sobre el Destripador que me hizo Diane Sawyer en un especial de *Prime Time* de la ABC.

Me puse en contacto con la señora Hill, quien, tras confirmarme que el libro existía y que contenía el nombre de Jack el Destripador y algunos dibujos, me dijo que podía verlo cuando quisiera. Pocos días después estaba en un avión rumbo a Cornualles.

Fui con unos amigos, y éramos los únicos huéspedes. El pueblo estaba casi desierto, azotado por los vientos fríos procedentes del Canal de la Mancha. La señora Hill es una

sesentona tímida e ingenua que se desvive por el bienestar de sus huéspedes y prepara desayunos peligrosamente abundantes. Ha pasado toda su vida en Cornualles, y nunca había oído hablar de Sickert ni de Whistler, pero el nombre «Jack el Destripador» le resultaba algo familiar.

«El nombre me suena, pero no sé nada sobre él», dijo, aunque añadió que sí sabía que era un hombre muy malo.

Los dibujos de los que me había hablado Raffael estaban hechos con tinta y representaban a un hombre y a una mujer que paseaban. El hombre, que está vestido con chaqué y chistera y lleva un paraguas y un monóculo, tiene escrito «Jack el Destripador» en lápiz junto a su imponente nariz. Mira a la mujer desde atrás y de su boca sale un bocadillo con las palabras: «¿No es una belleza?».

La mujer, que luce sombrero de plumas, corpiño, miriñaque y volantes, dice: «¿No soy preciosa?». En otro bocadillo, situado debajo, se lee: «Sólo por Jack el Destripador». El resto de este curioso libro no había llamado la atención, o quizá no despertara mayor interés. Había una mujer a la que le habían dibujado un feo lunar en la cara y bosquejado con lápiz, por debajo de la ropa, las piernas y los pechos desnudos. La página está llena de garabatos, comentarios y alusiones a Shakespeare, casi todos groseros y maliciosos. Me llevé el libro a la habitación y empecé a descubrir otros detalles que me mantuvieron en vela hasta las tres de la madrugada, con la estufa a la máxima potencia, mientras el viento ululaba y las olas bramaban al otro lado de la ventana.

Las docenas de anotaciones, garabatos, dibujos y comentarios maliciosos se me antojaron sorprendentes e inesperados por demás, y de repente me sentí como si Sickert estuviera en mi habitación.

Alguien —estoy convencida de que fue Sickert, pero me referiré a esa persona como el «vándalo»— garabateó todo el libro con lápiz negro, lápiz violeta y pluma, y escribió leyendas sarcásticas, pueriles y violentas en la mayoría de las páginas.

«Tonterías, imbécil, imbéciles, un tremendo imbécil», «Tonto del diablo», «ja» y «ja, ja», «¡vaya, vaya!». «Qué gracia», «oh Señor, de chicas oh qué escándalo», «peliforra» (vulgarismo que significa prostituta), «nabo» (pene), «Dummkopf» (idiota, en alemán), «ta-ra-ra-boon-de-á» (estribillo de una canción de variedades), «moza de partido» (expresión del siglo XVII para referirse a una prostituta), «burro», «¡tonterías!», «¡¡tonterías!!», «¡¡¡tonterías!!!». Debajo de la palabra «reverendo» escribió: «(Casado 3 veces)»; debajo del nombre de otra persona: «Se convirtió en un esnob», y modifica el nombre de un huésped para que se lea «Parchedigano».

El vándalo añadió rimas sarcásticas en páginas llenas de elogios al hotel Hill: lo bonito y cómodo que es, lo buena que es la comida y lo modestos que son los precios.

«Cuando yo salí / entraron todos ellos / y los demás huyeron».

«Un sitio bastante raro».

Si un huésped se había esforzado para componer un poema, el vándalo se encargaba de estropearlo, como ocurre con estos versos de F. E. Marshall, de Chester:

La desdicha me alcanzó aquí,
pero yo poco o nada temí,
porque gracias al Hill las indisposiciones
se alejaron de mí…
después de unas pociones [añadió el vándalo].

También dibujó una cara caricaturesca que decía: «¡¡Qué brillante!!». Debajo del mediocre poema de otro huésped, escribió:

¿Y éste es poeta? Sería una locura
llamar así al autor de esta basura.
Seguro que la luna, con su influyente luz,
le había trastornado la testuz.

El vándalo corrige la sintaxis y la ortografía de los huéspedes. Sickert tenía esa costumbre. En su ejemplar de la autobiografía de Ellen Terry tiene mucho que decir sobre la ortografía, la gramática y la dicción de la autora. Este libro —que compré a su sobrino político, John Lessore— está lleno de acotaciones y correcciones de Sickert, todas en lápiz. Hacía cambios y añadía comentarios como si conociera la vida de Terry mejor que ella.

Otro poema mediocre de un huésped del hotel Hill termina con el verso: «Reciba mi gratitud, oh, *vella* anfitriona, adiós». El vándalo corrigió «bella» y añadió tres signos de exclamación. Convirtió la «O» en un monigote con brazos y piernas. Más abajo escribió en *cockney*, el dialecto popular del este de Londres, «No es una chica, Bill, sino una fulana», en respuesta a la anotación de un huésped que decía haber visitado el hotel con «mi esposa».

«¿Por qué no pone el apóstrofo?», protestó en otra página, y dibujó otra caricatura. En la página siguiente hay una viñeta que recuerda a los pícaros y delicados bocetos de la colección Sickert de las bibliotecas públicas de Islington. Las «s» de la firma de «*Sister* Helen» y de su dirección, «Priorato de San Salvador, Londres», están convertidas en el símbolo del dólar.

En la parte inferior de una página, obviamente añadido con lápiz cuando ésta ya estaba llena, se lee «Jack el Destripador, Whitechapel». En otra página aparece la palabra «Whitechapel» en lápiz sobre la dirección de un huésped londinense. Me llamaron la atención un barbudo con chaqué que enseña su pene circuncidado y un dibujo al estilo de los de Punch y Judy, en el que una mujer golpea a un niño en la cabeza con un largo palo. Muchas manchas de tinta están transformadas en dibujos, igual que en algunas cartas del Destripador.

En otras dos páginas, el vándalo firmó «Barón Ally Sloper». Supongo que lo de «barón» es irónico, una burla a la aristocracia inglesa muy propia de Sickert. Sloper era el personaje de una tira cómica, un pillo desastrado con una gran nariz roja y chistera raída que siempre estaba huyendo de su casero para no pagar el alquiler. Era una historieta muy popular entre los miembros de la clase baja inglesa, y apareció en una revista y en los pliegos de cordel entre 1867 y 1884, y luego otra vez en 1916. «Pulgarcito y esposa», firmó el vándalo en el libro con fecha 1 de agosto de 1886, aunque Pulgarcito (Charles Sherwood Stratton) había muerto el 15 de julio de 1883. Hay demasiados ejemplos para citarlos todos. El libro de huéspedes —o «LIBRO DE MEMOS», como lo llamó el vándalo— es sorprendente. Así lo consideró también la doctora Anna Gruetzner Robins después de examinarlo con detenimiento. «Desde luego, es indudable que los dibujos se parecen mucho a los de las cartas del Destripador», dijo. «Demuestran una gran habilidad». En su opinión, uno de ellos es una caricatura de Whistler.

La doctora Robins reparó en muchos detalles del libro que yo había pasado por alto, incluyendo un mensaje en alemán e italiano macarrónicos escrito encima de un hombrecillo. A grandes rasgos, el vándalo escribió: «El doctor Destripador» y «ha preparado un buen plato de carne en Italia. ¡Noticia! ¡Noticia!». El juego de palabras y las insinuaciones, que según la doctora Robins son difíciles de reflejar en la traducción, sugieren que el Destripador mató a una mujer en Italia y preparó una sabrosa comida con su carne. El Destripador habló de cocinar los órganos de sus víctimas en varias cartas.

Algunos asesinos en serie practican el canibalismo. Cabe pensar que Sickert también lo hiciera. Hasta es posible que cocinara los órganos de sus víctimas y se los sirviera a sus amigos. Aunque, por descontado, puede que la sugerencia de cocinar carne humana no sea más que una provocación destinada a repugnar y escandalizar.

La doctora Robins piensa, como yo, que la mano de Sickert está detrás de los insultos, las anotaciones y la mayoría de los dibujos del libro de huéspedes del Lizard. Entre los nombres añadidos a lápiz figuran algunos de personas que Sickert conoció o pintó, como Annie Besant y Charles Bradlaugh. La doctora Robins sospecha que los monigotes masculinos con diferentes barbas y sombreros podrían ser autorretratos de Sickert con los disfraces que usó para cometer los crímenes del Destripador. El dibujo de una «tosca damisela local» podría indicar que Sickert mató a una mujer mientras estaba en Cornualles.

Le compré el libro de huéspedes a la señora Hill. Lo han estudiado muchos expertos, entre ellos el analista forense de papel Peter Bower, quien opina que no hay nada «fuera de época» en el papel ni en la encuadernación. Todos los que han examinado el libro del Lizard lo han considerado tan extraordinario que ahora se encuentra en el archivo de la Tate Gallery, pendiente de futuros estudios y de un indispensable tratamiento de conservación.

El nombre de Jack el Destripador no se hizo público hasta el 17 de septiembre de 1888, dos meses después de que se completase el libro de huéspedes del Lizard, el 15 de julio de 1888. Mi explicación es bastante sencilla: Sickert visitó el Lizard en algún momento después de los crímenes del Destripador y pintarrajeó el libro. Esto pudo ocurrir en octubre de 1889, ya que en letra muy pequeña, casi en la costura del libro, parece haber un monograma formado por una «W», una «R» y una «S» superpuestas y la fecha «octubre 1889».

La fecha está muy clara, pero el monograma no. Podría ser una cifra o una broma, y yo no esperaría menos de Sickert. El mes de octubre de 1889 habría sido una buena época para huir al extremo sur de Inglaterra. Aproximadamente un mes antes, el 10 de septiembre, habían encontrado otro torso femenino en el East End, esta vez debajo de un puente de ferrocarril, al final de Pinchin Street.

El *modus operandi* fue el habitual. Un agente había pasado por allí durante su ronda y no había notado nada extraño. Menos de treinta minutos después, pasó otra vez y descubrió un bulto en la calle, cerca de la acera. Era un tronco de mujer sin cabeza ni piernas, pero por alguna razón el asesino había dejado los brazos. Las manos estaban tersas y las uñas no podían pertenecer a una persona que hubiera pasado penurias. La tela de lo que quedaba del vestido era seda, y la policía localizó al fabricante en Bradford. Un médico determinó que la víctima había muerto hacía varios días. Por extraño que parezca, un par de días antes la delegación londinense del *New York Herald* había recibido una advertencia sobre el lugar donde apareció el torso.

A medianoche del 8 de septiembre, un hombre con uniforme de soldado se aproximó a un transportista de periódicos en la puerta del *Herald* y exclamó que había habido otro terrible asesinato con mutilación. Dijo que había ocurrido en Pinchin Street, el lugar donde se descubrió el tronco femenino. El transportista entró en el edificio del periódico e informó a los periodistas, que salieron en un cabriolé a buscar el cadáver. Pero no lo encontraron. El «soldado» se esfumó y el torso apareció el 10 de septiembre. A juzgar por la sequedad de los tejidos, la víctima ya estaba muerta en la madrugada del día 8. Junto al cadáver descuartizado, sobre una valla, había un sucio paño de los que usaban las

mujeres cuando tenían la menstruación.

«Más vale que tengan cuidado con los sabuesos que echan a la calle, ya que las hembras solteras llevan paños manchados de sangre […]. Las mujeres tienen un olor muy fuerte cuando están malas», escribió el Destripador el 10 de octubre de 1888.

Una vez más, el asesino había conseguido ocultar un cuerpo y sus miembros amputados; transportar los bultos, que debían de ser pesados, y ponerlos prácticamente a los pies de un policía.

«Tuve que superar grandes dificultades para llevar los cadáveres al sitio donde los escondí», escribió el Destripador el 22 de octubre de 1888.

Doce días después del descubrimiento del torso, el *Weekly Dispatch* reprodujo una nota de la edición londinense del *New York Herald*, donde se decía que un casero aseguraba conocer la «identificación» de Jack el Destripador. El casero, cuyo nombre no aparece en el artículo, afirmó que estaba convencido de que el Destripador había alquilado una habitación en su casa, y que este «huésped» solía regresar «a eso de las cuatro de la madrugada», cuando todo el mundo dormía. Una mañana, el casero estaba despierto cuando su huésped regresó y vio que «estaba excitado y hablaba de manera incoherente». El hombre contó que lo habían agredido y le habían robado el reloj y «dio el nombre de la comisaría de policía» donde había denunciado el incidente.

El casero quiso confirmar esta información, pero la policía le indicó que no habían recibido denuncia alguna. Sus sospechas crecieron cuando encontró la camisa y la ropa interior del huésped recién lavadas sobre unas sillas. Según el artículo, el huésped «tenía la costumbre de hablar sobre las mujeres de la calle, y escribía “largos galimatías” sobre ellas en un papel parecido “al de las supuestas cartas de Jack el Destripador a la policía”. El huésped tenía “ocho trajes, ocho pares de botas y ocho sombreros”. Hablaba varios idiomas y “cuando salía siempre llevaba consigo un maletín negro”. No usaba el mismo sombrero dos noches seguidas».

Poco después de que se descubriera el torso en Pinchin Street, el huésped explicó al casero que se iba al extranjero y se marchó de inmediato. Cuando el casero entró en la habitación, descubrió que el hombre se había dejado «lazos, plumas, flores y otros artículos pertenecientes a mujeres de la peor clase», tres pares de botas de cuero y otros tres de «chanclos» con suela de goma y empeine de tela, que estaban «salpicados de sangre».

Es evidente que el Destripador se mantenía informado y que había leído esta historia en la edición londinense del *New York Herald*, o quizás en otro periódico, como el *Weekly Dispatch*. En un poema del 8 de noviembre de 1889, hizo una clara referencia al relato del casero.

«Viste 8 trajes, muchos sombreros llevo».

Sin embargo, negó que fuese el huésped que escribía «galimatías» sobre mujeres indecentes:

En Finsbury Square en meses pasados,
un excéntrico vivía con un par de amancebados.
La historia es falsa, no hubo en aquellas salas
nadie que escribiera sobre las mujeres malas.

Es difícil imaginar que Walter Sickert dejase botas o cualquier otro objeto incriminatorio en una habitación alquilada, a menos que quisiera que los descubrieran. Puede que Sickert se alojara allí y puede que no. Pero de manera voluntaria o involuntaria, el Destripador dejó una estela de sospechas y creó suspense. Hasta es posible que estuviera espiando desde detrás del telón en espera del siguiente acto, que aparece descrito justo

debajo de la historia del «huésped» en el *Weekly Dispatch*.

Una «mujer» escribió una carta a la comisaría de policía de Leman Street para «declarar que se ha comprobado que una mujer alta y fuerte ha estado durante un tiempo» trabajando en varios mataderos, «vestida de hombre». Esta historia dio lugar a «la teoría de que a las víctimas del East End las podría haber asesinado una mujer. Cabe señalar que nadie parece haber visto a hombre alguno en los alrededores en el momento del homicidio».

Nunca se encontró a la travestida del matadero, y los policías que registraron los mataderos del East End no pudieron confirmar que una posible «Jill la Destripadora» hubiera trabajado allí. La carta que escribió la «mujer» a la comisaría de Leman Street no se conserva. Entre el 18 de julio (tres días después de que Sickert «dimitiera» de su cargo en el *New York Herald*) y el 30 de octubre de 1889, la policía metropolitana recibió treinta y siete cartas del Destripador (a juzgar por las que se encuentran tanto en los archivos municipales de Londres como en los de la City). Diecisiete son de septiembre. Con la excepción de tres, todas se enviaron desde Londres, lo que situaría al Destripador —o a Sickert— en esta ciudad en la época en que se publicaron la historia del «huésped» y la de la mujer del matadero.

Desde marzo hasta mediados de julio de 1889, Sickert había escrito veintiún artículos para la edición londinense del *New York Herald*. Es muy probable que estuviera en Londres el 8 de septiembre, porque *The Sun* lo había entrevistado unos días antes en el número 54 de Broadhurst Gardens, y publicó el artículo el día 8. El tema principal de la entrevista era una importante exposición de arte impresionista programada para el 2 de diciembre en la Goupil Gallery, en Bond Street, en la que se incluirían obras de Sickert. El reportero también le preguntó por qué había dejado de escribir críticas de arte para el *New York Herald*.

La respuesta de Sickert fue evasiva y no del todo veraz. Dijo que no tenía tiempo para seguir escribiendo para el *Herald*. Señaló que era conveniente que los críticos no fueran pintores. Sin embargo, en marzo de 1890, Sickert volvió a las andadas, y escribió artículos para el *Scots Observer*, *Art Weekly* y *The Whirlwind* (al menos dieciséis notas en un año). Quizá sea otra curiosa coincidencia que el mismo día que el *Sun* publicó la noticia de la «dimisión» de Sickert, el misterioso soldado apareciera en el *New York Herald* y anunciara un asesinato con mutilación del que no podía saber nada, a menos que fuera cómplice del asesino.

El torso que apareció en septiembre de 1889 no se identificó nunca. Es posible que no se tratara de una «sucia ramera» de los albergues nocturnos y la calle. Quizá fuese una prostituta de mayor categoría, como una actriz de variedades. Aquellas mujeres de moral dudosa podían desaparecer con facilidad. Iban de una ciudad a otra o de un país a otro. A Sickert le gustaba dibujarlas. Pintó el retrato de la estrella de variedades Queenie Lawrence, y debió de sentirse ofendido cuando ella no aceptó que se lo regalara, aduciendo que ni siquiera podría usarlo como biombo para protegerse del viento. Queenie Lawrence pareció esfumarse de la vida pública en 1889. No he encontrado información sobre lo que hizo luego. Las modelos y discípulas de Sickert a veces desaparecían sin dejar rastro.

«[…] Una de mis alumnas, una preciosidad que dibujaba peor que nadie que haya conocido en mi vida y que ha desaparecido en el interior del país. ¿Su nombre?», escribió Sickert a sus ricas amigas americanas Ethel Sands y Nan Hudson, probablemente en 1914.

Durante los períodos más ajetreados de su actividad criminal, Sickert podría haber vivido en los trenes y haber enviado cartas desde todas partes. Los asesinos sexuales

tienden a moverse cuando su violenta adicción se apodera de ellos. Van de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, y a menudo matan cerca de las áreas de descanso y de las estaciones de tren, eligiendo unas veces sus escenarios y otras, no. Los cuerpos o los miembros amputados pueden aparecer desperdigados a lo largo de centenares de kilómetros. Se descubren restos humanos en cubos de basura y en bosques. Algunas víctimas están tan bien escondidas que nunca dejarán de ser «desaparecidas».

La euforia, los riesgos y la emoción de los asesinatos resultan embriagadores. Pero estas personas no quieren que las detengan, y Sickert tampoco. Salir de Londres de vez en cuando era una medida sabia, sobre todo después del asesinato de Elizabeth Stride y el de Catherine Eddows. Pero si envió tantas cartas desde lugares distantes entre sí porque pretendía distraer a la policía y crear revuelo, le salió el tiro por la culata. Por usar la expresión de D. S. MacColl, «se sobrestimó». Sickert era tan listo que ni la prensa ni la policía creyeron que las cartas pudieran ser del Destripador, y no les hicieron caso.

Algunas, procedentes de sitios tan lejanos como Lille o Lisboa, podrían ser bromas. O quizá Sickert consiguió que alguien las enviara por él. Por lo visto, tenía esa costumbre. En agosto de 1914, mientras estaba en Dieppe, escribió a Ethel Sands: «No siempre tengo tiempo de hacer una escapada al barco y encontrar a un amable desconocido a quien confiar mi correspondencia».

24. En un pesebre

A primera hora de la gélida mañana del 11 de octubre de 1888, *sir* Charles Warren interpretó el papel de villano con los sabuesos *Burgho y Barnaby*.

El jefe de la policía metropolitana corrió entre los árboles y los arbustos de Hyde Park, fingiendo ser un fugitivo, mientras la magnífica pareja de perros perdía su rastro y cazaba a algunos extraños que casualmente paseaban por allí. Otros cuatro experimentos en la brumosa y fría mañana terminaron igual de mal. A Warren no le sentó bien.

Si los sabuesos eran incapaces de rastrear a un hombre en un parque casi desierto poco después de rayar el alba, tal vez no sería buena idea soltarlos en las sucias y atestadas callejuelas del East End. Tampoco había sido buena idea que se ofreciera voluntario para la prueba. Todo por demostrar a los londinenses que los sabuesos eran una grandiosa innovación y que estaba seguro de que descubrirían al demonio del East End. Warren nunca superaría la humillación de su carrera por el parque con los desorientados sabuesos.

«Querido jefe: Me he enterado de que ahora tiene sabuesos para seguirme», escribió el Destripador el 12 de octubre, y dibujó un cuchillo en el sobre.

Lo que tal vez precipitara la mala decisión de Warren —o, al menos, influyera en ella— fue otra curiosa carta que *The Times* publicó el 9 de octubre, dos días antes de la carrera del jefe de policía en el parque:

Señor: Quizá mi experiencia personal con lo que son capaces de hacer los perros sabuesos en la persecución de un criminal podría ser de interés. He aquí, entonces, un incidente del que fui testigo directo.

En 1861 o 1862 (mi memoria me impide precisar mejor la fecha), me encontraba en Dieppe cuando un niño apareció encajado en el pesebre de un caballo, con la garganta cortada de oreja a oreja. De inmediato pusieron a un par de sabuesos a seguir su olor. Tras olfatear la tierra durante un par de minutos, los perros echaron a correr y centenares de personas, entre ellos su propietario y un servidor, los seguimos.

Los sabuesos, muy bien adiestrados, no aflojaron el paso hasta que llegaron al otro extremo de la ciudad, donde se detuvieron en seco delante de una pensión de mala muerte y, alzando sus nobles cabezas, emitieron un estridente aullido. En el interior de la casa estaba la culpable —una vieja— escondida debajo de una cama.

Permítame añadir que, si un sabueso está bien entrenado, su instinto para detectar un olor es tal que nadie sabe a ciencia cierta si existe algún obstáculo insalvable para él mientras sigue un rastro.

Atentamente,

WILLIAMS [*sic*] BUCHANAN

11, Burton St., W. C., 8 de octubre.

Al igual que con la carta al director del «anciano caballero», el tono no parece en consonancia con el tema.

El señor Buchanan empleó el lenguaje ligero y despreocupado de un anecdotista para relatar la terrible historia de un niño con la garganta cortada «de oreja a oreja» y el cuerpo metido en «el pesebre de un caballo».

En los periódicos de Dieppe de principios de la década de 1860 no aparece mención alguna de un niño degollado, o asesinado por un método semejante. Esto no es una prueba concluyente, ya que muchos documentos archivados en Francia hace un siglo se

conservaron mal, se perdieron o se destruyeron durante las dos guerras mundiales. Pero incluso si ese asesinato se produjo, cuesta creer que en el Dieppe de aquella época dispusieran de perros adiestrados para ponerlos a seguir un rastro «de inmediato». En la grandiosa ciudad de Londres no había sabuesos así en la década de 1860, y ni siquiera veintiocho años después, cuando Charles Warren tuvo que importar los perros y alojarlos en la consulta de un veterinario.

En el siglo VIII, los sabuesos se llamaban perros flamencos, y se los tenía en gran estima por su capacidad de perseguir osos y otros animales y sacarlos de sus guaridas durante las cacerías. No fue hasta el siglo XVI cuando estos animales de orejas y cuello largos comenzaron a usarse para localizar seres humanos. Es del todo falso que pertenezcan a una raza cruel y que se usaran para perseguir a los esclavos en los estados del sur de Estados Unidos. Los sabuesos no son agresivos por naturaleza, ni mantienen contacto físico con la presa. No hay ni una pizca de maldad en su triste y arrugada cara. Los perros que se empleaban para perseguir a los esclavos eran bien raposeros, bien un cruce de raposero con mastín cubano entrenado para atacar a las personas y arrastrarlas por el suelo.

El adiestramiento de los sabuesos para localizar criminales es un trabajo tan especializado y difícil que la policía dispone de muy pocos ejemplares. Tampoco debió de haber muchos sabuesos disponibles en 1861 o 1862, cuando, según explicó Buchanan en una carta que parece un cuento de los hermanos Grimm, estos perros siguieron el rastro del niño asesinado directamente hasta la casa de la culpable, una vieja que estaba escondida debajo de la cama.

«Williams» Buchanan —como *The Times* imprimió el nombre— no figura en la guía postal de 1888, pero en el registro de electores de la jurisdicción parlamentaria de St. Pancras, distrito 3, Burton, aparece un tal William Buchanan con domicilio en el número 11 de Burton Street. En aquella época, Burton Street no estaba en un barrio miserable, pero tampoco en una buena zona. La casa, que se alquilaba por treinta y ocho libras al año, subalquilaba habitaciones a personas de diversos oficios, como un aprendiz, un encargado de imprenta, un fabricante de pigmentos, un empaquetador de cacao, un pulidor francés, un sillero y una lavandera.

William Buchanan no era un nombre poco habitual, y no he encontrado otros documentos para identificarlo o determinar su ocupación. Sin embargo, la carta al director revela a un hombre culto y creativo, y menciona Dieppe, un centro turístico y refugio de artistas donde Sickert alquiló casas y estudios durante la mitad de su vida. Cuesta creer que alquilara sus estudios secretos en Dieppe, Londres o en cualquier otro sitio usando su nombre verdadero. A finales de la década de 1880, no se exigía ningún documento de identificación. Bastaba con pagar. Cabe preguntarse cuántas veces se serviría Sickert de nombres falsos, incluso algunos de personas reales.

Es posible que un hombre llamado William Buchanan escribiera aquella carta al director. Quizá mataran a un niño de siete años y metieran su cadáver en un pesebre de Dieppe. No puedo negarlo ni afirmarlo. Pero es una inquietante coincidencia que diez semanas después de que se publicara la carta asesinaran a dos niños, y que el cadáver mutilado de uno de ellos apareciera en unas cuadras.

«Voy a cometer 3 [asesinatos] más, esta vez 2 niñas y un niño de unos 7 años. Me gusta mucho destripar, sobre todo a mujeres, porque no hacen mucho ruido», escribió el Destripador en una carta con fecha del 4 de noviembre de 1888.

El 26 de noviembre, Percy Knight Searle, un «niño tranquilo, listo e inofensivo» de ocho años, fue asesinado en Havant, cerca de Portsmouth, en la costa sur de Inglaterra. Esa

tarde había salido «entre las seis y las siete» con un amigo llamado Robert Husband, quien más tarde declaró que Percy se había separado de él para bajar solo por una calle. Al cabo de unos minutos, Robert lo oyó gritar y vio a un «hombre alto» que se alejaba corriendo. Encontró a Percy en el suelo, agonizando junto a una valla, con cuatro cortes en el cuello. Murió delante de los ojos de Robert.

Cerca de allí encontraron una navaja con la hoja abierta y manchada de sangre. Los vecinos estaban convencidos de que aquello era obra de Jack el Destripador. *The Times* se hizo eco de que en el proceso había declarado un tal doctor Bond, pero no facilitó su nombre de pila. Si fue el doctor Thomas Bond, de Westminster, Scotland Yard debió de enviarlo para comprobar si se trataba de otro crimen del Destripador.

Durante el proceso, el doctor Bond declaró que las lesiones del cuello de Percy Searle eran semejantes a «cortes de bayoneta», y que asesinaron al niño cuando éste estaba de pie. Un mozo de la estación de Havant afirmó que un hombre había subido al tren de las seis cincuenta y cinco con destino a Brighton sin comprar billete. El mozo no lo siguió, pues ignoraba que acababa de cometerse un asesinato. Las sospechas se centraron en Robert Husband cuando se descubrió que la navaja «ensangrentada» pertenecía a su hermano. Otro médico informó que los cuatro cortes del cuello de Percy eran torpes y podrían ser obra de un niño, de manera que se acusó a Robert de asesinato, a pesar de sus alegaciones de inocencia.

Casi un mes después, el jueves 20 de diciembre, se produjo otro homicidio, esta vez en Londres. Rose Mylett vivía en Whitechapel, tenía unos treinta años, era «guapa» y estaba «bien alimentada».

Era una «desdichada», y el miércoles había estado en la calle a altas horas de la noche, presumiblemente practicando su oficio. A las cuatro y cuarto de la madrugada, un policía encontró su cadáver en Clarke's Yard, en la calle Poplar del East End. Dedujo que había muerto hacía unos minutos. Su ropa estaba intacta, pero tenía el cabello suelto y enmarañado, y alguien —al parecer, el asesino— le había atado un pañuelo alrededor del cuello. La autopsia reveló que la habían estrangulado con una cuerda de embalar bastante gruesa.

Según informó *The Times* el 27 de diciembre, no había «nada parecido a una pista», y tanto los médicos como la policía creían que «el hecho era obra de una mano experta». Lo que desconcertó al médico de la policía fue que Rose tenía la boca cerrada y la lengua dentro cuando la encontraron. En aquel entonces se ignoraba que en la mayoría de las estrangulaciones a lazo, la ligadura —en este caso una cuerda— se tensa alrededor del cuello y comprime las arterias carótidas o las venas yugulares, impidiendo el paso de la sangre al cerebro. En cuestión de segundos se pierde la conciencia y sobreviene la muerte. A menos que se comprima la laringe, como ocurre en la estrangulación manual, la lengua no asoma entre los labios.

La estrangulación a lazo es una forma rápida y sencilla de controlar a una víctima, ya que la persona pierde el conocimiento con rapidez. En la estrangulación manual, por el contrario, la muerte se produce por asfixia, y la víctima opondrá resistencia durante varios minutos, mientras lucha por respirar. La estrangulación a lazo se parece al degollamiento. En ambos casos la víctima es incapaz de emitir sonidos y queda impedida casi en el acto.

Una semana después del asesinato de Rose Mylett, un niño desapareció en Bradford, Yorkshire, una ciudad que figuraba en el itinerario de giras de la compañía teatral de Irving y quedaba a entre cuatro horas y media y seis horas de viaje desde Londres, según el número de paradas que hiciera el tren. A las seis y cuarenta de la mañana del jueves 27

de diciembre, la señora Gill constató que su hijo John, de siete años, subía al carro del lechero para dar un pequeño paseo. Más tarde, a las ocho y media, John estuvo jugando con otros niños, y alguien lo vio conversar con un hombre. El pequeño no volvió a casa. Al día siguiente, su desesperada familia fijó un cartel que decía:

John Gill, de ocho años, desapareció el jueves por la mañana. Se lo vio por última vez a las ocho y media, patinando en las inmediaciones de Walmer-Village. Vestía abrigo azul marino (con botones de bronce), gorra marinera, traje con pantalón bombacho, botines, calcetines rojos y blancos; tez clara. Domicilio: 41, Thorncliffe Road.

La nota indicaba que John tenía ocho años porque sólo faltaba un mes para su cumpleaños. Ese viernes a las nueve de la noche, un aprendiz de carnicero, Joseph Buckle, estuvo en los alrededores de unas cuadras y unas cocheras cercanas a la casa de los Gill. No notó nada extraño. Al día siguiente, el sábado, se levantó temprano para uncir el caballo de su patrón. Se puso a limpiar las cuadras, como de costumbre, y mientras arrojaba estiércol a una zanja vio «un bulto en un rincón, entre la pared y la puerta de la cochera». Fue a buscar una lámpara y descubrió que el bulto era un cadáver con una oreja cortada. Corrió a la panadería para pedir ayuda.

El cuerpo estaba envuelto en el abrigo del niño y atado con sus tirantes. Varios hombres destaparon el hatillo y vieron lo que quedaba de John tendido del lado derecho, las piernas amputadas y amarradas con cuerda a ambos lados del trance. Le habían cortado las dos orejas. Tenía un trozo de camisa enrollado alrededor del cuello, y otro en torno al muñón de la pierna izquierda. Presentaba varias puñaladas en el pecho y una incisión en el abdomen, y los órganos internos estaban en el suelo. Le habían «arrancado» el corazón y se lo habían colocado debajo de la barbilla.

«Mataré a otro jovencito, como los niños que trabajan en las prensas de la City. Le escribí antes, pero parece que no me entendió. Les haré más daño que a las mujeres, les sacaré el corazón —escribió el Destripador el 26 de noviembre— y los abriré en canal del mismo modo […]. Los atacaré cuando vuelvan a casa […]. Mataré a cualquier niño que vea, pero nunca me atrapará. Ponga eso en su pipa y fúmela…».

Según un periódico, a John Gill le habían quitado las botas y se las habían metido en la cavidad abdominal. Había otras mutilaciones «demasiado repugnantes para describirlas». Uno de los envoltorios hallados junto al cadáver, informó *The Times*, llevaba «el nombre de W. Masón, Derby Road, Liverpool». Lo que debería haber sido una magnífica pista quedó en agua de borrajas. Liverpool estaba a menos de cuatro horas de Londres, y cinco semanas antes el Destripador había escrito una nota en la que afirmaba que estaba allí. El 19 de diciembre, o poco más de una semana después del asesinato de John Gill, el Destripador envió una carta a *The Times*… supuestamente desde Liverpool.

«Estoy en Liverpool y pronto tendrán noticias mías».

La policía sospechó enseguida de William Barrett, el lechero que había dado un paseo a John dos días antes, pero no había nada que lo incriminase, aparte del hecho de que guardaba su caballo y su coche en las cuadras y la cochera donde habían encontrado el cadáver. Barrett había dado otros paseos a John y tenía muy buena reputación entre los vecinos. La policía no encontró manchas de sangre en el cuerpo ni en el abrigo de John Gill. Tampoco había sangre en las cuadras ni en la cochera. El asesinato se había cometido en otra parte. Un policía que patrullaba la zona declaró que a las cuatro y media de la madrugada del sábado había empujado las puertas de la cochera, para asegurarse de que estaban seguras, y que había estado en el «sitio exacto» donde el asesino dejó los restos de John Gill menos de tres horas después.

Con posterioridad, en una carta incompleta y sin fecha, el Destripador escribió a la policía metropolitana: «He destripado un cuerpecillo en Bradford». En una carta del 16 de enero de 1889, se refirió a «mi viaje a Bradford».

No parece haber cartas del Destripador entre el 23 de diciembre y el 8 de enero. No sé dónde pasaba Sickert las fiestas navideñas, pero sospecho que quizá quisiera estar en Londres el último sábado del año, el 29 de diciembre, cuando el Lyceum estrenaba un *Hamlet* protagonizado por Henry Irving y Ellen Terry. Es posible que Ellen se encontrase con su familia en West Sussex, aunque las cartas de ese período no aclaran dónde se encontraba ninguno de los dos.

Pero el mes de diciembre no debió de ser feliz para Ellen. Dudo que viera mucho a Walter, y me pregunto si sabía dónde estaba o lo que hacía. Sin duda estaría muy afligida por la enfermedad de un querido amigo de la familia, el orador y político reformista John Bright. *The Times* informaba a diario sobre su estado de salud, y esas notas podrían haber evocado recuerdos agridulces del padre de Ellen, que había sido uno de los mejores amigos de Bright.

Al final, el lechero arrestado en el caso de John Gill quedó en libertad y el asesinato nunca se esclareció. Tampoco el de Rose Mylett. La idea de que Jack el Destripador hubiera cometido cualquiera de estos dos crímenes no convenció, y las autoridades la olvidaron pronto. El asesino no había mutilado a Rose ni la había degollado, y el Destripador no descuartizaba niños, con independencia de lo que dijera en unas cartas que, de todos modos, la policía no tomaba en serio.

Es difícil reconstruir el caso de John Gill con los insuficientes datos que revelaron los periódicos y los que surgieron del proceso. Uno de los enigmas más importantes es la identidad del hombre al que vieron hablar con John, suponiendo que esa información sea fiable. Si este hombre era un desconocido, las autoridades deberían haber hecho un esfuerzo para descubrir quién era y qué hacía en Bradford. Es evidente que el niño se marchó en compañía de una persona, y que ésta lo asesinó y lo mutiló.

El «trozo de camisa» que se halló en el cuello de John es una curiosa firma del Destripador. Que yo sepa, todas sus víctimas llevaban una bufanda, un pañuelo o alguna tira de tela alrededor del cuello. Cuando el Destripador degollaba a una víctima, nunca cortaba este tejido, y el cadáver de Rose Mylett tenía un pañuelo de mano doblado y enrollado alrededor del cuello. Es obvio que las bufandas o pañuelos de cuello significaban algo para el asesino.

La artista Marjorie Lilly, amiga de Sickert, recordaba que éste tenía mucho apego a cierto pañuelo rojo. Mientras trabajaba en la serie de cuadros sobre el asesinato de Camden Town y «recreaba la escena, adoptaba el papel de villano, atándose un pañuelo al cuello, encajándose una gorra hasta los ojos y encendiendo su lámpara». Según decían, cuando un asesino llevaba un pañuelo rojo al cuello en el momento de su ejecución, era señal de que había ocultado la verdad a todos y que se llevaba sus secretos más terribles a la tumba. El pañuelo rojo de Sickert era un talismán, y nadie podía tocarlo, ni siquiera el ama de llaves, que sabía que más le valía dejarlo donde estaba cuando lo veía «colgando» del pilar de la cama del estudio, o atado al pomo de la puerta o a un clavo.

El pañuelo rojo de Sickert «desempeñaba un papel fundamental en la creación de los dibujos; lo estimulaba en los momentos cruciales, y él lo asociaba tanto con la gestación de sus ideas que lo mantenía siempre a la vista», escribió Lilly. Sickert comenzó con lo que yo llamo su «período del crimen de Camden Town» mucho antes de 1907, cuando mataron a una prostituta en ese barrio. Según Lilly, durante esa etapa de su vida Sickert «tenía dos

fervorosas manías: el crimen y los príncipes de la Iglesia». El crimen estaba «personificado por Jack el Destripador; la Iglesia, por Anthony Trollope».

«¡Detesto a la cristiandad!», gritó Sickert una vez a una banda del Ejército de Salvación.

No era un hombre religioso, a menos que estuviera interpretando un importante papel bíblico. Dos de sus últimas obras son *Lázaro rompe su ayuno: autorretrato* y *El siervo de Abraham: autorretrato*. Cuanto tenía casi setenta años pintó la célebre *La resurrección de Lázaro*, para lo cual pidió a un enterrador local que amortajase una escultura de tamaño natural que había pertenecido a William Hogarth, el pintor del siglo XVIII. Sickert se puso una poblada barba y subió a una escalera para adoptar el papel de Cristo en el momento de resucitar a Lázaro, mientras Ciceley Hey posaba como la hermana de Lázaro. Sickert copió el enorme cuadro de una fotografía, y en él, Cristo es otro autorretrato.

Es posible que en el ocaso de su vida dejase de tener estas fantasías de poder sobre la vida y la muerte. Estaba envejeciendo. Se encontraba mal a menudo. Si sólo hubiera tenido la capacidad de engendrar vida… Sabía que era capaz de quitarla. En el proceso por el asesinato de John Gill, los testimonios confirmaron que no se había cortado el corazón, sino que se había «arrancado». El asesino introdujo la mano entre las costillas cortadas y extirpó el corazón con la mano.

Trata a tu prójimo como tu prójimo te ha tratado a ti. Si Walter Sickert asesinó a John Gill fue porque podía. Sickert sólo tenía poder sexual cuando conseguía dominar y causar la muerte. Quizá no sintiese remordimientos, pero debía de sentir odio por lo que no podía poseer y lo que no podía ser. No podía poseer a una mujer. No había sido un niño normal, y nunca sería un hombre normal. No conozco un solo episodio en que demostrase valor físico. Atormentaba a la gente sólo cuando tenía ventaja.

Traicionó a Whistler en 1896, el mismo año en que murió la esposa de éste, Beatrice. Esta pérdida destrozó a Whistler, quien jamás se recuperó. En su último autorretrato, una figura negra se pierde entre las sombras hasta que es difícil distinguir al hombre. Estaba en medio de un juicio económicamente ruinoso, quizás en el peor momento de su vida, cuando Sickert lo atacó como un cobarde desde el *Saturday Review*. El mismo año en que Sickert perdió un pleito, en 1897, Oscar Wilde salió de la cárcel con su gloriosa carrera y su cuerpo destrozados. Sickert le hizo el vacío.

Wilde había sido bondadoso con Helena Sickert cuando ésta era una niña. Él le regaló su primer libro de poemas y la animó a que de mayor fuese lo que deseara. Cuando Walter Sickert viajó a París en 1883, para llevar al Salón Anual un retrato que había pintado Whistler de su madre, el célebre y elegante Wilde alojó al joven y fascinado pintor en el hotel Voltaire durante una semana.

Según escribió Helena, cuando murió su padre, en 1885, su madre estaba «casi loca de dolor». Oscar Wilde fue a visitar a la señora Sickert, que se negaba a recibir compañía. «Claro que me recibirá», dijo Wilde mientras subía la escalera. Al cabo de un rato la señora Sickert estaba riendo. Su hija no esperaba volver a escuchar aquel sonido.

25. Tres llaves

Ellen Cobden Sickert manifestaba un afán casi obsesivo por conseguir que el mundo recordase y valorase el papel de los Cobden en la historia. En diciembre de 1907, envió un sobre lacrado a su hermana Janie, con instrucciones de que lo guardase en una caja fuerte. Todo parece indicar que nunca conoceremos el contenido de ese sobre, aunque dudo que fuese un testamento o algo parecido. Ya había escrito uno, y no le importaba que lo viera cualquiera. La familia Cobden donó este documento a los archivos públicos de West Sussex, junto con las cartas y los diarios de Ellen.

Ésta envió el sobre lacrado a Janie tres meses después del asesinato de Camden Town, que se cometió a unas manzanas del estudio de Sickert y a aproximadamente un kilómetro y medio de la casa donde residía desde que había regresado de Francia. Emily Dimmock era una joven de veintidós años, de estatura media, tez pálida y cabello castaño oscuro. Había estado con muchos hombres, la mayoría marineros. Según la policía metropolitana, llevaba «una vida por completo inmoral» y era «conocida por todas las prostitutas de Euston Road». Cuando la encontraron desnuda y degollada en la cama, la mañana del 12 de septiembre de 1907, la policía creyó que se había suicidado, ya que la tomó por «una respetable mujer casada». Al parecer, la policía pensaba que las mujeres respetables eran más propensas a cometer suicidio que a morir asesinadas.

El hombre con quien convivía Emily no era su marido, aunque tenían planes de casarse algún día. Bertram John Eugene Shaw era cocinero de los ferrocarriles Midland. Ganaba veintisiete chelines por seis jornadas de trabajo semanales, y salía a diario en el tren de las cinco y cuarenta y dos de la tarde con destino a Sheffield, donde pasaba la noche, y regresaba en otro tren que llegaba a la estación de St. Pancras a las diez y cuarenta de la mañana. Casi siempre estaba en casa a las once y media. Comentó a la policía que no tenía idea de que Emily saliera por las noches y se viera con otros hombres.

La policía no le creyó. Shaw sabía que Emily era prostituta cuando la había conocido, pero ella juraba que había cambiado de vida y que ahora complementaba sus ingresos con trabajos de costura. Emily había sido una buena mujer desde que habían empezado a vivir juntos. Sus tiempos de prostituta eran agua pasada, aseguró Shaw. Es posible que en realidad no supiera —a menos que alguien se lo hubiera contado— que a eso de las ocho u ocho y media de la noche cualquiera podía encontrar a Emily en el *pub* Rising Sun, que según los testigos estaba en «Euston Road». El Rising Sun todavía existe, pero se encuentra en la esquina de Tottenham Court Road y Windmill Street. Tottenham desemboca en Euston Road. En 1932, Sickert pintó un óleo titulado *Grover's Island desde Richmond Hill*, donde aparece un atípico sol naciente al estilo de Van Gogh, tan grande y brillante que domina el cuadro desde el horizonte. Ese sol es casi idéntico al que está grabado en el cristal de la puerta del *pub* Rising Sun.

Las cartas que escribió Sickert en 1907 revelan que pasó parte del verano en Dieppe, disfrutando de «un baño diario antes del desayuno. Unas olas tan grandes que uno tiene que estar ojo alerta y zambullirse antes de que lleguen». Al parecer, estaba «trabajando mucho» en sus pinturas y dibujos. Regresó a Londres antes de lo habitual, y el tiempo era «desapacible» y «deprimente». Fue un verano fresco, con abundantes lluvias y poco sol.

En Londres le esperaban varias exposiciones. El decimoquinto Salón Fotográfico

Anual se inauguraría el 13 de septiembre en la galería de la Real Sociedad de Acuarelas, y es probable que Sickert quisiera visitarlo. Sentía un creciente interés por la fotografía, que, «al igual que otras ramas del arte —decía *The Times*— ha evolucionado hacia el impresionismo». Septiembre era un buen mes para estar en Londres. En Dieppe, la temporada de baños estaba a punto de acabar, y la mayoría de las cartas de Sickert de 1907 están escritas en Londres. Una de ellas es particularmente extraña e inexplicable.

Está dirigida a su amiga americana, Nan Hudson, y en ella Sickert cuenta una historia increíble: su vecina de abajo —en la casa del número 6 de Mornington Crescent— había irrumpido en las habitaciones del pintor a medianoche con «la cabeza en llamas como una antorcha, a causa de un peine de celuloide. Le froté el cabello con las manos con tanta rapidez que no alcancé a quemarme». Según él, la mujer no había sufrido heridas, pero había quedado «calva». Creo que es una anécdota inverosímil. Me cuesta creer que ni la mujer ni Sickert se quemaran. ¿Y por qué menciona este incidente dramático y de inmediato pasa al tema del New English Art Club? Que yo sepa, no volvió a referirse a su vecina calva.

Cabe preguntarse si a los cuarenta y siete años Sickert empezaba a desvariar, o si su grotesca historia era cierta (cosa que me parece imposible). Se me ocurrió pensar si Sickert no habría inventado el incidente con la vecina de abajo para hacerlo coincidir con la misma noche o la madrugada del asesinato de Emily Dimmock, de manera que alguien supiera que en esos momentos se encontraba en casa. Claro que sería una coartada débil si la policía se molestaba en comprobarla. No sería difícil localizar a la vecina de abajo y descubrir que tenía pelo y no recordaba su terrible encuentro con el peine incendiario. Quizá la coartada estuviera dedicada especialmente a Nan Hudson.

Tanto ella como su compañera, Ethel Sands, eran muy amigas de Sickert, y las cartas más reveladoras que escribió el pintor son las que les remitió. En la medida en que era capaz de compartir confidencias, se abría con estas mujeres. Ambas eran lesbianas declaradas y, en consecuencia, no constituían una amenaza sexual para él. Las usó para sacarles dinero, comprensión y otros favores; las manipuló enseñándoles arte y animándolas a pintar, y les reveló detalles de su vida que no confiaba a ninguna otra persona. A veces sugería que «quemaran» una carta después de leerla o, por el contrario, les rogaba que la guardaran por si alguna vez se decidía a escribir un libro.

Otros episodios de la vida de Sickert demuestran que pasaba por períodos de depresión severa y paranoia. Habría tenido buenos motivos para sentirse paranoico después del asesinato de Emily Dimmock, y si quería asegurarse de que alguien supiera que estaba en su casa de Camdem Town la noche del asesinato de la prostituta, sin pretenderlo situó la hora de la muerte alrededor de medianoche, o la hora en que la vecina entró en su habitación con la cabeza en llamas. Emily Dimmock solía llevar a sus clientes a su casa poco después de medianoche, cuando cerraban los *pubs*. Esto es sólo una teoría. Sickert no solía fechar sus cartas, y tampoco lo hizo en la que hablaba de la mujer del pelo incendiado. El sobre con el matasellos ha desaparecido. No sé por qué contó esa dramática historia a Nan Hudson, pero tendría algún motivo. Sickert siempre lo tenía.

Alquilaba dos estudios situados en el número 18 y el 27 de Fitzroy Street, que es paralela a Tottenham Court Road y se convierte en Charlotte Street antes de llegar a Windmill Street. El *Rising Sun* quedaba a sólo unos minutos a pie desde cualquiera de los dos estudios. Mornignton Crescent estaba a un kilómetro y medio al norte del *pub*, y Sickert alquilaba las dos últimas plantas de la casa del número 6. También pintaba allí, por lo general desnudos en una cama y con el mismo decorado que utilizó para *El dormitorio*

de Jack el Destripador, que está compuesto desde el punto de vista de un observador que se halla al otro lado de dos puertas que conducen a un espacio pequeño y sombrío, donde el oscuro espejo situado detrás de la cama de hierro refleja apenas la figura de un hombre.

El número 6 de Mornington Crescent quedaba a veinte minutos andando de la pensión donde vivía Emily Dimmock, en el 29 de St. Paul's Road (ahora Agar Grove). Ella y Shaw ocupaban dos habitaciones de la primera planta. Una era el salón y la otra, un dormitorio pequeño, situado detrás de dos puertas en el fondo de la casa. Cuando Shaw se marchaba a la estación de St. Pancras, Emily debía de quedarse limpiando o cosiendo, o salía de casa. En ocasiones se encontraba con un cliente en el Rising Sun, o buscaba hombres en otro *pub*, el Euston Station, o en el Middlesex *Music Hall* (que Sickert pintó hacia 1895), o en el Holborn Empire (donde actuaba la rutilante Bessie Bellwood, a quien Sickert dibujó muchas veces en 1888), o en el teatro de variedades Euston.

Uno de los lugares predilectos de Sickert para concertar citas era la estatua de su exsuegro, Richard Cobden, en la plaza situada al final de Mornington Crescent, en Camden Town. La estatua se donó a la parroquia de St. Pancras en 1868, y era un homenaje a Cobden por su influencia en la revocación de las leyes que regulaban la importación y la exportación de cereales. Incluso cuando estaba casado con Ellen, Sickert solía hacer comentarios burlones sobre aquella estatua. El hecho de que la usase como punto de encuentro años después de su divorcio es, quizás, otro ejemplo del desprecio que sentía por la gente, sobre todo por personas importantes como el padre de su exmujer, un hombre con quien nunca podría competir y del que sin duda había oído hablar demasiado a menudo desde que había conocido a Ellen.

Emily Dimmock solía salir de su domicilio a las ocho de la tarde y nunca regresaba antes de que se acostaran los propietarios de la casa, el señor y la señora Stocks. Éstos declararon que no estaban al corriente de la «vida irregular» de Emily, que sin duda era muy, muy movida: dos, tres o cuatro hombres por noche, a veces de pie en un rincón oscuro de la estación, hasta que se llevaba el último a su casa y dormía con él. Emily no era una «desdichada» como Annie Chapman o Elizabeth Stride. De hecho, yo no la calificaría como tal, pues no vivía en los barrios bajos y tenía comida, un hogar y un hombre que quería casarse con ella.

Pero también tenía una insaciable necesidad de correr aventuras y atraer a los hombres. La policía la describió como una mujer de «hábitos lujuriosos», pero yo no sé si la lujuria desempeñaba algún papel en sus experiencias sexuales. Es más probable que se tratara de codicia. Deseaba ropa y objetos bonitos. «Totalmente fascinada» por el arte, coleccionaba postales de un penique y las pegaba en un álbum que para ella era un tesoro. Que se sepa, la última postal que añadió a su colección se la regaló el 6 de septiembre en el Rising Sun el artista Robert Wood, empleado en la firma de cristalería decorativa London Blast, de Gray's Inn Road. Emily había escrito una nota en el dorso de la tarjeta que se convirtió en la prueba fundamental cuando acusaron y procesaron a Wood por su asesinato. La acusación se basó sobre todo en la comparación caligráfica, pero después de un juicio largo y sonado, Wood quedó en libertad.

Emily Dimmock había contagiado enfermedades venéreas a tantos hombres que la policía tenía una larga lista de antiguos clientes con buenas razones para odiarla. La habían amenazado varias veces en el pasado. Los furiosos hombres que habían contraído el «trastorno» la acosaban y prometían «liquidarla». Pero eso no impidió que Emily continuase ejerciendo su oficio. Como decía a sus amigas, había sido un hombre quien la había contagiado a ella en primer lugar.

La semana anterior a su asesinato la habían visto con dos desconocidos. Uno era un hombre «con una pierna más corta, o algún problema de cadera», según declaró Robert Wood a la policía. El otro era un francés que un testigo describió como un individuo de un metro setenta y ocho, muy moreno y con barba corta, vestido con abrigo oscuro y pantalón de rayas. Éste entró en el Rising Sun el 9 de septiembre, habló brevemente con Emily y se marchó. Ni en los informes de la policía ni en las actas del proceso se vuelve a mencionar a ese hombre que, al parecer, no despertó ningún interés.

La última vez que vieron a Emily Dimmock con vida fue la noche del 11 de septiembre, en el *pub* Eagle de Camden Town. Un rato antes había estado conversando con la señora Stocks en la cocina de la pensión, y había comentado que tenía planes para esa noche. Había recibido una postal de un hombre que quería verla en el Eagle, cerca de la estación de Camden Road. «Ve a verme al Eagle esta noche [miércoles 11 de septiembre]», decía en la postal y firmaba «Bernie», que era el apodo de Robert Wood. Cuando Emily se marchó con un largo guardapolvo y rulos en el pelo, no iba «vestida para salir». Precisó que no vestía mejor porque no tenía muchas ganas de ir al Eagle y no pensaba quedarse mucho rato.

Todavía tenía los rulos puestos cuando la asesinaron. Quizá quisiera tener buen aspecto al día siguiente. La madre de Shaw venía a visitarlos desde Northampton, y Emily había estado limpiando, lavando ropa y ordenando la casa. Ninguno de sus clientes mencionó que Emily usara rulos cuando ejercía su oficio. Sería una mala táctica comercial si pretendía recibir un pago generoso de un cliente, lo que sugiere que Emily no esperaba al violento visitante que le quitó la vida. También podría sugerir que llevó al visitante a su casa y no llegó a quitarse los rulos.

El dormitorio estaba en la primera planta, y se podía acceder fácilmente a él por la ventana o trepando por el sólido bajante de hierro colado. Los informes de la policía no mencionan que la ventana estuviera cerrada con pestillo. Sólo las puertas del dormitorio, la del salón y la de entrada estaban cerradas a la mañana siguiente, cuando se descubrió el cadáver. La policía y Shaw registraron las habitaciones, pero no pudieron encontrar las tres llaves. Es posible que alguien entrase por la ventana mientras ella dormía, pero yo no lo creo.

Quizá no tuviera intención de ofrecer sus favores al salir del edificio del número 29 de St. Paul Street, pero se encontró con un hombre cuando regresaba con los rulos puestos. Él le dijo algo.

«¿Dónde vas, bonita doncella?», escribió alguien en el libro de huéspedes del Lizard.

Tanto si Emily se encontró con el asesino camino de casa como si éste era el hombre que la citó en el Eagle, puede que le dijera que no le molestaban en absoluto los rulos. «¿Me dejarás entrar en tu habitación?». Tal vez Sickert se hubiera fijado en Emily muchas veces en el pasado, en las estaciones de ferrocarril o, simplemente, mientras andaba por la calle. El Rising Sun estaba a un paso de sus estudios, no muy lejos de Maple Street, que con el tiempo dibujaría como una calle desierta por la noche, con dos mujeres entre las sombras en una esquina. También es probable que Emily se fijara en Sickert, que era una figura familiar en Fitzroy Street, por donde transportaba sus lienzos de un estudio al otro.

Era un artista conocido, y en aquella época pintaba desnudos. Tenía que sacar sus modelos de alguna parte, y sentía predilección por las prostitutas. Quizás hubiera estado observando a Emily durante sus transacciones sexuales. Ella era lo peor de lo peor: una repugnante zorra enferma. Marjorie Lilly escribió que una vez oyó que alguien defendía a

los ladrones diciendo a Sickert: «Al fin y al cabo, todo el mundo tiene derecho a existir». Él respondió: «En absoluto. ¡Hay gente que no tiene derecho a existir!».

«Como ven, le he hecho otro favor a Whitechapel», escribió el Destripador el 12 de noviembre de 1888.

La posición de la cabeza del cadáver de Emily se describió como «natural». El médico que acudió al escenario del crimen indicó que seguramente estaría dormida cuando la mataron. Se hallaba boca abajo, con el brazo izquierdo flexionado sobre la espalda y la mano cubierta de sangre. El derecho estaba delante, extendido sobre la almohada. De hecho, no parece una posición natural ni cómoda. La gente no suele dormir —ni siquiera tumbarse— con un brazo doblado en ángulo recto sobre la espalda. No había sitio suficiente entre el cabezal y la pared para que el asesino la atacase por la espalda. Tenía que estar boca abajo, y su extraña posición se explicaría si el asesino se montó a horcajadas sobre ella, le echó la cabeza atrás con la mano izquierda y le cortó la garganta con la derecha.

La sangre en la mano izquierda sugiere que Emily se llevó la mano a la herida del lado izquierdo del cuello, y entonces el asesino podría habérselo doblado a la espalda, quizá sujetándolo con la rodilla para impedir que se resistiese. Le había cortado el cuello hasta las vértebras, de manera que ella era incapaz de gritar. La incisión, que iba de izquierda a derecha, era característica de un agresor diestro. Tenía tan poco espacio para trabajar que con el violento movimiento del cuchillo cortó la tela del colchón e hirió el codo derecho de Emily. Ella estaba boca abajo, de manera que la sangre sifilítica de su carótida izquierda cayó sobre la cama y no sobre el asesino.

La policía no encontró ningún camisón ensangrentado en el escenario del crimen. En consecuencia, podemos suponer que Emily estaba desnuda cuando la mataron, o que el asesino se llevó la prenda como trofeo. Un cliente que había dormido tres veces con Emily refirió que ella siempre usaba camisón y que no llevaba rulos en el pelo. Si la noche del 11 de septiembre mantuvo relaciones sexuales, sobre todo si estaba borracha, es posible que se quedase dormida desnuda. O puede que estuviera con otro «cliente» —el asesino—, que le pidió que se desnudase y se diera la vuelta, como si quisiera penetrarla por detrás o practicar sexo anal. Después de hacerle un corte de doce centímetros en el cuello, el asesino la cubrió con las mantas. Todo esto parece apartarse del violento *modus operandi* de Sickert, salvo porque no había indicios de «conexión».

Al cabo de veinte años, las costumbres, fantasías, necesidades y fuerzas de Sickert podrían haber cambiado. Se sabe muy poco de sus actividades en la década de 1890, cuando empezó a pasar mucho tiempo en Francia e Italia. De momento no ha aparecido documentación sobre crímenes irresueltos semejantes a los de Sickert en otros países. Yo sólo encontré referencias a dos casos en Francia, y no en los archivos de la policía, sino en los periódicos. La información sobre estos crímenes es vaga y está sin verificar, de manera que no sé si vale la pena mencionarlos: a principios de 1889, en Pont-a-Mousson, una viuda llamada *Madame* François apareció degollada, casi decapitada, y, más o menos en la misma época y en la misma región, encontraron a otra mujer asesinada y con la cabeza prácticamente cercenada. El médico que practicó las dos autopsias concluyó que el asesino era muy hábil con el cuchillo.

Hacia 1906, Sickert regresó a Inglaterra y fijó su residencia en Camden Town. Volvió a pintar teatros de variedades, como el Mogul Tavern (que pasó a llamarse Old Middlesex *Music Hall*), situado en Drury Lane, a menos de tres kilómetros de la casa de Sickert. Éste salía cada noche y estaba en su palco a las ocho en punto, según contó en una

carta a Jacques-Emile Blanche. A buen seguro se quedaba hasta las doce y media de la noche, cuando terminaba el espectáculo.

Es muy probable que cuando regresaba a casa a esas horas viera a Emily Dimmock, quizá camino de la pensión con un cliente. Si Sickert recabó información sobre ella, no le costaría enterarse de sus hábitos y saber que era una conocida prostituta y una fuente de contagio ambulante. Emily acudía con regularidad al hospital Lock, en Harrow Road, y poco tiempo antes la habían tratado en el University College. En los últimos estadios de la sífilis aparecen pústulas en la cara, y Emily tenía algunas en el momento de su muerte. Esto debería haber bastado para que un hombre avispado se diera cuenta de que esa mujer era un peligro para la salud.

Sickert no habría sido tan idiota como para tener contacto con los fluidos corporales de Emily, ya que en 1907 se había evolucionado bastante en el conocimiento de las enfermedades infecciosas. El contacto con la sangre podía ser tan peligroso como las relaciones sexuales, y si Sickert la hubiera destripado o se hubiera llevado órganos, habría corrido serios riesgos. Creo que era lo bastante inteligente para abstenerse de sembrar el pánico, como había hecho hacía veinte años con los crímenes del Destripador, sobre todo cuando estaba a punto de iniciar su período artístico más violento y producir obras que no se habría atrevido a dibujar, pintar ni exponer en 1888 o 1889. El asesino de Emily Dimmock trató de hacer creer que su móvil era el robo.

La mañana del 12 de septiembre, Bertram Shaw llegó a casa desde la estación y descubrió que su madre ya estaba allí. Esperaba en el rellano, ya que Emily no le había abierto la puerta. Shaw se sorprendió de que estuviera cerrada con llave. Se preguntó si Emily habría ido a buscar a su madre a la estación, pero las dos mujeres no se habían visto. Preocupado, pidió una llave a la señora Stocks, la casera. Abrió la puerta de la entrada y descubrió que las que conducían al dormitorio también estaban cerradas con llave. Echó la puerta abajo y levantó las mantas que cubrían el cuerpo de Emily en la cama empapada de sangre.

Los cajones de la cómoda estaban abiertos y su contenido, esparcido por el suelo. El álbum de Emily estaba abierto sobre una silla, y faltaban algunas postales. Las ventanas y los postigos del dormitorio estaban cerrados, aunque en el salón la ventana estaba cerrada y los postigos ligeramente abiertos. Shaw corrió a buscar a la policía. Unos veinte minutos después, el agente Thomas Killion acudió al lugar de los hechos, tocó el frío hombro de Emily y dedujo que llevaba varias horas muerta. De inmediato mandó llamar al médico de su división, el doctor John Thompson, que llegó a eso de la una del mediodía y, basándose en la frialdad del cadáver y el avanzado grado de *rigor mortis*, concluyó que Emily había fallecido hacía siete u ocho horas.

Esto situaría la hora de la muerte entre las seis y las siete de la mañana, lo cual es bastante improbable. Esa mañana hubo mucha niebla, pero el sol salió a las cinco y media. La audacia del asesino habría rayado en la estupidez si hubiera abandonado la casa de Emily después del amanecer, por muy gris y encapotado que estuviera el día; además, entre las seis y las ocho de la mañana había bastante gente en la calle, sobre todo personas que se dirigían al trabajo.

En circunstancias normales se requieren entre seis y doce horas para que el cadáver alcance el grado máximo de rigidez, y el frío puede retrasar el proceso. El cuerpo de Emily se encontraba debajo de las mantas con que lo había cubierto el asesino, y tanto las puertas como la ventana del dormitorio estaban cerradas. La habitación no debía de estar helada, aunque la mañana de su muerte la temperatura mínima fue de 8 °C. Lo que no podemos

saber es hasta qué punto estaba rígido el cadáver a la hora en que lo examinó el doctor Thompson, que debió de ser después de la una de la tarde. El *rigor mortis* podría haber llegado a su grado máximo, lo que indicaría que llevaba diez o doce horas muerta. En tal caso, la habrían asesinado hacia las cuatro de la madrugada.

En el escenario del crimen, el doctor Thompson dijo que a Emily le habían cortado la garganta con un instrumento muy afilado. La policía no encontró ninguno, salvo una navaja de afeitar de Shaw que estaba a la vista sobre la cómoda, pero sería difícil usar una navaja de afeitar para cortar el músculo y el cartílago sin que la hoja se doblase hacia atrás y, quizás, hiriera gravemente al agresor. En la pila se encontró una enagua manchada de sangre y empapada en agua, lo que sugiere que el asesino se lavó antes de salir. Por otra parte, tomó la precaución de no tocar nada con las manos ensangrentadas, como señaló la policía en la encuesta.

El asesinato de Emily no resucitó el pánico al Destripador, y el nombre de Sickert nunca se asoció con el caso. No hubo cartas del estilo de las que el Destripador había enviado a la prensa o la policía, pero, curiosamente, poco después del asesinato un reportero del *Morning Leader*, Harold Ashton, fue a ver a la policía para enseñarle las fotografías de cuatro postales dirigidas al director. El informe policial no aclara quién envió dichas postales, pero insinúa que estaban firmadas con las iniciales «A. C. C.». Ashton preguntó a la policía si eran conscientes de que el autor de las postales podía ser «un aficionado a las carreras». Luego añadió lo siguiente:

El matasellos de una postal indicaba que la habían enviado desde Londres el 2 de enero de 1907, el primer día de carreras después de «una racha de tiempo invernal», y la carrera de ese día había tenido lugar en Gatwick.

La segunda postal era del 9 de agosto de 1907 y procedía de Brighton, donde se habían celebrado carreras el 6, el 7 y el 8. Las del 9 y el 10 habían tenido lugar en Lewes, y el reportero explicó que muchos asistentes a las carreras de Lewes pasaban el fin de semana en Brighton.

La tercera postal tenía fecha del 19 de agosto de 1907 y la habían enviado desde Windsor, donde había habido carreras el 16 y el 17 del mismo mes.

La cuarta postal era del 9 de septiembre, dos días antes del asesinato de Emily y uno antes de la carrera que se celebraba todos los otoños en Doncaster, Yorkshire. Pero lo más extraño de esta tarjeta, señaló Ashton, era que parecía comprada en Chantilly, Francia, donde había tenido lugar una carrera una semana antes de la de Doncaster. Según el confuso informe policial, Ashton dijo que creía «que habían comprado la postal en Chantilly, la habían traído a Inglaterra y la habían enviado desde Doncaster» (aparentemente durante las carreras). Si el remitente asistió a las carreras de Doncaster, no pudo estar en Camden Town el 11 de septiembre, el día del asesinato de Emily. Estas carreras se celebraron los días 10, 11, 12 y 13 de septiembre.

La policía pidió a Ashton que no publicara esta información en el periódico, y no lo hizo. El 30 de septiembre, el inspector A. Hailstone añadió en el informe que Ashton estaba en lo cierto en lo referente a las fechas de las carreras, pero «del todo equivocado» en cuanto al matasellos de la cuarta postal. «Se ve claramente que la enviaron desde el noroeste de Londres». Por lo visto, no le pareció extraño que una postal francesa, al parecer escrita dos días antes del asesinato de Emily Dimmock, se enviase desde Londres a un periódico de Londres. No sé si «A. C. C.» eran las iniciales de un corresponsal anónimo, o si significaban algo más, pero creo que la policía debería haberse preguntado por qué el «aficionado a las carreras» había enviado las postales al periódico.

El inspector Hailstone podría haber caído en la cuenta de que lo que ese hombre había conseguido, voluntariamente o no, era dejar claro que tenía la costumbre de asistir a las carreras de caballos, y que estaba en Doncaster el día del sonado asesinato de Emily Dimmock. Sería perfectamente lógico que ahora Sickert estuviera construyéndose coartadas en lugar de provocar a la policía con sus cartas de «atrápenme si pueden». En esa etapa de su vida sus impulsos psicopáticos se habrían atemperado. Habría sido insólito que continuase con sus matanzas de maníaco, que exigían una tremenda energía y una concentración obsesiva. Si cometía un asesinato, no querría que lo pillaran. La edad y su profesión habían atenuado —aunque no erradicado— su violencia.

Cuando Sickert comenzó con sus infames pinturas y dibujos de mujeres desnudas despatarradas en camastros de hierro —el *Asesinato de Camden Town*, *L'Affair de Camden Town*, *Jack en tierra*, o el hombre de *Desesperación*, sentado en una cama con la cabeza apoyada en las manos— todo el mundo pensó que no era sino un artista respetable que había escogido el asesinato de Camden Town como tema de trabajo. Pasaron muchos años antes de que un detalle lo vinculara con dicho asesinato. El 29 de noviembre de 1937, el *Evening Standard* publicó un artículo breve sobre estos cuadros y señaló: «Sickert, que a la sazón vivía en Camden Town, obtuvo autorización para entrar en la casa donde se había cometido el asesinato e hizo varios bocetos del cadáver».

Suponiendo que esto sea cierto, ¿no es una coincidencia que Sickert pasara por St. Paul Road, viera el despliegue de policías y pidiera permiso para ver a qué se debía tanto revuelo? El cadáver de Emily se descubrió a las once y media de la mañana, y lo trasladaron al depósito de St. Pancras en cuanto el doctor Thompson la hubo examinado, poco después de la una. Sería una casualidad demasiado grande que Sickert pasase por allí durante ese rato relativamente corto, de dos o tres horas, en que el cadáver de Emily permaneció en la casa. Si no sabía cuándo descubrirían el cuerpo, debió de rondar la zona durante horas —arriesgándose a que lo vieran— para no perderse el espectáculo.

La desaparición de las tres llaves sugiere una solución sencilla. Sickert podría haber cerrado las puertas antes de salir de la casa —sobre todo las dos del dormitorio de Emily— para evitar que alguien encontrase el cuerpo antes de que volviera Shaw, a las once y media de la mañana. Si había estado siguiendo a Emily, sin duda sabría a qué hora se marchaba y regresaba Shaw. Mientras que la casera no habría entrado en una habitación cerrada con llave, Shaw lo habría hecho si Emily no hubiera respondido a sus llamadas o a los golpes en la puerta.

Cabe la posibilidad de que Sickert se llevase las llaves como recuerdo. No las necesitaba para escapar después de matar a Emily. Pero las llaves robadas le proporcionarían un margen de espera hasta eso de las once y media de la mañana. Entonces pasó por el lugar del crimen antes de que se llevasen el cadáver y pidió inocentemente a la policía que lo dejase entrar para hacer unos dibujos. Sickert era un artista local y un hombre encantador. Dudo que la policía le dijera que no, es más, puede que hasta le contaran todo lo que sabían sobre el asesinato. A muchos policías les gusta hablar, sobre todo cuando se ha cometido un crimen importante durante su horario de servicio. Como mucho pensarían que el interés de Sickert era curioso, pero no sospechoso. En los informes policiales no se menciona que Sickert, ni cualquier otro artista, estuviera en el escenario del crimen. Pero yo he visitado escenarios de crímenes en calidad de periodista y escritora, y tampoco han incluido mi nombre en los informes.

La aparición de Sickert en el lugar de los hechos también le proporcionaba una coartada. Si hubieran descubierto huellas digitales y algún día, por una razón u otra, las

hubieran identificado como pertenecientes a Walter Sickert, ¿qué importancia habría tenido? Sickert había estado en la casa de Emily Dimmock. Había entrado en el dormitorio. Sería lógico que dejase huellas o quizás unos pelos, o a saber qué más, mientras iba de un lado a otro, dibujando y charlando con la policía o con Shaw y su madre.

No era impropio de él dibujar cadáveres. Durante la Primera Guerra Mundial, estaba obsesionado con los soldados heridos y agonizantes, así como con sus uniformes y armas. Coleccionaba estos artículos y mantenía estrecho contacto con los miembros de la Cruz Roja, a quienes pedía que le avisaran si un infortunado paciente dejaba de necesitar su uniforme. «Tengo un tipo maravilloso —escribió a Nan Hudson en el otoño de 1914—. El británico ideal, joven, noble y ligeramente rollizo… y ya lo he dibujado vivo y muerto».

En varias cartas que escribió a Janie en 1907, Ellen preguntó por el «pobre joven Woods», y más tarde, a finales de año, se interesó por lo que pasó en el juicio. Ellen estaba en el extranjero, y si se refería al arresto y el posterior juicio de Robert Wood, acusado del asesinato de Emily Dimmock —y luego absuelto—, podría haberse equivocado con el apellido, pero la pregunta era atípica en ella. No solía hablar de casos criminales en sus cartas. No he encontrado una sola mención a los crímenes del Destripador ni a cualquier otro. Es desconcertante que quisiera saber algo sobre el «pobre joven Woods», a menos que no se refiriera a Robert Wood, sino a otra persona.

No puedo evitar preguntarme si en 1907 Ellen comenzó a tener sospechas de su exmarido, unas sospechas que no se atrevió a expresar y que trató de desterrar de su mente. Pero ahora estaban juzgando a un hombre, y si lo declaraban culpable, lo ahorcarían. Ellen era una mujer íntegra. Si algo le pesaba sobre la conciencia, por pequeño que fuese, se habría sentido obligada a enviar una carta lacrada a su hermana. Quizá temiera por su propia vida.

Su salud física y mental había empezado a deteriorarse después del asesinato de Camden Town, y pasaba la mayor parte del tiempo fuera de Londres. Aún veía a Sickert de vez en cuando, y continuó ayudándolo en la medida de sus posibilidades hasta 1913, cuando rompió definitivamente con él. Al cabo de un año murió de cáncer de útero.

26. Las hijas de Cobden

Ellen Melicent Ashburner Cobden nació el 18 de agosto de 1848 en Dunford, la antigua finca de la familia, cercana al pueblo de Heyshott, West Sussex.

A finales de mayo de 1860, cuando Walter nació en Múnich, Ellen tenía once años y estaba pasando la primavera en París. Había salvado a un canario que se había caído del nido en el jardín. «Una pequeña preciosidad, tan dócil que come de mi mano y se posa en mi dedo», escribió a una amiga. Su madre, Kate, estaba organizando una bonita fiesta infantil con cincuenta o sesenta invitados, y pensaba llevar a Ellen al circo y a comer en un «árbol enorme», con una escalera que conducía a una mesa. Ellen acababa de aprender el maravilloso truco de «meter un huevo en una botella», y de vez en cuando su padre escribía una carta sólo para ella.

La vida en Inglaterra no era tan fascinante. En su carta más reciente, Richard Cobden explicaba a su hija que una violenta tormenta había azotado la finca de la familia y arrancado de raíz treinta y seis árboles. Un severo frente frío había destruido gran parte de los arbustos, incluyendo los setos de hoja perenne, y el huerto no daría frutos cuando llegara el verano. Este informe era como un presagio del mal que había llegado al mundo en una lejana ciudad de Alemania. El futuro marido de Ellen pronto cruzaría el Canal de la Mancha y se afincaría en Londres, donde destrozaría la vida de varias personas, incluida la de ella.

Se han escrito numerosas biografías del padre de Ellen, Richard Cobden. Tenía once hermanos y su infancia había sido triste y difícil. Lo sacaron de su casa a los diez años, cuando el pésimo sentido comercial de su padre arruinó a la familia. Durante el resto de su infancia y su adolescencia trabajó para un tío suyo, un comerciante de Londres, y asistió a una escuela de Yorkshire. Este período de su vida fue una tortura física y emocional de la que Cobden no querría ni hablar en el futuro.

El sufrimiento engendra bondad y nobleza en algunas personas, y así sucedió con Richard Cobden. Jamás se mostró resentido o grosero, ni siquiera ante los ataques de sus detractores más furiosos durante su agitada carrera política. El pueblo era su pasión, y nunca olvidó el triste recuerdo de los granjeros, entre ellos su propio padre, que habían perdido todo lo que tenían. La compasión de Cobden por la gente hizo que se consagrase a la misión de luchar contra las leyes del Grano, una injusta legislación que propiciaba el hambre y la pobreza.

Las leyes del Grano (es decir, de los cereales) se promulgaron en 1815, cuando las guerras napoleónicas dejaron a Inglaterra poco menos que en un estado de hambruna. El pan era un tesoro, y un panadero tenía prohibido vender sus hogazas hasta veinticuatro horas después de que salieran del horno. Si el pan estaba duro, la gente no comería de más, y «quien no malgasta, no pasa necesidades». El castigo por transgredir esta ley era severo. Los panaderos tenían que pagar una multa de cinco libras y las costas del juicio. De niño, Richard Cobden vio a los necesitados acudir a Dunford y suplicar por una limosna o por comida que su propia familia no podía permitirse.

Sólo prosperaban los granjeros ricos y los terratenientes, y éstos se aseguraban de que el precio del grano se mantuviera tan alto en los buenos tiempos como en los malos. Los terratenientes eran mayoría en el Parlamento, de manera que les resultó fácil aprobar esas leyes. La lógica era muy sencilla: si gravaban los cereales importados con impuestos

abusivos, la oferta en Inglaterra se mantenía baja y los precios artificialmente altos. La promulgación de las leyes del Grano fue desastrosa para los obreros y suscitó revueltas en Londres y otras partes del país. Estas leyes permanecerían vigentes hasta 1846, cuando Cobden ganó la batalla y consiguió que se derogasen.

Era un hombre muy respetado, tanto en Inglaterra como en el extranjero. Durante su primer viaje a Estados Unidos, lo alojaron en la Casa Blanca. Se granjeó la admiración y la amistad de la escritora Harriet Beecher Stowe después de que ella lo visitara en Dunford en 1853 y convinieran en la importancia de «cultivar el algodón con trabajadores libres». En un ensayo que escribió ella un año después, describió a Cobden como un hombre bajo y delgado, «afable por demás» y con «una sonrisa franca y fascinante». Era amigo de todos los políticos influyentes de Inglaterra, como *sir* Robert Peel, el fundador de la policía, que un día se enfrentaría al futuro yerno de Cobden, Jack el Destripador, y perdería la batalla.

Richard Cobden sentía devoción por su familia, y se convirtió en el único elemento estable en la vida de sus jóvenes hijas en 1856, cuando su único hijo varón, Richard Brooks, murió a los quince años. Estaba en un internado cercano a Heidelberg, y era un joven sano, travieso y querido por todos. Se había convertido en el mejor amigo de su madre durante las frecuentes ausencias de su padre.

Ellen también adoraba a su hermano mayor. «Te mando un rizo de mi cabello para que te acuerdes de alguien que te quiere mucho», le escribió cuando él estaba en el internado. «Espero que me contestes pronto y me digas cuándo tendré el placer de volver a verte». El afecto era mutuo y muy conmovedor. «Te llevaré regalos —escribió Robert con su letra infantil—. Intentaré comprarte un gatito».

Las cartas de Richard sugieren que podría haber llegado a ser un hombre sensato, perspicaz e ingenioso. Era un bromista, y entre sus travesuras del día de los Inocentes figura la de escribir una nota en alemán que decía «sáqueme a patadas de la tienda» y entregársela a un niño francés para que la presentara como la lista de la compra en una tienda cercana. Sin embargo, Richard Brooks era lo bastante tierno para interesarse por el perro de unos amigos de la familia, que podría necesitar «alguna manta más» durante los «vientos del este».

Las cartas que enviaba a su casa eran entretenidas y estaban demasiado llenas de vida para que alguien pudiera imaginar que no crecería para convertirse en el perfecto hijo varón de su célebre padre. El 3 de abril escribió una carta a su progenitor desde el internado que sería la última de su vida. Murió el día 6 de ese mes a causa de una fulminante escarlatina.

Un error imperdonable añadió dramatismo a la tragedia. El director de la escuela de Richard se puso en contacto con un amigo de la familia Cobden, y cada uno de ellos dio por sentado que el otro había telegrafiado a Richard Cobden para informarle de la súbita muerte de su hijo. El joven Richard Brooks ya estaba enterrado cuando su padre se enteró de lo ocurrido de una forma pavorosa. Cobden acababa de sentarse a desayunar en la habitación de un hotel de Grosvenor Street, en Londres, y comenzó a leer su correspondencia. Abrió con ilusión la carta de su hijo del 3 de abril y la leyó en primer lugar. Al cabo de unos minutos abrió otra carta donde le presentaban las condolencias por su terrible pérdida. Atónito y transido de dolor, Cobden emprendió de inmediato el viaje de cinco horas a Dunford, preocupado por cómo se lo diría a su familia, en especial a Kate. Ésta ya había perdido dos hijos y sentía una devoción enfermiza por Richard.

Cobden llegó a Dunford pálido y demacrado, y se desmoronó cuando contó lo que había sucedido. Kate fue incapaz de encajar el golpe, y la pérdida de su amado hijo adquirió

las míticas proporciones de Ícaro volando hacia el sol. Tras unos días de negación, se sumió en un estado casi catatónico: según escribió Cobden, estaba sentada «como una estatua, sin hablar y como si no oyera nada». Hora a hora contempló cómo el cabello de su mujer encanecía. Con siete años, Ellen no perdió sólo a su hermano, sino también a su madre. Kate Cobden sobreviviría doce años a su marido, pero era una mujer emocionalmente destrozada que, en palabras de su marido, «tropieza con el cadáver [de Richard] mientras se pasea de una habitación a otra». Nunca superó su dolor, y se volvió adicta a los opiáceos. Ellen se vio obligada a asumir un papel demasiado difícil para una niña de su edad. Así como Richard Brooks se había convertido en el mejor amigo de su madre, Ellen se convirtió en la esposa sustituta de su padre.

El 21 de septiembre de 1864, cuando Ellen tenía quince años, su padre le mandó una carta en la que le pedía que cuidase de sus dos hermanas menores. «Es mucho lo que puedes conseguir con tu influencia, y más aún con tu ejemplo», escribió. «Ojalá te hubiera dicho cuánto apreciamos tu madre y yo tu buen ejemplo». También esperaba que «las guíes [a sus hermanas] hacia una disciplina perfecta». Era una exigencia poco realista para una adolescente de quince años que tenía que lidiar con sus propias pérdidas. Ellen no tuvo oportunidad de expresar su dolor, y las responsabilidades y la angustia debieron de antojársele insoportables un año después, cuando su padre falleció.

Lo que le robó a su padre fue la misma contaminación que, con el tiempo, ayudaría a encubrir las peregrinaciones y los violentos crímenes de su marido. Durante años Cobden había sido propenso a infecciones respiratorias que lo obligaban a viajar a la playa o al campo, dondequiera que se respirase un aire más puro que en Londres. Hizo su última visita a la gran ciudad en marzo de 1865, y lo acompañó Ellen, que entonces tenía dieciséis años. Se alojaron en un hotel de Suffolk Street, razonablemente cerca de la Cámara de los Comunes. De inmediato, Cobden sufrió un ataque de asma provocado por el negro humo que salía de las chimeneas de las casas cercanas y entraba en su habitación empujado por los vientos del este.

Una semana después seguía en cama, rezando para que el viento cambiara, pero su asma empeoró y se convirtió en bronquitis. Cobden intuyó que se acercaba el fin y redactó su testamento. Su esposa y Ellen estaban junto a su lecho cuando murió, el 2 de abril de 1865, a los sesenta y un años. Según John Bright, su amigo y aliado político, el apego de Ellen por su padre «parecía una pasión difícil de hallar entre las hijas». Fue la última en soltar el ataúd de Cobden mientras lo introducían en la tumba. Nunca lo olvidó, como tampoco olvidaría lo que él esperaba de ella.

Con el tiempo, Bright explicó al biógrafo oficial de Cobden que éste había llevado «una vida de continuos sacrificios […] No supe cuánto lo quería hasta que lo perdí». El día después de la muerte de Cobden, un lunes, Benjamin Disraeli se dirigió a los miembros del Parlamento en la Cámara de los Comunes con las siguientes palabras: «Nos queda el consuelo […] de que no hemos perdido del todo a estos grandes hombres». En el banco de la familia Cobden en la iglesia de Heyshott hay una placa que reza: «Aquí adoraba a Dios Richard Cobden, que amó a sus semejantes». Muy a su pesar, Cobden dejó a una esposa mentalmente inestable a cargo de cuatro hijas llenas de vida, y pese a las promesas que hicieron algunos hombres influyentes en el funeral, «las hijas de Cobden», como las llamaba la prensa, se quedaron solas.

En 1898, Janie recordaba a Ellen que «todos aquellos que profesaban la admiración y el afecto más profundos por [nuestro] padre cuando estaba vivo se olvidaron de la existencia de sus jóvenes hijas, la más pequeña de las cuales tenía sólo tres años y medio.

¿Recuerdas que en el entierro Gladstone dijo a mamá que tanto ella como sus hijas siempre podrían contar con su amistad? La siguiente vez que lo vi, o que hablé con él… fue más de veinte años después. ¡Así es el mundo!».

Ellen mantuvo unida a la familia, como le había prometido a su padre. Manejó la economía familiar mientras su madre recorría como una autómata los últimos años de su desdichada vida. Si no hubiera sido por la tenacidad y la firme supervisión de Ellen, difícilmente se habrían pagado las facturas, ni Annie hubiera ido a la escuela, ni las hijas habrían podido dejar la casa de su madre y trasladarse al piso del número 14 de York Place, en Baker Street, Londres. La asignación anual de Ellen era de doscientas cincuenta libras, o al menos esto es lo que indicó a su madre que necesitaría. Cabe suponer que cada hija recibía una cantidad idéntica, que les garantizaba una vida cómoda y las hacía vulnerables ante hombres con intenciones dudosas.

Richard Fisher estaba prometido con Katie cuando Cobden murió, y ésta se casó precipitadamente antes de que la familia dejase de escribir sus cartas en papel de luto. Con los años, las codiciosas exigencias de Fisher serían una constante fuente de disgustos para los Cobden. En 1880, cuando Walter Sickert entró en la vida de las hijas de Cobden, Katie estaba casada, Maggie era alocada en exceso y frívola para servir a los propósitos de un hombre ambicioso y manipulador, y Janie era demasiado sensata para que Sickert se le acercara. De manera que escogió a Ellen.

Los padres de ella habían muerto. No tenía nadie que la aconsejara o pusiera objeciones. Dudo que Sickert hubiera obtenido la aprobación de Cobden, que era un hombre sabio y perspicaz y no se habría dejado engañar por las farsas y el encanto del pintor. Habría detestado la falta de compasión del apuesto joven. «La señora Sickert y todos sus hijos eran unos paganos», escribió Janie a Ellen veinte años después. «Qué pena que el destino te uniera a ellos».

Las diferencias entre el carácter del padre de Ellen y el del hombre con quien iba a casarse eran ostensibles, pero ella debió de pensar que tenían muchas cosas en común. Richard Cobden no había estudiado en Cambridge ni en Oxford, y en cierto sentido era un autodidacta. Le gustaban Shakespeare, Byron, Irving y Cooper. Hablaba francés con fluidez, y en su juventud había coqueteado con la idea de convertirse en dramaturgo. Su amor por el arte fue un romance que duró toda su vida, a pesar de que sus intentos de escribir teatro acabaron en fracaso. Cobden tampoco era muy hábil para las finanzas. Puede que fuera sensato en sus transacciones comerciales, pero el dinero no le interesaba a menos que no lo tuviera.

En cierto momento de su vida, sus amigos hubieron de reunir fondos para salvar la casa de la familia. Sus apuros económicos no eran producto de la irresponsabilidad, sino un reflejo de su idealismo y su entrega a las causas justas. Cobden no era un derrochador. Sencillamente, tenía cosas más importantes en la cabeza, y Ellen debió de ver esta limitación como un signo de nobleza y no como un defecto censurable. Tal vez fuera una casualidad que Sickert conociera a Ellen en 1880, el mismo año en que John Morley publicó la esperada biografía en dos volúmenes de Richard Cobden.

Pero si Sickert leyó la obra de Morley, habría sabido suficiente de Cobden para crearse un papel persuasivo y convencer con facilidad a Ellen de que él y el célebre político tenían cosas en común: el amor por el teatro y la literatura, la afición por la cultura francesa y una noble vocación que estaba por encima del dinero. Hasta es posible que la convenciera de que era partidario del sufragio femenino.

«Muy a mi pesar tendré que aceptar la ley del sufragio de las zorras —protestó

Sickert treinta y cinco años después—. Pero debes entender que esto no me convierte en "feminista"».

Richard Cobden creía en la igualdad de los sexos. Trató a sus hijas con respeto y afecto, no como si fueran estúpidas yeguas de cría que sólo servían para el matrimonio y la procreación. Habría aplaudido la militancia política de sus hijas. La década de 1880 fue una época activa para las mujeres, que formaron ligas políticas y morales con objeto de exigir la legalización de los métodos anticonceptivos, reformas para ayudar a los pobres, el derecho al voto y una representación en el Parlamento. Las feministas como las hijas de Cobden querían que las considerasen tan dignas como a los hombres, y para ello era preciso desterrar entretenimientos y vicios que preservaban la esclavitud de las mujeres, como la prostitución y los espectáculos lascivos de algunos teatros de variedades.

Sickert debió de intuir que la vida de Ellen pertenecía a Richard Cobden. Ella jamás haría nada que mancillase el nombre de su padre. Cuando se divorció de Sickert, el marido de Janie, el prestigioso editor Fisher Unwin, se puso en contacto con los directores de los principales periódicos de Londres y les pidió que no publicasen «nada de naturaleza personal» sobre ellos. «Desde luego, el nombre de la familia no debe aparecer», insistió. Cualquier secreto que pudiera perjudicar a Richard Cobden estaba a salvo con Ellen, y nunca sabremos cuántos se llevó a la tumba. Porque era inconcebible que Richard Cobden, el gran protector de los necesitados, tuviera un yerno que mataba a los necesitados. Siempre nos quedará la duda de si Ellen sabía que Walter tenía un lado oscuro, un lado que venía «desde el Infierno», por citar la frase que usó el Destripador en varias cartas.

Es posible que en algún momento, y hasta cierto punto, sospechase la verdad sobre su marido. A pesar de su postura liberal en lo referente al sufragio femenino, Ellen era una mujer física y emocionalmente débil. Su creciente fragilidad podría haber sido una característica heredada de su madre, pero también es probable que estuviera marcada por el tormento que le había hecho padecer su bienintencionado padre, inducido por la desesperación. No podía estar a la altura de sus expectativas, y ya se consideraba una fracasada mucho antes de conocer a Sickert.

Tenía la costumbre de culparse por todo lo que iba mal en la familia Cobden o en su matrimonio. A pesar de la cantidad de veces que Sickert la traicionó, le mintió, la abandonó y le hizo sentirse despreciada o invisible, ella nunca le retiró su lealtad y siempre estuvo dispuesta a hacer cualquier cosa por él. Siguió preocupándose por la salud y la felicidad de Sickert incluso después de que se divorciaran y él se casara con otra. Sickert le chupó la sangre, tanto en el sentido económico como en el emocional.

No mucho antes de morir, Ellen escribió a Janie: «Si supieras cuánto deseo dormir para siempre. He sido una hermana molesta en muchos sentidos. Hay una vena rebelde en mi carácter que neutralizó otras cualidades que podrían haberme ayudado a vivir».

Janie no culpaba a Ellen, sino a Sickert. Se había formado una opinión sobre él desde el principio, e incitaba a Ellen a que se fuera a la finca familiar de Sussex o al piso de los Unwin, en el número 10 de Hereford Square, en Londres. Los comentarios mordaces de Janie sobre Sickert no se hicieron explícitos hasta que Ellen decidió separarse, en septiembre de 1896. Entonces habló sin tapujos. Le indignaba la capacidad de Sickert para engañar a los demás, sobre todo a sus amigos artistas. Tienen «una impresión idealizada de su carácter», escribió a Ellen el 24 de julio de 1899, pocos días después de que les concedieran el divorcio. «Ellos no lo conocen como tú».

La sensata Janie trató de convencer a su hermana de la verdad. «Me temo que W. S. nunca modificará su conducta, y sin principios que lo ayuden a mantener a raya su

naturaleza emocional, siempre se dejará llevar por cualquier capricho que lo seduzca. Tú has intentado confiar en él muchas veces, y él te ha engañado en innumerables ocasiones». Pero nada podía impedir que Ellen continuara amando a Sickert y confiando en que cambiaría.

Ellen era una mujer dulce y necesitada de afecto. Sus cartas infantiles revelan a una «niña de papá» cuya existencia giraba en torno a Richard Cobden. Participó en política, dijo e hizo lo correcto, actuó siempre con coherencia y continuó con la causa de su padre hasta donde se lo permitieron su limitada fortaleza física y su escaso valor. Era incapaz de ver a un animal abandonado o herido sin tratar de rescatarlo, y de niña no soportaba ver cómo se llevaban a los carneros para sacrificarlos mientras la madre balaba lastimeramente en el campo. Ellen tenía conejos, perros, gatos, pinzones, periquitos, ponis, burros… todo lo que cayese en sus tiernas manos.

Le preocupaban mucho los necesitados, y luchó por el comercio libre y la autonomía de Irlanda de manera casi tan incansable como Janie. Con el tiempo, el agotamiento le impidió acompañar sus palabras con actos. Mientras Janie continuó en la brecha y llegó a ser una de las sufragistas más destacadas de Gran Bretaña, Ellen se sumió en la depresión, la enfermedad y la fatiga. No obstante, en los centenares de cartas que escribió durante una vida relativamente corta, no lamentó nunca la triste situación social de las «desdichadas» que su marido dibujaba y pintaba en sus estudios. No hizo nada para mejorar la vida de estas mujeres y de sus pobres hijos.

Sickert pensaba que podía abusar a su antojo de los afligidos miembros de la escoria de la humanidad, ya fueran adultos o niños. Quizá su esposa no quisiera ver a las estrellas de variedades que posaban para él en el estudio de la planta alta del número 54 de Broadhurst Gardens, o más tarde en Chelsea. Quizá no soportase ver a ninguna criatura o persona ingenua por la que su marido demostrase un interés excesivo. Sickert contemplaba a las niñas que bailaban con actitud provocativa en los teatros de variedades. Se reunía con ellas detrás de bambalinas. Las pintaba. Años después, cuando se obsesionó por la actriz Gwen Ffrangcon-Davies, le preguntó en una carta si tenía fotografías de «cuando era niña».

Ellen y Sickert no tendrían hijos. No hay pruebas de que él llegara a ser padre, aunque aún circula la historia de que tuvo un hijo ilegítimo con *Madame* Villain, la pescadera francesa que lo alojó en Dieppe después de su divorcio. En una carta, Sickert la describe como una figura materna que lo cuidó durante una mala racha. Eso no significa que no mantuviera relaciones sexuales con ella, suponiendo que fuese capaz de hacerlo. El supuesto hijo ilegítimo se llamaba Maurice, y se dice que Sickert no quiso saber nada de él. Al parecer, *Madame* Villain tenía varios hijos de hombres diferentes.

En una carta del 20 de julio de 1902, Jacques-Emile Blanche refirió al novelista André Gide que la vida de Sickert «asombra cada vez más a todo el mundo […]. Este inmoral ha acabado viviendo solo en una casona de un barrio obrero para no tener que ceñirse a lo que se considera normal y hacer lo que le plazca cuando le plazca. Se comporta como si no tuviera una familia legítima en Inglaterra y una pescadera en Dieppe con un montón de hijos cuya procedencia es imposible de determinar».

Las tempranas operaciones de Sickert sugieren que era incapaz de engendrar hijos, pero sin informes médicos no podemos hacer nada más que especular. Aunque hubiera podido tenerlos, no habría querido cargar con ellos, y es probable que Ellen tampoco los deseara. Ella tenía casi treinta y siete años y él veinticinco cuando se casaron en el Registro Civil de Marylebone, el 10 de junio de 1885, después de cuatro años de noviazgo. Según su sobrino, John Lessore, Sickert estaba comenzando su carrera y no deseaba hijos, y Ellen era

algo mayor para dar a luz.

También es probable que fuera miembro de la Liga de la Pureza, que animaba a las mujeres a que se abstuvieran de mantener relaciones sexuales. El sexo impedía el progreso de las mujeres y las convertía en víctimas. Ellen y Janie eran feministas fervientes, y Janie tampoco tuvo hijos, por razones poco claras. Ambas comulgaban con las ideas de los maltusianos, que usaron el *Ensayo sobre el principio de la población* de Thomas Malthus para promover la anticoncepción (aunque el reverendo Malthus estaba en contra de ella).

Los diarios y las cartas de Ellen muestran a una mujer inteligente, sofisticada e íntegra que idealizaba el amor. Pero también era muy prudente. O lo era otra persona. Apenas si mencionó a Walter Sickert en los treinta y cuatro años que lo trató y amó. Janie, en cambio, habló de él más a menudo, pero no con la frecuencia que cabría esperar de una mujer atenta, que debería haberse interesado por el cónyuge de su hermana. Algunas lagunas en las cartas que se conservan y las notas que intercambiaban las hermanas sugieren que gran parte de la correspondencia entre ambas ha desaparecido. He encontrado sólo treinta y tantas cartas de entre 1880 y 1889, lo que resulta desconcertante. Durante esa década Ellen se prometió y se casó con Sickert.

No he hallado alusión alguna a la boda de Ellen, y según la lista de testigos del certificado de matrimonio, ningún pariente del pintor acudió al Registro Civil, un sitio insólito donde casarse en primeras nupcias en aquella época, sobre todo si la novia era hija de Richard Cobden. No parece que Ellen escribiera ni una sola carta mientras estuvo de luna de miel en Europa, y en ningún archivo he encontrado correspondencia entre Ellen y Sickert, ni entre Ellen y la familia de Sickert ni entre Sickert y los Cobden.

Si esas cartas existieron, probablemente las destruyeran o las mantuvieran en secreto. Me extraña que un marido y su esposa no se telegrafiasen ni se escribieran cuando estaban separados, lo que ocurría con frecuencia. Me parece sugerente que Ellen, que estaba tan preocupada por la posteridad, no conservase cartas de Sickert cuando para ella era un genio que estaba destinado a convertirse en un artista importante.

«Sé que es buena —escribió Ellen a Blanche sobre la obra de Sickert—. Siempre lo he sabido».

En 1881, Walter, el apuesto joven de ojos azules, se unió a una mujer cuya asignación anual era de doscientas cincuenta libras, más de lo que ganaban algunos médicos jóvenes. Ahora nada le impedía ingresar en la prestigiosa Academia de Bellas Artes Slade, en Londres. El programa de 1881 indica que los cursos hacían hincapié en las ciencias: clases de arte antiguo, retratos del natural, grabado, escultura, arqueología, perspectiva, química de los materiales pictóricos y anatomía. Los martes y los jueves había clases sobre «huesos, articulaciones y músculos».

Durante su paso por la academia Slade, Sickert entabló amistad con Whistler, pero no está claro cómo se conocieron. Unos dicen que Sickert y Whistler estaban entre el público del Lyceum durante una actuación de Ellen Terry. Al final de la función, Sickert arrojó rosas lastradas con plomo al escenario, y el fragante misil estuvo a punto de alcanzar a Henry Irving, a quien la travesura no hizo la menor gracia. Pero el infame «ja, ja» de Whistler resonó entre la multitud. Mientras el público se dispersaba, Whistler quiso conocer a aquel joven audaz.

En otras versiones de los hechos, Sickert se encontró «por casualidad» con Whistler, o lo siguió al interior de una tienda, o lo conoció en una fiesta por mediación de las hijas de Cobden. Nadie ha dicho jamás que Sickert se mostrase tímido o apocado cuando quería algo. En teoría, Whistler lo convenció de que dejara de perder el tiempo en una escuela de

arte y fuera a trabajar con él en un estudio de verdad. El joven abandonó la academia Slade y se convirtió en aprendiz de Whistler. Trabajó codo con codo con el maestro, pero nada se sabe de cómo era su vida con Ellen por aquel entonces.

La documentación que se conserva de sus primeros años de matrimonio no sugiere que sintieran una gran atracción el uno por el otro, ni que vivieran un romance. En sus memorias, Jacques-Emile Blanche explicó que la diferencia de edad entre Ellen y Sickert era tal que «era fácil tomarla por su hermana mayor». En su opinión, formaban una pareja «intelectualmente» compatible, y se concedían «entera libertad» el uno al otro. Cuando visitaban a Blanche en Dieppe, Sickert prestaba poca atención a Ellen, y desaparecía en las estrechas callejuelas y las plazas, o en sus «misteriosas habitaciones en el puerto, unos tugurios donde no dejaba entrar a nadie».

La sentencia de divorcio precisa que Sickert fue culpable «de adulterio y abandono por un lapso de dos años o más, sin justificación razonable». Sin embargo, fue Ellen quien al final tomó la decisión de dejar a Sickert. Y no hay indicios de una sola transgresión sexual. En la demanda de divorcio de Ellen se afirma que Sickert la abandonó el 29 de septiembre de 1896, y que aproximadamente el 21 de abril de 1898 cometió adulterio con una mujer de nombre «desconocido». Este supuesto engaño tuvo lugar en el hotel Midland Grand de Londres. Más adelante, en mayo de 1899, Sickert cometió adulterio con otra mujer, también de nombre «desconocido».

Diversos biógrafos han explicado que la razón por la que se separó la pareja el 29 de septiembre es que Sickert confesó a Ellen que no le era fiel y nunca lo había sido. En tal caso, parece que sus aventuras —suponiendo que tuviera más de las dos que se mencionan en la sentencia de divorcio— fueron con mujeres «desconocidas». Nada de lo que he leído induce a pensar que fuese un hombre afectuoso con las mujeres o dado a tocarlas o a hacerles proposiciones deshonestas, aunque solía emplear un lenguaje soez con ellas. La artista Nina Hamnett, una conocida bohemia que rara vez rechazaba una copa o una proposición sexual, contó en su autobiografía que Sickert la acompañaba a casa cuando estaba borracha (estuvo con él en Francia). Sin embargo, la indiscreta Nina no dijo una sola palabra de que Sickert intentara al menos coquetear con ella.

Puede que Ellen estuviera convencida de que Sickert era un mujeriego, o quizá quisiera ocultar la humillante verdad de que su matrimonio no se había consumado nunca. A finales del siglo XIX, una mujer no tenía derecho a dejar a su esposo a menos que éste le fuera infiel, la maltratase o la abandonase. Ella y Sickert se pusieron de acuerdo. Él no rebatió sus acusaciones. Cabe suponer que ella estaba al corriente del defecto físico de Sickert, pero es posible que vivieran como hermanos y que no se hubieran visto desnudos ni hubieran intentado mantener relaciones sexuales.

Durante la tramitación del divorcio, Ellen escribió que Sickert le había prometido que, «si le doy otra oportunidad, será un hombre diferente, que soy la única persona a la que ha querido y que ya no tiene relaciones con [la desconocida]». Ellen añadió que su abogado estaba convencido de que Sickert era «sincero, pero teniendo en cuenta la vida que ha llevado en el pasado, y por lo que ha deducido de su carácter a través de su cara y su actitud, no lo considera capaz de mantener ninguna resolución, y me ha aconsejado que siga adelante con el divorcio».

«Estoy terriblemente angustiada y no he hecho más que llorar desde entonces», escribió Ellen a Janie. «Ahora veo que mi afecto por él va más allá de la muerte».

27. La noche más oscura

Los papeles de Sickert cambiaban como las luces y las sombras que pintaba en sus cuadros.

Una figura no debía tener líneas porque la naturaleza no las tiene, y las formas se revelan en tonos, matices y la manera en que la luz las configura. La vida de Sickert no tuvo líneas ni límites, y su forma cambiaba con cada toque y oscilación de sus extraños estados de ánimo y sus solapados propósitos.

Tanto los que lo conocían bien como aquellos con quienes sólo se cruzaba de vez en cuando pensaban que «ser Sickert» significaba ser un «camaleón», un «afectado». Era Sickert con el llamativo abrigo de cuadros, andando a todas horas por calles y callejuelas peligrosas de Londres. Era Sickert el granjero, el hacendado, el vagabundo, el galanteador de gafas y bombín, el dandi de corbata negra, o el excéntrico que iba a tomar el tren en zapatillas. Era Jack el Destripador con una gorra encajada hasta los ojos y un pañuelo rojo al cuello, trabajando en la penumbra de un estudio iluminado por el débil resplandor de una linterna de ojo de buey.

Clive Bell, el escritor y crítico victoriano, mantenía una relación de amor odio con Sickert, y bromeaba diciendo que, dependiendo del día, éste podía ser John Bull, Voltaire, el arzobispo de Canterbury, el Papa, un cocinero, un dandi, un corredor de apuestas o un abogado. Bell pensaba que Sickert no era tan erudito como aparentaba, y que fingía «saber mucho más de lo que sabía», a pesar de que era el mejor pintor inglés desde Constable. Pero «uno nunca podía saber si Sickert era el auténtico Sickert, o si existía acaso un auténtico Sickert». Era un hombre «sin principios» y, según Bell, no sentía «apego ni afecto por nada que no formase parte de sí mismo».

Ellen formaba parte de su ser. Él le encontró una utilidad. No podía verla como un ser humano autónomo porque todas las personas y las cosas eran una extensión de su persona. Ella se encontraba en Irlanda con Janie cuando mataron a Elizabeth Stride y Catherine Eddows, y aún estaba allí el 16 de octubre, cuando George Lusk, el jefe de la Comisión de Vigilancia del East End, recibió medio riñón por correo. Casi dos semanas después, el director del museo de patología del London Hospital, el doctor Thomas Openshaw, recibió una carta escrita en papel con filigrana de A Pirie & Sons y firmada «Jack el Destripador».

«Querido Jefe uste tenia racon el rinion iquierdo […] pronto bolvere al trabajo y le mandare otro pedazo de entranias»

Se sospechó que el riñón pertenecía a Catherine Eddows, y debió de ser así, a menos que el Destripador consiguiese medio riñón en otra parte. Este órgano se conservó en el Royal London Hospital hasta que, debido a su estado de putrefacción, las autoridades del hospital decidieron deshacerse de él a mediados de la década de 1950, más o menos en la misma época en que Watson y Crick descubrieron la estructura de doble hélice del ADN.

En siglos pasados los cuerpos y los órganos se conservaban en «licores», o bebidas alcohólicas como el vino. En la época del Destripador, algunos hospitales usaban glicerina. Cuando una persona de clase alta moría en un barco y era preciso conservar el cadáver, la única forma de hacerlo era sumergirlo en aguamiel fermentada, o en cualquier otra bebida disponible. Si John Smith, el fundador de Virginia, hubiera fallecido durante su viaje hacia el Nuevo Mundo, lo más probable es que lo hubiesen enviado de regreso a Londres metido

en un barril de conservas.

Los informes de la policía indican que, si el riñón que recibió George Lusk pertenecía a Catherine Eddows, éste se había extirpado dos semanas antes y conservado en «licor», probablemente en vino. Lusk no pareció asustarse demasiado, ni corrió a llevar el órgano a la policía. Cuando recibió el pavoroso regalo con una carta que se ha perdido, «no le dio mayor importancia». Los victorianos no estaban acostumbrados a los psicópatas que extirpaban órganos y los enviaban a las autoridades con cartas provocativas.

Al principio se sugirió que se trataba de un riñón de perro, pero Lusk y la policía tuvieron la sensatez de pedir otras opiniones. El riñón era un engaño, señaló la policía mientras el órgano en adobo iba de un sitio a otro. Los expertos médicos, como el patólogo Openshaw, afirmaron que el riñón era humano, aunque era demasiado aventurado suponer que pertenecía a una «hembra» que padecía «la enfermedad de Bright». Si el riñón se hubiera conservado unas décadas más y se hubiese exhumado el cadáver de Catherine Eddows, podría haberse encontrado una coincidencia en el ADN. Eso habría perjudicado mucho a Walter Sickert en un tribunal —si hubiera estado vivo para que lo juzgasen—, ya que la filigrana de A Pirie & Sons está tanto en el papel que usaba él como en la carta que Jack el Destripador envió a Openshaw, los sellos y los sobres de las dos cartas tienen una secuencia de ADN en común, y la carta del Destripador puede tomarse como una confesión.

Si Ellen se mantenía al corriente de las noticias en la finca familiar, debió de enterarse de lo del riñón. Debía de saber que el doble asesinato se cometió menos de una semana después de que ella se marchara a Irlanda. Quizás hubiera oído que habían encontrado un paquete con «huesos humanos» en una alcantarilla de Peckham, un brazo descompuesto en el jardín de una escuela para ciegos de Lambeth Road y una pierna asada que resultó ser de un oso.

Ellen podría haber estado al tanto del hallazgo de un torso de mujer en los cimientos del nuevo edificio de Scotland Yard, que llevaron al depósito de Millbank Street, donde no reveló gran cosa al doctor Neville ni a la policía, que no se ponían de acuerdo en lo referente al brazo descubierto en Pimlico el 11 de octubre. El médico estaba convencido de que pertenecía al torso, pero la mano estaba áspera y las uñas descuidadas, como las de una mujer que había pasado penurias. Cuando llamaron al doctor Bond para que colaborase en el examen, éste precisó que era una mano tersa y con las uñas limadas. Lo más probable es que la mano estuviera sucia, quizá con abrasiones, y las uñas manchadas cuando el brazo apareció en el barro. Pero una vez que lo limpiaron, subió de nivel en la escala social.

En un informe se indica que el torso de la mujer descuartizada tenía la piel oscura. En otro, que la piel era clara. Su cabello era castaño oscuro, tenía veintiséis años y medía entre un metro setenta y tres y un metro setenta y cinco, dictaminó el médico. El tono oscuro de la piel podía deberse al estado de descomposición del torso. En estadios avanzados, la piel adquiere un tono verde negruzco. Dadas las circunstancias, debía de ser igualmente difícil determinar que la piel era clara.

Las discrepancias en las descripciones pueden causar serios problemas en la identificación de un cadáver. Como es de suponer, en el siglo XIX no se hacían reconstrucciones faciales forenses —o el esculpido de la cara basado en la arquitectura de los huesos subyacentes (siempre que se encuentre la cabeza)—, pero hace unas décadas se presentó un caso en Virginia que puede ayudarme a explicar lo que quiero decir. Se reconstruyó la cara de un hombre con masilla verde para recrear sus rasgos sobre el cráneo. Dedujeron el color del pelo por las características de su esqueleto, que eran las de un

afroamericano, y le colocaron ojos de cristal en las órbitas.

Una mujer reconoció la fotografía en blanco y negro del periódico y fue al depósito para comprobar si el cadáver era de su hijo. Echó un vistazo a la reconstrucción facial y dijo al forense: «No, no es él. No tenía la cara verde». De hecho, el joven asesinado era hijo de esa mujer. (En la actualidad, cuando se hacen reconstrucciones faciales para la identificación de un muerto, se tiñe la arcilla de un color aproximado al de su piel).

El cálculo que hicieron tanto el doctor Neville como el doctor Thomas Bond, esto es, que la mujer medía entre un metro setenta y tres y un metro setenta y cinco, podría ser equivocado, y es posible que disuadiera a varias personas de ir a averiguar si los restos pertenecían a un familiar o un conocido. En aquella época, esa estatura era excesiva para una mujer. Habría bastado con que los médicos se equivocaran en cinco o seis centímetros para que el torso no se identificara. De hecho, nunca se identificó.

Teniendo en cuenta los recursos disponibles, supongo que los médicos hicieron todo lo que pudieron. Podían no tener conocimientos de antropología forense. Desconocían qué eran los modernos criterios antropológicos, que se usan para clasificar a los individuos en grupos de edad, como «infante», «entre 15 y 17», o «más de 45». Desconocían qué eran las epífisis, o los centros de desarrollo del hueso, ni podrían haberlas visto, ya que ni el torso ni los miembros recuperados se hirvieron en agua para separar la carne. Las epífisis son conexiones, como las que unen las costillas con el esternón, y en la etapa de crecimiento están formadas por cartílago flexible. Con el tiempo se calcifican.

En 1888 no se usaba la calibración ni los algoritmos. Tampoco contaban con aparatos como el absorciómetro de fotón único o los detectores de escintilación, que sirven para calcular la altura de una persona a partir de la longitud del húmero, el radio, el cúbito, el fémur, la tibia y el peroné, o sea, los huesos largos de los brazos y las piernas. Los cambios de densidad, o de concentración mineral de los huesos, dependen de la edad. Por ejemplo, una disminución de la densidad ósea normalmente se corresponde con una edad avanzada.

No podían afirmar con seguridad que la mujer descuartizada tenía veintiséis años, pero podrían haber dicho que sus restos parecían los de una mujer pospúber de entre veinte y veinticinco años, y que tenía vello castaño oscuro en las axilas. El cálculo de que la mujer había muerto hacía cinco semanas también fue una conjetura. Los médicos no tenían suficientes medios científicos para calcular el momento de la muerte basándose en el grado de descomposición de un cadáver. No sabían nada de entomología forense —la interpretación del desarrollo de los insectos como indicador del momento de la muerte—, y el torso estaba infestado de gusanos cuando lo encontraron en los cimientos del edificio de Scotland Yard.

En la autopsia se descubrió que los órganos estaban pálidos, lo que indicaba una hemorragia masiva y se correspondía con la teoría de que habían degollado a la víctima antes de descuartizarla. Durante la encuesta, el doctor Bond declaró que los restos pertenecían a una mujer «bien nutrida» con «pechos grandes y prominentes», que en algún momento había sufrido una pleuresía grave en un pulmón. Le faltaba el útero, y le habían serrado la pelvis y las piernas a la altura de la cuarta vértebra lumbar. Le habían practicado varios cortes oblicuos en las articulaciones de los hombros para amputarle los brazos, y la habían decapitado mediante varias incisiones por debajo de la laringe. El doctor Bond indicó que el torso estaba envuelto con sumo cuidado, y que la carne presentaba «marcas claramente definidas» en los lugares donde estaba la cuerda. Estas señales son dignas de mención. En experimentos realizados a principios y mediados del siglo XIX se descubrió

que las marcas de ligaduras no se forman en cuerpos que llevan muertos un tiempo, lo que indica que a la mujer la ataron cuando estaba viva, o bien, lo que sería más probable, pocas horas después de su deceso.

La amputación de la pelvis es bastante inusual en los descuartizamientos, pero ni la policía ni los médicos parecieron conceder mayor importancia a este hecho, ya que ni siquiera ofrecieron una opinión al respecto. No aparecieron otras partes del cadáver, salvo lo que se creyó que era un trozo de su pierna izquierda, cortada por debajo de la rodilla. Esta extremidad incompleta estaba enterrada a unos metros del lugar donde se descubrió el torso. El doctor Bond describió la pierna y el pie como «exquisitamente moldeados».

El pie parecía bien cuidado, con las uñas muy bien cortadas. No había callos ni juanetes que sugirieran que la víctima era «una mujer pobre».

La policía y los médicos opinaron que el descuartizamiento era un intento de ocultar la identidad de la víctima. Esta conclusión no concuerda con el hecho de que el asesino cortara la pelvis a la altura de la cuarta lumbar y en las articulaciones a la de las caderas o, lo que es lo mismo, que extirpara los órganos sexuales y los genitales. Cabe preguntarse si existe una semejanza entre esa mutilación y la que cometió el Destripador al abrir el abdomen de su víctima y llevarse el útero y parte de la vagina.

Cuando lo encontraron en las obras de la nueva sede de Scotland Yard, el torso estaba envuelto en un trapo viejo y «atado con un montón de cuerda, enrollada en todas las direcciones», afirmó Frederick Wildore, el carpintero que notó un bulto extraño a las seis de la mañana del 2 de octubre, cuando introdujo la mano en un hueco oscuro para recoger la cesta de herramientas. Sacó el paquete, cortó la cuerda con el cuchillo y por un instante no supo qué tenía ante sus ojos. «Pensé que era tocino o algo parecido», declaró durante el proceso. Los cimientos eran un laberinto de zanjas y recovecos, y según Wildore, nadie que no conociera el lugar podía haber escondido el paquete allí. Siempre «estaba oscuro como en noche cerrada».

Los restos tenían adheridos fragmentos de un viejo ejemplar del *Daily Chronicle* y una tira empapada en sangre, de quince centímetros de largo por diez de ancho, del *Echo*, un diario que costaba un penique. Sickert era un adicto a las noticias. Una fotografía de él en su vejez muestra su estudio atestado de periódicos. El *Echo* era un periódico liberal que publicó numerosos artículos sobre Sickert. En el ejemplar del 24 de agosto de 1888, en la página cuatro está la sección de «Notas y preguntas», con la indicación de que todas las consultas y las respuestas deben escribirse en postales, y que uno debe referirse a la pregunta que responde usando el número que le ha asignado el periódico. La publicidad encubierta, advertía el *Echo*, «es inadmisible».

De las dieciocho «respuestas» del 24 de agosto de 1888, cinco están firmadas con las iniciales «W. S.» Son las siguientes:

Primera respuesta (3580): OSTENDE. Yo no aconsejaría a «W. B.» que escogiera Ostende para pasar un par de semanas de vacaciones; se hartará en dos días. Es un lugar donde lucir ropa, etc., y es muy caro. El campo de los alrededores es llano y anodino; además, todas las calles están pavimentadas con granito. Recomendaría a un turista inglés la «Casa amarilla» o la «Maison Jaune», que es propiedad de un compatriota, y queda cerca de la estación de tren y del muelle; también está el Hotel du Nord. Ambos tienen precios razonables, pero evite los grandes hoteles. Las playas son preciosas. No se requieren conocimientos de francés. W. S.

[Ostende era un puerto y centro turístico de Bélgica, al que se podía llegar desde Dover, y Sickert había estado allí].

Segunda respuesta (3686): ÓPERAS POPULARES. La popularidad del Trovatore se debe, naturalmente, a la belleza de la música y las fascinantes arias. No suele considerarse «música de calidad»; de hecho, he oído a varios músicos «profesionales» decir que no es música en absoluto. Yo la prefiero a cualquier otra ópera, salvo *Don Juan*. W. S.

Tercera respuesta (3612): PASAPORTES. Me temo que «un polaco desafortunado» tendrá que centrar su atención en aquellos países donde no se exige pasaporte, que además de ser muchos, son más agradables para viajar. En cierta ocasión me topé con un compatriota suyo que viajaba con un pasaporte prestado; lo detuvieron y lo enviaron al trullo, donde pasó una temporada. W. S.

Cuarta respuesta (3623): CAMBIO DE NOMBRE. Lo único que tiene que hacer «Jones» es tomar una brocha, tapar «Jones» y reemplazarlo por «Brown». Desde luego, esto no lo eximirá de cualquier responsabilidad que haya contraído como «Jones». Simplemente, será «Jones» comerciando con el nombre de «Brown». W. S.

Quinta respuesta: CARTAS DE NATURALIZACIÓN. Con el fin de obtenerlas, un extranjero debe haber residido en el Reino Unido durante cinco años consecutivos, o al menos cinco de los últimos ocho, y ha de declarar que tiene intención de quedarse aquí para siempre. Tendrá que demostrar estos hechos de manera concluyente con cartas de cuatro caseros naturales de Inglaterra. W. S.

Al responder usando los números de las preguntas originales, el autor dejó claro que conocía el *Echo* y que probablemente lo leía con frecuencia. Enviar cinco respuestas es un acto compulsivo que encaja con el carácter de Sickert, que era un prolífico corresponsal, y con el asombroso número de cartas del Destripador que recibió la prensa y la policía. Los periódicos son un *leitmotiv* en la vida de Sickert y en los juegos del Destripador. En el *Star* del 4 de diciembre aparece una carta que el Destripador envió a un magistrado escrita con exquisita caligrafía. En el trozo de periódico hay una noticia de una exhibición de grabados y al dorso, un titular: «Hijo de nadie».

Walter Sickert nunca estuvo seguro de quién era ni cuál era su país. No era «ningún inglés», por citar la firma de otra carta del Destripador. Su nombre artístico era «Mr. Nemo» (o don nadie), y en un telegrama que envió a la policía (sin fecha, pero quizá de finales del otoño de 1888), el Destripador tachó «Don Nadie» en el espacio para el remitente y anotó en su lugar «Jack el Destripador». Sickert no era francés, pero se consideraba un pintor francés. Una vez escribió que tenía intención de convertirse en ciudadano francés, cosa que nunca hizo. En otra carta confesó que en su corazón siempre sería alemán.

La mayoría de las cartas que el Destripador envió entre el 20 de octubre y el 10 de noviembre de 1888 tenía matasellos de Londres, y es un hecho demostrado que Sickert estuvo en esa ciudad el 22 para asistir a la «Primera exposición de obras al pastel», en la galería Grosvenor. En cartas que Sickert escribió a Blanche, las referencias a la elección de nuevos miembros del New English Art Club indican que estuvo en Londres, o al menos en Inglaterra, durante el otoño, muy probablemente en el mes de noviembre y cabe suponer que hasta fin de año.

A finales de octubre, cuando Ellen regresó al número 54 de Broadhurst Gardens, cayó enferma a causa de una fuerte gripe que hizo tambalear su salud hasta bien entrado noviembre. No he encontrado pruebas de que estuviera con su marido, o de que supiera dónde se encontraba él. No sé si estaba asustada por las atrocidades que se estaban cometiendo a menos de diez kilómetros de su casa, pero es difícil imaginar que no le afectasen. La ciudad estaba aterrorizada, aunque aún no había llegado lo peor.

Mary Kelly era una bella mujer de veinticuatro años, con piel tersa, cabello oscuro y figura juvenil. Estaba mejor educada que las demás «desdichadas» que hacían la calle en los alrededores del número 26 de Dorset Street, donde vivía. La casa la había alquilado John McCarthy, un fabricante de velas que subalquilaba todas las habitaciones a los pobres. La habitación de Mary, la número 13, se encontraba en la planta baja, medía cuatro metros cuadrados y estaba separada de otra por un tabique situado junto a la cama, que era de madera. La puerta y las dos grandes ventanas daban a Miller Court, y Mary había perdido las llaves hacía un tiempo (no recordaba cuándo).

Esto no supuso un gran problema. Poco tiempo antes había bebido de más y se había peleado con su hombre, Joseph Barnett, un transportista de carbón. No lo recordaba, pero era probable que hubiera roto la ventana entonces. Ella y Barnett metían la mano por el agujero para abrir el pestillo de la puerta. No se molestaron en reparar el cristal ni en hacer copias de la llave; con el poco dinero que tenían, debió de parecerles un derroche innecesario.

La última pelea importante entre Mary Kelly y Joseph Barnett había tenido lugar diez días antes. Se pegaron mutuamente a causa de una mujer llamada Maria Harvey. Mary había empezado a dormir con ella los lunes y los martes, y Barnett no lo aceptaba. Se marchó, dejando que ella se arreglase como pudiera para pagar lo que debían de alquiler: una libra y nueve chelines. Luego las relaciones de ambos mejoraron un poco, y él pasaba de vez en cuando a verla y le daba algo de dinero.

Maria Harvey estuvo con Mary por última vez el jueves 8 de noviembre por la tarde, cuando fue a visitarla a su habitación. Maria era lavandera y preguntó a su amiga si podía dejar unas prendas sucias: dos camisas de hombre, una camisa de niño, un abrigo negro, un gorro negro de crespón con cintas de satén, una enagua blanca de niña y una papeleta de empeño de un chal gris. Prometió pasar a buscar la ropa más tarde, y todavía estaba en la habitación cuando Barnett se presentó de improviso.

«Bueno, Mary Jane, ya no te veré esta noche», dijo Maria al salir. Y nunca volvería a verla.

Mary Kelly nació en Limerick y era hija de John Kelly, un herrero irlandés. Mary tenía seis hermanos que vivían en la casa familiar, un hermano que estaba en el ejército y una hermana que trabajaba en el mercado. La familia se había trasladado a Caernarvonshire, Gales, cuando Mary era una niña. A los dieciséis años se casó con un minero llamado Davis, pero dos o tres años después, él murió en una explosión y Mary se fue a vivir a Cardiff con una prima suya. Fue en esa época cuando empezó a beber y a dedicarse a la prostitución, y estuvo ocho meses en un sanatorio para tratarse una enfermedad venérea.

En 1884 se trasladó a Inglaterra, donde no tuvo problemas para atraer clientela. No he encontrado fotografías suyas, salvo la que se tomó después de que el Destripador le destrozara el cuerpo. Pero algunos dibujos de la época demuestran que era una mujer muy atractiva, con la figura curvilínea que tanto gustaba en aquellos tiempos. Tanto su ropa como sus modales eran un vestigio de un mundo mejor que el que trataba de olvidar con el alcohol.

Mary fue prostituta en el West End durante un tiempo, y conoció a caballeros que sabían cómo recompensar a una mujer bonita por sus favores. Un hombre la llevó a Francia, pero ella permaneció allí sólo diez días y regresó a Inglaterra. La vida en Francia no era para ella, explicó a sus amigas. Vivió con un hombre en Ratcliff Flighway, luego con otro en Pennington Street y con un yesero en Bethnal Green. Durante el proceso

posterior al asesinato de Mary Kelly, Joseph Barnett declaró que no sabía con cuántos hombres había convivido ella ni por cuánto tiempo.

Una noche de viernes en Spitalfields, la bella Mary atrajo la atención de Joseph Barnett, que la invitó a una copa. Al cabo de unos días decidieron vivir juntos. Esto fue ocho meses antes de que él alquilase la habitación número 13 de la casa del 26 de Dorset Street. De vez en cuando Mary recibía cartas de su madre y, a diferencia de la mayoría de las «desdichadas», sabía leer. Sin embargo, desde que empezaron los crímenes del East End, pedía a Barnett que le leyese las noticias. Quizá las descripciones fueran demasiado inquietantes para recrearlas sola y en la quietud de su imaginación. Aunque no conociera a las víctimas, debía de haberlas visto alguna vez en la calle o en un *pub*.

La vida de Mary con Joseph Barnett no era mala, y según declaró él en el proceso, la había abandonado «porque aceptó en la habitación a una mujer que era prostituta y yo estaba en contra; ésa fue la única razón, y no que yo no tuviera trabajo. La dejé el 30 de octubre entre las cinco y las seis de la tarde». Añadió que Mary y él siguieron «llevándose bien», y que la última vez que la había visto con vida había sido el jueves entre las siete y media y las ocho menos cuarto, cuando había pasado por allí y encontrado a Maria en la habitación. Ésta se marchó y Barnett se quedó un rato con Mary. Le dijo que lo sentía, pero que no tenía dinero para darle. «Y no bebimos juntos —declaró—. Estaba sobria; mientras vivió conmigo solía estarlo». Sólo se emborrachaba de vez en cuando.

Mary Kelly era muy consciente de los terribles asesinatos que se estaban cometiendo a escasas manzanas de su casa, pero continuó haciendo la calle por las noches después de que Barnett se marchara. No tenía otra forma de ganarse la vida. Necesitaba beber, estaba al borde del desahucio y no tenía esperanzas de encontrar otro hombre decente que la ayudara. Empezaba a desesperar. No hacía mucho había sido una prostituta fina que frecuentaba los sitios más elegantes del West End, pero en los últimos tiempos había empezado a hundirse en el pozo sin fondo de la pobreza, el alcoholismo y la desesperación. Pronto perdería su atractivo. Tal vez no se le ocurriera pensar que podía perder la vida.

Se saben pocas cosas de Mary Kelly, pero en aquel entonces circulaban varios rumores sobre ella. Se decía que tenía un hijo de siete años, y que hubiera preferido quitarse la vida a verlo pasar hambre. Si ese hijo existió, no se menciona en los informes de la policía ni en los testimonios del proceso. Al parecer, la última noche de su vida, Mary se encontró con una amiga en la esquina de Dorset Street y le comentó que no tenía dinero. «Si no lo conseguía, no volvería a salir y se suicidaría», declaró la amiga a la policía.

Mary era bastante alborotadora cuando se emborrachaba, y la noche del jueves 8 de noviembre había estado bebiendo. Había hecho un tiempo horrible todo el mes, con días de lluvias torrenciales y fuertes vientos del sudeste. Las temperaturas rondaban los 4 °C, y la bruma y la niebla envolvían la ciudad como un velo de gasa. Vieron a Mary varias veces el jueves por la noche, una de ellas cuando iba camino del *pub* más cercano, poco después de que Joseph Barnett se marchase de su habitación. También se la vio en Commercial Street, ebria por completo, y más tarde, a eso de las diez, en Dorset Street. Las horas citadas no son fiables, y no podemos estar seguros de que cuando alguien decía que había visto a «Mary Kelly», la hubiera visto de verdad. Las calles estaban muy oscuras. Muchas personas estaban bebidas, y tras la reciente escalada de crímenes del Destripador, aparecían testigos por todas partes para contar historias que no siempre eran verosímiles.

Una vecina de Mary, una prostituta llamada Mary Ann Cox que vivía en la habitación número 5 de Miller’s Court, declaró durante el proceso que había visto a Mary

Kelly borracha a medianoche. Vestía una falda oscura y andrajosa, y una chaqueta roja; no llevaba sombrero y la acompañaba un hombre bajo y robusto con la piel manchada, un poblado bigote color zanahoria, ropa oscura y bombín negro. Sujetaba una jarra de cerveza y se dirigía a la puerta con Mary Kelly. Ésta iba unos pasos por detrás, y dio las buenas noches a su amiga. «Voy a cantar», le dijo, mientras el hombre cerraba la puerta de la habitación número 13.

Durante más de una hora la oyeron cantar la triste canción irlandesa *Bellas violetas*.

«Una violeta que recogí de la tumba de mi madre cuando era niño», cantó, mientras la luz de la vela se transparentaba a través de las cortinas.

Mary Ann Cox hacía la calle y de vez en cuando pasaba por su habitación para calentarse las manos antes de salir a buscar otro cliente. A las tres de la madrugada se fue a acostar, y vio que la habitación de Mary Kelly estaba oscura y silenciosa. Mary Ann se acostó vestida. Fuera, en el patio y las calles caía una lluvia intensa y fría. Oyó entrar y salir hombres del edificio hasta las seis menos cuarto. Elizabeth Prater, la vecina de la habitación número 20 —justo encima de la de Mary Kelly— refirió que a eso de la una y media vio un «destello» de luz en el «tabique» que separaba su habitación de la de Mary.

Supongo que se refería a las grietas del suelo. Elizabeth aseguró la puerta con dos tablas y se fue a la cama. Declaró que había bebido un poco, y que durmió profundamente hasta las cuatro de la mañana, cuando un gatito comenzó a andar sobre ella y la despertó. De repente, dijo, «oí un grito, "¡Ay! ¡Asesinato!", y empujé al gato al suelo». Añadió que la voz sonó amortiguada y cercana, y que no la oyó por segunda vez. Elizabeth volvió a dormirse y se levantó a eso de las cinco. Unos hombres estaban enjaezando los caballos en Dorset Street, y ella se dirigió al *pub* Ten Bells, para despabilarse con una copa de ron.

John McCarthy estaba muy ocupado en su tienda de velas a media mañana. También estaba tratando de decidir qué iba a hacer con respecto a la habitación número 13 de la casa del 26 de Dorset Street. Mientras trabajaba esa fría y encapotada mañana de viernes, se vio obligado a considerar lo inevitable. Joseph Barnett se había largado hacía más de dos semanas, y Mary Kelly debía una libra y nueve chelines de alquiler. McCarthy había sido muy paciente con ella, pero aquello no podía continuar.

«Ve a la número 13 e intenta cobrar algo», indicó a su ayudante, Thomas Bowyer. Eran casi las once cuando Bowyer fue a la habitación de Mary y llamó a la puerta. No respondieron. Trató de abrir, pero la puerta estaba cerrada con llave. Apartó las cortinas, miró por el agujero de la ventana y vio a Mary Kelly en la cama, desnuda y cubierta de sangre. Corrió a buscar a su jefe, y ambos regresaron de inmediato a la habitación. Bowyer fue en busca de la policía.

Un inspector de la División «H» se dirigió a toda prisa al escenario del crimen y al instante mandó llamar al doctor George Phillips y telegrafió a Scotland Yard para informar del último asesinato del Destripador. Al cabo de media hora el lugar se llenó de inspectores, incluido Frederick Abberline, que ordenó que no dejasen salir ni entrar a nadie sin autorización.

También telegrafiaron a Charles Warren. Abberline preguntó si el jefe de la policía quería enviar a los sabuesos. El experimentado investigador debía de saber que era una pérdida de tiempo, pero estaba cumpliendo órdenes. Alguien dio una contraorden y los perros no llegaron. Antes de que acabara el día, la prensa se enteraría de la dimisión de Warren.

No se dieron prisa en entrar en la habitación de Mary Kelly. Durante el proceso, el doctor Phillips declaró que, tras mirar por el agujero del cristal, «me convencí de que el

cadáver mutilado que estaba en la cama no necesitaba atención inmediata». La policía extrajo un cristal de la puerta y el doctor Phillips empezó a tomar fotografías por la abertura. A la una y media, la policía usó un pico para abrir la puerta, que golpeó contra la mesa situada a la izquierda de la cama. Los policías y el médico entraron en la habitación y contemplaron la escena más horrible que habían visto en todos sus años de profesión.

«Parecía obra de un demonio, más que de un hombre —declaró McCarthy en el proceso—. Había oído muchas cosas sobre los asesinatos de Whitechapel, pero juro por Dios que no esperaba ver una imagen como ésa».

Mary Kelly estaba atravesada en la cama con un tercio del cuerpo fuera, casi tocando la puerta. Las fotografías del escenario del crimen muestran unos restos tan mutilados como si la hubiese atropellado un tren. El Destripador le cortó las orejas y la nariz y le practicó brutales incisiones en la cara, levantando la carne casi hasta el hueso. No había en su rostro ni rastro de sus facciones; sólo permanecía inalterable su melena oscura, todavía bien peinada, quizá porque no luchó con el Destripador. No había sitio para atacarla desde detrás de la cama, de manera que la agredió de frente. A diferencia de la víctima de Camden Town, Mary estaba boca arriba cuando una cuchilla fuerte y afilada le cortó la carótida derecha. La sangre empapó la cama y formó un charco en el suelo.

Abberline, que estaba a cargo del caso, registró la habitación. Encontró ropa quemada en la chimenea y dedujo que el asesino había avivado el fuego mientras trabajaba con el fin de tener suficiente luz, «ya que sólo había una vela en el cuarto», declaró Abberline. El calor era tan intenso que derritió el pitorro de una tetera. Cabe preguntarse cómo es posible que nadie notara un fuego tan grande desde el patio, aunque las cortinas estuviesen echadas. Alguien podría haber pensado que se trataba de un incendio. Como de costumbre, la gente no se inmiscuía en los asuntos ajenos. Puede que el Destripador trabajase con la pequeña llama de la vela. A Sickert no le molestaba la oscuridad. «La oscuridad absoluta es maravillosa», escribió en una carta.

Con excepción del abrigo, habían quemado toda la ropa sucia de Maria. La de Mary Kelly se encontró muy bien doblada junto a la cama, como si se hubiera desnudado por voluntad propia. El asesino desgarró, acuchilló y destripó el cuerpo, abriéndolo en canal y convirtiendo los genitales en una masa informe. Le amputó los pechos y los colocó junto al hígado, en un lado de la cama. Puso las entrañas en la mesilla de noche. Extirpó todos los órganos salvo el cerebro, y la pierna derecha estaba despellejada y descarnada, dejando al descubierto un brillante fémur blanco.

En el brazo izquierdo se observan con claridad varias lesiones curvas, y una línea oscura alrededor de la pierna derecha, justo por debajo de la rodilla, sugiere que el Destripador estaba descuartizándola y se detuvo por alguna razón. Puede que el fuego empezara a consumirse o que la vela se apagara. Quizá se le hiciera tarde para escapar. El doctor Thomas Bond llegó al escenario del crimen a las dos de la tarde, y anotó en su informe que el *rigor mortis* había comenzado y que se había intensificado mientras examinaba el cadáver. Admitió que era incapaz de precisar la hora de la muerte, pero el cadáver estaba frío a las dos de la tarde. Basándose en este dato, la rigidez cadavérica y la presencia de alimentos a medio digerir en el estómago —que habían desgarrado y arrojado sobre los intestinos— calculó que Mary llevaba doce horas muerta.

Si el doctor Bond no se equivocó al afirmar que el *rigor mortis* aún se estaba estableciendo a eso de las dos de la tarde, cuando empezó a examinar el cadáver, es posible que Mary no hubiera muerto hacía tantas horas. Su cuerpo habría estado frío mucho antes. Se había desangrado, era delgada, tenía la cavidad intestinal al descubierto y llevaba sólo

una camiseta en una habitación donde el fuego se había apagado. Además, si podemos fiarnos de los testigos, Mary aún estaba viva a la una y media. La gente que declaró ante la policía y en el proceso calculó la hora basándose en el reloj de las iglesias locales, que daban la hora y la media, en los cambios de luz y en si el East End estaba silencioso o, por el contrario, comenzaba a haber movimiento.

En lo referente a la hora del asesinato, quizás el testigo más fiable fuera el gatito que empezó a andar por encima de Elizabeth Prater a eso de las cuatro de la madrugada. Los gatos tienen el sentido del oído muy desarrollado, y es posible que el animal se inquietase por los ruidos que oyó abajo. O pudo percibir las feromonas que segregan las personas aterrorizadas. Fue a esa hora cuando Elizabeth oyó a alguien gritar «¡Asesinato!».

Mary Kelly debió de prever lo que pasaría. Estaba casi desnuda y en la cama. Boca arriba. Tuvo que ver al asesino cuando éste sacó el cuchillo. Incluso si el Destripador le cubrió la cara con una sábana antes de degollarla, ella sabría que estaba a punto de morir. Seguramente sobrevivió unos minutos mientras se desangraba y él comenzaba a acuchillarla. No podemos dar por sentado que las víctimas del Destripador no sintieran dolor y que ya estuvieran inconscientes cuando él empezaba a mutilarlas. En el caso de Mary Kelly, es imposible saber si comenzó por el abdomen o por la cara.

Si el Destripador detestaba la cara bonita y sensual de Mary, quizás empezase por ahí. O tal vez por el abdomen. Puede que ella sintiera los cortes mientras la pérdida de sangre la hacía temblar. Debió de castañetear los dientes, aunque no por mucho tiempo, luego se desmayó, entró en estado de *shock* y murió. Pudo asfixiarse si inhaló un chorro de sangre de la carótida por la herida de la tráquea y se le encharcaron los pulmones.

«La vía respiratoria se seccionó en la parte inferior de la carótida, a través del cartílago cricoides», leí en la página 16 del informe de la autopsia.

Es imposible que gritara o emitiera sonido alguno.

«Los pechos se amputaron mediante incisiones más o menos circulares, ya que están unidos a los músculos de las costillas».

Para ello se requiere un cuchillo afilado, fuerte y con una hoja no demasiado larga, pues esto lo haría difícil de manejar. Los instrumentos de disección tienen una hoja de entre diez y quince centímetros de longitud y una empuñadura que garantiza una buena sujeción. Pero el arma que utilizó el Destripador podría ser un *kukri*, con su original hoja curva. El largo de las hojas varía, y estos cuchillos son lo bastante resistentes para cortar sarmientos, ramas e incluso árboles pequeños. Cuando la reina Victoria era emperatriz de la India, muchos soldados ingleses utilizaban *kukris*, de manera que es muy posible que estas armas se hubieran introducido en el mercado inglés.

En una carta del 19 de octubre, Jack el Destripador escribió que se sentía «bastante apenado por el cuchillo que perdí biniendo [*sic*] hacia aquí debo conseguir uno esta noche». Dos días después, la noche del 21 de octubre, un agente descubrió un cuchillo ensangrentado entre unos arbustos, no muy lejos de la casa de la madre de Sickert. Era un *kukri*, y podría ser parecido al que se usó en el asesinato de Mary Kelly. El *kukri* se utilizaba en la batalla para degollar y amputar miembros, pero, debido a su hoja curva, no servía para apuñalar.

«La piel y los tejidos del abdomen […] estaban levantados en tres grandes zonas […]. El muslo derecho estaba tan descarnado que se veía el hueso […]. La parte inferior del pulmón [derecho] estaba seccionada […]. El pericardio estaba abierto, y faltaba el corazón».

Estos pormenores de la autopsia provienen de las páginas 16 y 18 del informe

original, que parece ser el único que ha sobrevivido. La pérdida de estos informes es una auténtica calamidad. Los datos médicos, que proporcionarían más información que cualquier otra cosa sobre lo que el asesino hizo a la víctima, no se detallaron en las actas del proceso ni en los informes del examen *post mortem*. Por ejemplo, en el proceso por el asesinato de Mary Kelly no se mencionó que se habían llevado el corazón. La policía, los médicos y el juez de instrucción debieron de pensar que el público no necesitaba saberlo.

La autopsia de Mary Kelly se llevó a cabo en el depósito de Shoreditch, y duró seis horas y media. Estuvieron presentes los forenses más experimentados: el doctor Thomas Bond, de Westminster; el doctor Gordon Brown, de la City; el doctor Duke, de Spitalfields, así como el doctor George Phillips y su ayudante. Se dice que los médicos no terminaron el examen hasta que pudieron localizar todos los órganos. Algunos documentos sugieren que no faltaba ninguno, pero eso es mentira. El Destripador se llevó el corazón de Mary Kelly, y posiblemente parte de los genitales y el útero.

El proceso comenzó y terminó el 11 de noviembre. El doctor Phillips no había terminado de describir el escenario del crimen cuando el doctor Roderick McDonald, el juez de instrucción de Middlesex, dijo que no era necesario que se explayase más por el momento. Los miembros del jurado —que habían visto los restos de Mary Kelly en el depósito— podrían pedir más explicaciones luego, a menos que ya estuvieran en condiciones de dictar un veredicto. Lo estaban. Todos escucharon otra vez: «Homicidio premeditado por persona desconocida».

La prensa calló casi de inmediato. Fue como si el caso del Destripador se hubiese cerrado. Examiné los periódicos de los días, las semanas y los meses siguientes al proceso por el asesinato y el entierro de Mary Kelly, y sólo encontré unas pocas menciones al Destripador. Sus cartas seguían llegando y se archivaban «con las demás». Los periódicos respetables no las publicaban. A partir de ese momento, si un crimen guardaba alguna semejanza con los del Destripador, al momento se decía que no era obra del demonio de Whitechapel.

En 1889, los restos de una mujer descuartizada aparecieron en Londres. Nunca se identificó a la víctima.

El 16 de julio de 1889, una «desdichada» llamada Alice McKenzie, que «empinaba el codo» de vez en cuando, fue al teatro de variedades Cambridge, en el East End, donde un niño ciego la oyó pedir a un hombre que la invitara a un trago. A eso de la una de la madrugada se descubrió su cadáver en Castle Alley, Whitechapel. Tenía la garganta cortada, y la ropa recogida dejaba a la vista las graves mutilaciones del abdomen. El doctor Thomas Bond practicó la autopsia y escribió: «En mi opinión, este asesinato lo cometió la misma persona que fue autora del resto de los crímenes de Whitechapel». El caso nunca se resolvió, y hubo pocas referencias públicas al Destripador.

El 6 de agosto de 1889, una niña de seis años llamada Caroline Winter apareció asesinada en Seaham Harbour, en la costa nordeste de Inglaterra, no muy lejos de New-castle-upon-Tyne. Tenía el cráneo aplastado, su cuerpo «presentaba otras lesiones terribles» y la habían arrojado a un pozo de agua, cerca de unas cloacas. Cuando la vieron por última vez estaba jugando con una amiga, quien contó a la policía que Caroline se había puesto a charlar con un hombre de pelo y bigote negros, vestido con un andrajoso traje gris. Al parecer, el hombre le ofreció un chelín si lo acompañaba, y Caroline se fue con él.

El torso que se encontró el 10 de septiembre en un puente ferroviario, al final de Pinchin Street, no tenía más señales de mutilación que el desmembramiento, y no había indicios de que la causa de la muerte fuese un corte en la garganta, aunque la mujer

estuviera decapitada. Según el informe oficial, la incisión en la parte delantera del tronco no parecía obra del Destripador. «La membrana interior del intestino está prácticamente intacta, y da la impresión de que el corte termina en la vagina porque el cuchillo se resbaló, como si esa parte de la herida hubiera sido accidental. Si esto fuese obra del frenético asesino a quien ya conocemos, podríamos estar bastante seguros de que habría continuado con su cruento trabajo siguiendo los métodos que adoptó con anterioridad».

El 13 de diciembre de 1889 se encontraron restos en estado de descomposición —incluida la mano derecha de una mujer a la que le faltaban dos falanges del meñique— en los muelles de Middlesbrough, también en la costa nordeste de Inglaterra, al sur de Seaham Harbour.

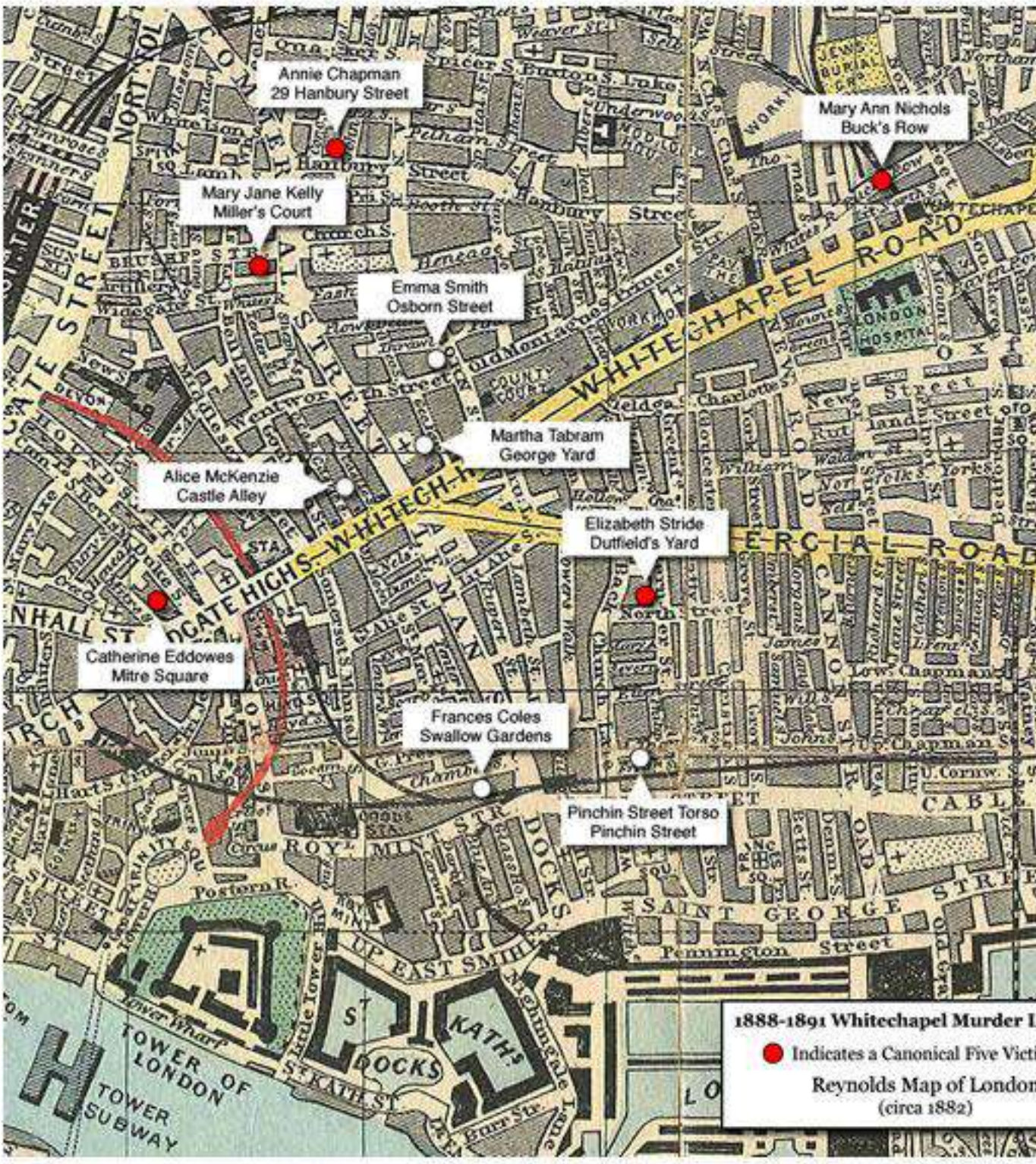
«Estoy tratando de aprender a desarticular —escribió el Destripador el 4 de diciembre—, y si lo consigo les enviaré un dedo».

El 13 de febrero de 1891, una prostituta llamada Francis Coles apareció degollada en Swallow Gardens, Whitechapel. Tenía unos veintiséis años y, según el informe de la policía, era «bebedora». El doctor George Phillips, que practicó la autopsia, concluyó que el cuerpo no estaba mutilado y que este asesinato no tenía «relación con la serie de crímenes anteriores». El caso nunca se resolvió.

Tampoco se resolvió el de un cuerpo femenino descuartizado que apareció en Londres en junio de 1902.

Los asesinos en serie no paran de matar. Sickert continuó matando. Pudo asesinar a quince, veinte o cuarenta personas antes de morir pacíficamente en la cama en Bathampton el 22 de enero de 1942, a los ochenta y un años. Tras la masacre de Mary Kelly, Jack el Destripador se desvaneció, convertido en una pesadilla del pasado. Tal vez fuera aquel médico sexualmente enfermo que en realidad era abogado y se arrojó al Támesis. O podría haber sido un barbero loco, o un judío chiflado, que ahora estaba encerrado en un manicomio. Podía estar muerto. ¡Qué alivio debían de proporcionar esas suposiciones!

Al parecer, el Destripador dejó de escribir cartas en 1896. Su nombre no se asociaba con los crímenes recientes, y la documentación de sus casos permanecería precintada durante un siglo. James McNeill Whistler murió en 1903, y Walter Sickert avanzó dignamente hacia el centro del escenario. Sus temas y estilos eran muy distintos —Whistler no pintaba prostitutas asesinadas y su obra se cotizaba alto—, pero Sickert empezaba a brillar. Se estaba convirtiendo en una figura de culto como artista y como «personaje». En su vejez llegó a ser el artista vivo más grande de Inglaterra. Dudo que alguien le hubiera creído si hubiese confesado que era Jack el Destripador.



Localización de los asesinatos de

28. Más lejos de la tumba

Las quebrantadas facetas y personajes de Sickert parecieron ausentarse sin su consentimiento en 1899, cuando cruzó el Canal de la Mancha para vivir prácticamente como los pobres a los que había atormentado.

«Despierto de mis sueños y con la camisa de dormir seco el suelo, y le doy la vuelta al colchón que he puesto para "contener las goteras"», escribió a Blanche.

Entre asesinatos y temporadas de trabajo, se marchaba fuera del país, sobre todo a Dieppe y a Venecia, donde vivía en unas condiciones que sus amigos calificaban de espantosas, esto es, en medio de la suciedad y el caos. Iba desaliñado y apestaba. Se había vuelto paranoico, y llegó a decir a Blanche que creía que Ellen y Whistler se habían aliado para destrozarle la vida. Temía que alguien intentara envenenarlo. Estaba cada vez más retraído, deprimido y morboso.

«¿Crees que las cosas del pasado se nos antojan más conmovedoras e interesantes porque estaban más lejos de la tumba?», medita en una carta.

No es inusual que un asesino psicópata se suma en una grave depresión después de una serie de crímenes, y un hombre como Sickert, que había sido capaz de aparentar un perfecto dominio de sí mismo, podría haber sentido que estaba totalmente fuera de control y que no le quedaba nada en la vida. Durante sus años más viriles y fértiles se había dedicado a matar. Había despreciado y rehuido a sus amigos. Desaparecía de la sociedad sin avisar y sin razón aparente. No tenía ama de llaves ni hogar, y estaba arruinado. Su obsesión psicopática había dominado por completo su vida. «No me encuentro bien. No sé qué me pasa —escribió a Nan Hudson en 1910—. Estoy mal de los nervios». A los cincuenta años, Sickert empezó a autodestruirse como un circuito sobrecargado sin interruptor.

Cuando Ted Bundy se descompensó, sus asesinatos en serie se convirtieron en una orgía de violencia, en la brutal carnicería que causó en una residencia estudiantil de Florida. Estaba desquiciado, y el mundo en el que vivía no iba a permitir que saliese impune. Sickert sí. No tuvo que enfrentarse a los modernos métodos para hacer cumplir la ley ni a la avanzada ciencia forense. Navegó por la superficie de la vida como un respetable intelectual. Era un artista en vías de convertirse en maestro, y a los artistas se les disculpa que no lleven sus asuntos de una forma estructurada o «normal». Se les disculpa que sean extraños, excéntricos o algo locos.

La quebrantada psique de Sickert lo empujaba a mantener continuas luchas con sus múltiples personalidades. Estaba sufriendo. Entendía el dolor siempre que fuese suyo. No sintió nada por nadie, ni siquiera por Ellen, que padeció más que él porque lo quería y siempre habría de amarlo. El estigma del divorcio era peor para ella que para él, y Ellen se sintió más avergonzada y fracasada. Se castigaría durante el resto de su vida por haber mancillado el apellido Cobden, por haber traicionado a su propio padre y convertirse en una carga para quienes la amaban. Ella no tuvo paz, pero Sickert sí, porque no veía nada de malo en lo que había hecho. Los psicópatas no aceptan las consecuencias. No experimentan pesar, salvo por las desgracias que se buscan y por las que culpan a otros.

Las cartas de Sickert a Blanche son obras maestras de la astucia, y nos permiten vislumbrar los oscuros recovecos de su mente de psicópata. «Ayer me concedieron el divorcio, ¡gracias a Dios!», escribió Sickert, y luego añadió: «La primera emoción que

sientes cuando te quitan las empulgueras es un alivio tan grande que te mareas». No lamentó perder a Ellen. Para él fue una alegría librarse de una parte de las complicaciones de su vida, pero quedó más desequilibrado que antes.

Ellen le había proporcionado una identidad. El matrimonio era un refugio seguro en su continuo corre que te pillo. Siempre había tenido alguien con quien volver, y Ellen le había dado todo lo que podía. Y continuaría haciéndolo, aunque fuera comprando sus cuadros en secreto por mediación de Blanche. Sickert el comediante necesitaba un público y un reparto de secundarios. Estaba solo al fondo del escenario, en un lugar frío y oscuro que no le gustaba. No echaba de menos a Ellen de la misma manera que ella a él, y la principal tragedia de Sickert fue que estaba condenado a una vida sin intimidad física ni emocional. «¡Al menos tú sientes!», escribió a Blanche en una ocasión.

Las anomalías genéticas y los traumas infantiles de Sickert habían encontrado sus fisuras y lo habían hecho trizas. Una parte de él daría clases de pintura a Winston Churchill, mientras otra escribía una carta a la prensa, en 1937, elogiando el arte de Adolf Hitler. Una parte de Sickert era amable con Bernhard, su hermano débil y drogadicto, mientras que otra demostraba no sentir el menor escrúpulo cuando iba al hospital de la Cruz Roja a dibujar soldados heridos o agonizantes y a pedir sus uniformes, porque ya no los necesitarían.

Una parte de Sickert podía animar a un artista en ciernes y ser generoso con su tiempo y sus clases, mientras que otra insultaba a maestros como Cézanne y Van Gogh, o escribía una mentira en el *Saturday Review* con el fin de desprestigiar a Joseph Pennell y a Whistler. Una parte de Sickert convencía a sus amigos de que era un amante de las mujeres, mientras que otra las llamaba «zorras» —o «coños», en las cartas del Destripador—, las descalificaba diciendo que pertenecían a un orden inferior, las mataba, las mutilaba y las degradaba y profanaba aún más en sus cuadros. Las complejidades de Sickert podrían ser infinitas, pero una cosa está muy clara: no se casó por amor.

Sin embargo, en 1911 decidió que era hora de volver a casarse. Probablemente fue una decisión tan premeditada como sus crímenes. Su cortejo fue un auténtico asedio a una joven alumna que según Robert Emmons, el primer biógrafo de Sickert, era preciosa y tenía «cuello de cisne». Por lo visto, ella tenía grandes dudas y lo plantó en el altar, pensando que debía casarse con un hombre de su misma condición.

«La boda se ha anulado. Demasiado dolido para viajar», telegrafió Sickert a Ethel Sands y Nan Hudson el 3 de julio de 1911.

De inmediato centró su atención en otra alumna, Christine Drummond Angus, hija de John Angus, un comerciante de marroquinería escocés que estaba convencido de que Sickert iba tras su dinero. El dinero era una ventaja, pero no era la única necesidad en la vida del pintor. No tenía a nadie que cuidase de él. Christine era dieciocho años más joven que Sickert, guapa y con una figura infantil. Era enfermiza y bastante coja, y durante la mayor parte de su vida había sufrido de neuritis (una inflamación de los nervios) y de sabañones. Era inteligente y una artista de talento —hacía bordados lo bastante buenos como para exponerlos en un museo—, pero no conocía a Sickert en persona.

Nunca se habían visto fuera de las aulas cuando él decidió casarse con ella. Le enviaba telegramas y cartas varias veces al día hasta que ella enfermó, agobiada por las imprevistas y exageradas atenciones del maestro, y sus padres decidieron enviarla a Chagford, Devon. Sickert no estaba invitado, pero subió en un tren y fue a visitarla. Al cabo de unos días se prometieron, en contra de los deseos de John Angus.

Éste aceptó el compromiso cuando se enteró de que el miserable artista había vendido un retrato grande a un comprador anónimo. Tal vez Christine no hubiera tomado

una mala decisión. El comprador anónimo era Florence Pash, una amiga y mecenas de Sickert que quería ayudarlo. «Me caso el sábado con una tal Christine Angus», telegrafió Sickert a Nan Hudson y Ethel Sands el 26 de julio de 1911. Pero añadió una mala noticia, el joyero se negaba a «devolver el dinero de la alianza» que Sickert había comprado para la primera alumna que había perseguido.

Christine y Sickert se casaron en el Registro Civil de Paddington, y empezaron a pasar mucho tiempo en Dieppe y en un pueblo que estaba a quince kilómetros de allí, Envermeu, donde alquilaban una casa. En 1914, cuando estalló la Primera Guerra Mundial, regresaron a Londres. Aquéllos fueron años artísticamente productivos para Sickert. También escribió numerosos artículos. Sus cuadros reflejan una enigmática tensión entre los miembros de la pareja que causó impacto y lo hizo famoso.

Durante los primeros años de su matrimonio con Christine pintó *Hastío*, su obra maestra, y escenas de guerra; luego regresó a los teatros de variedades, y empezó a ir al New Bradford «todas las malditas noches». Hay otras obras que reflejan su violencia sexual. En *Jack en tierra*, un hombre vestido se aproxima a una cama en la que hay una mujer desnuda. En *El prevaricador*, un hombre vestido se inclina sobre los pies de una cama de madera, parecida a la de Mary Kelly —una insólita variación de las camas de hierro de Sickert—, en la que hay una figura, pero no se observa con claridad.

La salud de Christine continuó creando complicaciones a Sickert, que escribió cartas manipuladoras a sus amigas. Decía que estaba encantado de «contribuir a hacer más feliz a una criatura de lo que jamás habría sido en otras circunstancias». Ojalá pudiera ganar más dinero, añadía, ya que necesitaba dos criadas para cuidar a su esposa enferma. «No puedo dejar mi trabajo, y tampoco puedo permitirme enviarla al campo». Esperaba que Nan Hudson dejase que Christine fuese a pasar una temporada con ella.

Después de la guerra, los Sickert se trasladaron a Francia, y en 1919 él se enamoró de una *gendarmerie* abandonada, una comisaría de policía, en Rué de Douvrend, en Envermeu. Christine pagó treinta y un mil francos por el ruinoso cuartel, con un calabozo en la planta alta que se convertiría en dormitorio. La nueva responsabilidad de su marido era arreglar la Maison Mouton, como se llama todavía ahora, mientras ella viajaba a Inglaterra para hacer gestiones y enviar los muebles. De vez en cuando sufría un brote de neuritis que la postraba en cama, y en una ocasión fue tan grave que la mantuvo en vela «durante cuarenta y cinco noches […] con medicinas e infecciones, e incluso cuando el terrible dolor desaparece, apenas puedes moverte».

Parece que Sickert tampoco podía moverse, al menos para ser mínimamente útil a su frágil esposa. En el verano de 1920, Christine escribió a su familia que la Maison Mouton era «inhabitable». Una foto que Sickert envió a Christine demostraba que no se había limpiado los zapatos desde que ella se había ido, cuatro meses antes. «Me temo que se ha gastado todo el dinero que yo había reservado para el suelo y el fregadero de la cocina». Él le dijo que había comprado «una logia con vistas al río y un Cristo de tamaño natural del siglo XV, tallado y pintado», una imagen que «presidirá nuestra fortuna».

A finales del verano de 1920, hacía tanto tiempo que Christine no veía a Sickert que le escribió la que debió de ser su última carta: «*Mon Petit*: Supongo que es la última vez que escribo cartas junto a la ventana que da a Camden Road. Será maravilloso volver a verte, aunque muy extraño». Poco después Christine llegó a Envermeu con los muebles, dispuesta a mudarse a su nueva casa, y descubrió que no había luz ni agua corriente, sólo unos tubos para recoger la lluvia. En el pozo había un gato al que, según una hermana de Christine, «habían ahogado». La débil y coja Christine tenía que cruzar el jardín, recorrer

un sendero de piedra y bajar una empinada escalera para llegar a los «retretes de tierra». Después de su muerte, su familia señalaría con indignación que no era «de extrañar que la pobre Christine pasara a mejor vida».

Christine no se había encontrado bien durante el verano; luego mejoró un poco, pero su estado empeoró dramáticamente en otoño, mientras estaba en Envermeu. El 12 de octubre Sickert telegrafió a su cuñada, Andrina Schweder, diciendo que Christine estaba muriendo sin dolor, y que dormía mucho. Los análisis de fluido espinal habían detectado la presencia del «bacilo de Koch». Sickert prometió volver a escribir «cuando se produzca la muerte», y añadió que se incineraría a Christine en Ruán y que sus cenizas se enterrarían en el pequeño cementerio de Envermeu.

El padre y la hermana de Christine partieron de inmediato hacia Francia, llegaron a la Maison Mouton al día siguiente y se encontraron a Sickert agitando alegremente un pañuelo desde la ventana. Se quedaron de piedra cuando los recibió en la puerta con una chaqueta de terciopelo negro, la cabeza afeitada y la cara muy blanca, como si llevase maquillaje. Le complacía poder decirles que Christine seguía viva, aunque por poco tiempo. Los condujo al dormitorio, donde su esposa estaba inconsciente. No la había puesto en el dormitorio principal, que estaba en la planta baja, detrás de la cocina, y era la única habitación que tenía una chimenea grande.

Andrina se sentó al lado de Christine mientras su padre bajaba al salón, donde las historias y las canciones de Sickert lo entretuvieron tanto que más tarde se sentiría culpable por haberse divertido. Llegó el médico y administró una inyección a Christine, que murió poco después de que se marchara su familia. Ésta no se enteró de lo ocurrido hasta el día siguiente, el 14. Sickert dibujó el cadáver de su mujer mientras ésta seguía en el dormitorio de la planta alta. Mandó a buscar un yesero para hacer un molde de su cabeza y luego se reunió con un agente que estaba interesado en comprar cuadros. Sickert pidió a Angus que enviase un telegrama a *The Times* para que publicaran una esquela, y se enfadó con él cuando vio que había puesto que Christine era la «esposa de Walter Sickert», en lugar de la «esposa de Walter Richard Sickert». Sus amigos fueron a verlo y la artista Thérèse Lessore se instaló en la casa para cuidarlo. Su dolor era evidente, es decir, tan evidentemente falso como casi todo en él. D. D. Angus describió con amargura los sentimientos del pintor por su «adorada difunta» como una «absoluta farsa». Según escribió Angus, Sickert «no perdió el tiempo y fue tras su Thérèse [*sic*]», con quien se casaría en 1926.

«Debes de echarla de menos», lo consoló Marjorie Lilly poco después de la muerte de Christine.

«No es eso —respondió él—. Mi pena es que ya no existe».

En los primeros meses de 1921, cuando hacía menos de medio año que habían enterrado las cenizas de Christine, Sickert escribió cartas obsequiosas y tétricas a su suegro con la evidente intención de que le cediese su parte de los bienes de Christine antes de que se autentificase el testamento. Necesitaba dinero para pagar a los obreros que estaban arreglando la Maison Mouton. Era tan «desagradable» no pagar las deudas a tiempo, y puesto que el señor Angus se marchaba a Sudáfrica, a él le vendría muy bien un anticipo para asegurarse de que se respetaran los deseos de Christine sobre la Maison. John Angus le envió un anticipo de quinientas libras.

Sickert, uno de los primeros habitantes de Envermeu que compró un automóvil, gastó sesenta libras en construir un garaje con un foso de mecánico. «Convertirá mi casa en un centro del automovilismo», escribió a Angus. «Es lo que siempre quiso Christine». Sus cartas a la familia de su difunta esposa eran tan ostensiblemente interesadas y

manipuladoras que los hermanos de Christine las encontraban «divertidas».

Le inquietaba la posibilidad de morir sin testar, como si eso pudiera ocurrir en cualquier momento. Necesitaba los servicios del señor Bonus, el abogado de la familia Angus, para que redactase un testamento de inmediato. El señor Bonus [en inglés, «bonificación»] hacía honor a su nombre. Sickert no tendría que pagarle honorarios. «No tengo prisa por cobrar mi legado —aseguró a Angus—. Mi única preocupación es no morir sin testar. He dado instrucciones a Bonus sobre el testamento».

Finalmente Angus, que tenía setenta y dos años, escribió a Sickert, que tenía sesenta, que su «preocupación» por morir «sin testar podía desecharse sumariamente, ya que sin duda Bonus no tardará años y años en escribir su testamento». Los bienes de Christine estaban valorados en unas dieciocho mil libras esterlinas. Sickert quería su dinero, y utilizó la excusa de que necesitaba dejar resueltas de inmediato todas las cuestiones legales por si moría de manera repentina, quizás en un accidente de automóvil. Si ocurría lo peor, su deseo era que lo incinerasen «en el sitio más conveniente, y que mis cenizas (sin caja ni urna) se arrojen sobre la tumba de Christine». En un alarde de generosidad, añadió que todo lo que Christine le había dejado volvería «pasara lo que pasara» a la familia Angus.

También prometió que si vivía «unos años más» haría gestiones para asegurarse de que Marie, su ama de llaves, recibiera una asignación anual de mil francos.

En 1990, cuando los documentos privados de Sickert se donaron al archivo de la Tate Gallery, un miembro de la familia de Christine (al parecer, el nieto de Angus) escribió que «las intenciones de Sickert de dejárselo todo a la familia Angus eran falsas por demás. No recibimos ni un penique».

En una carta que escribió unos diez días después del entierro, Sickert describió la triste ceremonia como si fuese una gran celebración. Según él, acudió «el pueblo entero», y él los saludó a todos en la puerta del cementerio. Las cenizas de su amada esposa recibieron sepultura «en un bosquecillo que era nuestro lugar de paseo favorito». Tenía una «preciosa vista del valle». En cuanto la tierra se asentara, Sickert refirió que tenía intención de comprar una placa de mármol o granito y hacer que grabasen en ella el nombre de Christine y las fechas. Nunca lo hizo. Durante setenta años, la lápida de mármol verde contuvo el nombre de Christine y «fabricado en Dieppe», pero no, según Angus, «las fechas que había prometido». Al final, las añadió la familia.

Marie Françoise Hinfray, la hija de la familia que compró a Sickert la Maison Mouton, tuvo la gentileza de dejarme visitar la antigua *gendarmerie* donde vivió Sickert y Christine murió. Ahora está ocupada por los Hinfray, que tienen una empresa de pompas fúnebres. *Madame* Hinfray me contó que cuando sus padres adquirieron la casa, las paredes estaban pintadas en tonos sombríos, «todo oscuro y deprimente, con techos bajos». La Maison Mouton estaba llena de cuadros abandonados, y cuando se excavaron las letrinas, los obreros encontraron piezas oxidadas de un revólver de principios del siglo XX, un arma de pequeño calibre y seis cámaras, que no era de los que usaban los gendarmes.

Madame Hinfray me mostró el revólver. Lo habían soldado y pintado de negro, y ella estaba muy orgullosa de él. Luego me condujo al dormitorio principal y me explicó que Sickert solía dejar las cortinas abiertas y encender unos fuegos tan grandes que los vecinos podían verlos. *Madame* Hinfray duerme allí, y la espaciosa habitación está llena de plantas y bonitos colores. Por último le pedí que me llevase al piso superior, al dormitorio donde murió Christine, un antiguo calabozo con una pequeña chimenea.

Me quedé sola en la habitación, mirando y escuchando. Comprendí que si Sickert

hubiera estado abajo, o en el jardín o en el garaje, no habría oído la llamada de Christine si ésta necesitaba que avivase el fuego, quería un vaso de agua o tenía hambre. Difícilmente despertaría a menudo, y si lo hacía, estaría adormilada. La morfina debía de mantenerla sumida en un indoloro sopor.

No hay ningún documento que demuestre que el pueblo entero se congregó para el entierro de Christine. Parece que la mayoría de los asistentes era «la gente de Sickert», como los llamaba Ellen. El padre de Christine también estuvo allí, y con el tiempo afirmó que le había «horrorizado» la *sang-froid* de Sickert, esto es, su absoluta indiferencia. Estaba lloviendo cuando visité el viejo cementerio rodeado por muros de ladrillo. Me costó encontrar la modesta tumba de Christine. No vi ningún «bosquecillo» que pudiera ser un «lugar de paseo favorito», y desde donde yo estaba tampoco había «una preciosa vista del valle».

El día del entierro de Christine fue borrascoso y frío, y el cortejo fúnebre llegó tarde. Sickert no enterró los restos de su esposa en la tumba. Introdujo las manos en la urna, arrojó las cenizas al viento, y éste las esparció por la cara y los abrigos de los amigos del pintor.

Mi equipo

No habría podido llevar a cabo esta investigación, ni escribir sobre ella, sin la colaboración de numerosas personas y el acceso a fuentes documentales y académicas.

No habría un caso Walter Sickert —ni solución a los crueles crímenes que cometió con el alias de Jack el Destripador— si la historia no se hubiera conservado por unos medios prácticamente extintos, dada la rapidez con que están desapareciendo las artes de escribir cartas y diarios. Me habría resultado imposible seguir el rastro centenario de Sickert sin la ayuda de un grupo de expertos tenaces y valientes.

Estoy en deuda con el Instituto de Ciencia y Medicina Forense de Virginia, en especial con sus codirectores, el doctor Paul Ferrara y la doctora Marcella Fierro, y con los científicos forenses Lisa Schiermeier, Chuck Pruitt y Wally Forst; con el Bode Technology Group; con Vada Hart, conservadora e investigadora de la obra de Sickert; con Anna Gruetzner Robins, historiadora del arte y especialista en Sickert; con Peter Bower, historiador y experto forense en papel; con Sally Bower, rotulista; con Anne Kennett, conservadora de papel; con Edward Sulzbach, criminólogo e instructor del FBI; con Linda Fairstein, asistente de la Oficina del Fiscal del Distrito de Nueva York, y con Joe Jameson, investigador de libros curiosos y antiguos.

Deseo expresar mi gratitud al artista John Lessore, tanto por su generosidad como por sus tranquilas y amables charlas.

Gracias también a los miembros de mi infatigable y paciente equipo, que me facilitaron el trabajo de todas las maneras posibles y demostraron admirables dotes y destreza para la investigación: Irene Shulgin, Alex Shulgin y Viki Everly.

Temo que seré incapaz de recordar a todas las personas que conocí durante este viaje agotador y, a menudo, angustioso y deprimente, así que cuento con la indulgencia y la comprensión de cualquier persona o institución que olvide mencionar aquí.

No habría podido hacer mi trabajo sin los siguientes museos, galerías y archivos, y sin su personal: Paul Johnson, Hugh Alexander, Kate Herst, Clea Relly y David Humphries, de la Oficina de Archivos Municipales de Londres, Kew; R. J. Childs, Peter Wilkinson y Timothy McCann, de la Oficina de Archivos Públicos de West Sussex; Hugh Jaques, de los Archivos Públicos de Dorset; Sue Newman, de la Christchurch Local History Society; el Ashmolean Museum; la doctora Rosalind Moad, del Centro de Archivos Modernos del King’s College, Universidad de Cambridge; el profesor Nigel Thorp y Andrew Hale, del Departamento de Colecciones Especiales de la Biblioteca de la Universidad de Glasgow.

Jenny Cooksey, de la City Art Gallery de Leeds; *sir* Nicholas Serota, director de la Tate Gallery; Robert Upstone, Adrián Glew y Julia Creed, de los Archivos de la Tate Gallery; Julián Treuherz, de la Walker Art Gallery de Liverpool; Vada Hart y Martin Banham, de las Bibliotecas públicas de Islington, Londres; el Institut Bibliothèque de L’Institut de France, París; James Sewell, Juliet Banks y Jessica Newton, de los Archivos de la City (Corporation of London); el Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Reading.

La Sociedad de Bellas Artes de Londres; el hospital St. Mark; el hospital St. Bartholomew; Julia Sheppard de la Biblioteca Wellcome para la Historia y la Comprensión de la Medicina, Londres; el Departamento de Historia Inglesa de la Biblioteca Bodleian,

Universidad de Oxford; Jonathan Evans, del Museo y Archivos del Royal London Hospital; la doctora Stella Butler y John Hodgson, de la Biblioteca John Rylands y el Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Manchester; Howard Smith, de la Manchester City Galleries; Reese Griffith, de los Archivos Metropolitanos de Londres; Ray Seal y Steve Earl, del Museo Histórico de la Policía Metropolitana; Archivos de la Policía Metropolitana.

John Ross, del Museo del Crimen de la Policía Metropolitana; Christine Penny, de los Servicios de Información de la Universidad de Birmingham; la doctora Alice Prochaska, de la Colección de Manuscritos de la Biblioteca Británica; la Oficina Nacional de Archivos de Escocia; Mark Pomeroy, de la Royal Academy of Arts, Londres; Ian MacIver, de la Biblioteca Nacional de Escocia; las Colecciones Especiales de la Universidad de Sussex; la Biblioteca Pública de Nueva York; la Biblioteca Británica de Prensa; Clive Farahar y Sophie Dupre, comerciantes de libros, autógrafos y manuscritos curiosos; Denison Beach, de la Biblioteca Houghton de la Universidad de Harvard.

El Registro Civil de Londres; la biblioteca de la Universidad de Aberdeen, sección de Archivos y Bibliotecas Especiales, Kings College (archivos comerciales de Alexander Pirie & Sons); Archivo de la Cámara de los Lores, Londres; Centro Nacional de Archivos Familiares, Londres; Distrito de Camden, Londres; Juzgado de Paz de Marylebone.

Puesto que no hablo francés, me habría encontrado perdida sin mi editora, Nina Salter, que se ocupó de consultar las siguientes fuentes: profesor Dominique Lecomte, director del Instituto de Medicina Forense de París; Archivos del Departamento de Seine-Maritime; Archivos de la Gendarmería Nacional Francesa; Archivos de la Jefatura de Policía de Ruán; Archivo Municipal de Ruán; archivos de la prefectura de Ruán; Depósito de Cadáveres de Ruán; informes de la policía de Ruán; archivos de Dieppe, Neuchâtel y Ruán; archivos de la prensa regional francesa; Archivo Nacional de París; Tribunal de Apelaciones 1895-1898; Colección Histórica de Dieppe; Tribunales de apelaciones de París y Ruán.

Naturalmente, mi humilde y respetuoso reconocimiento a Scotland Yard, que quizá fuera joven e inexperta en los viejos tiempos, pero que hoy es un moderno bastión contra la injusticia. En primer lugar, gracias al admirable subdirector John D. Grieve; al inspector Howard Gosling, mi compañero británico en la lucha contra el crimen; a Maggie Bird; a la profesora Betsy Stanko, y al sargento detective David Field. Deseo expresar mi gratitud al Home Office y al cuerpo de la Policía Metropolitana. Todos me alentaron y se mostraron serviciales y amables conmigo. Nadie intentó interponerse en mi camino, ni sacar el más mínimo provecho personal ni —por verde que estuviera el caso— impedir que por fin se hiciera justicia.

Como siempre, mi más afectuoso reconocimiento a mi admirable corrector, el doctor Charles Cornwell; a mi alentadora agente, Esther Newberg; a mi editora británica, Hilary Hale; a David Highfill y al resto del maravilloso personal de mi editorial estadounidense, Putnam, y a mi consejera y mentora Phyllis Grann.

Mi homenaje para todos los que trataron de capturar a Jack *el Destripador* antes que yo. Está atrapado. Lo hemos conseguido juntos.

PATRICIA CORNWELL

Bibliografía

Ya se ha publicado abundante información, desinformación y especulación sobre la identidad y los crímenes de Jack el Destripador. Para los detalles y la escritura de los nombres he confiado en mis fuentes principales y el periódico *The Times*.

Cita inicial: H. M.: *Twixt Aldgate Pump and Pope: The Story of Fifty Years Adventure in East London*, The Epworth Press, Londres, 1935. (Nota: H. M. era misionero en el East End y en todas sus publicaciones permanece anónimo).

FUENTES ORIGINALES

ABBERLINE, Frederick: Álbum de recortes (diario inédito de Frederick Abberline, de 1878 a 1892). Cortesía de Scotland Yard.

ALBERTO VÍCTOR (príncipe, duque de Clarence): Cartas a su abogado George Lewis (17-12-1890) (15-1-1891). Colección de Autor.

ALEXANDER PIRIE & SONS LTD., papeleros, Aberdeen (Escocia): Colecciones históricas de la Universidad de Aberdeen, Biblioteca de documentos y archivo.

BIRD, Maggie: Archivista del Departamento de Gestión de Expedientes de Scotland Yard. Entrevista, Londres (4-3-2002).

CHRISTCHURCH TIMES (12-1-1889) (obituario de Montague Druitt).

COBDEN PAPERS: Ellen Cobden Sickert, Jane Cobden Unwin, Richard Cobden, Jr., y Richard Cobden. West Sussex Record Office.

COBDEN, Ellen: Carta al padre, Richard Cobden (30-7-1860). West Sussex Record Office, Cobden papers, #38E.

—Cartas de Ellen Melicent Cobden Sickert, West Sussex Record Office, Ref. Cobden 965.

COBDEN, Ellen y Richard: Cartas sin datar [hacia 1840], West Sussex Record Office, Ref. Add Ms 6036.

COBDEN, Ellen Melicent: *A Portrait*, Richard Cobden-Sanderson, 17 Thavies Inn, 1920. (Uno de los 50 ejemplares impresos para difusión privada por Woods & Sons, Islington).

CORPORATION OF LONDON RECORDS OFFICE, Archivo de homicidios de Whitechapel. Estos expedientes incluyen 300 cartas relacionadas con crímenes del Destripador.

DAILY TELEGRAPH: Londres, artículos de 1-28 de septiembre y 1, 3, 4, 6, y 7 de octubre de 1888.

DOBSON, James: Carta a su esposa (13-2-1787), el día antes de ser colgado en la prisión de Newgate.

—«Double Duty», *The Police Review and Parade Gossip* (17-4-1893 y 18-8-1905).

DRUITT COLLECTION: West Sussex Record Office.

DRUITT, Montague: Material de la Christchurch Library, Dorset; Dorset Record Office; Greenwich Local History Library; y Lewisham Local History and Archives.

EASTERN MERCURY: Artículos de 12 de octubre de 1888, 6 de agosto de 1889, 10 de septiembre de 1889, 17 de septiembre de 1889, 24 de septiembre de 1889, 15 de octubre de 1889, 17 de diciembre de 1889, 12 de febrero de 1889.

EDUARDO VII (rey): Carta al profesor Ihre (tutor alemán del príncipe Alberto

Víctor) (12-7-1884). Colección de autor.

FFRANGCON-DAVIES, Gwen: Cartas, Tate Gallery Archive.

FRIEL, Lisa, Esq.: Ayudante del fiscal del distrito, *The People of the State of New York against John Royster*. Transcripción de la recapitulación de la fiscalía, Corte Suprema del Estado de Nueva York, condado de Nueva York.

HILL'S HOTEL: Libro de huéspedes 1877-1888, Lizard Point, Cornualles (Inglaterra). Colección del autor.

HOME OFFICE RECORDS: Public Record Office, Kew, HO 144/220/A49 301 a HO 144/221/A49 301K.

HUDSON, Nan: Cartas, Tate Gallery Archive.

ILLUSTRATED POLICE NEWS: Archivo semanal de los tribunales de justicia, Londres (septiembre-diciembre de 1888).

INSTITUT BIBLIOTHÈQUE DE L'INSTITUT DE FRANCE: Correspondencia entre Jacques-Emile Blanche y Walter Sickert, documentos número 128, 132, 136, 137, 139, 148, 150-155, 168, 169, 171, 179, 180, 183-186.

IRVING, Henry: Correspondencia privada (colección de cartas que muestran varias ciudades donde actuaban él y su compañía). Colección de autor.

LESSORE, John: Conversación con Lessore en su estudio de Peckham (primavera de 2001).

LLEWELLYN, Dr. Rees Ralph: Información relacionada con el Dr. Llewellyn y honorarios cobrados por los doctores llamados por los forenses y la policía: Royal London Hospital Archives and Medical Directories at the Wellcome Medical Library.

MACNAGHTEN, Melville: Memorandum (23-2-1894), cortesía de Scotland Yard.

METROPOLITAN POLICE: Informes especiales del asesinato de Martha Tabran, 10 de agosto y 19 de octubre, Public Record Office, Kew.

METROPOLITAN POLICE MUSEUM (Archivos): detalles de las ambulancias manuales, edificios, salarios, uniformes y equipamiento de la policía.

METROPOLITAN POLICE CRIME MUSEUM: Archivos de la policía metropolitana.

METROPOLITAN POLICE HISTORICAL MUSEUM: Archivos de la policía metropolitana.

METROPOLITAN POLICE RECORDS: MEPO 2/22, MEPO 3/140-41, MEPO 3/3153-57, MEPO 3/182, Public Record Office, Kew.

NORWICH, Julius, nieto del Dr. Alfred Duff Cooper. Entrevista telefónica (primavera de 2001).

PALL-MALL GAZETTE. Artículos de 3, 6, 7, 8, 10, 14, 21, 24, 25, 27, 28 de septiembre y 1, 2 de octubre de 1888.

PASH, Florence: Material de la colección Sickert, Islington Public Libraries.

PRITCHARD, Eleanor: «The Daughters of Cobden [2ª parte]», West Sussex Public Record Office, Ref. West Sussex History Journal, No. 26, (septiembre de 1983).

RHIND, Neil: Transcripción de la conversación del 21 de noviembre de 1988, Lewisham Local History and Archives.

ST. MARK'S HOSPITAL: Entrevista con archivistas, 2001. Me dijeron que todos los historiales de antiguos pacientes estarían en el hospital St. Bartholomew, pero en los archivos de ese hospital no había nada anterior a 1900.

SANDS, Ethel: Cartas, Tate Gallery Archive.

SICKERT, Walter: Documentos completos, Islington Public Libraries. Esta

colección de los documentos privados de Walter Sickert incluye algunos escritos de su padre, Oswald Sickert, y más de un centenar de bocetos sin título, fecha, ni firma. Mientras que uno sospecha que la sofisticación de muchos de los dibujos indican que eran obra de Oswald, es razonable atribuir algunas de las obras a Walter en base a lo que parecen los primeros intentos de un artista novel en el dibujo, junto con una familiaridad con el estilo que se ve en su arte de madurez. La doctora Anna Robins, estudiosa de Sickert, que analizó los esbozos, afirmó que casi con seguridad algunos de ellos habían sido hechos por Walter de niño y probablemente antes de 1880 o 1881, cuando estaba en la escuela de arte.

—Bocetos y pinturas, Ashmolean Museum.

—Bocetos, Islington Central Library, Islington Archives, Londres.

—Bocetos, Leeds City Art Gallery.

—Bocetos, Tate Gallery Archive.

—Bocetos, Universidad de Manchester, John Rylands Library e History of Art Dept.

—Bocetos, University of Reading Department of History of Art.

—Bocetos, Walker Art Gallery, Liverpool.

—Carta a Ciceley Hey [hacia agosto de 1923], Islington Public Libraries.

—Carta a Bram Stoker (1-2-1887), Leeds University Brotherton Library, Departamento de Manuscritos y Colecciones especiales.

—Carta a Jacques-Emile Blanche [hacia 1906], Institut Bibliothèque de L'Institut de France, París. Correspondencia entre Jacques-Emile Blanche y Walter Sickert, documento 182.

—Carta a Jacques-Emile Blanche (1906), Institut Bibliothèque de L'Institut de France, París. Correspondencia entre Jacques-Emile Blanche y Walter Sickert, documentos 183-186.

—Cartas a Virginia Woolf, New York Public Library.

—Carta de destinatario desconocido, devuelta al Estudio Frith, calle Fitzroy número 15 [hacia 1915]. Colección de Autor.

—Cartas y borradores editados de sus artículos publicados. Colección de Autor.

—Cartas de la Colección de William Rothenstein, Universidad de Harvard.

—«The New Age» (14-5-1914), Islington Public Libraries, colección Sickert.

STAGE, THE: «Death of sir Henry Irving», (19-10-1905).

STOWE, Harriet Beecher: «Sunny Memories of Foreign Lands» (su ensayo sobre un desayuno con Richard Cobden), 1854. Documentos de Richard Cobden, West Sussex Record Office, Ref. Cobden 272.

SUNDAY DISPATCH (Londres): Artículos de 2, 9, 16, 23, y 30 de septiembre de 1888.

SUNDAY WEEKLY DISPATCH (Londres): Álbum de artículos anotado, propietario original desconocido, del 12 de agosto de 1888 hasta el 30 de diciembre de 1888. Colección de Autor.

SWANWICK, Helena Sickert: Correspondencia, Bodleian Library, Oxford University, Historia Inglesa.

—Carta, National Art Gallery, Victoria and Albert Museum.

TERRY, Ellen: Carta a Mr. Collier, 24 de marzo (posiblemente anterior a 1900). Colección de Autor.

—Correspondencia privada (cartas que muestran las diferentes ciudades donde actuaron ella y la compañía de teatro de Irving). Colección de Autor.

—*The story of my Life*, Hutchinson & Co., Londres, 1908. Ejemplar personal de Sickert, completamente anotado por él mismo. Colección de Autor.

SPHERE, THE: «Sir Henry Irving, An Appreciation» (21-10-1905).

THE TIMES (Londres): Estos periódicos originales excluyen las ediciones dominicales. Los encuadernaron para mí en volúmenes y examiné en su totalidad los correspondientes a los años 1888, 1889, 1890, 1891. Todas las referencias a los artículos de *The Times* se tomaron de estos artículos originales.

—Artículos de 13, 14, 17, 21 de septiembre, 1, 7, 8, 15, 16, 22, 23, 29 de octubre de 1907.

UNIVERSIDAD DE MANCHESTER: Departamento de Historia del Arte. Colección de bocetos de Sickert.

FUENTES SECUNDARIAS

ACKROYD, Peter: *London: The Biography*, Chatto & Windus, Londres, 2000.

ADAM, Hargrave L.: *The Police Encyclopaedia*, vol. I, The Blackfriars Publishing Co., Londres, s. a. [hacia 1908].

AMBER, Miles (Ellen Cobden Sickert): *Wistons: A Story in Three Parts*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1902.

AMERICAN PSYCHIATRIC ASSOCIATION: *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders III*, Washington, D. C., 1987. [Versión en castellano: *DSM-III. Breviario práctico para psiquiatras*, Masson, Barcelona, 1988].

ARONSON, Theo: *Prince Eddy and the Homosexual Underworld*, John Murray, 1994.

—*Artists of The Yellow Book & the Circle of Oscar Wilde*, The Clarendon & Parkin Galleries, 5 de octubre y 4 de noviembre de 1983, Clarendon Gallery, Londres.

ASHWORTH, Henry: *Recollections of Richard Cobden, M. P., and the Anti-Corn League*, Cassell, Petter & Galpin, Londres, s. a. [Hacia 1876].

BACON, Francis: *Proficience of Learning, or the Partitions of Sciences*, Rob Yound & Ed Forest, Oxford, 1640.

BAEDEKER, Karl: *London and its Environs*, Karl Baedeker, Publisher, Londres, 1908.

BARON, Wendy: *Sickert*, Phaidon Press, Londres, 1973.

—Richard SHONE: *Sickert: Paintings*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1992.

BARRERE, Albert y Charles G. LELAND: *A Dictionary of Slang, Jargon & Cant*, vol. I y II, The Ballantyne Press, 1890.

BAYNES, C. R.: *Hints on Medical Jurisprudence*, Madras, Messrs. Pharoah & Co., Mount Road, 1854.

BELL, Clive: *Old Friends*, Chatto & Windus, Londres, 1956.

BELL, Quentin: *Victorian Artists*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1967.

—*Some Memories of Sickert*, Chatto & Windus, Londres, s. a. [Hacia 1950].

BERTRAM, Anthony (ed.): *Sickert*, World's Masters New Series, The Studio Publications, Londres, 1955.

BESANT, Annie: *An Autobiography*, T. Fisher Unwin, Londres, 1893. [Versión en castellano: *Autobiografía*, Eyras, Madrid, 1980.]

BESANT, Walter: *East London*, Chatto & Windus, Londres, 1912.

BINGHAM, Madeleine: *Henry Irving and the Victorian Theatre: The Early Doors*,

George Allen & Unwin, Londres, 1978.

BLAIR, R. J. R.: «Neurocognitive Models of Aggression, the Antisocial Personality Disorders, and Psychopathy», *Journal of Neurology, Neurosurgery and Psychiatry* (diciembre de 2001).

BLAKE, P. Y., J. H. PINCUS y C. BUCKNER: «Neurologic Abnormalities in Murderers», Department of Neurology, Georgetown University Medical Center, Washington, D. C., 20 007, *Neurology*, 45, num. 9, American Academy of Neurology, 1995.

BOOTH, General William: *In Darkest England and The Way Out*, International Headquarters of the Salvation Army, Londres, 1890.

BOWER, Peter: *Turner's Later Papers: A Study of the Manufacture, Selection and Use of his Drawing Papers 1820-1851*, Tate Gallery Publishing, Oak Knoll Press, Londres, 1999.

BRIMBLECOMBE, Peter: *The Big Smoke*, Methuen, Londres y Nueva York, 1987.

BROMBERG, Ruth: *Walter Sickert: Prints*, Paul Mellon Centre Studies in British Art, Yale University Press, New Haven y Londres, 2000.

BROUGH, Edwin: *The Bloodhound and its Use in Tracking Criminals*, The Illustrated «Kennell News» Co., Ltd., 56 Ludgate Hill, Londres, s. a. [Hacia 1900].

BROWER, M. C., y B. H. PRICE: «Neuropsychiatry of Frontal Lobe Dysfunction in Violent and Criminal Behavior: A Critical Review», *Journal of Neurology, Neurosurgery and Psychiatry* (diciembre de 2001).

BROWNE, Douglas G., y E. V. TULLETT: *The Scalpel of Scotland Yard: The Life of Sir Bernard Spilsbury*, E. P. Dutton, Nueva York, 1952.

BROWSE, Lillian: *Sickert*, Rupert Hart-Davis, Soho Square (Londres), 1960.

—*Sickert*: Faber and Faber, Londres, 1943. Cuando compré este libro, quedé gratamente sorprendida al descubrir que su anterior propietaria había sido Dorothy Sayers.

CARTER, E. C.: *Notes on Whitechapel*, Cassell and Company, Ludgate Hill, Londres, s. a. [Hacia 1900].

CASANOVA, John N.: *Physiology and Medical Jurisprudence*, Headland & Co., Londres, 1865.

CASPER, Johann Ludwig: *A Handbook of the Practice of Forensic Medicine: Based Upon Personal Experience*, vol. I, The New Sydenham Society, Londres, 1861.

—*A Handbook of the Practice of Forensic Medicine: Based Upon Personal Experience*, vol. III, The New Sydenham Society, Londres, 1864.

—*Cassell's Saturday Journal*, Londres (15-2-1890).

CHAMBERS, E.: *Cyclopaedia: of an Universal Dictionary of Arts and Sciences*, vols. I y II, D. Midwinter, Londres, 1741.

COOPER, Alfred, F. R. C. S.: *Diseases of the Rectum and Anus*, J. & A. Churchill, Londres, 1892.

—*A Practical Treatise on the Diseases of the Rectum*, H. K. Lewis, Londres, 1887.

COTRAN, Ramzi S., Vinay KUMAR y Stanley ROBBINS: *Robbins Pathologic Basis of Disease*, W. B. Saunders, Filadelfia, 1994.

CRUIKSHANK, George: *Punch and Judy. Accompanied by the Dialogue of the Puppet-Show, an Account of its Origin, and of Puppet-plays in England*, S. Prowett, Londres, 1828.

DARWIN, Charles: *The Expression of the Emotions: In Man and Animals*, John Murray, Londres, 1872.

DEFOREST, Peter R., R. E. GAENSSLEN y Henry C. LEE: *Forensic Science: An Introduction to Criminalistics*, McGraw-Hill, Nueva York, 1983.

DI MAIO, Dominick J. y Vincent: *Forensic Pathology*, CRC Press, Nueva York, 1993.

Dictionary of Modern Slang, Cant, and Vulgar Words, by a London Antiquary, John Camden Hotten, Piccadilly, 1860.

DILNOT, George: *The Story of Scotland Yard*, Houghton Mifflin Co., Nueva York, 1927.

DORRIES, Christopher: *Coroner's Courts: A Guide to Law and Practice*, John Wiley & Sons, Nueva York, 1999.

DOUGLAS, John y Mark OLSHAKER: *The Anatomy of Motive*, Scribner, Nueva York, 1999.

DOUGLAS, John E., Ann W. BURGESS, Allen G. BURGESS y Robert RESSLER: *Crime Classification Manual*, Lexington Books, Nueva York, 1992.

EDSALL, Nicholas C.: *Richard Cobden, Independent Radical*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 1986.

ELLMAN, Richard: *Oscar Wilde*, Hamish Hamilton, Londres, 1988. [Versión en castellano: *Oscar Wilde*, Edhasa, Barcelona, 1990].

EMMONS, Robert: *The Life and Opinions of Walter Richard Sickert*, Faber and Faber, Londres, 1941.

EVANS, Stewart R. y Keith SKINNER: *Jack the Ripper: Letters from Hell*, Sutton Publishing, Stroud, 2001.

—*The Ultimate Jack the Ripper Sourcebook*, Constable & Robinson, Londres, 2000.

EVELYN, John: *Fumifugium, Or the Inconvenience of the Aer and Smoake of London Dissipated*, National Smoke Abatement Society, 1661, reimpr. 1933.

FAIRSTEIN, Linda A.: *Sexual Violence*, William Morrow and Company, Nueva York, 1993.

FARR, Samuel: *Elements of Medical Jurisprudence*, J. Callow, Londres, 1814.

FISHER, Kathleen: *Conversations with Sylvia*, Charles Skilton, 1975.

FISHMAN, William J.: *East End 1888*, Hanbury, Londres, 2001.

FINE ART SOCIETY: *Sickert*, 21 de mayo al 8 de junio de 1973, Londres.

FRITH, Henry: *How to Read Character in Handwriting*, Ward, Lock, Bowden and Co., Nueva York, 1890.

FURNISS, Harold (ed.): *Famous Crimes*, Fleet Street, Londres (septiembre-noviembre de 1888).

GALTON, Sir Francis: *Fingerprint Directories*, Macmillan & Co., Londres, 1895.

—*Inquiries into Human Faculty and its Development*, Macmillan & Co., Londres, 1883.

GILBERTH, Vernon J.: *Practical Homicide Investigation*, CRC Press, Boca Raton (Florida), 1993.

GRANSHAW, Lindsay: *St. Mark's Hospital*, London, King Edward's Hospital Fund for London, Londres, 1985.

GRIFFITH, Maj. Arthur: *The World's Famous Prisons: An Account of the State of Prisons from the Earliest Times to the Present Day, With the History of Celebrated Cases*, s. a. [Hacia 1905].

GUERIN, Marcel y Bruno CASSIRER (eds.): *Degas Letters*, Oxford, s. a. [Hacia

1900].

GUY, William Augustus y David FERRIER: *Principles of Forensic Medicine*, Henry Renshaw, Londres, 1875.

HAMNETT, Nina: *Laughing Torso*, Constable & Co., Londres, 1921. Hampstead Artists' Council, Camden Town Group, Hampstead Festival Exhibition Catalogue, 1965.

HARRISON, Michael: *Clarence: Was He Jack the Ripper?* Drake Publishers, Nueva York, 1972.

HEYWOODE, Thomas: *Gynaikeion: or, Nine Bookes of Various History Concerning Women; Inscribed by the names of the Nine Muses*, Adam Islip, Londres, 1624.

HINDE, Wendy: *Richard Cobden: A Victorian Outsider*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1987.

HONE, Joseph: *The Life of Henry Tonks*, William Heinemann, Londres, 1939.

—*The Life of George Moore*, Victor Gollancz, Londres, 1936.

HOOKE, Robert: *Micrographia: Or Some Physiological Descriptions of Minute Bodies Made by Magnifying Glasses. With Observation and Inquiries Thereupon*, Jo. Martyn y Ja. Allestry, impresores de la Royal Society, Londres, 1665. [Versión en castellano: *Micrografía o algunas descripciones fisiológicas de los cuerpos diminutos realizadas mediante cristales de aumento con observaciones y disquisiciones sobre ellas*, Alfaguara, Madrid, 1989].

HOUSE, Madeline y Graham STOREY (eds.): *The Letters of Charles Dickens*, vol. II, 1840-41, Clarendon Press, Oxford, 1969.

HOWARD, John: *The State of the Prisons in England and Wales, with Preliminary Observations, and an Account of Some Foreign Prisons and Hospitals*, William Eyres, Londres, 1784.

HOWSHIP, John: *Disease of the Lower Intestines, and Anus*, Longman, Hurst, Rees, Orme, y Brown, Londres, 1821.

JERVIS, John: *A Practical Treatise on the Office and Duties of Coroners: with Forms and Precedents*, S. Sweet, W. Maxwell, y Stevens & Norton, Law Booksellers and Publishers, Londres, 1854.

JOHNSON, Samuel: *A Dictionary of the English Language*, vols. I y II, W. Strahan, Londres, 1756.

—*A Dictionary of the English Language*, vol. II, Londres, 1810.

KERSEY, John: *Dictionarium Anglo-Britannicum*, J. Wilde, Londres, 1708.

KRILL, John: *English Artists' Paper: Renaissance to Regency*, Winterthur Gallery, Oak Knoll Press, Londres, 2002.

KUHNE, Frederick: *The Finger Print Instructor*, Munn & Company, Inc., Nueva York, 1916.

LARSON, J. A.: *Single Fingerprint System*, D. Appleton and Company, Nueva York, 1924. Un detalle interesante: el 3 de septiembre de 1938, el autor dio este libro a un compañero y escribió: «Con el más profundo aprecio en memoria de las horas invertidas en busca de la verdad». Bajo la inscripción Larson dejó marcado en tinta su pulgar derecho.

LASKI, Harold J., y Sidney y Beatrice WEBB: *The Socialist Review*, s. a. [Hacia 1929].

LATTES, Leone: *Individuality of the Blood: In Biology and in Clinical and Forensic Medicine*, Oxford University Press, Londres, 1932. Después de comprar este libro quedé fascinada al descubrir que había pertenecido al Dr. Bernard Spilsbury, y que al parecer él mismo subrayó algunas pruebas forenses. Spilsbury es probablemente el

patólogo forense más famoso de la historia de Inglaterra. Era conocido como «el testigo incomparable» y se cree que realizó más de veinticinco mil exámenes *post mortem* durante su carrera.

LAUGHTON, Bruce: *Philip Wilson Steer, 1860-1942*, Clarendon Press, Oxford, 1971.

LAVER, James: *Whistler*, Faber & Faber, Londres, 1930.

LEESON: *Lost London: The Memoirs of an East End Detective*, Stanley Paul & Co., Londres, s. a. [Hacia 1900].

LILLY, Marjorie: *Sickert: The Painter and His Circle*, Elek Books, Londres, 1971; Noyes Press, Nueva Jersey, 1973.

LONDON, Jack: *The People of the Abyss*, The Macmillan Company, Nueva York, 1903. [Versión en castellano: *Gentes del abismo*, Libros Río Nuevo, Barcelona, 1984].

LUCKES, Eva, C. E.: *Matron, The London Hospital 1880-1919*, the London Hospital League of Nurses, Londres, s. a.

MACDONALD, Arthur: *Criminology*, Funk & Wagnalls & Co., Londres, 1893.

MACGREGOR, George: *The History of Burke and Hare*, Thomas D. Morison, Glasgow, 1884.

MACNAGHTEN, Melville (sir): *Days of My Years*, Edward Arnold, Londres, 1914.

MAGNUS, Philip: *King Edward the Seventh*, John Murray, Londres, 1964.

MAILE, George Edward: *Elements of Juridical of Forensic Medicine: For the Use of Medical Men, Coroners and Barristers*, E. Cox and Son, Londres, 1818.

MALTHUS, Thomas Robert: *An Essay on the Principle of Population, As It Affects the Future Improvement of Society*, J. Johnson, Londres, 1798. [Versión en castellano: *Ensayo sobre el principio de la población*, Akal, Madrid, 1990].

MARSH, Arnold: Smoke: *The Problem of Coal and the Atmosphere*, Faber and Faber, Londres, s. a. [Hacia 1947].

MARTIN, Theodore: *The Life of His Royal Highness The Prince Consort*, Smith, Elder & Co., Londres, 1S80.

MELLOW, J. E. M.: *Hints on the First Stages in the Training of a Bloodhound Puppy to Hunt Man*, edición privada, Cambridge, 1934.

MORLEY, John: *The Life of Richard Cobden*, vols. I y II, Chapman and Hall, 1881.

MOYLAND, J. F.: Scotland Yard and The Metropolitan Police, G. P. Putnam's Sons, Londres, 1929.

OLIVER, Thomas: *Disease of Occupation*, Methuen & Co., 1916.

PENNELL, J. y E. R.: *The Whistler Journal*, J. B. Lippincott Co., Filadelfia, 1921.

—*The Life of James McNeill Whistler*, vol. II, William Heinemann, Londres, 1908.

PETROSKI, Henry: *The Pencil: A History of Design and Circumstance*, Alfred Knopf, Nueva York, 2000.

PICKAVANCE, Ronald: *Sickert*, Purnell & Sons, Londres, 1967.

POORE, G. V: *London (Ancient and Modern). From a Sanitary and Medical Point of View*, Cassell & Co., Londres, 1889.

POWELL, George: *The Victorian Theatre, A Survey*, Geoffrey Cumerlege, Oxford University Press, Londres, 1956.

PROTHERO, Margaret: *The History of the Criminal Investigation Department at Scotland Yard*, Herbert Jenkins, Londres, 1931.

ROBINS, Anna Gruetzner: *Walter Sickert: The Complete Writings on Art*, Oxford University Press, Oxford, 2000.

—*Walter Sickert: Drawings*, Scholar Press, Gower House, 1996.

—«Sickert "Painter-in-Ordinary" to the Music-Hall», en Wendy BARON y Richard SHONE (eds.): *Sickert Paintings*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1992.

RODWELL, G. R. (ed.): *A Dictionary of Science*, E. Moxon, Son and Co., Londres, 1871.

ROGERS, Jean Scott: *Cobden and His Kate: The Story of a Marriage*, Historical Publications, Londres, 1990.

ROTHENSTEIN, John: *Modern English Painters: Sickert to Smith*, Eyre & Spottiswoode, Londres, 1952.

ROTHENSTEIN, William: *Men and Memories*, vols. I-III, Faber & Faber, Londres, 1931-1939.

SABBATINI, Renato M. E.: «The Psychopath's Brain», *Brain & Mind Magazine*, (septiembre-noviembre de 1998).

SAFERSTEIN, Richard: *Criminalistics: An Introduction to Forensic Science*, Prentice Hall, Nueva Jersey, 2001.

ST. JOHN, Christopher (ed.): *Ellen Terry and Bernard Shaw*, The Fountain Press, Nueva York, 1931.

SANGER, William W.: *The History of Prostitution: Its Extent, Causes, and Effects Throughout the World, Report to the Board of Alms-House Governors of the City of New York*, Harper & Brothers, Nueva York, 1859.

SCOTT, Harold: *The Early Doors: Origins of the Music Hall*, Nicholson & Watson, Londres, 1946.

SICKERT, Bernhard: *Whistler*, Duckworth & Co., Londres.

SICKERT, Walter: «The Thickest Painters in London», *The New Age* (18-6-1914).

—Borrador inédito de «The Perfect Modern», *The New Age* (9-4-1914).

—«The Old Ladies of Etching-Needle Street», *The English Review* (enero de 1912).

—«The International Society», *The English Review* (mayo de 1912).

—«The Royal Academy», *The English Review* (julio de 1912).

—«The Aesthete and the Plain Man», *Art News* (5-5-1910).

—«Idealism», *Art News* (12-5-1910).

—«The Spirit of the Hive», *The New Age* (26-5-1910).

—«Impressionism», *The New Age* (30-6-1910).

—Borrador del artículo «Exhibits».

—*Drawings and Paintings, 1890-1942* (catálogo), Tate Gallery, Liverpool.

—*Centenary Exhibition of Etchings & Drawings*, 15 de marzo al 14 de abril, Thomas Agnew & Sons, Londres, 1960.

SIMS, George R. (ed.): *Living London*, vol. I, Cassell and Company, Londres, 1902.

SINCLAIR, Robert: *East London*, Robert Hale Ltd., 1950.

SITWELL, Osbert: *Noble Essences*, Macmillan & Co., Londres, 1950.

—*A Free House! Or the Artist as Craftsman, Being the writings of Walter Richard Sickert*, Macmillan & Co., Londres, 1947.

Slang Dictionary, The: Etymological, Historical, and Anecdotal, Chatto and Windus, Londres, s. a. [Hacia 1878].

SMITH, Thomas y William J. WALSHAM: *A Manual of Operative Surgery on the Dead Body*, Longmans, Green, and Co., Londres, 1876.

SMITH, Henry (sir): *From Constable to Commissioner*, Chatto & Windus, Londres, 1910.

STEVENSON, Robert Louis: *The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde*, Longmans, Green and Co., Londres, 1886. [Versión en castellano: *El caso extraño del Doctor Jekyll y el Señor Hide*, Atenea, Madrid, 1920].

STOKER, Bram: *Personal reminiscences of Henry Irving*, vols. I y II, William Heinemann, Londres, 1906.

SUTTON, Denys: *Walter Sickert: A Biography*, Michael Joseph, Londres, 1976.

SWANWICK, H. M.: *I Have Been Young*, Victor Gollancz, Londres, 1935.

TAYLOR, Alfred Swaine: *The Principles and Practice of Medical Jurisprudence*, John Churchill & Sons, Londres, 1865.

THOMPSON, Sir. H.: *Modern Cremation*, Smith, Elder & Co., Londres, 1899.

TREVES, Frederick (sir): *The Elephant Man, and Other Reminiscences*, Cassell & Co., Londres, 1923.

TROYEN, Aimee: *Sickert as Printmaker*, Yale Center for British Art (21-2-1979).

TUMBLETY, Dr. Francis (autor-editor): *The Indian Herb Doctor: Including His Experience in the Old Capitol Prison*, Cincinnati, 1866.

WALFORD, Edward: *Old and New London*, vol. III, Cassell, Petter, Galpin & Co., Londres, s. a. [Hacia el siglo XIX].

WEBB, Beatrice: *My Apprenticeship*, Longmans, Green and Co., Londres, 1926.

WELCH, Denton: «Sickert at St. Peter's», *Late Sickert, Paintings 1927-1942*, Arts Council of Great Britain, 1981.

WHEATLEY, H. B.: *Reliques of Old London Suburbs, North of the Thames*, reproducido en litografía por T. R. Way, George Bell and Sons, Londres, 1898.

WHISTLER, James McNeill: *The Baronet & the Butterfly: Eden Versus Whistler*, Louis-Henry May, París (10-2-1899). Este volumen en particular fue propiedad de William Rothenstein, artista y escritor del círculo de amigos de Sickert.

—*Mr. Whistler's Ten O'Clock*, Londres, 1888.

—*Whistler: The International Society of Sculptors, Painters & Gravers, Catalogue of Paintings, Drawings, Etchings and Lithographs*, William Heinemann, Londres, s. a. [Hacia 1904].

WILDE, Oscar: *The Trial of Oscar Wilde*, manuscrito, Paris, 1906.

WOLLSTONECRAFT, Mary: *Equality for Women Within the Law*, J. Johnson, Londres, 1792.

World's Famous Prisons, The, vol. II, The Grolier Society, Londres, s. a. [Hacia 1900].

WRAY, J. Jackson: *Will it Lift? The Story of a London Fog*, James Nisbet & Co., Londres, s. a. [Hacia 1900].

PATRICIA CORNWELL (Miami, Estados Unidos, 1956). Es una escritora del género policial, conocida principalmente por su serie de novelas protagonizadas por la médica forense Kay Scarpetta.

Cornwell trabajó como reportera para *The Charlotte Observer* donde cubrió noticias sobre crímenes. En 1984, ocupó un puesto en la oficina del médico forense jefe (Chief Medical Examiner) de Virginia. Ahí trabajó durante seis años, primero como escritora técnica y luego como analista informática. Cornwell escribió tres novelas que fueron rechazadas antes de que en 1990 se publicara la primera entrega de la serie Scarpetta: *Post Mortem*.

A principios de la década de 2000, Cornwell autofinanció su investigación (se dice que invirtió entre cuatro y seis millones de dólares), para encontrar evidencia que apoyara la teoría de que el pintor Walter Sickert fue Jack el Destripador. El resultado de su investigación está en el libro: *Retrato de un asesino. Jack el Destripador. Caso Cerrado*.

La publicación del libro en 2002 generó gran controversia, especialmente en el mundo del arte británico y entre los «expertos» en Jack el Destripador. Debido a ello, en sendos anuncios a toda página contratados en dos periódicos británicos, Cornwell negó «estar obsesionada» con Jack el Destripador, y ha señalado que el caso está muy «lejos de cerrarse».

Fue criticada por destruir, supuestamente, una de las pinturas de Sickert en la búsqueda de la identidad del Destripador. Sin embargo, la escritora está convencida de que el pintor es el responsable de la cadena de asesinatos. De hecho compró más de treinta de sus pinturas y argumentó que se parecían mucho a las escenas de los crímenes del

Destripador. Los resultados de las pruebas sobre ADN mitocondrial, que aportó para apoyar su teoría, han sido muy cuestionados por sus detractores que descalifican la validez de las fuentes de las que se obtuvieron las muestras analizadas.

Patricia Cornwell continúa con su prolífica carrera como escritora, apoya financieramente a varias instituciones que se dedican a la investigación forense y donó su colección de pinturas de Walter Sickert a la Universidad de Harvard.

Notas

[1] Se refiere al personaje de *Cuento de Navidad* de Charles Dickens. *(N. de la T.)*. <<

[2] El Penny Black se llamó así porque costaba un penique y tenía fondo negro *(N. de la T.)*. <<

[3] En inglés, el perro sabueso se llamaba bloodhound, y blood significa «sangre». *(N. de la T.)*. <<